Beda

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS/1

Introducción, traducción y notas de
Agustín López Kindler

UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE COMILLAS
BIBLIOTECA
MADRID

105050

Ciudad Nueva

© Agustín López Kindler

© 2016, Editorial Ciudad Nueva
José Picón 28 - 28028 Madrid
www.ciudadnueva.com

ISBN: 978-84-9715-348-5
Depósito Legal: M-12.104-2016

Impreso en España

Maquetación: *Antonio Santos*

Imprime: Estugraf Impresores. Ciempozuelos (Madrid)

INTRODUCCIÓN

Beda es el erudito más significativo de la alta Edad Media, el más profundo conocedor del latín y el griego, la filosofía y la teología, la historia y las matemáticas de su tiempo, finales del s. VII y primera mitad del VIII. La variedad y extensión de sus obras le han convertido en uno de los autores más prolíficos y cultos de su siglo, hasta el punto de que su estudio ha podido ser, y de hecho ha sido abordado, desde muy diversas perspectivas: historiador, exegeta, teólogo, erudito, padre de la Iglesia, clásico[1]. Para comprender de algún modo estas afirmaciones baste decir que la edición crítica de su obra, aparecida en el *Corpus Christianorum* entre 1962 y 2001, consta de once volúmenes con un total de casi cinco mil páginas[2].

La mayor parte de las informaciones sobre su vida y su obra con las que contamos proceden de él mismo, quien en el último capítulo, el 24, de los cinco libros que dedicó a describir la historia de la iglesia de Inglaterra –su obra más importante y sin duda la más famosa– incluyó múltiples datos autobiográficos[3].

1. Cf. P. MEYVAERT, «Bede the scholar», p. 41.

2. En ella no están incluídas obras como *De locis sanctis*, que aparece en el volumen CLXXV de la misma colección bajo el título genérico *Itineraria et alia geographica*, y que Beda compuso entre 702-703 a partir de la obra del mismo título de Adamnano –a quien llama Arculfo– y de otras fuentes, sobre todo JERÓNIMO y HEGESIPO.

3. Véase J. E. KING, *Bede historical Works*, 2 vol., en The Loeb classical Library, Cambridge (Massachusetts) – Londres, 1930, pp. 382-389.

De acuerdo con ellos estamos ante un monje que ha dedicado su vida a rezar, estudiar y enseñar de palabra y por escrito a generaciones de jóvenes en un rincón apartado de Inglaterra que, en buena parte gracias a su trabajo, se convirtió en un centro de cultura, que contribuiría –como tantos otros en toda Europa– a afianzar la fe cristiana y a salvaguardar de la ciencia greco-latina.

I. Biografía

Beda –también escrito *Baeda*– nació hacia el año 672 en el territorio[4] del monasterio de Wearmouth (Virimuda), nombre toponímico que alude a la desembocadura (*mouth*) del río Wire, en la Umbría del Norte (Northumberland), actual Escocia. Ese monasterio fue fundado solo en 674 por un eclesiástico, Biscop, con el sobrenombre Benedicto –quizás por su devoción al santo de Nursia, autor de la famosa regla monástica[5]–, que ejercía funciones abaciales en él y en el cercano priorato de Jarrow, comenzado en 681 o 682[6]. Ambas instituciones –bajo el patrocinio de san Pedro y san Pablo, respectivamente– se regían por la regla de san Benito,

4. Dos pequeños pueblos se disputan el honor de haber sido su cuna: Monkton-on-Tyne y Sunderland.

5. Esta afinidad entre Biscop y san Benito de Nursia se inicia posiblemente en la estima en que los monjes de Wearmouth y Harrow profesan a su fundador –*gratia benedictus et nomine*– y trasciende a la tradición manuscrita. En efecto, mientras los manuscritos insulares dan muestras de que ese santo es conocido y venerado, los continentales tienden a identificarle con el fundador de la orden benedictina.

6. Cf. Beda, *Vita sanctorum abbatum monasterii in Wiramutha et Girvum* (J.-P. Migne, PL 94, 713-715). En la fiesta de este santo varón pronuncia Beda la homilía I, 13, en la que describe algunos rasgos característicos de su personalidad y sobre todo de su obra de fundador.

que el fundador había conocido durante sus viajes por Europa y había vivido en el monasterio galo de Lerins durante dos años[7].

Cuando contaba solo siete años, de acuerdo con una costumbre entonces muy extendida que hacía posible su formación humana y cristiana, fue entregado Beda por su familia al primero de esos monasterios, para pasar pronto al segundo.

Su vida transcurrió entre estas dos abadías dedicado a aprender, enseñar y escribir, es decir a actividades que le convirtieron en un erudito sin igual. En efecto, el fundador, durante sus frecuentes viajes por las islas y el continente europeo se había preocupado de comprar y recoger muchos manuscritos de libros de todo tipo –desde diferentes versiones de la Biblia, hasta tratados de cosmografía y otras ciencias–, sentando así las bases para que tanto Wearmouth como Jarrow se convirtieran en verdaderos centros de estudios y focos de saber.

La misma línea siguieron sus sucesores, comenzando por Ceolfrido, que dirigió ambos monasterios durante casi tres decenios (688-716), propiciando con su patrocinio la fecunda labor de Beda.

Este tuvo que luchar con no pocas dificultades para lograr sus deseos de transmitir a las nuevas generaciones el acervo de cultura clásica cristianizada que había logrado reunir[8]. Sobre todo, como él mismo explica, por falta de escri-

7. Esta fundación surgió a principios del s. V en la Provenza, concretamente en la isla de san Honorato, frente a la ciudad de Cannes. Desde el principio gozó de un gran prestigio moral que la convirtió en un vivero de obispos santos que gobernaron durante siglos las diócesis de la Galia.

8. En los cinco viajes del fundador Biscop por Europa –conoció hasta diecisiete monasterios– recogió una gran cantidad de documentos con los que formó la biblioteca de Wearmouth-Jarrow.

bas y copistas competentes[9]. A partir de su ordenación sacerdotal a los treinta años –es decir, hacia 702– se dedicó a copiar, comparar, buscar fuentes y trabajar sus múltiples textos, que en buena parte superan lo que Isidoro de Sevilla había logrado apenas un siglo antes.

Su vida transcurrió del modo más tranquilo imaginable y esto le permitió tener una gran cantidad de alumnos notables, como los sucesivos abades de los monasterios y sobre todo Nothelm, el futuro arzobispo de Canterbury. A uno de esos abades, Cuthberth, le debemos un relato de la muerte de Beda.

A este Cuthberth había dedicado nuestro autor su primera obra, los tratados *De re metrica* y *De schematibus et tropis*, mientras a otro de los abades, Hvaetberht, apodado Eusebio, dirigió su comentario al Apocalipsis y la importante obra *De temporum ratione*.

Por otra parte, se sirvió de la ayuda como amanuense de Nothelm, que entonces era sacerdote en Londres, para la composición de su *Historia de la Iglesia anglosajona*. Por sugerencia de este último, que le trajo de Roma una serie de cartas para que las utilizara como fuentes de esa obra, compuso Beda sus *Treinta cuestiones sobre los libros de los Reyes.*

Naturalmente no podía evitarse que el modesto erudito, que a lo largo de su vida se contentó con su puesto de sacerdote –solo por excepción se le llama monje–, encontrara amigos entre los grandes del país, tanto políticos como eclesiásticos. Todos le apoyaban y animaban su trabajo[10].

Algo de esto –por desgracia, poco– se trasluce a través de la correspondencia de Beda con ellos. Parece que fue él

9. Por ejemplo, en el Prólogo a su Comentario al Evangelio de Lucas, afirma que él mismo debía ser a veces quien dictaba, copiaba y ordenaba sus textos: *Ipse mihi dictator simul et notarius et librarius existerem*: Cf. CCL, 120, 7.

10. La situación política era muy poco estable. Si bien es verdad que buena parte de la biogra-

mismo quien las coleccionó y de esa colección cita cinco, que a él le parecían importantes y por eso dignas de resaltar, mientras que para nosotros habrían de ser más importantes las otras, que son más personales. La colección propiamente dicha se perdió y solo se salvaron algunos restos desperdigados, hasta un total de 16, como veremos en su momento.

Los corresponsales más cercanos a Beda parecen haber sido Acca y Albino. El primero de ellos fue hasta el 709 presbítero en Hexham, donde llegó a ser obispo a la muerte de Wilfrido. A él están dirigidas nueve epístolas y parece que fue él quien animó a Beda para que escribiera una serie de libros exegéticos, concretamente: *In Lucam*, *De mansionibus filiis Israel*, *In Esdram et Nehemiam* y *De eo quod ait Isaias: et claudentur...* Además, Beda le dedicó sus escritos: *In acta apostolorum*, *In Marcum*, *De templo Salomonis*, *In Genesim*.

El segundo, Albino, abad de Canterbury, jugó un importante papel en la vida de Beda. Le habían formado el famoso arzobispo Teodoro de Canterbury y el abad Adrián, a quien sucedió en 710. De él dice Beda que sabía bastante griego y que dominaba el latín como su propia lengua materna. Él fue quien impulsó a nuestro autor para que redactara su his-

fía de Beda coincide con los años de reinado de Aldfrith (685-705), que pasa por ser la edad de oro de Northumbria, cuya corte se convirtió en un centro de cultura, sin embargo ese esplendor desapareció a continuación. Toda la región sufrió bajo las rivalidades y los desmanes de los caudillos sucesivos y cuando Cleolwulf, un cristiano, subió al trono en 729 tuvo que abdicar en 737 –dos años después de la muerte de Beda– ante las tensiones entre familias y partidos rivales. Significativo es, sin embargo, que a continuación ingresó en el monasterio de Lindisfarne. Solo este último dato es de suyo elocuente sobre el importante papel que desempeñó la Iglesia –y más concretamente la vida monástica– en la salvaguarda de la cultura durante este periodo.

toria eclesiástica, dato que concuerda con el significado de Canterbury para la iglesia inglesa: el abad del monasterio más emblemático tenía que estar interesado en que semejante obra se llevara a cabo.

Pero al mismo tiempo Albino proporcionó a su ilustre amigo la documentación más importante, porque a través de Nothelm –a la sazón arzobispo de Canterbury–, le hizo llegar repetidas veces información escrita y oral sobre el pasado eclesiástico de esa sede, ya que él podía informarse de primera mano, no solo sobre el primer obispo misionero, Agustín, sino también de sus compañeros y sucesores. A esas noticias se añadían las cartas papales que el mismo Nothelm había conseguido en su viaje a Roma.

Además, tanto Albino como Nothelm pusieron en conocimiento de Beda material histórico procedente de Essex, Wessex, Ostangeln y Northumberland, completando así la información que había obtenido por otros canales.

Otro amigo fue Eadfried, obispo de Lindisfarne, a quien Beda envió la *Vida de san Cuthbercto*, que había redactado a petición suya.

A Egberto, obispo de York, le envió otra carta, bastante larga, que contiene una serie de advertencias amables sobre la correcta interpretación cristiana de la dignidad episcopal. Este Egberto era primo del rey Ceolwulf de Nordumbría, al que Beda dedicó su historia eclesiástica; de todos estos datos, dispersos pero elocuentes, se deduce la existencia de firmes y regulares contactos del monje con los círculos sociales más elevados de su tiempo.

También mantuvo trato literario con mujeres piadosas. A una de ellas, a quien no nombra pero llama hermana y virgen cristiana, dedicó su *Explanatio super canticum Habacuc*.

Al final de su vida estaba ocupado en una traducción al anglosajón del evangelio de san Juan. Llegó hasta VI, 9. Al mismo tiempo componía extractos de Isidoro para sus alumnos.

Parece que murió en Jarrow el 25 de mayo de 735, víspera de la ascensión del Señor, cuatro años después de la edición de su historia eclesiástica, y ese acontecimiento fue tan importante para sus contemporáneos que fue consignado en los *annales* de tierra firme. Fue enterrado en el monasterio, que funcionó hasta la invasión vikinga a finales del s. IX. Desde el principio fue venerado por sus hermanos de religión y su culto se extendió pronto en Inglaterra. Sus reliquias fueron objeto de un piadoso robo y trasladadas a la catedral de Durham entre los años 1020-1030. Allí fueron profanadas y dispersadas en 1541 por los protestantes anglicanos. El título «venerable», con el que se le honra, se le atribuyó enseguida y sus obras formaron en lo sucesivo una parte sustancial del catálogo de toda biblioteca monástica importante.

Por supuesto está incluido en el santoral de la Iglesia universal y su memoria se celebra el 25 de mayo. Fue proclamado *doctor admirabilis* por el concilio de Aquisgrán en 836 y el papa León XIII le concedió ese título para la Iglesia universal el 13 de noviembre de 1899.

II. El contexto cultural

Dejamos de lado el azaroso y violento panorama político de la época en Inglaterra, para concentrarnos en la situación de la Iglesia[11]. A finales del siglo VII y principios del VIII[12] la cristianización de Inglaterra, bien implantada

11. Reyes, nobles y caudillos militares eran víctimas de conspiraciones, asesinatos, traiciones y combates, hasta el punto de que su permanencia en el poder, e incluso su vida, eran breves. Basta estudiar la lista de reyes de Northumbria en el primer tercio del s. VIII para llegar a la conclusión de que la media de permanencia en el trono no llegó a seis años. Cf. G. H. Brown, *A Companion to Bede*, pp. 3 ss.

12. Véase a este respecto las obras de Ch. Vuillaume –pp. 13-17– y de B. Colgrave –pp. 3-17– citadas en la Bibliografía.

en algunos centros de cultura como Canterbury, Londres, York, y en numerosos monasterios, se encontraba entre dos tendencias diversas, tanto por su origen, como por algunos de sus principios organizativos. De una parte estaba la iglesia jerárquica, fruto del ímpetu evangelizador aportado desde Roma por Agustín de Canterbury a partir del año 597, y de otra la misión iniciada por Columbano en Escocia durante la primera mitad del s. VII, que con el tiempo se extendió y llenó de monasterios el territorio insular.

Estaba amenazada, de una parte por el renacimiento del paganismo y de otra por las tensiones producidas entre las dos tendencias que acabamos de describir: fidelidad a Roma o a las tradiciones del monaquismo que se había extendido desde Irlanda y Escocia. A eso se unen las oscilaciones provocadas en la población por la actitud de los sucesivos reyes y caudillos con respecto a la religión, sin olvidar la amenaza continua de invasión del territorio por parte de los vikingos.

La situación es tan lábil que se hace necesaria una segunda evangelización, un nuevo impulso, que Roma no duda en emprender a través del envío de Teodoro de Tarso y Adrián, un monje de origen africano. Estos dos hombres, que llegan a Canterbury el 27 de mayo de 669, emprenden una reforma vigorosa de la vida eclesiástica en la isla. Fruto de ella es, entre otros, la fundación de Wearmouth y Jarrow.

Ahora bien, estos monasterios no reciben solo la fuerte influencia romana de estos hombres. El rey Aldfrid (685-705), educado en la tradición escocesa e irlandesa, es otro de sus promotores más insignes.

De ese modo ambas instituciones se encuentran en medio de esa tensión, que aprovechan para recoger y conjugar aportaciones culturales continentales y célticas hasta el punto de llegar a convertirse en unos focos de cultura para todo el país, que sin duda contribuyeron al desarrollo espiritual del occidente europeo.

En este marco, la opción de Beda es clara y tenaz, su compromiso a favor de la unidad con la sede de Pedro se manifiesta en su interés por implantar la celebración de la Pascua y mantener vivos los usos monásticos procedentes de Roma. Esto se pone de manifiesto no solo en su *Historia eclesiástica*, sino también en la homilía que dedica a la memoria del fundador de su monasterio, como veremos en su momento.

III. La obra literaria de Beda

Las obras que sin duda proceden de su pluma[13] pueden clasificarse así:

1. *Didascálicas*, entendiendo por tales, de una parte las que se ocupan de cuestiones gramaticales –entre las cuales se cuentan *De metrica arte*, *De schematibus et tropis*, *De orthographia*–, y de otra las científicas, ya sean genéricas –*De natura rerum*– ya sean más específicas como las de naturaleza astrológico-aritmética *De ratione temporum*, *De temporibus liber*.

2. *Histórico-biográficas*. Este grupo está integrado, ante todo, por la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*, pero también por la *Historia sanctorum abbatum monasteriorum in Wiremutha et Gyruum*, etc., *De vita Cudbercti*, *De locis sanctis*.

3. *Poéticas y literarias*, ante todo *Hymni* y *Epistolae*.

4. *Exegéticas*. Comentarios de buena parte de los libros sagrados.

13. Por tanto, prescindimos de obras que, aunque con reservas, han sido incluídas en el *Corpus Christianorum*. Cf. CCL 123 C, 645-702. La datación aproximada de cada una de las que enumeramos a continuación puede consultarse en G. H. Brown, *op. cit.*, pp. 13-15.

Todas, incluso las del primer grupo –que parecen más técnicas y no son sino iniciación o medio para comprender mejor la Revelación–, están imbuidas de espíritu cristiano. Este carácter se desprende, tanto del público al que están destinadas, de ordinario monjes jóvenes que se encuentran aún en período de formación, como de las fuentes que Beda utiliza como ilustración al tema que estudia[14].

1. Obras didascálicas

En el primer grupo hay que incluir en primer lugar el tratado *De orthographia*, orientado a satisfacer las necesidades pedagógicas de la escuela del monasterio[15]. Más que de un tratado sobre la ortografía, se trata de un glosario –sentido y etimología de las palabras– ordenado por letras de un gran número de vocablos. Pero, como acabamos de apuntar, los ejemplos aducidos proceden en su mayor parte de la Biblia, sin que falten las citas de Agustín, Gregorio el Grande, Ambrosio y Jerónimo, es decir la gran tradición de la Patrística occidental. Desde el punto de vista técnico, sus fuentes parecen haber sido ante todo Carisio y Diomedes, dos gramáticos del s. IV d. C. que a su vez dependían en buena parte de su predecesor en ese arte Caper, que vivió en el s. II. Sin olvidar a Agrecio, un obispo galo que había escrito a finales del s. IV una obra titulada *De orthographia et proprietate et differentia sermonis et excerpta de iisdem* y que fue citado ya por Ausonio y Sidonio Apolinar.

A continuación, viene el tratado *De arte metrica*, también titulado *De metrica ratione* o *De ratione metrorum*. Se ocupa en primer lugar de las unidades prosódicas, letras, sílabas,

14. Citamos según la edición del *Corpus Christianorum* (CCL), que ha publicado la obra de Beda –como ya hemos dicho– entre los años 1960-2001.

15. *De orthographia* (CCL CXXIII A, 1-57), Turnout, 1975.

para centrarse a continuación en el estudio del hexámetro y el pentámetro, con un apéndice dedicado a los metros líricos, más recientes desde el punto de vista histórico. Pero a la hora de aducir ejemplos, Beda se concentra casi exclusivamente en poetas cristianos –Juvenco, Prudencio, Paulino de Nola, Próspero, Sedulio, Arator, Cipriano Galo y los himnos de Ambrosio–, a los que añade algunos pasajes de Virgilio y uno solo de Lucano y Terenciano respectivamente[16].

Algo análogo ocurre con el *De schematibus et tropis*, que actualmente es considerado como un segundo libro de la obra anterior[17]. Es ya significativo que en buena parte de los manuscritos al título se añade *sacrae scripturae*. En efecto, el texto repasa las figuras literarias de la antigua retórica, ilustradas exclusivamente con ejemplos de la Sagrada Escritura.

En general puede decirse que para sus obras de contenido científico, escritas también con fines pedagógicos en el marco de la escuela monástica, Beda se ha servido de Isidoro de Sevilla, con claras ampliaciones tomadas de la *Historia naturalis* de Plinio y las *Saturnalia* de Macrobio.

Esas son las fuentes principales para su *De temporibus liber*, escrita en 703, que no tiene ni dedicatoria ni introducción[18]. Es una obra breve, dividida en 22 capítulos y redactada casi puntualmente según el programa que el autor se traza en la primera frase: «El tiempo se divide en instantes, horas, días, meses, años, siglos y edades».

Efectivamente, al menos la primera mitad de esos capítulos sigue en buena parte ese orden: Instantes y horas (I); día (II); noche (III); semana (IV); mes (V); los meses de los romanos (VI); solsticio y equinoccio (VII); estaciones (VIII); años (IX); año bisiesto (X); ciclo de diecinueve años (XI).

16. *De arte metrica* (*Ibidem*, 59-141).

17. *De schematibus et tropis* (*Ibidem*, 142-171).

18. *De temporibus liber* (CCL CXXIII C, 579-611), Turnout, 1980.

Sin embargo, a partir de ese momento Beda comienza a interesarse por otros temas colaterales. Comienza con lo que él llama el salto de la luna[19] (XII) y la estabilidad de la órbita lunar (XIII), para continuar con la exposición de una serie de cálculos a propósito del cómputo de los años (XIV) y de las fechas anuales de la Pascua (XV), un tema que apasionaba y dividía a la Iglesia desde siempre.

Los últimos siete capítulos están dedicados a la descripción de las edades en que divide la historia universal, según el esquema ya concebido por Agustín[20] e Isidoro de Sevilla: Primera edad, desde Adán hasta Noé, es decir entre 1666 y 2242 años (XVI y XVII); segunda edad, desde Noé hasta Abraham, entre 292 y 1072 años (XVIII); tercera edad, desde Abraham hasta la fundación de Alba por parte de Ascanio, el hijo de Eneas, o sea unos 942 años (XIX); cuarta edad, desde la fundación de Cartago por Dido, hasta el incendio del templo de Jerusalén, entre 473 y 485 años (XX); quinta edad, desde la deportación de los judíos a Babilonia hasta el comienzo del imperio romano con Augusto, 589 años; sexta edad, desde el nacimiento de Cristo hasta el momento presente, en que han transcurrido 709 años[21].

19. Este salto consiste en que, de modo análogo a como el sol se retrasa una horas cada año y por eso cada cuatro debe añadirse un día (año bisiesto), así la rapidez de la luna hace que cada diecinueve años se adelante un día y se produzca ese salto.

20. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IX, 9-17 (CCL 36, 95-100).

21. Sobre estas edades vuelve Beda una y otra vez en su obra. En las homilías contenidas en la presente traducción explica cada una de ellas en I, 11 y lo mismo hace en I, 14, a propósito de las seis vasijas que aparecen en el relato de las bodas de Caná. Y habla de ellas en I, 23,16. En II, 7, 2 expone con toda claridad cómo a esas seis edades él añade una séptima que comienza con la Resurrección del Señor y una octava y definitiva cuando tenga lugar la resurrección de la carne al final de los tiempos. Alusiones a ellas se encuentran además diseminadas por toda la obra: cfr. I, 24, 8-9; II, 7, 2; II, 17, 28; II, 19, 8; II, 25, 24.

Para el *De natura rerum*, que parece razonable datar también hacia el 703 y describe el mundo físico, utiliza sobre todo la obra del mismo título de Isidoro, pero apartándose de la visión cristiana de éste, para adoptar en buena parte la visión de Plinio, sobre todo en el libro II de su obra.

Se trata de una pequeña obra distribuida en 51 capítulos en los que Beda se ocupa de la creación del mundo[22], a la manera de san Agustín en su libro imperfecto en el que comenta a la letra el libro del Génesis.

Beda comienza asegurando que sobre este asunto cabe una cuádruple postura: o la creación es eterna, o fue hecha toda a la vez a partir de una materia informe, u ocurrió de un modo sucesivo a lo largo de seis días, o finalmente se produjo por evolución natural con el paso del tiempo, a partir de semillas y causas segundas, a las que él llama *primordiales* (cap. I). Él resalta la tesis de la creación *de nihilo* en seis días, según la narración del Génesis, al cabo de los cuales el Señor descansó (cap. II). Se pregunta qué es el mundo (cap. III). A continuación describe los elementos de que está hecho (cap. IV), el firmamento (cap. V) con sus diferentes capas (cap. VI): la superior (cap. VII) y las aguas que en él están localizadas (cap. VIII).

Pero se engañaría quien esperara que en este tratadito Beda se refiriera en exclusiva a temas relacionados directamente con la fe y redujera sus observaciones a comentar e interpretar los libros sagrados, concretamente el Génesis. Por el contrario, a partir del capítulo IX, también se ocupa del mundo: en primer lugar de sus cinco zonas climáticas y de sus puntos cardinales (cap. X), luego de las estrellas (cap. XI). Los apartados siguientes están dedicados a los planetas: su curso (cap. XII) y el orden de su posición (cap. XIII), sus órbitas (cap. XIV) y sus colores (XV). Los dos siguientes describen el cír-

22. *De natura rerum liber* (CCL CXXIII A), 173-234.

culo del zodíaco y sus doce signos (XVI-XVII). El capítulo XVIII describe la vía láctea para centrarse a continuación en el recorrido y las dimensiones del sol (cap. XIX) y diversos aspectos del fenómeno de la luna. A ambos dedica particular atención: naturaleza y posición de la luna (cap. XX); la órbita que describe, puesta en relación con los signos del zodíaco (cap. XXI); los eclipses del sol y de la luna (cap. XXII), lugares y razones por las que se producen (cap. XXIII).

Con el capítulo siguiente comienza un recorrido descriptivo de diversos fenómenos naturales: los cometas (cap. XXIV), el aire (cap. XXV), los vientos (cap. XXVI) y sus especies (cap. XXVII), el trueno (cap. XXXVIII), los rayos (cap. XXIX) y las razones por las que se originan solo en determinadas estaciones del año (cap. XXX), el arco iris (cap. XXXI), las nubes (cap. XXXII), las lluvias (cap. XXXIII), el granizo (cap. XXXIV) y la nieve (cap. XXXV).

Menos sistemático y más variado es aún el contenido de los últimos apartados del tratado sobre la naturaleza de las cosas de este mundo. Comienza con las señales que anuncian tempestad o buen tiempo (cap. XXXVI) y va dando saltos desde las causas de la peste (cap. XXXVII) hasta la doble naturaleza de las aguas, dulces y saladas (cap. XXXVIII), las mareas del océano (cap. XXXIX) y las razones por las que éste no crece (cap. XL) y su agua es amarga (cap. XLI). Antes de acabar con el capítulo de las aguas, dedica aún otros tres, respectivamente, al color del mar Rojo (cap. XLII), a las crecidas anuales del Nilo (cap. XLIII) y al cinturón de agua que rodea la tierra (XLIV).

De ahí salta de nuevo a la tierra para describir su posición (cap. XLV), su forma esférica (XLVI)[23], su división en cír-

23. Esta afirmación, que procede de Plinio (*Historia naturalis,* II, 64, 160. 162-63; 68, 171-172; 71, 177-178) y fue recogida por Isidoro de Sevilla (*Etimologías,* XIV, 1, 1; 2, 1) desmiente la tesis tan extendida de que en la Edad Media se pensaba que la tierra era un disco plano.

culos que determinan la longitud (cap. XLVII) y la latitud de los distintos pueblos y regiones (cap. XLVIII), el fenómeno de los terremotos (cap. IL) y los volcanes, concretamente el Etna (cap. L), para acabar con la división en los tres continentes entonces conocidos (LI).

El *De natura rerum* de Beda es, por tanto, un pequeño tratado de cosmología, astronomía y geografía en el que el autor, a las fuentes paganas –Plinio– y cristianas –Isidoro de Sevilla–, que conoce a fondo, añade observaciones y cálculos de su propia cosecha, como los que incluye en el cap. XXI, que ampliará aún más en su *De temporum ratione*.

En efecto, parece que con el correr de los años, Beda llegó a la conclusión de que estas primeras obras no eran suficientes para sus clases, dada su brevedad, y en 725 se decidió a redactar una nueva, más amplia, a la que puso el título *De temporum ratione*, porque en ella se ocupaba no solo del cálculo del tiempo, sino también de las fiestas anuales. En base a los antecedentes ya citados, y los especialistas cristianos en cronología –Victorio de Aquitania, Víctor de Capua y Dionisio el Exiguo–, así como los historiadores Eusebio, Jerónimo y Josefo, los setenta y un parágrafos de esta obra establecen un sistema cronológico que tiene en cuenta tanto la tradición pagana, como la judía y la cristiana, puesto que no solo recogía, sino que enriquecía con cálculos propios, los sistemas para el cómputo del tiempo de griegos, romanos, egipcios, hebreos y anglosajones[24].

El esquema de esta obra reproduce casi exactamente el del *De temporibus liber*, si bien el contenido se amplía sustancialmente y se enriquece con aportaciones procedentes de cálculos realizados por Beda mismo. El núcleo principal está compuesto por los primeros 65 capítulos, a los que se añaden seis, también llamados *chronica maiora*, porque tra-

24. *De temporum ratione liber* (CCL CXXIII B, 239-544), Turnout, 1977.

zan una historia de las seis edades del mundo ya aludidas en el *De temporibus liber*, a las que Beda añade una séptima –la que acaba con la muerte, sepultura y resurrección de Cristo– y una octava, la de la carne al final de los tiempos.

Por último en este grupo de obras hay que incluir dos obritas que contienen cálculos cronológicos y se ocupan respectivamente de los ciclos pascuales (*circuli paschales*), desde el año 532 al 1063[25] y del *Kalendarium sive martyrologium* anual en el que se fijan las principales fiestas litúrgicas en relación con la órbita solar, especialmente en relación con los signos del zodíaco[26].

2. *Obras histórico-biográficas*

Entre las obras históricas destaca la *Historia ecclesiastica gentis anglorum*. Por deseo de Albino, abad de Canterbury, escribió Beda una extensa obra sobre la historia de la Iglesia en Inglaterra, título que equivale a decir la historia del país. La acabó en 731 y se la dedicó al rey Cleolwulfo. Era un trabajo especialmente difícil, si se tiene en cuenta la dispersión del reino anglosajón y la distancia existente entre el domicilio de Beda y la sede metropolitana de Inglaterra. Pero el autor se ganó el apoyo de la mayor parte de los príncipes del momento y de los monasterios más importantes de la zona. Su actitud ante el material consultado queda clara al final de su epístola dedicatoria: «Suplico firmemente al lector que, si encuentra en nuestro escrito algo que no responde a la verdad, no me lo achaque a mí, que he recogido con sencillez lo que la fama ha divulgado –esa es la verdadera ley de la historia– y me he esforzado por transcribirlo para instrucción de la posteridad».

25. *Magnus circulus seu tabula paschalis annis Domini DXXXII ad MLXIII* (CCL CXXIII C, 547-562), Turnout, 1980.

26. *Kalendarium sive Martyrologium* (*Ibidem*, 563-578).

En efecto, Beda podía tener seguridad sobre la fiabilidad de sus fuentes porque procedían de los lugares donde se encontraban los mejores informes. Gracias a eso le fue posible contar con los documentos más seguros y consultar los archivos de la mayor parte de los monasterios. Este material le proporcionó un firme cañamazo cronológico sobre el que trabajó con seguridad.

En ningún lugar pudo contar un historiador de la Edad Media con una base documental tan firme y esta circunstancia contribuyó de modo decisivo a que su obra perdurara, de manera que aún hoy sirve como punto de partida para la historia antigua de Inglaterra. Porque Beda no escribe solo la historia eclesiástica, sino que traza también en buena parte un cuadro de la vida política del país, como su factor condicionante, de modo que –por poner un punto de referencia análogo– en esta obra tenemos una base documental más firme que la *Historia de los francos* escrita por Gregorio de Tours un siglo y medio antes, que se basa sustancialmente en la tradición popular y la leyenda.

También el plan general de la obra es digno de ser tenido en cuenta porque es el primer intento de redactar una historia completa que despega con la conquista de los romanos y se extiende hasta el límite extremo del tiempo: es decir, hasta el año en el que Beda acaba de escribir. Naturalmente, las primeras etapas solo se describen de un modo somero por falta de fuentes precisas, hasta el punto de que el período entre César (100-44 a. C.) y Gregorio I (540-604 d. C.) se despacha en los 22 primeros capítulos del libro I, mientras que el resto de la obra (596-731) ocupa una extensión diez veces superior.

El inicio de la obra lo constituye una visión de conjunto del país siguiendo a Plinio, Orosio, Solino y el abad Gildas (~504-570). Narra los primeros tiempos según Orosio, en algunos puntos de acuerdo con Eutropio, Próspero, el *Liber pontificalis* y Fortunato. A continuación comienza a ser Gil-

das su fuente principal hasta la época del emperador Mauricio, salvo para los capítulos 17-21 en los que utiliza en parte la *Vita Constantini* de san Germán de Auxerre.

Solo a partir de I, 23 comienza la historia detallada, ya que tiene lugar la cristianización de Inglaterra y, con ella, entran en funciones por derecho propio las fuentes locales de Beda de las que habla en su carta al rey Cleolwulf y de la que nos ocuparemos más adelante. Además utiliza algunas biografías, concretamente la *Vita Sebbi regis*, y algunas otras como las de Etelburga, Furseo, Cuthberth y quizá incluso la de Gregorio Magno, escrita por un monje de Whitby. Finalmente, en 5, 15-17, recoge trozos de la obra de Adamnano, que Beda toma directamente de su propio *Liber de locis sanctis*.

Esta obra, de la que hay numerosas ediciones y traducciones[27] nos interesa sobre todo para cotejar los datos biográficos sobre el abad fundador de los monasterios de Beda que aparecen en la homilía 13 del primer libro.

En cuanto a la *Historia sanctorum abbatum monasteriorum in Wiremutha et Gyruum etc.*, hay que decir que, si bien fue escrita antes de la *Historia ecclesiastica*, ha sido considerada como su complemento. En efecto, la última fecha a la que se alude es la muerte de Ceolfrid y la elección de Huetbert. Este texto es uno de los más interesantes de la época porque narra con cierta extensión el trabajo del fundador y primer abad de esos monasterios, Benedicto, que con sus viajes y gestiones tanto contribuyó a que esos monasterios adquirieran el brillo y la importancia cultural que llegaron a desempeñar durante siglos. Emprendió no menos

27. Para orientación del lector damos únicamente noticia de la última traducción al castellano de esa obra de la que tenemos noticia: J. L. Moralejo, *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, Akal, Madrid, 2013. Por ella citamos esa obra en los lugares correspondientes.

de cinco viajes al continente, concretamente a Roma, de donde importó muchos objetos, sobre todo documentos, que era imposible encontrar en Inglaterra.

Gracias a este esfuerzo logró situar a sus discípulos a la altura de cualquier monasterio italiano. Sobre todo su historia y la de sus inmediatos sucesores Ceolfrid, Eosterwine y Sigfrido proporcionan una profunda e inusitada visión de las circunstancias histórico-culturales de la época. Al mismo tiempo es, con mucho, la descripción histórica más antigua de un monasterio inglés. Además, debe reconocerse que la lectura de este libro resulta aún hoy día agradable, dado que Beda evitó cuidadosamente todo el material que sobrecarga con elementos milagrosos tantos escritos de la época.

Sobre el santo obispo Cudberto escribió Beda dos biografías, respectivamente en verso y en prosa. La primera de ellas no fue escrita antes de la muerte del rey Alfrid de Nordumbria en 705, sino durante el reinado de su hijo Osred. Se trata de una novela hagiográfica que se inspira en una *Vita Cuthberti* anterior e incidentalmente utiliza algunos elementos de la tradición oral de Lindisfarne.

El texto tiene la forma de una epopeya compuesta por 976 hexámetros divididos en 47 capítulos de diferente longitud. Los 36 primeros describen los milagros que el santo realizó a lo largo de su vida. Y, tras una breve descripción de su muerte (cap. 37), los restantes se dedican a los milagros que tienen lugar en su tumba.

La segunda incluye como punto culminante una carta del autor al obispo de Lindisfarne, Eadfried, y a los hermanos de ese monasterio. En ella informa Beda de que, cuando aún se encontraba grabada en las pizarras de cera, ha leído varias veces la obra al presbítero Herefrid y la ha enviado para aprobación a Lindisfarne, donde se leyó en público durante dos días y encontró general aprobación. También cuenta que con antelación había escrito una biografía más sucinta, en verso, a petición de varios hermanos. Beda mismo colocó esta carta

al comienzo de la obra, también por petición expresa de algunos monjes.

El texto completo en su estado actual data al máximo de 721, ya que en ese año murió Eadfried. Apenas aporta algo nuevo respecto a la vida en verso. Aunque algunos de esta última son dejados de lado, al final consta del mismo número de capítulos. La única diferencia consiste en que en el más amplio vocabulario de la prosa ya que, siguiendo la costumbre de la época, Beda podía construir frases más largas y componer la expresión de una manera más ampulosa.

En este sentido puede decirse que su dependencia de la versión en verso ha actuado aquí de un modo benéfico. Objetivamente hablando, algunos pasajes de esta «vita» en prosa se describen de un modo más detallado y así se obtiene una visión más viva del santo.

Un trabajo análogo a este realizó Beda en su *Vita sancti Felicis* en la que convirtió en prosa las principales poesías que a este santo había dedicado durante años, siempre en el día de su fiesta, Paulino de Nola (354-431). En la presentación de esta obra en prosa, pone Beda de relieve que ha escrito este texto para lectores sencillos, a quienes falta una formación métrica. Y –añade– para ello se ha inspirado en el autor que transformó en prosa el himno a san Casiano de Prudencio.

A este género de obras pertenece también la traducción al latín de la vida de san Anastasio, inicialmente compuesta en griego, que se ha perdido.

Finalmente, hay que incluir en este apartado el *Liber de locis sanctis*, una obrita escrita antes de 731, que describe en 19 capítulos ante todo Jerusalén y sus alrededores, para después pasar a Palestina del norte y acabar con Damasco, Alejandría y Constantinopla. Tanto el orden como las informaciones están tomadas de Adamnano y Hegesipo.

3. Obras poético-literarias

Entre las obras del tercer apartado se incluyen las poéticas y literarias, entendiendo por estas últimas las epístolas. Lo primero que debe decirse a este respecto es que conocemos una mínima parte de su producción, porque la mayor se ha perdido. Él mismo alude a sus poesías con estas palabras, en el ya citado capítulo 24 del libro quinto de la *Historia ecclesiastica*: «Un libro de himnos en metros o ritmos diversos. Un libro de epigramas en verso heroico o elegíaco».

Esto hay que tomarlo al pie de la letra: quiere decir que compuso poesías de acuerdo con la tradición himnódica, tan rica en la vida de la Iglesia, de acuerdo con diferentes esquemas métricos, y otras en hexámetros o en dísticos elegíacos. Ahora bien, esta sistematización tan clara, que se corresponde con la obra poética de famosos exponentes de la lírica cristiana de la Antigüedad tardía como Ambrosio, Sidonio Apolinar o Ennodio de Pavía, ha conocido a lo largo de los siglos una historia compleja en su tradición. De una parte, todos los poemas de Beda de los que tenemos noticias, se ocupan de asuntos religiosos, aunque estén compuestos en dísticos elegíacos. De otra, los poemas llegados hasta nosotros se encuentran dispersos.

En efecto, en la edición de J.-P. Migne estas obras aparecen desperdigadas en diferentes secciones de los cinco volúmenes dedicados a Beda. De una parte, encontramos en la sección segunda de sus obras parenéticas el llamado *Libellus precum*[28]; de otra, en la sección tercera sus poemas, entendiendo por tales la ya citada *Vida de san Cuthberto* en verso, la *pasión de san Justino*, el *Martirologio* poético y trece himnos[29], a los que se añade su poesía más famosa, que lleva el título *de die iudicii*. Además, un epigrama compuesto

28. J.-P. MIGNE, PL 94, col. 515-532.

29. *Ibidem*, col. 575-638

por once dísticos elegíacos presenta su *Tratado sobre el Apocalipsis*[30] y otro de trece se encuentra recogido en un apéndice a las obras de Alcuino[31].

Este material va acompañado de otras composiciones dudosas que no son aceptadas en el *Corpus Christianorum.* En este último se sigue una sistematización que ha llevado a situar entre las obras históricas los poemas que describen vidas de varones ilustres o santos –Cuthberto, Justino– y se ha agrupado en un libro, titulado himnos, ritmos y preces varias[32], el conjunto de obras en verso de Beda. Esta opción sería consecuente en su totalidad, si no fuera porque, como veremos, el libro acaba con una composición atípica.

Está compuesto de veinte piezas, de diferentes temas y facturas. La primera de ellas es un largo himno de treinta y tres estrofas, de cuatro versos cada una, que –según dice el título– se ocupa de los seis días de la Creación y las seis edades del mundo, aunque como ya vimos a propósito del *De temporum ratione*, Beda añade también aquí dos nuevas, la séptima y la octava. Presenta unas notables características métricas que, si bien es verdad que no responden a los principios de la prosodia clásica, no por eso dejan de ser llamativas. Los versos son octosílabos y en ellos predomina el acento tónico –normalmente en las sílabas segunda y sexta–, sin que falte la rima, bien entre los versos uno-dos, tres-cuatro, o bien entre los uno-tres, dos-cuatro.

El núcleo principal de este libro lo constituyen doce himnos, todos ellos destinados al culto divino, pero de temas y amplitud diversos. De una parte, hay uno solo dedicado a un tiempo litúrgico en general, la Cuaresma, de una brevedad inusitada, tres estrofas (4). En contraste, la

30. J.-P. MIGNE, PL 93, col. 133-134.

31. J.-P. MIGNE, PL 101, col. 1397.

32. *Bedae venerabilis liber hymnorum, rhythmi, variae preces*, CCL CXXII, pp.405-470, Turnout, 1955.

longitud habitual en los himnos de Beda suele ser mucho mayor que la canónica de ocho que había establecido san Ambrosio en la diócesis de Milán y en todo Occidente. Así, tenemos en primer lugar los dedicados a solemnidades del Señor, como la resurrección, de once estrofas (5), la ascensión, de 32 estrofas (6), o la venida del Espíritu Santo, de 16 estrofas (7). A continuación viene el dedicado al nacimiento de la santísima Virgen, de 17 estrofas (11) y los que se ocupan del día del nacimiento –es decir, el martirio– de diferentes santos. Por orden, viene en primer lugar el que se ocupa la matanza de los Inocentes, que consta de dieciséis estrofas (2), del nacimiento de santa Inés, de doce estrofas (3), y de la fiesta de san Pedro y san Pablo, con veintitrés estrofas (9) .

A san Juan Bautista le dedica dos, ambos de 16 estrofas, precisamente porque la Iglesia conmemora en días diferentes su nacimiento (8) y su martirio (10). Algo análogo ocurre con san Andrés, en cuyo honor compone Beda también dos himnos para el día de su fiesta: el primero con doce (12) y el segundo con 18 estrofas (13).

A continuación, como pieza catorce, viene el poema *De die iudicii* que consta de 164 hexámetros. En él Beda se advierte a sí mismo y al hombre en general que recuerde el fin de todas las cosas y considere, para arrepentirse de ellos, los pecados que ha cometido. Con este objetivo describe a partir del verso 72, de una parte los tormentos del infierno y de otra la bienaventuranza del cielo, con bastantes ecos de Venancio Fortunato, sobre todo los versos 143-151, en los que describe esta última. Al final no se incluye la llamada *oratio Bedae*, nueve versos que es evidente no proceden de él, pero que ediciones anteriores, por ejemplo la de J.-P. Migne habían dado por auténtica.

El texto que el *Corpus Christianorum* da por auténtico, como poema número quince y con el título *Oratio Bedae presbyteri*, está compuesto por trece dísticos elegíacos cuya

historia no puede ser más azarosa. En efecto, como ya hemos apuntado, esta composición estaba incluída dentro del *Libellus precum*, editado por J.-P. Migne entre los apéndices a la obra de Alcuino. Aparecía dividido en dos partes independientes de trece versos cada una, la primera en hexámetros y la segunda en pentámetros. Esta división, que tenía su origen en la edición de E. Martène (Lyon, 1706), contradice a algunos manuscritos antiguos[33], por lo que es más correcto considerarlo como una unidad, sobre todo si se tiene en cuenta que se funden fácilmente en una piadosa oración a Dios, esperanza única de vida eterna para el mundo.

Las composiciones 16-18 son breves paráfrasis en hexámetros de otros tantos salmos famosos. El 41 (42), que comienza con las palabras *Como el ciervo sediento se apresura hacia las fuentes de las aguas...*, el 83 (84), que describe *cuán amable es la presencia de Dios en el templo*, y finalmente el 112 (113), en el que se invita a los siervos del Altísimo a alabar al Señor y bendecir su nombre. Se titulan respectivamente *Soliloquium venerabilis Bedae presbyteri* (46 versos), *De psalmo LXXXIII* (20 versos) y *Carmen venerabilis Bedae presbyteri de psalmo CXII* (12 versos).

La penúltima pieza está encabezada por el elocuente título *Fragmenta* y consta de tres hexámetros correspondientes a otros tantos versículos de diferentes salmos: el primero a Sal 3, 7; el segundo a 67, 8; el tercero a 71, 23.

Cierra este libro la llamada *Collectio psalterii Bedae*, también titulada *Dicta Bedae*, o *Parvum psalterium* en la que el autor recoge pasajes de cada uno de los 150 Salmos por riguroso orden para elaborar un poema muy peculiar.

De una parte, puede considerarse una pieza poética, no en el sentido en que utiliza esta expresión la literatura gre-

33. Por ejemplo, uno del s. VIII y otro del s. X que se encuentran respectivamente en el British Museum y en Orleans.

co-latina, sino a la manera en que se habla de libros poéticos en la Sagrada Escritura, concretamente a propósito de los Salmos. Es intimista, pero impregnada de religiosidad; armónica, pero libre de preceptivas prosódico-métricas. Estas características dotan al texto de los salmos de un carácter peculiar: es habitual en ellos que cada versículo encierre un pensamiento, cuando no una idea y su antítesis. Los versículos se yuxtaponen y, cuando se encadenan, lo hacen de ordinario por copulación o por contraposición. Como consecuencia, en el discurso resultante se propicia la expresión antitética, provocando así un ritmo muy característico, basado más en el concepto que en la expresión.

De otra parte, aunque la obra es unitaria, en ella se mezclan, indistintamente, oraciones de alabanza, adoración, acciones de gracias o súplica, junto a reflexiones sobre la precaria condición humana; advertencias y exhortaciones a la conversión propia y ajena, a la vez que propósitos de renuncia a las cosas de este mundo para volver los ojos a la eternidad.

Estas peculiaridades, que se hacen notar en la versión completa del salterio, resaltan aún más en el resumen que hace Beda de cada uno de los salmos. De ordinario toma un versículo o dos de cada uno, precisamente aquel o aquellos en los que se resume el tema central. Solo excepcionalmente selecciona pasajes más amplios, como es el caso de los salmos 50 y 119, que por su popularidad o por su longitud, ocupan un espacio más amplio: once y veintisiete versículos respectivamente.

Resulta así una obra de una cierta amplitud que obtuvo una gran difusión, sobre todo por su adecuación a la *lex orandi* de la Iglesia, durante los largos siglos de la Edad Media.

En este capítulo tercero entran también las *Epistolae*. Ya hemos apuntado que Beda mantuvo contacto asiduo con exponentes de la vida civil y eclesiástica, de quienes recababa documentos e informaciones para sus trabajos históricos. Pero, aparte de esa correspondencia que podríamos llamar

oficial o profesional, que en buena parte no se ha conservado, existen algunas dedicatorias de sus obras a personajes que le eran especialmente próximos, así como reacciones a críticas que habían suscitado algunas de sus obras. J.-P. Migne edita entre las obras parenéticas hasta dieciséis cartas[34], que en el *Corpus Christianorum* quedan reducidas a tres, porque las restantes son editadas con las respectivas obras a las que se supone acompañaban como presentación.

A este grupo pertenecen las nueve dirigidas al ya citado obispo Acca, acompañando a otras tantas obras exegéticas: el libro sobre el Génesis, al templo de Salomón, al evangelio de Marcos, al de Lucas, a los Hechos de los Apóstoles y su retractación, al libro primero de Samuel, al de las mansiones de los hijos de Israel y a un pasaje de Isaías[35]; a ellas se asimilan la que escribe al abad Albino, máximo alentador de la *Historia ecclesiae anglorum*, con el encargo de que la transcriba; al recientemente nombrado obispo Eggberto, amonestándole para que desempeñe dignamente su oficio; a Pleguina, defendiéndose de acusaciones que se le habían hecho a propósito de su interpretación sobre las edades del mundo; a Wicreda, en torno a la celebración de la Pascua en el equinoccio de primavera; al presbítero Notelmo, dedicándole su obra *XXX quaestiones in Regum librum*; a Eusebio, encabezando su comentario al libro del Apocalipsis. Pone fin a las epístolas, la que encabeza sin destinatario la obra dedicada a las siete epístolas católicas[36].

El *Corpus Christianorum*, como decimos, ha optado por colocar la carta correspondiente al principio de cada uno de los libros históricos o exegéticos, por lo que al editar el cuerpo de las epístolas no han quedado más que los restos, es

34. J.-P. MIGNE, PL, 94, col. 655-740.

35. Son respectivamente los números 5, 6, 8, 9, 10, 11 y 13 de J.-P. Migne.

36. Números 1, 2, 3, 4, 12 y 16 en la edición de J.-P. Migne.

decir las que escribió a Pleguina (Pleguino) y a Wicreda (Wictedo), más una tercera dirigida a Helmualdo, en la que le anuncia que prefiere discutir con él de palabra, más que por escrito, la cuestión del año bisiesto.

Por último hay que aludir a aquella epístola, de la que ya hablamos al principio de estas páginas, dirigida a una señora a quien no cita por el nombre, pero a la que llama «hermana y virgen cristiana» y a la que dedica su *Expositio in canticum Habacuc*.

En todas estas composiciones Beda guarda las formalidades propias de ese género literario, que en su época están imbuidas de espíritu cristiano, tanto en el saludo inicial como en la despedida.

4. Obras de exégesis de la Sagrada Escritura

Donde la edición crítica del *Corpus Christianorum*, publicada en la localidad belga de Turnout, ha aportado su contribución definitiva a la recepción de la obra de san Beda ha sido en el apartado dedicado a sus obras exegéticas. Este material, que para los historiadores de la literatura presentaba un aspecto informe, aún a principios del siglo XX[37], se encuentra hoy sis-

37. Sirva de ejemplo el tomo correspondiente del *Handbuch der klassischen Altertumswissenschaft* (HA), redactado en 1911, en el que a la vez que se reconoce que esos comentarios fueron, junto con los de los Padres de la Iglesia y los autores del renacimiento carolingio, una mina de la que se abasteció toda la Edad Media, se afirma que se atribuyen a nuestro autor muchos comentarios que no tienen nada que ver con él. Lo cual equivale a reconocer que aún había mucho trabajo por hacer y que esa tarea, al menos por el momento, no entraba dentro de las prioridades de la ciencia filológica de la época. Cf. M. MANITIUS, *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, en HA IX, 2. 1, Münich, 1911, p. 87. Efectivamente, desde ese momento hasta el comienzo de la edición crítica de las obras de Beda en el *Corpus Christianorum* habrían de pasar dos guerras mundiales y más de medio siglo.

tematizado y puede describirse afirmando, ante todo, que constituye la parte más amplia y sustancial de su obra literaria.

En estos escritos nuestro autor se ocupa de una buena parte de los libros sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. Los sistematizamos de acuerdo con este criterio, aunque no coincida con el orden cronológico en que los compuso, por lo que tendremos que aludir cada vez a ese dato, cuando se pueda establecer con seguridad.

Entre los primeros[38] están los cuatro libros de comentarios desde el principio del Génesis hasta el nacimiento de Isaac y la repulsa de Ismael[39], obra emprendida entre los años 725-731 a instancias de Acca, el obispo de Hexham, a quien se la dedica.

Otros cuatro libros esclarecen cuestiones planteadas por el primer libro de Samuel[40], mientras otras treinta, distribuidas por los cuatro libros de los Reyes, son estudiadas en un solo libro[41]. Mientras la primera de estas obras fue escrita hacia el año 716, la segunda es de fecha incierta.

Entre 720-731 compuso Beda tres obras que explican de un modo alegórico el tabernáculo construido por Moisés en el desierto[42], el primer templo edificado por Salomón[43] y el segundo, reedificado tras el destierro en Babilonia[44].

38. Por sistematizarlos de algún modo, los citamos por orden de aparición en el CCL.

39. *Libri quattuor in principium Genesis usque ad nativitatem Isaac et eiectionem Ismahelis*, (CCL CXVIII A), Turnout, 1967.

40. *In primam partem Samuhelis libri IV* (CCL CXIX, 1-272), 1962. A esta obra sumó Beda un índice –algo análogo haría también a propósito de los Hechos de los Apóstoles– con los nombres de lugares citados en ella, tomados de las obras de JERÓNIMO y Flavio Josefo (*Ibidem,* 273-287).

41. *In Regum librum XXX quaestiones* (CCL CXIX, 289-322).

42. *De tabernaculo et vasis eius ac vestibus sacerdotum libri III* (CCL CXIX A, 1-139), 1969.

43. *De templo libri II* (CCL CXIX A, 141-234)

44. *In Ezram et Neemiam libri III* (CCL CXIX A, 235-392).

También los libros de Tobías, el de los Proverbios, el cantar de los Cantares y el del profeta Habacuc han sido objeto de interés para Beda por la misma época que los anteriores. Al primero y al último les dedica un corto comentario[45], al segundo tres libros[46] y al tercero seis[47].

Pero el núcleo de la obra exegética de Beda, aún después de haber eliminado algunas obras que no es seguro deban serle atribuidas, lo constituyen sus comentarios a diferentes libros del Nuevo Testamento. Ante todo, los evangelios de Marcos y Lucas, sobre los que vuelve en algún otro de sus escritos como tendremos que resaltar más adelante. Su exposición al Evangelio de san Lucas contiene 94 capítulos que se distribuyen en seis partes[48] y abarcan exhaustivamente y por riguroso orden todo el texto sagrado[49].

A su vez, en la exposición al Evangelio de san Marcos[50] cabe distinguir cuatro partes que también comentan el texto desde el principio hasta el final, distribuidas en 46 capítulos[51].

Estas dos obras datan de los años 709-715 la primera y de los años 725-730 la segunda, de acuerdo con los indicios que Beda mismo da en diversos pasajes del conjunto de su abundante producción literaria. Con ellas no dio por concluida su exégesis de los evangelios, porque en los últimos años de su vida, entre 730-735, compuso los dos libros de *Homilías al evangelio*, cuya traducción se incluye en este volumen y de los que hablaremos más adelante.

45. *In librum beati Patris Tobiae* (CCL CXIX B, 1-19), 1983. *Expositio in canticum Abacuc prophetae* (*Ibidem* 377-409)

46. *In Proverbia Salomonis libri III* (CCL CXIX B, 21-163).

47. *In Cantica Canticorum libri VI* (CCL CXIX B, 165-375).

48. *In Lucae evangelium expositio* (CCL CXX, 1-425), 1960.

49. I (I, 1– IV, 13), II (IV, 14– VII, 35), III (VII, 36– XI, 13), IV (XI, 14– XV, 32), V (XVI, 1– XXI, 4), VI (XXI, 5– XXIV, 53).

50. *In Marci evangelium expositio* (CCL CXX, 427-648).

51. I (I, 1– IV, 34), II (IV, 35– IX, 1), III (IX, 2-XII, 44), IV (XII, 1-XVI, 20).

Beda no redujo su exégesis del Nuevo Testamento a los evangelios, sino que también se ocupó de otros libros. Es más, parece que comenzó su tarea en este campo por ellos, en primer lugar por el del Apocalipsis. En efecto, poco antes de 709 compuso su *Exposición al Apocalipsis*[52]. Esta obra el mismo autor la dividió en tres libros, aproximadamente de igual longitud, sin más intención que la de retener la atención del lector, proporcionándole un descanso al pasar de uno a otro. El primero llega hasta 8, 2, el segundo hasta 15, 1 y el tercero hasta el final, es decir 22, 21.

No puede decirse, sin embargo, que las dos pausas sean arbitrarias, porque la primera tiene lugar cuando el cordero inmolado abre el séptimo sello del libro y se produce en el cielo un silencio de media hora; y la segunda, al aparecer en el cielo los siete ángeles con las siete plagas.

Por la misma época, quizá en 709 o un poco después, se ocupó de los *Hechos de los Apóstoles*, libro al que dedicó tres escritos: la explicación general a ese texto[53], la aclaración de algunos pasajes difíciles que con el tiempo había comprendido mejor y a la que dio el nombre de *Retractatio*, siguiendo el ejemplo de san Agustín[54], y una especie de índice de regiones y lugares, por orden alfabético trascrito del griego al latín, que aparecen citados a lo largo de las páginas de ese mismo libro[55].

Asimismo se interesó en explicar las llamadas siete epístolas católicas o universales, dirigidas a todos los cristianos por los apóstoles Santiago, Pedro (2), Juan (3) y Judas. Esto lo hizo en una sola obra que lleva el título genérico de *A propósito de las siete epístolas católicas*[56].

52. *Expositio Apocalypseos* (CCL 121 A), Turnhout, 2001.

53. *Expositio Actuum Apostolorum* (CCL CXXI, 1-99), 1983.

54. *Retractatio in Actus Apostolorum* (CCL CXXI, 101-163).

55. *Nomina regionum atque locorum de Actibus Apostolorum* (CCL CXXI, 165-178).

56. *In epistolas septem catholicas* (CCL CXXI, 179-342).

Tras haber justificado en el prólogo el orden en el que esas cartas han sido recogidas en el canon sagrado, comenta cada una de ellas, capítulo por capítulo y casi versículo por versículo. Para ello utiliza ante todo citas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, sin que falten Padres de la Iglesia, como Jerónimo, Agustín y Gregorio Magno.

IV. Pervivencia[57]

Toda la obra de Beda gozó de un gran prestigio y su autoridad perduró a través de los largos siglos de cultura medieval. De ello da fe el elevado número de manuscritos de sus obras esparcido por todo el continente europeo. Ya en 746/47 san Bonifacio escribía al entonces abad de Jarrow, pidiéndole que le enviara copias «de los tratados de Beda, aquel profundo estudioso de las Escrituras que, como hemos oído, últimamente ha resplandecido entre vosotros como una lumbrera de la Iglesia».

Pero no solo fueron apreciados los comentarios a la Sagrada Escritura en el mundo monástico; también en las escuelas episcopales, de las que surgirían con el devenir del tiempo las universidades, fueron muy valorados los escritos históricos y más que ningún otro aquellos en los que la creciente sed de cultura científica veía colmadas las ansias de saber[58]. En este contexto sobresalió la autoridad de Beda como cronologista y como historiador: de ahí el éxito de sus obras *De ratione temporum* –como ya ha quedado apuntado– y la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum*.

La difusión de la primera de esas obras contribuyó directamente a que desde entonces se impusiera en la práctica

57. Sobre este tema, véase G. H. Brown, *op. cit.*, pp. 117-134.

58. Sobre este tema puede consultarse la edición citada de Ch., Vuillaume, *op. cit.*, pp. 69-70.

de todo el Occidente el sistema que había sido propuesto por Dionisio el Exiguo para la datación del mundo, tomando como punto central la encarnación de Cristo.

A esta popularidad contribuyó el hecho de que entre los capítulos 16-22, ambos inclusive, Beda introdujo una crónica mundial hasta 725, para la que contó con gran cantidad de antecedentes –sobre todo la gran crónica de Isidoro y la de Mario de Avenches, el *Liber pontificalis*, Eutropio, Orosio y actas de concilios, para la historia general, y Gilda y su *Historia Britonum* para los acontecimientos locales– y que sirvió de fuente para buena parte de los historiadores medievales: Pablo diácono, Ado de Vienne, Regino de Orüm, Hermann de Reichenau, Mariano Escoto y Ekkehard de Aura.

En cuanto a la segunda de esas obras baste decir que aún en la actualidad sirve de punto de referencia obligado para toda historia antigua de Inglaterra. De ahí la actualidad y el interés que la edición de esta obra despierta aún en nuestros días. Contamos con traducciones a las principales lenguas de cultura occidental[59].

Interés especial reviste para nosotros la presencia de Beda en España[60]. Lo primero que debe decirse al respecto es que durante toda la Edad Media esas huellas son escasas, por no decir inexistentes. Baste con recordar que no se encuentra ningún manuscrito suyo de bibliotecas hispanas en el aparato crítico de las ediciones modernas de sus obras. En la biblioteca capitular y colombina de Sevilla hay un manuscrito del

59. Baste con aludir aquí a la inglesa, ya citada, *Bede historical Works*, 2 vol., en The Loeb classical Library, Cambridge (Massachusetts) – Londres, 1930, a la francesa *Historia ecclesiastica gentis anglorum: Histoire ecclésiastique du peuple anglais*, I: Libros I-II; II: libros III-IV; III: libro V, Sources chrétiennes, Paris, 2005, a la italiana *Storia degli inglesi*, libri I-II trad. dal francese, *Scrittori greci e latini*, 2008 y a la aún más reciente española *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos*, Akal, Clásicos latinos medievales y renacentistas, Madrid, 2013.

60. Para lo que sigue, consúltese H. HEIDENREICH, *op. cit.*

s. XII, procedente del N. de Italia, con el comentario del evangelio de san Marcos y algunas homilías. En los últimos años se han publicado también noticias de algunos manuscritos del *De temporum ratione* en el Arxiù de la Corona de Aragô y en el monasterio de Ripoll[61]. Las razones de esta laguna son obvias, si se tiene en cuenta el esfuerzo que supuso la secular tarea de la Reconquista y la lejanía geográfica de las islas británicas y la cultura anglosajona.

Esta situación cambia con el comienzo de la Edad moderna y más concretamente con la revolución religiosa provocada por la reforma protestante. España se siente responsable de proteger de ese peligro a los ingleses que han debido refugiarse en los Países Bajos, huyendo de la persecución a que han sido sometidos en las islas, a la vez que salvaguardan la unidad de la Iglesia. No fue difícil encontrar en Beda un representante de la fe ortodoxa en la primera conversión de los ingleses e interpretarle como el continuador de los clásicos peninsulares: Isidoro de Sevilla, Orosio y Prudencio. Así quedaba establecido el nexo que parece fue fomentado sobre todo por los jesuitas.

En efecto, el año 1588 apareció la *Historia ecclesiástica del scisma del reyno de Inglaterra*, traducción al español de una obra del sacerdote Nicholas Sanders publicada tres años antes en Roma. Este trabajo del Padre Pedro de Ribadeneira, discípulo de san Ignacio de Loyola, se publicó a la vez en Madrid, Lisboa, Amberes y otras capitales del imperio español. En el prólogo Ribadeneira lamentaba la situación de los asuntos religiosos en ese país, una de las provincias más antiguas de la cristiandad, que había permanecido fiel a Roma durante casi mil años, como atestigua Beda entre otros. Al mismo tiempo, expresaba su esperanza de que el lector

61. Sobre este tema véase M. M. Plaza Picón – J. A. González Marrero, «Un acercamiento a los tratados del "Cómputo" de Beda», en *Fortunatae* 17 (2006), 117-125.

de esa historia sintiera terror ante las consecuencias que la apostasía arrastra consigo. Unos años después, en 1593, escribió una segunda parte en la que apela de nuevo a Beda como ejemplo de sabiduría y buen juicio.

En el mismo Ribadeneira tiene su origen otra vertiente de la presencia de Beda en España: la de autor piadoso. En su *Flos sanctorum o libro de las vidas de los santos* (1599-1601), relato edificante para protección contra los absurdos desvaríos heréticos, incluye a Beda entre los exegetas ortodoxos de pasajes controvertidos de la Sagrada Escritura, junto a otras autoridades como Gregorio de Tours y Bernardo de Claraval. Pero sobre todo abre paso a un género literario –la novela espiritual– que tendría una gran difusión hasta el primer tercio del s. XVIII. Un ejemplo sobresaliente es la *Vida y purgatorio de san Patricio* (Madrid, 1628) de Juan Pérez de Montalbán, un verdadero bestseller de la época, con treinta ediciones y traducciones al francés y al inglés. Para esta obra Beda es una copiosa fuente de narraciones milagrosas y se convierte en inspirador de la literatura del siglo de oro español. Lope de Vega –*El mayor prodigio o el Purgatorio en la vida* (~1635)–, Calderón –*El purgatorio de san Patricio* (1636)–, Quevedo –*Vida de san Pablo Apóstol* (1644), *Virtud militante contra las cuatro pestes del mundo* (1651)– cuentan a Beda entre las autoridades representativas de la ortodoxia eclesiástica.

V. La Edad Media a través de la obra de Beda

De la somera descripción que hemos hecho de la enorme producción literaria de Beda el Venerable se desprende una conclusión que tiene mucho que ver con la imagen de la Edad Media que aún hoy día está vigente en la mentalidad de un buen número de nuestros contemporáneos: la de unos siglos en los que, considerados en bloque, no era la ciencia sino las cuestiones de fe las que ocupaban las mentes de los hombres.

San Beda se nos muestra abierto a cuestiones científicas como la matemática, la astronomía, la cronología, la historia, la filología, a las que da respuestas válidas aún en nuestros días. Esta realidad tiene que ver directamente con otro prejuicio que es urgente superar: el que lleva a muchos a pensar que en aquellos siglos la última palabra sobre todo problema que se planteaba, solo estaba en poder del magisterio de la Iglesia, tantas veces ejercido como una medida de represión de posiciones contrarias a los que se consideraban dogmas y no eran más que falsas o simplemente anticuadas ideas sobre la realidad del mundo en que vivimos. Paradigma de esta mentalidad es la idea aún hoy difundida de que la ortodoxia se empeñó de un modo inamovible en que la tierra era plana.

La realidad es mucho más rica y por eso hay que matizarla. En estas obras hemos visto cómo Beda no rompe con los conocimientos que la observación del mundo había proporcionado a la cultura clásica. Al contrario, los conserva, los trasmite y los enriquece con aportaciones de su propia curiosidad científica que le lleva a calcular, clasificar y sistematizar la naturaleza y los fenómenos que en ella se producen.

VI. Los dos libros de homilías al Evangelio

Ha llegado el momento de concentrar nuestra atención en la obra publicada en este volumen de la colección de Patrística: los dos libros de homilías al Evangelio[62]. Ya el título es elocuente en cuanto a su contenido. En efecto, Beda no compone con este texto un comentario a los evangelios –como había hecho con los de Marcos y Lucas–, sino que expone en otro estilo pasajes de los cuatro relatos canónicos.

62. *Bedae Venerabilis Homeliarum evangelii libri II* (CCL CXXII), cura et studio D. Hurst, Turnholti, 1955.

Se ha escrito con razón que las homilías de Beda tienen el mismo estilo que sus comentarios, hasta el punto de que difícilmente es posible distinguir entre unas y otros[63]. En efecto, como el mismo autor reconoce a propósito de los comentarios, los compone a base de resumir lo que han escrito Ambrosio, Agustín, Gregorio y Jerónimo sobre el evangelio de san Lucas[64], o en general lo que han publicado los Padres a propósito del de san Marcos[65].

No obstante, se pueden apreciar diferencias, si no en el método, sí en algunas características propias de la diferente situación en que se escriben o se pronuncian. Ante todo, la circunstancia de que, mientras el comentario se mantiene en un tono profesoral y se dirige a ilustrar al lector, en la homilía Beda interpela a sus oyentes con el propósito de que examinen sus conciencias y saquen de la interpretación de la Escritura conclusiones prácticas que fortalezcan su fe y la apliquen a su conducta en el seno de la comunidad monástica[66].

A este respecto, B. Ward[67] expone un ejemplo elocuente. Mientras en los comentarios al relato de la resurrección de Lucas y Marcos nuestro autor da vueltas a cada frase, iluminándola con referencias a otras partes de la Biblia, explicándola en su sentido literal y alegórico con citas de los Padres y aclarando cuidadosamente las doctrinas heréticas que contradicen el texto, en la homilía sistematiza todas las apariciones del Resucitado que narran los evangelios, cita otros pasajes de la Escritura que ilustran esos relatos, alude a las trampas propagadas por herejes, como los cerintianos, y a

63. Cf. B. WARD, *The Venerable Bede*, Oxford, 1990, 64.

64. Cf. epístola dedicatoria a Acca (CCL 120, 7).

65. Cf. CCL 120, 432.

66. Estos son los niveles –literal, moral, alegórico y anagógico– que componen la quintaesencia de la espiritualidad trasmitida por la Sagrada Escritura y que Beda expone en sus homilías, como veremos más adelante.

67. Cf. B. WARD, *op. cit.*, p. 65.

continuación aplica el relato directamente a la celebración de la fiesta de la Pascua por parte de la comunidad: «Efectivamente, debemos confiar en que –aunque nosotros estemos muy por debajo de los pies de los Apóstoles–, por su misericordia nos sucede lo mismo: es decir, que Él está en medio de nosotros siempre que venimos a reunirnos en su nombre. Y su nombre es Jesús: es decir, Salvador. Y cuando nos reunimos para hablar del modo de conseguir la salvación eterna, es evidente que nos reunimos en el nombre de Jesús. Y no es lícito dudar de que, cuando hablamos de las cosas que Él ama, está presente con tanta más verdad cuanto más perfecto es el corazón en el que guardamos los sentimientos que profesamos con los labios».

La homilía se presta más a manifestar su propio punto de vista y su actitud ante los artículos de la fe. Este rasgo se aprecia de un modo particular en los puntos fuertes de su predicación: por ejemplo, en su mariología. Por supuesto, tanto en los comentarios a los evangelios como en las homilías pondera el papel preeminente de María en la historia de la Redención, pero en estas segundas se implica él mismo de manera más personal. Con otras palabras, mientras en los comentarios se mantiene en un plano doctrinal, teórico, en las homilías expresa su profunda devoción mariana.

Un pasaje puede ilustrar esta diferencia. Al exponer las palabras «la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra» de Lc 1, 35, en el comentario, Beda pondera el sentido teológico de la expresión y lo refrenda con un ejemplo tomado de la naturaleza: «Esa expresión puede también designar la doble naturaleza del Salvador encarnado. En efecto, la sombra suele formarse a partir de la luz y un cuerpo; y es verdad que aquello a lo que se da sombra queda lo suficientemente aliviado de la luz o del calor del sol y de ese modo, aunque no pueda ser suprimido el ardor del sol en sí, se templa interponiéndole una nubecilla o cualquier otro cuerpo. Del mismo modo, puesto que la bienaventurada Virgen en cuanto mero ser hu-

mano no era capaz de encerrar en sí misma toda la plenitud de la Divinidad encarnada, la cubrió con su sombra el poder del Altísimo; es decir, la luz incorpórea de la Divinidad tomó en ella el cuerpo de la Humanidad. De eso habla bellamente el profeta cuando dice: «He aquí que el Señor se montará sobre una nube ligera y entrara en Egipto», lo que equivale a decir: «He aquí que el Verbo de Dios, coeterno con el Padre, luz de luz, nacido antes de los siglos asumirá en la plenitud de los tiempos un cuerpo y un alma libre de cualquier peso de pecado, y llegará al mundo, de un vientre virginal, como el esposo sale de su tálamo»[68].

Este misterio de la fe, explicado con ayuda de un fenómeno natural, se presenta en un tono diferente en las homilías. Aquí todo se convierte en un comentario lleno de devota admiración hacia la Virgen: «El Espíritu Santo, que viene sobre la Virgen, muestra la eficacia de su divino poder en ella de dos formas. En efecto, de una parte limpió su mente de toda mancha de pecado –hasta el punto en que lo tolera la fragilidad humana–, para que fuera digna de dar a luz un parto divino; y de otra creó en su vientre, con su sola operación, el cuerpo santo y venerable de nuestro Redentor. Esto es, sin que mediara ningún tipo de contacto varonil, formó una carne sacrosanta de la carne intacta de la Virgen»[69].

«Ciertamente la virtud del Altísimo cubrió con su sombra a la bienaventurada madre de Dios porque, cuando el Espíritu Santo colmó su corazón, le calmó de todo deseo de concupiscencia carnal, le limpió de todos los afanes temporales y santificó con sus dones celestiales, tanto su mente como su cuerpo»[70].

68. BEDA, *In Lucae evangelium expositio*, CCL 120, 33-34.

69. *Hom.* I, 3, 18. En este texto parece que Beda aún no expone el misterio de María en todo su desarrollo teológico, concretamente en su concepción inmaculada. Más adelante volveremos sobre este punto.

70. *Hom.*, I, 3, 19.

Tras esta importante aclaración, lo primero que debe decirse de este texto es que se trata de una obra de madurez, compuesta en los últimos años de su vida, entre 730-735, si bien lo más probable es que estemos ante una versión muy elaborada de sermones que el autor fue pronunciando a lo largo de los años en el seno de las comunidades de los monasterios de Wearmouth y Jarrow en los tiempos litúrgicos fuertes –Adviento (4), Navidad (7), Epifanía (7), Cuaresma (7), Semana santa (4), Pascua de resurrección (7), ascensión del Señor (3), Pentecostés (2)–, así como en fiestas en honor de Juan Bautista (3) y algunos Apóstoles[71] (3). Se salen de este marco la homilía en honor del fundador de los monasterios, Biscop Benedicto, y las dos que cierran la colección con el título común de «En la dedicación de una iglesia»: la de san Pablo en Jarrow.

Ahora bien, aunque hay algunos rasgos –quizá pura retórica– de interpelación a los oyentes[72], otros muchos hablan a favor de una elaboración sistemática. Por ejemplo, la idéntica longitud de casi todas ellas y las costumbres monásticas de leer obras de este tipo en el refectorio o en la llamada *lectura sacra*, a la que cada monje dedicaba tiempo habitualmente, rumiando los textos evangélicos.

En la vigilia de la Pascua, Beda encarece a sus hermanos: «Y, puesto que nos alegramos con esta solemnidad anual de los misterios de la resurrección del Señor y al mismo tiempo de nuestra Redención, procuremos, queridísimos –abrazados con profundo amor de corazón a ellos–, mantener estos

71. Estos apóstoles son Pedro (I, 20; II, 22), Pablo (II, 22), es decir los patronos de los monasterios en los que Beda pasó su vida y los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago (II, 21). A propósito de esta última, véase lo que comentamos sobre su título en el lugar correspondiente.

72. Para ello utiliza diversas fórmulas. La más común es *dilecti, dilectissimi*; pero no faltan variantes como *vestra fraternitas* (I, 11, 5; 23, 5), *vestra sanctitas* (I, 5, 3.10).

mismos misterios, viviéndolos; conservémoslos como hacen los animales puros, unas veces rumiándolos en su expresión oral y otras considerándolos en su sentido profundo, y ante todo procuremos llevar una vida llena de actos tales que merezcamos contemplar felices el acontecimiento de nuestra propia resurrección»[73].

VII. El texto

Una de las tareas más arduas de la edición crítica de las obras de Beda ha consistido en purgarlas de adherencias atribuidas falsamente a él[74]. Actualmente está aceptado que las auténticas son cincuenta distribuidas en dos libros[75], lo cual responde exactamente al título registrado por él mismo en el, repetidas veces, citado capítulo 24 de su libro V, sobre la *Historia eclesiástica de los ingleses*: «dos libros de homilías al evangelio».

Puede decirse que en general siguen el orden del año litúrgico, de acuerdo con el uso romano-napolitano de entonces. Esta peculiaridad no es sorprendente si se tiene en cuenta la estrecha relación que el fundador de ambos monasterios mantuvo con Roma, según se desprende de la homilía I, 13, pronunciada con ocasión de su fiesta. Al mismo tiempo hay que hacer notar que ese orden aparece trasto-

73. Expresiones análogas abundan en la misma idea. *Verba euangelicae lectionis frequenti meditatione reuoluamus*: I, 4, 34. *Sermo Dei... quasi terendo et cernendo discutere*: II, 8, 1.

74. Esta es la gran diferencia entre la edición de J.-P. Migne y la del *Corpus Christianorum*. Mientras en la primera se agrupan hasta 109 –divididas entre genuinas y atribuídas-, en la segunda se da cabida solo a 50.

75. Así se piensa sin excepción desde finales del s. XIX. Cf. Dom G. Morin, en *Revue Bénédictine* IX (1892), 315-326.

cado en alguno de los mejores manuscritos, desorden que parece obedecer a la acomodación a regulaciones de liturgias posteriores, sobre todo la romana modernizada y la galicana.

A la vez no resiste a la tentación de comparar los diferentes relatos evangélicos de las mismas escenas[76]. De ahí que, sin abandonar el orden preestablecido –el tiempo litúrgico–, salte de un evangelio a otro[77].

VIII. Fuentes para la obra exegética

En primer lugar hay que notar que, si bien es verdad que la inmensa mayoría de las citas bíblicas están tomadas de la versión de la Vulgata, no faltan algunos pasajes del Antiguo Testamento tomados de la Vetus latina[78] –el profeta Habacuc–, así como algunas citas de Isaías tomadas de la traducción de los Setenta[79].

Por lo demás, aunque no faltan algunas paganas o judías –Plinio, Horacio, y sobre todo Flavio Josefo para la historia del pueblo elegido– las principales fuentes son cristianas: el

76. Por ejemplo, para el Adviento comenta textos de Marcos (I, 1), Juan (I, 2) y Lucas (I, 3. 4); para la Navidad, escoge pasajes de Mateo (I, 5), Lucas (I, 6. 7.11) y Juan (I, 8). En conjunto, incluye pasajes de los cuatro evangelios: Mateo (8 en el libro I; 5 en el II), Marcos (1 en el libro I; 1 en el II), Lucas (7 en el libro I; 7 en el II) y Juan (9 en el libro I; 12 en el II).

77. Recorre de una parte todos los tiempos litúrgicos, desde el Adviento a la Pentecostés, y de otra –también por el orden en que entonces se celebraban– algunas fiestas de santa María, de los apóstoles –Pedro, Pablo, Juan, posiblemente también Santiago (II, 21)– y sobre todo de Juan Bautista.

78. Véase Ha 3, 2. (cf. *Hom.*, I, 4, 31). Ha 3, 18 (cf. *Hom.*, I, 5, 15; I, 17, 8)

79. Por ejemplo Is 66, 2 (cf. *Hom.*, I, 4, 13); Is 9, 6 (cf. *Hom.*, I, 23, 3).

monje irlandés Adamnano (*De locis sanctis*), Ambrosio (*Expositio evangelii secundum Lucam*), Agustín (*Enarrationes in Psalmos*, *Tractatus in Johannem*), Gregorio Magno (*Homeliae in Evangelia*), Isidoro (*Etymologiae*), Jerónimo (*Commentarium in Matthaeum, Liber interpretationis hebraicorum nominum*)[80].

IX. Características de las homilías

Se ha escrito con acierto que estas obras de Beda «no despliegan la retórica y los altos vuelos de los sermones de Ambrosio a la iglesia milanesa. No exhiben la pirotecnia y la elocuencia de las *Enarrationes in psalmos* de Agustín, cuando predicaba a la ruidosa asamblea africana. Tampoco se asemejan directamente a los sermones pontificios de Gregorio el Grande, por más que Beda admirara e imitara sus puntos de vista y su espiritualidad. No obstante, tienen sus propias cualidades: claridad, sinceridad y sobriedad»[81].

1. Estructura

Esas notas están ya presentes en la estructura formal de estas composiciones. Es muy sencilla. Comienzan de ordinario con la alusión al pasaje evangélico que se acaba de leer, encuadrado en la enseñanza central que el predicador quiere extraer de él[82]. El cuerpo lo componen los versículos del

80. Un índice completo de las referencias a esos autores se encuentra en CCL 122, 401-03. De su dependencia de estos autores habla Beda en algunas de sus obras: ver PL 92, 134 A, 304 D. Sobre su actitud ante la autoridad de los Padres, véase P. Meyvaert, «Bede the scholar», pp. 58 ss.

81. G. H. Brown, *op. cit.*, p. 75.

82. Excepcionalmente –I, 21– comienza con la alusión a la epístola de san Pablo que también se ha leído en la Misa, aunque enseguida se centra en el evangelio del día.

texto y su interpretación, tanto literal, como alegórica[83]. El paso de una a otra está marcado de ordinario expresamente[84]. Para prestar autoridad a ambas se aportan antecedentes y ejemplos tomados del Antiguo Testamento[85] o de la Historia de la Iglesia, sobre todo de la tradición apostólica, encabezada por san Pablo. Por último, indefectiblemente se exhorta a los oyentes al examen y al propósito de enmienda y progreso en la virtud, con el fin de conseguir el premio eterno:

«Por tanto, hermanos queridísimos, para compensar los beneficios divinos, tratemos de amar con todo el corazón,

83. A esta segunda –sagrada (I, 14, 13), profunda, mística (I, 9, 14; I, 16, 19; I, 17, 17), simbólica (I, 10, 1-2), figurada (I, 10, 8; I, 14, 3; I, 16, 19; I, 17, 23), espiritual (I, 14, 15. 20; I, 17, 3)– Beda le da mucha más importancia que a la literal, que es carnal, corporal, superficial. Valgan como muestra estos textos: «Hermanos queridísimos, la lectura del Evangelio que hemos escuchado hace un momento, de una parte y al pie de la letra resplandece, llena de gozo, porque describe el triunfo de nuestro Redentor, y de otra, al mismo tiempo, describe con palabras claras los dones de nuestra Redención. Y, si queremos analizarla más a fondo, descubrimos que en la letra se encierra un fruto aún más sabroso de sentido espiritual. Porque la palabra de Dios, como los perfumes, cuanto más cuidadosamente se analiza, desmenuzándola y tamizándola, tanto mayor fragancia desprende de su riqueza interior» (*Hom.*, II, 8, 1). «Porque si atendemos solamente al sentido literal de las Escrituras, a la manera judaica, ¿qué reproche recibimos de ellas en medio de nuestros pecados diarios, qué consuelo ante las crecientes dificultades de este mundo, qué formación espiritual entre los innumerables errores de esta vida..., si no sabemos también extraer el sentido alegórico de esas palabras que nos remueven por dentro reprendiendo, instruyendo, consolando?»: (*Prologus in Samuelem*: CCL 119, 9).

84. Por ejemplo, Beda introduce la interpretación espiritual del lavatorio de los pies de los apóstoles al inicio de la última cena con esta fórmula: «si alguno desea describir este servicio humildísimo de nuestro Salvador con mayor profundidad, esta cena sacrosanta... simboliza...» (*Hom.*, II, 5, 6).

85. De él se extraen sobre todo figuras típicas, tanto del Señor –Juan Bautista (I, 1, 13) como de la Iglesia y sus sacramentos.

todo el alma, todas nuestras fuerzas a Dios Padre que nos amó primero, hasta el punto de que no perdonó a su Hijo, sino que le entregó por todos nosotros.

Amemos al mismo Hijo que, teniendo la forma de Dios, para nuestra libertad y vida tomó la forma de siervo y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz y, *que* –como dice el apóstol Juan– *nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*.

Amemos al Espíritu Santo, del mismo Padre y del Hijo, por cuya gracia hemos vuelto a nacer, con cuya unción hemos sido marcados en el día de la Redención, que sopla donde quiere y –allí donde sopla– enciende de inmediato el fuego de ese mismo amor divino.

Creamos que el mismo Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es un solo Dios y Señor nuestro y ensalcemos su nombre todos a una con la alabanza que es debida a quien tiene la gloria, el imperio y el poder antes de todos los siglos de los siglos. Amén»[86].

2. *Teología*

Por lo que respecta al contenido, no hay que insistir en la ortodoxia de sus afirmaciones[87]. El texto de las homilías presenta un sistema de pensamiento teológico coherente en el que destacan algunos puntos dignos de resaltar por la nitidez[88] y frecuencia con que aparecen.

A partir de la doctrina sobre la Santísima Trinidad, de la que se destaca la unidad de esencia y de acciones junto a la

86. *Hom.*, II, 18, 22.

87. Baste con decir que trozos de estas homilías se siguen utilizando hoy día en la Liturgia de las horas, como anotaremos en cada ocasión a pie de página.

88. En una simple lectura de las homilías llaman la atención las formulaciones que sin duda Beda de una parte ha tomado de los Padres y los documentos magisteriales y de otra ha contribuido a que se conviertan en tradición.

trinidad de las personas[89], extrae Beda el resto de los misterios de la fe. En la descripción de la vida íntima trinitaria, llama la atención la precisión con que describe las procesiones de las personas[90]. En este misterio insondable el punto central es para él la encarnación del Verbo, que explica una y otra vez en sus términos justos: en Jesucristo se dan dos naturalezas en una persona[91].

Su obra redentora continúa en el mundo a través de la Iglesia. El culto del templo sigue vivo en ella, que es su heredera[92]. Ella es la continuadora de la obra del Señor, tras su ascensión a los cielos[93], la administradora de los sacramentos, sobre todo el bautismo, pero también la Eucaristía y la confesión[94]. Y dentro de la Iglesia, que siguiendo a san Pablo concibe como un cuerpo, la cabeza –que tiene su sede en Roma[95]– desempeña un papel singular[96], el Primado[97], que es garantía de unidad[98] y de vida[99].

Al describir la diferencia entre los comentarios a los evangelios y las homilías, hemos aludido ya a la devoción

89. Cf. *Hom.*, I, 2, 23. 26; I, 4, 10; I, 8, 3 ss.; I, 12, 12; I, 15, 14; I, 16, 3; I, 19, 1. 9; I, 20, 6 ss.; I, 23, 19; I, 24, 18; II, 12, 11; II, 16, *passim*; II, 17, 10; II, 21, 12; II, 24, 17.

90. Cf. *Hom.*, II, 11, 11-14; II, 16, 2-3; II, 24; II, 25.

91. Cf. especialmente *Hom.*, I, 3, 12-13; 5, 9; 8, 20 ss.; I, 15, 17; I, 17, 19; I, 19, 7; II, 1, 12; II, 18, 12 y

92. Cf. *Hom.*, II, 19, 14.

93. Cf. *Hom.*, II, 15, 2. 28.

94. Cf. *Hom.*, I, 20, 15. Es especialmente rica la simbología aplicada a la Iglesia: es ante todo cuerpo de Cristo: II, 1, 17. 18, 13; la esposa de Cristo (I, 12, 19. 14, 4); Jerusalén y su templo (I, 14, 17); Betania, «casa de la obediencia», porque obedece los preceptos divinos (II, 4, 6. 15, 12); el «monte de los olivos», porque en ella se encierran los sacramentos del Señor; la casa de Jacob y de los patriarcas (I, 3, 15), que Jesucristo mismo se ha construido para habitar en ella (II, 25, 15); el arca preparada por Noé para salvar a la humanidad (I, 14, 14).

95. Cf. *Hom.*, I, 13, 8.

96. Cf. *Hom.*, II, 25, 16.

97. Cf. *Hom.*, I, 7, 3.

98. Cf. *Hom.*, I, 16, 16.

99. Cf. *Hom.*, II, 16, 20 ss.

que Beda sentía por la virgen María. Ahora, sin embargo, parece llegado el momento de estudiar las razones sobre las que se apoya. El origen de su papel excepcional en la historia de la redención y su prolongación en la Iglesia es su maternidad divina[100]. En efecto, ella fue la que, sin precedentes en la condición femenina, disfrutó del honor de ser madre junto con el resplandor de su virginidad y la primera que inmoló a Dios la eximia ofrenda de su integridad[101]. A María, que había recibido un cuerpo de la tierra, le cupo el honor único de engendrar a un Hijo que era ciertamente igual al Padre en cuanto a su Divinidad, pero consustancial a ella en cuanto a la realidad de su carne[102]. En este misterio confluyen unas circunstancias únicas e irrepetibles: de una parte a una madre virgen correspondía dar a luz a Dios, y de otra Dios solo podía venir al mundo de una madre virgen[103].

De ahí recibe María su preeminencia sobre todos los santos[104] y resplandecen en ella en grado sumo la humildad, la piedad y la castidad, virtudes de las que es modelo[105].

Un matiz particular presenta la actitud de Beda ante la concepción inmaculada de María, verdad que con los siglos pasaría a ser declarada dogma de fe. Él confiesa esta verdad en varios pasajes de las homilías y califica repetidas veces a la virgen de *intemerata*[106], pero en el sentido en que la entiende hoy el magisterio de la Iglesia, cuando habla de la Virgen como peregrina de la fe, es decir sometida a las incertidumbres propias de la fragilidad humana[107].

Hay finalmente un aspecto de las homilías que hace de ellas un producto típico de la mentalidad de su época. La dimensión escatológica de la vida humana, tan presente en las

100. Cf. *Hom.*, I, 8, 22.
101. Cf. *Hom.*, I, 3, 9-10.
102. Cf. *Hom.*, I, 4, 10.
103. Cf. *Hom.*, I, 5, 2; I 6, 2.
104. Cf. *Hom.*, I, 4, 19.
105. Cf. *Hom.*, I, 3, 27; I, 4, 2.
106. Cf. *Hom.*, I, 3, 5; I, 18, 1.
107. Cf. *Hom.*, I, 3, 18.

páginas de la Sagrada Escritura, se impone de continuo ante los ojos de Beda que, ya en su juventud tuvo que enfrentarse a una grave epidemia de la que al parecer solo se salvaron él y el abad de Jarrow[108], y que toda su vida hubo de temer las incursiones de daneses y vikingos que llegarían a provocar el saqueo y la destrucción de ese monasterio en 794.

Así se explica que la escena del juicio final y sus consecuencias aparezcan una y otra vez en las homilías, pero no como algo lejano que ocurrirá cuando se acabe la vida del hombre sobre la tierra, sino ya en su proyección en esta vida, concretamente en el comportamiento diario, tanto de los justos como de los que serán condenados[109]. A este propósito describe de un modo especialmente dramático la escena de la expulsión de los mercaderes del templo: «Esta escena es tremenda y digna de ser temida; y hay que prever con una vigilancia continua no vaya a ser que, presentándose de improviso, encuentre en nosotros alguna perversidad por la que debamos con razón ser castigados y arrojados de la Iglesia... Debemos alegrarnos porque el Señor se digna visitar nuestros corazones –esto es, su ciudad– y porque el mismo se digna iluminar la Pascua de nuestra buena conducta con la presencia de su piedad hacia nosotros. Mas, debemos tener la suficiente dosis de temor a que en su ciudad nos encuentre haciendo cosas distintas a las que Él quiere y se nos muestre como un severo juez –tal y como no lo deseamos– y a que nos vaya a condenar por encontrarnos en el templo como cambistas o vendedores de bueyes, ovejas y palomas»[110]. Con frecuencia abunda en lo

108. Así han interpretado algunos una noticia recogida en la *vita Ceolfridi*, una biografía anónima de ese abad de Jarrow. La discusión sobre su autenticidad se encuentra en G. H. BROWN, *op. cit.*, p. 7. En cualquier caso Beda debió de vivir de cerca esa situación.

109. Cf. *Hom.*, I, 2, 26; I, 4, 28; I, 11, 9 ; I, 24 *in principio*; II, 3, 15.

110. *Hom.*, II, 1, 7-8.

terrorífico de esa escena, a propósito de diversos pasajes del evangelio.

En ese mismo terreno, como se ha puesto repetidas veces de relieve, Beda es uno de los primeros autores cristianos en hablar con toda claridad de la existencia y el sentido del Purgatorio: «Pero ciertamente algunos, aunque están predestinados por sus buenas obras a compartir la suerte de los elegidos, sin embargo –por algunos pecados con los que estaban manchados cuando salieron del cuerpo– son recibidos después de la muerte para ser castigados severamente por las llamas del fuego del purgatorio. Esos tales, o bien son purificados de la inmundicia de los vicios hasta el día del juicio, a través de un examen minucioso que dura largo tiempo, o bien tras haber sido librados de esas penas antes gracias a los ruegos, limosnas, ayunos y llantos de amigos fieles, consiguen la paz de los bienaventurados»[111].

Esta amenaza de las penas del infierno va siempre de la mano de la esperanza de obtener el perdón: «Si nos es grato un desaforado apetito de cosas temporales, recordemos que nuestro juez despidió sin nada a los ricos... Jamás desesperemos de conseguir el perdón de los pecados cometidos, porque *su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen*. A nadie se le escape sin arrepentirse una culpa grave entre los males que ha hecho, porque Dios resiste a los soberbios y, apartándoles de la suerte de los bienaventurados, les esparce por los diversos lugares del infierno, según la diversa especie de sus pecados»[112].

La visión que Beda tiene del mundo y sus edades presenta en la escatología una relevancia particular, si se tiene en cuenta que la octava y definitiva se iniciará una vez haya tenido lugar el juicio universal. Mientras tanto, él distingue

111. *Hom.*, I, 2, 28. Cf. G. SIMONETTI, *op. cit.*, p. 41.

112. *Hom.*, I, 4, 34.

en las homilías repetidas veces los dos estadios del más allá: la muerte de cada hombre, seguida inmediatamente después del juicio personal por un lado y de otro el juicio universal al final del mundo en el que se producirá la resurrección de la carne y la recuperación de los cuerpos gloriosos.

Esto lo simboliza con la imagen de los dos ropajes blancos que recibirán las almas de los bienaventurados: «Efectivamente, cada alma tiene un ropaje blanco, cuando ahora disfruta sola de su felicidad. Recibirán todas un segundo cuando, completado al final el número de sus hermanos, se alegren al recibir también los cuerpos inmortales»[113].

3. Ascética monástica

El clima que se respira en las homilías de Beda es el propio de la vida en un monasterio. No solo en lo anecdótico que trae consigo la vida en comunidad, como la interpelación continua a sus oyentes, a quienes se dirige como a hermanos queridísimos, o las alusiones a la liturgia de las horas, sino sobre todo en el nivel moral que exige, superior al imperante en el siglo. Para él la vida monástica presenta ventajas en orden a conseguir la santidad. Está firmemente convencido de que la vocación religiosa es superior a la vida dentro del matrimonio: «Porque, ¿quién puede ignorar –afirma, comparando a María y a Isabel– que una virgen consagrada a Dios tiene un grado superior a la que se ha entregado a un marido?»[114].

En este contexto es sumamente expresivo el contraste que se establece entre la vida activa y la contemplativa[115] en el núcleo de otra de las homilías que dedica a san Juan Bautista. A pesar de que reconoce que la primera brinda una gran facilidad para realizar buenas acciones, la vida de un religioso no se puede amoldar al nivel de las personas mundanas. Por

113. *Hom.*, II, 12, 9.
114. *Hom.*, I, 4, 4.
115. Cf. *Hom.*, I, 9, sobre todo los números 13-17.

eso, advierte a sus oyentes: «No pensemos que nos es suficiente para la salvación, si nos equiparamos en nuestra fe o en nuestras obras a la multitud de los perezosos o de algunos ignorantes. Para nosotros hay una sola regla de fe y al mismo tiempo de conducta en las Escrituras sagradas»[116].

La vida del monje debe caracterizarse por un continuo esfuerzo en aprender de los personajes del Evangelio –comenzando por Jesús, santa María, san Juan Bautista y los apóstoles– a vivir las virtudes propias del cristiano. Ante todo, la fe en Dios que actúa por amor, de acuerdo con la palabra de Pablo: «*Porque en Cristo Jesús no tienen valor ni la circuncisión ni la incircuncisión, sino la fe que actúa por la caridad*»[117]. De esa actitud surgen las virtudes básicas de una vida dedicada a la búsqueda de la santidad: la humildad[118], la obediencia[119], el desprendimiento de las cosas de este mundo[120], la piedad y, sobre todas ellas, la caridad[121].

En este clima de máxima exigencia moral aparecen a menudo ejemplos tomados de la Historia Sagrada, tanto en un sentido negativo como positivo. Ante todo se debe evitar el mal, hasta el punto de optar en última instancia por el mal menor, como muestra el caso de Herodes, que por no caer en perjurio, cometió un crimen: «Herodes juró dar a la bailarina lo que le pidiera y, para no ser llamado perjuro por los comensales, mancilló el mismo banquete con sangre, cuando convirtió la sangre del profeta en premio del baile. Y no solo en el jurar, sino en todo lo que hacemos, debemos observar con cuidado esta regla: que si, engañados por las insidias del enemigo, caemos en una falta similar, de la que no podemos levantarnos sin ninguna mancha de pecado,

116. *Hom.*, I, 20, 17.

117. Ga 5, 6: *Hom.*, I, 17, 1-2; I, 19, 12.

118. Cf. *Hom.*, I, 12, 1; I, 19, 1-2.

119. Cf. *Hom.*, I, 12, 6; I, 14, 15.

120. Cf. *Hom.*, I, 13, 1ss.

121. Cf. *Hom.*, I, 17, 1.

busquemos ante todo aquella salida en la que vemos que corremos menos peligro...»[122].

Pero, sobre todo, se debe practicar siempre el mayor bien posible, como hizo san José al aceptar a María por esposa: «Él sabía que la estirpe de María procedía de esa casa (de David) y por eso no dudaba de que en ella se cumpliría esa profecía. Pero si la repudiaba en secreto, no la recibía en su casa y seguía apareciendo como esposa, no sería extraño que pocos la tuvieran por virgen y no sospecharan más bien que era una meretriz. De ahí que de repente la decisión de José se cambiara por una mejor: a saber, la de recibir a María por esposa una vez celebrado el banquete de bodas, con el fin de conservar su fama, pero guardarla casta para siempre»[123].

Para Beda es evidente que eso solo es posible con ayuda del cielo. En el caso de José, mediante una revelación y en el de cada hombre por medio de la gracia antecedente. Siguiendo a san Pablo y a san Agustín, para Beda el hombre es incapaz de realizar cualquier tipo de obras buenas sin ella: «Para no desfallecer en las buenas obras, debemos buscar en todo momento la ayuda de quien ha dicho: *Porque sin mí, no podéis hacer nada*. De ahí que el salmista diga con razón, para significar que el Señor nos concede el inicio de la fe y de las buenas obras: *El Señor se me adelantará con su misericordia*. Y para mostrarnos que el bien que hacemos lo debemos hacer gracias a su ayuda, insiste: *Y tu misericordia me precederá todos los días de mi vida*. Para demostrar que se nos concede gratis el premio de la vida eterna con el que se recompensan las buenas acciones, añade: *Él te corona en su compasión y misericordia*. Efectivamente nos corona en su misericordia y compasión cuando nos concede el premio de

122. *Hom.*, II, 23, 11.

123. *Hom.*, I, 5, 5.

la felicidad eterna por las obras buenas que Él mismo en su misericordia nos ha concedido que realicemos»[124].

4. *Erudición*

Siempre en función de su objetivo pedagógico, Beda hace uso en sus homilías de aquellos aspectos de erudición que ilustran el texto sagrado. Si bien no abundan, tampoco faltan ese tipo de pasajes, al menos en tres campos sobresalientes: el sentido de los nombres a partir de su etimología, la historia y la arqueología. En menor proporción otras ciencias, como la biología o la geografía[125].

En cuanto a la primera, no desaprovecha ninguna oportunidad para explicar el sentido original de nombres propios y topónimos que aparecen en los textos revelados: para ello utiliza casi en exclusiva la obra sobre los nombres hebreos de Jerónimo, con algunas incursiones en las *Etimologías* de Isidoro de Sevilla, sin que falten contadas alusiones a obras profanas, como la *Historia natural* de Plinio.

Aporta datos históricos en relación con el nacimiento de Jesús –su genealogía (I, 3, 24; II, 19, 2 ss.), el día de su nacimiento, seis meses después del de Juan Bautista (II, 20, 7), el empadronamiento de la población del imperio romano (I, 6, 1 ss.)–, con la matanza de los inocentes –reinado de Herodes y sus sucesores (II, 23–, con la construcción del tem-

124. *Hom.*, I, 2, 12. Véase también *Hom.*, I, 16, 12.

125. Dejamos de lado la fascinación que Beda siente por el simbolismo de los números, siguiendo la tradición de los Padres. En las homilías aparecen una y otra vez alusiones a este aspecto de la exégesis al que nuestro autor rinde tributo siempre que se le presenta la ocasión: «Los Padres han discutido de múltiples maneras sobre los números cincuenta y cuarenta»: *Hom.*, II, 16, 22. Y a continuación (22-25) analiza el sentido de esas cifras. Y algo análogo hace con el cuatro, el siete (I, 12, 21; II, 17, 27), el diez, etc.

plo de Jerusalén (II, 1) –sucesivas destrucciones, reconstrucciones y dedicaciones (II, 24, 19 ss.)–, etc.

Pero el campo en el que sin duda se ha documentado bien es el arqueológico, si se tienen en cuenta sus abundantes referencias a restos de la presencia de los pastores en Belén (I, 7, 15), el sepulcro de Raquel (I, 10, 5), la arquitectura del templo (II, 1, 18-22; II, 19, 21; II, 25, 21 ss.), el sepulcro del Señor (II, 10, 16-18), las construcciones cristianas en Jerusalén (II, 10, 17 ss.).

Por lo que respecta a las otras ciencias, destaca la descripción minuciosa que hace de la formación del cuerpo humano durante los primeros días de su gestación (II, 1, 15-16), cifra que pone en relación con los cuarenta y seis años que duró la segunda construcción del templo de Jerusalén, tras el cautiverio babilónico. Asimismo, la descripción de las dimensiones del lago de Genesaret, que toma de la *Historia naturalis* de Plinio (II, 2, 3).

X. Lengua

Se ha escrito recientemente con razón que Beda escribe un latín puro, correcto y claro[126], si bien salta a la vista que presenta algunos rasgos de vulgarización de estilo, más que de descuidos lingüísticos. La lengua es impecable desde el punto de vista gramatical, rasgo que no llama la atención, si se tiene en cuenta la calidad de las fuentes en que nuestro autor se inspira para esta obra. Por lo que respecta a la construcción de la frase, se aprecia –aparte de la tendencia ya repetidas veces señalada a extender las completivas con *quod* y *quia* a expensas de las que llevan infinitivo– la aparición

126. Cf.J. L. Moralejo, *op. cit.*, p. 23.

reiterativa de fórmulas como (*quia*) *nimirum* que tienden a convertirse en simples muletillas[127].

Donde a todas luces exagera hasta el rebuscamiento es en el uso del hipérbaton –que aumenta la dificultad de comprensión– y en las redundancias, que con frecuencia el traductor no tiene más remedio que recoger con la consiguiente repercusión en la fluidez de la lengua. Valgan como ejemplo dos pasajes: *unde ecclesiae coepit origo* (I, 10, 1), que traducimos «donde tuvo su origen el comienzo de la Iglesia» y *nemo... ad accipienda vitae mysteria praesumat accedere* (II, 4, 2): «que nadie se atreva a acceder a la percepción de los misterios de vida». Los ejemplos de ambas debilidades de estilo, podrían multiplicarse.

XI. Manuscritos

El texto de las homilías ha llegado hasta nosotros ante todo por medio de dos códices calificados de *meliores*, ambos del s. IX. El primero se encuentra en la Biblioteca Municipal de la ciudad francesa de Boulogne-sur-Mer y concuerda en líneas generales con el segundo, que se encuentra en la Biblioteca Central de Zürich, llegado a esa ciudad desde el monasterio de S. Gallen. Se les designa respectivamente con las letras B y S y ambos son los únicos que contienen el texto íntegro de las cincuenta homilías, que se editan tradicionalmente divididas en dos libros de aproximadamente la misma longitud.

Los demás manuscritos (*deteriores*) son de fecha posterior y se encuentran sobre todo en Francia –Biblioteca Nacional de París (P, s. X; C, s. XI; R, ss. XI-XII)– y en In-

127. Valgan algunas muestras: I, 1, 6. 8 (2); 2, 23; 3, 4. 25; 4, 13; 6, 2. 16; 9, 15; 10, 4. 9. 13; 12, 10; 13, 11; 15, 7. 10; 16, 6; II, 2, 3; 3, 11 etc.

glaterra –Lincoln, Biblioteca de la Catedral (L, ss. X-XI); Oxford (M, s. XII; N, s. XIII; O, s. XII). En todos ellos se encuentran afinidades, como lagunas de más o menos longitud, y adiciones del mismo tenor[128]. Existe también una notable cantidad de manuscritos, con algunas homilías que están copiadas de antiguos leccionarios, archivados tanto en el Vaticano como en diferentes países europeos: Francia, Alemania, Inglaterra e Italia.

El texto que se lee en ellos no presenta ninguna dificultad, salvo una *crux* que se halla en I, 23 línea 32 que discutiremos en su lugar. Por lo demás, se encuentran solo variantes gráficas de pequeña entidad que dan pie a alguna opción por una *lectio difficilior*, que es la que normalmente prefiere la edición del *Corpus Christianorum*, sin que se origine ningún cambio sustancial de sentido en la expresión. Algunas de ellas no las seguimos cuando, al cotejar el texto con el de Migne, parece más razonable esta última variante. Esos pasajes son los siguientes: CCL: *proferre*; nosotros: *praeferre*: I, 14, 20; CCL: *de quo*, nosotros *de qua*: I, 16, 15; CCL: *hominis*, nosotros *nominis* : I, 16, 13; CCL: *quantam*, nosotros *quanta*: I, 17, 1 ; CCL: *et eisdem*, nosotros *et de iisdem*: I, 24, 9; CCL: *et prophetias*, nosotros *prophetas*: I, 24, 17; CCL: *videbant*, nosotros *viderant*: I, 24, 18; CCL: *cepimus*, nosotros *coepimus*: II, 16, 4; CCL: *gratia*, nosotros *a gratia*: II, 18, 8.

XII. La presente traducción

Hemos mantenido el orden en que han aparecido en el *Corpus Christianorum*. No obstante, dado el gran número

128. Entre las primeras destaca la laguna de I, 17, 22, 24 en M L y entre las segundas las variantes del texto de I, 19 que se encuentran en C P L O.

de errores tipográficos de esta edición, nos parece obligado dejar al principio de cada homilía constancia de las columnas en las que cada texto aparece en el volumen 94 de la PL de J.-P. Migne. A pesar de que presenta un menor aparato crítico y se lee con más dificultad, es mucho más segura desde el punto de vista tipográfico y además cuenta con signos diacríticos puestos con muy buen criterio[129].

129. No son solo faltas que proceden de los modernos medios de transcripción, como el escaneo que confunde a veces la sucesión *fi* con *fl* –cf. I, 6, 304–, *um* con *im* –I, 20, 125–, o *ni* con *ui* –cf. I, 21, 89–, o una coma por un punto, como en I, 24, 228, sino la repetición de una misma palabra, como *noster* en II, 23, 291 y errores de más bulto, que hacen incomprensible el texto, como la omisión de *anima* en II, 4, 28, o el error de *potest / potes* en II, 18, 90. Otros errores son más peligrosos: por ejemplo, se podría llegar a la conclusión de que Beda utiliza sistemáticamente *arbitris* como genitivo de *arbiter*, si se tiene solo en cuenta esta edición en la que aparece ese error tipográfico, al menos en I, 6, 25; II, 14, 69; II, 16, 370; II, 19, 9.

Sin pretensión de ser exhaustivos, constatamos algunas de estas erratas, que se cuentan por docenas y citamos según la homilía y la línea de esa edición: *quesierat / quaesierat* : I 1, 115; *stipenduim / stipendium*: I 2, 102; *pronunriauit / pronuntiauit*: I 4, 210; *redemtionis / redemptionis*: I 4, 308; *quace / qui de*: I 5, 77; *perperit / peperit*: I 5, 108; *nescendo / nascendo*: I 5, 134; *arbitris / arbitri*: I 6, 306 *uenient / ueniet*: I 7, 144; *hominum / hominem*: I 9, 242; *divine / divina*: I 11, 25; *nationibis / nationibus*: I 11, 62; *lacrimus / lacrimis*: I 14, 26; *tiru / ritu*: I 14, 221; *tribere / tribuere* I 15, 120; *divuinitate / diuinitate*: I 17, 94; *domino / demum*: I 19, 160; *concortes / consortes*: I 20, 77; *quidem / quidam*: I 20, 209; *nix / uix*: I 21, 89; *centemptus / contemptus*: I 25, 39-40; *deicens / dicens*: I 25, 161; *consortinus / consortibus*: I 25, 187; *caesleti /caelesti*: II 1, 90; *corigere / corrigere*: I 1, 159; *quisquid /quidquid*: II 2, 26; *ipse / ipsa*: II 2, 171; *consummalionem / consummationem*: II 2, 217; *uiuet nostra / uiuet anima nostra*: II 4, 28; *suceptae / susceptae*: II 4, 108; *Christum / Christus* : II 6, 170; *subbati / sabbati*: II 7, 14; *insiuper / insuper*: II 7, 125; *noste / nocte*: II 7, 226; *confirmamdam / confirmandam*: II 9, 150; *papanda / palpanda*: II 9, 152; *promeranda / promerenda*: II 9, 217; *spiritus sanctis / sanctus*: II 11, 216; *aliqando / aliquando*: II 12, 28; *recen-*

Lamentablemente en ninguna de estas dos ediciones, así como tampoco en las traducciones que hemos podido consultar, se establece una distribución del texto. Es verdad que CCL marca las líneas, además de anotar al margen las columnas correspondientes a la edición de J.-P. Migne[130], pero es este un criterio puramente material, que no tiene en cuenta para nada, ni el pasaje comentado, ni el desarrollo del discurso. Eso da como resultado una traducción que podríamos llamar invertebrada y difícil de comprender para el lector. Para superar esa deficiencia, hemos introducido la numeración, como es práctica común en las publicaciones actuales[131].

dentibus / recedentibus: II 13, 89; *arbitris / arbitri*: II 14, 69. II 16, 370; *humnum / hymnum*: II 16, 380; *videtis / vivetis*: II 17, 113; *interato / iterato* II 18, 34; *arbitris / arbitri*: II 19, 96; *rogat / roget*: II 19, 153; *illis / illius*: II 19, 215; *satiat /satiet*: II 19, 346; *angelis/angelus*: II 20, 18; *natiuitate / natiuitatem*: II 23, 51; *sepulierunt /sepelierunt*: II 23, 222; *hiemps / hiems*: II 24, 12; *praedistinare / praedestinare*: II 24, 106; *hos / his*: II, 24, 109; *ferme / fere*: II 24, 208; *cucubitos / cubitos*: II 25, 242; *ieiuniam / ieiunium*: II 25, 314.

130. Tampoco estas anotaciones están exentas de errores, como sucede en I, 20.

131. Véase, por ejemplo, la relativamente reciente (2003) edición del *de tabernáculo*, publicada en «Sources chrétiennes» (475) por Ch. Vuillaume.

BIBLIOGRAFÍA

1. Ediciones

MIGNE, J.-P., *Patrologiae cursus completus, Series latina* (PL) vol. 94, Paris 1850.

Corpus Christianorum, Series latina, (CCL) vol. 122, Turnholti 1950.

2. Traducciones

BEDA VENERABILE, *Omelie sul Vangelo.* Introduzione, traduzione e note a cura di G. SIMONETTI, Città Nuova editrice, Roma, 1990.

BEDE THE VENERABLE, *Homilies on the Gospels,* 2 vol. Preface by B. WARD, Introduction by L. T. MARTIN, Translated by L. T. MARTIN and D. HURST, Michigan, 1991.

BÈDE LE VÉNÉRABLE, *Le Tabernacle.* Introduction, texte et traduction par Ch. VUILLAUME, Sources chrétiennes 475. Paris, 2003.

3. Monografías y manuales

BROWN, G. H., *A Companion to Bede*, Woodbridge, 2009.

MANITIUS, M. *Geschichte der lateinischen Literatur des Mittelalters*, Múnich, 1911, pp.70-87. Handbuch der Altertumswissenschaft (HA) IX A 2.1.

WARD, B. *The Venerable Bede*, Oxford, 1990.

4. Artículos

COLGRAVE, B. «The venerable Bede and his times», en *Bede and his world*: Jarrow Lectures, 1958-1993, 2 vol. Cambridge 1994, I, pp. 5-18.

FLETCHER, E. «Benedict Biscop», en *Bede and his world*: Jarrow Lectures, 1958-1993, 2 vol. Cambridge 1994, II, pp. 541-554.

FLEIDENREICH, H. «Beda Venerabilis in Spain», en *Modern Language Notes* 85: 2 (1970), pp. 120-137.

JONES, Ch. W. «Bede s Place in Medieval Schools», en *Famulus Christi. Essays in Commemoration of the 13th. Centenary of the Birth of the Venerable Bede*, Londres, 1976, pp. 261-85.

MEYVAERT, P. «Bede and Gregory the Great», 1964, en *Bede and his world*: Jarrow Lectures, 1958-1993, 2 vol. Cambridge 1994, I, pp.103-133.

IDEM, «Bede the scolar», en *Famulus Christi. Essays in Commemoration of the 13th. Centenary of the Birth of the Venerable Bede*, Londres, 1976, pp. 40-69.

WHITELOCK, D. «After Bede», en *Bede and his world*: Jarrow Lectures, 1958-1993, 2 vol. Cambridge 1994, I, pp. 37-49.

WORMALD, P. «Bede and Benedict Biscop», en *Famulus Christi. Essays in Commemoration of the 13th. Centenary of the Birth of the Venerable Bede*, Londres, 1976, pp. 141-69.

ABREVIATURAS

CCL	Corpus Christianorum Series Latina
PL	Patrologiae Latinae Cursus

Beda

HOMILÍAS SOBRE LOS EVANGELIOS

Libro 1

HOMILÍA I

En el Adviento

Mc 1, 4-8
PL 94, 22-26

1. Hermanos queridísimos: Para prevenir la llegada de la predicación del Señor[1] –como acabáis de escuchar en la lectura del Evangelio–, Juan apareció en el desierto, bautizando y predicando un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados. Aquí hay que analizar minuciosamente la expresión que se emplea: *bautizar y predicar un bautismo de penitencia para el perdón de los pecados*[2]. Porque, quien bautizaba con un bautismo de penitencia para confesión y enmienda de los pecados, era el mismo que predecía un bautismo de penitencia para remisión de los pecados en Cristo, en cuyo solo bautismo se nos concede la remisión de los pecados[3].

1. Para interpretar bien todo este pasaje hay que tener en cuenta, de una parte que Beda distingue entre bautismo *in confessionem et emendationem peccatorum* (el de Juan) y bautismo *in remissionem peccatorum* (el de Jesús), pero de otra que *praedicare*, «anunciar, predicar» tiene a la vez el sentido de «predecir, preparar».

2. Mc 1, 4.

3. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia* 20, 2 (CCL 141, 144-145).

2. Así lo atestigua el Apóstol[4], que dice: *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios*[5]. Con razón se le llama a ese bautismo «de penitencia», porque quien desea ser bautizado en la fuente de la vida, no es por otra cosa sino porque se arrepiente de estar sometido a la perniciosa muerte, a la vez del alma y del cuerpo, consecuencia de la primera prevaricación.

3. Y si nos preguntamos por qué Juan bautizó con un bautismo por medio del cual no podían ser perdonados los pecados, la razón es patente: porque, para desempeñar su oficio de Precursor, lo mismo que debía nacer, predicar y morir antes que el Señor, así también debía bautizar antes que Él. Y a la vez, para que al haber sido Juan el primero en bautizar a los hombres, la insidiosa hostilidad de fariseos y escribas no afectara al plan de la Providencia divina, sino que cuando quisieron preguntar a Jesús con qué poder bautizaba, al punto tuvieron que oír: *el bautismo de Juan, ¿de dónde era, del cielo o de los hombres?*[6] Como no se atrevían a negar que era del cielo, se vieron obligados a confesar que las obras de Aquel a quien Juan predicaba eran también del cielo.

4. Pero el bautismo de Juan, a pesar de que no perdonaba los pecados, no fue en absoluto infructuoso para quienes lo recibieron porque, aunque no se confería para remisión de los pecados, era un signo de fe y penitencia. En efecto, se daba para que todos aquellos que lo recibían se abstuvieran de pecar, insistieran en dar limosnas, creyeran en Cristo y consideraran un deber acercarse, en cuanto Él apareciera, a

4. Beda escribe casi siempre «el Apóstol», cuando se refiere a san Pablo. Solo por excepción añade su nombre, como hace habitualmente con los demás.

5. Ef 4, 5-6.

6. Mt 21, 25.

aquel bautismo con el que serían purificados para remisión de sus pecados.

5. Por lo que respecta a que Juan administra su bautismo en el desierto y preanuncia el bautismo de Cristo –más aún, pasa su vida desde niño en el desierto– eso hace que, como todo eximio maestro, corrobore con su ejemplo lo que predicaba con la palabra y que el que amonestaba a sus oyentes para que se apartaran de sus pecados, por medio de la penitencia, se apartaba de los vicios de los pecadores, no solo por la pureza de su mente, sino por el lugar donde habitaba corporalmente.

6. De otra parte, simbólicamente, el desierto en el que Juan permanecía es imagen de la vida de los santos, apartada de los encantos del mundo[7]. Éstos, ya vivan en solitario, ya mezclados entre el pueblo, desprecian con toda la intensidad de su alma los anhelos de este mundo y se deleitan en unirse solo a Dios en lo profundo de su corazón y en poner en Él su esperanza. A esa soledad de la mente, gratísima a Dios, deseaba acceder –con la ayuda de la gracia del Espíritu Santo– el profeta que decía: *¡Quién me diera alas como de paloma y volaría y descansaría!*[8] Y, tras haberla logrado con la ayuda de Dios, inmediatamente después añade, lleno de agradecimiento, como si despreciara las complicaciones ruines de los deseos mundanos: *He aquí que he huido lejos y permanecí en el desierto*[9].

7. Podría parecer a primera vista que Beda comparte plenamente la mentalidad medieval según la cual el ideal de santidad se identifica con la vida monástica. Pero si se analiza este texto, se aprecia que admite también que ese ideal es alcanzable en el mundo. El secreto consiste en buscar la unión con Dios y poner en Él nuestra esperanza.

8. Sal 54, 7.

9. Sal 54, 8.

7. En definitiva, el Señor, tras haber liberado de Egipto al pueblo gracias a la sangre del cordero y haberlo conducido a través del mar Rojo, lo tuvo primero durante cuarenta años en el desierto y después le introdujo en la tierra prometida. Por eso, no es sorprendente que el pueblo fiel no pueda soportar el gozo de la patria celestial inmediatamente después del bautismo, sino que en primer lugar debe ejercitarse en una prolongada lucha por las virtudes, para después ser premiado con los dones de la bienaventuranza suprema.

8. Ahora bien, se expresa adecuadamente con cuánto fruto predicó Juan, cuando se dice: *Acudía a él toda la región de Judea y los habitantes de Jerusalén y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados*[10]. El sentido literal está claro, porque los primeros en acudir a recibir las palabras de salvación eran los más cercanos o los más instruidos.

Mas, puesto que Judea significa «confesión» y Jerusalén «visión de paz»[11], podemos interpretar de una manera alegórica que quienes han aprendido la confesión de la fe ortodoxa, quienes han abrazado la visión de la paz celestial se encuentran incluidos en esta expresión: *los de Judea y los habitantes de Jerusalén.*

9. En efecto, tal y como hay que creer que ellos fueron ante todo quienes entonces acudieron al desierto para ser bautizados por Juan, así de modo semejante consta que ahora, una vez oída la palabra de Dios, se apartan de su comportamiento anterior y acceden a la soledad de la vida espiritual,

10. Mc 1, 5.

11. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 121). En efecto, según la interpretación rabínica, el término Jerusalén está compuesto de dos semantemas: «Jahvé verá, proveerá» y «la paz». Orígenes (185-253/54), en múltiples pasajes de sus obras adoptaba ya este significado: cf. *Hom. in Ios.*, 21, 2; *Hom. in Ier.*, 9, 11; *Com. in Rom.*, 10, 14.

siguiendo el ejemplo de maestros fieles; porque sin duda de ese modo –mortificándose día a día en una nueva vida, concorde con su conversión– se purifican, como con un bautismo diario en el Jordán y con las lágrimas de su compunción, de todo tipo de contagio con vicios que se insinúan en ellos, según aquello que dijo el salmista: *Todas las noches lavaré mi lecho, con lágrimas humedeceré mi estrado*[12].

10. De ahí que el Jordán haya sido interpretado con razón como el «río del juicio»[13], porque sin duda los elegidos, cuanto más solícitamente examinan a fondo su conciencia, tanto más caudalosos son los ríos de lágrimas que fluyen desde la profunda fuente de su corazón y, al captar que son menos perfectos, vuelcan las inmundicias de su fragilidad en las aguas de la penitencia.

11. Sigue el Evangelio: *Y Juan llevaba un vestido de pelos de camello y un cinturón de cuero ceñía sus lomos; y se alimentaba de langostas y miel silvestre*[14]. En sentido literal con estas palabras se describe la vileza del vestido y del alimento que convenían a un eremita solitario y a uno que predicaba la penitencia. Pero con los pelos de camello de los que se hace un cilicio, se expresa también, de un modo simbólico, la penitencia o la continencia en la que se ejercitaba e instruía a los demás. Y con el cinturón de cuero, que se arranca de un animal muerto, se señala de una parte que él mismo mortificaba los miembros de su cuerpo, y de otra que enseñaba a sus oyentes a hacer lo mismo.

12. Porque es sabido que de ordinario con los lomos se alude a la lujuria[15]; de ahí que el Señor, con el fin de apaciguarla y para ensalzar la gloria de la castidad, haya mandado:

12. Sal 6, 7.
13. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 140).
14. Mc 1, 6.
15. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia* 13, 1 (CCL 141, 90).

Tened ceñidos vuestros lomos y encendidas vuestras lámparas[16]. Por tanto Juan, que ha dominado hasta en sus raíces los movimientos del placer venéreo, ha ceñido ciertamente sus lomos con un cinturón de cuero. Con las langostas, que ligeras se despegan de la tierra, pero enseguida vuelven a caer en ella, y con la miel silvestre que comía, se alude al mismo tiempo a la brevedad y a la dulzura de su predicación; porque, de una parte el pueblo le escuchaba con gusto cuando predicaba, y de otra la venida del Señor puso término inmediatamente a su predicación y a su bautismo.

13. Y si alguno desea interpretar el vestido y la comida de Juan como figura del Señor nuestro Salvador –alegando con razón que del mismo modo que Juan le señalaba con su palabra profética, así también le mostraba con su vida–, de buen grado hay que seguir esa interpretación y admitir que los pelos de camello, por su aspereza, simbolizan a quienes intentan limpiar sus pecados con penitencia, ayuno y lágrimas; y el cinturón de cuero, por la muerte del animal del que está hecho, señala a quienes han crucificado su carne junto con sus pasiones y concupiscencias[17]. Y puesto que está escrito: *Así pues, cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo*[18], esos tales, al estar adheridos a Cristo en virtud de un amor inquebrantable, se visten con pelos de camello y ciñen sus lomos con un cinturón de cuero[19].

14. La langosta, por la brevedad de su vuelo, personifica la actitud voluble del pueblo judío, que se dejaba llevar de

16. Lc 12, 36.
17. Cf. Ga 5, 24.
18. Ga 3, 27.
19. El proceso de la interpretación alegórica –que Beda aplica una y otra vez a lo largo de estas homilías– es siempre análogo. Un primer paso consiste en ver la persona, el objeto o el suceso de que está hablando como tipo o figura de Cristo. El segundo y definitivo, concluir que esa identificación pervive en la Iglesia y en cada fiel cristiano.

acá para allá entre el Señor y los ídolos[20]. La miel silvestre significa la dulzura del ingenio natural con la que se regeneraban los pueblos incultos de las naciones extranjeras. Y, mientras el Señor elige de entrambos pueblos a quienes, instruyéndoles, quiere atraer a la unidad de su cuerpo que es la Iglesia[21], les alimenta sin duda con langostas y miel silvestre, porque convierte en miembros suyos a muchos que proceden, tanto de aquel pueblo que buscaba las cosas de arriba –pero con una intención inestable–, como de aquel otro que conocía solamente el sabor de la filosofía de este mundo.

15. Tras la descripción del lugar, la misión, el vestido y el alimento de Juan, a continuación se añade el contenido de su predicación, porque se dice: *Y predicaba diciendo: tras de mí viene uno más fuerte que yo*[22]. En verdad es muy fuerte el que bautiza para que se confiesen los pecados, pero más fuerte es el que bautiza para que estos sean perdonados. Es fuerte quien es digno de tener el Espíritu Santo, pero más fuerte quien lo infunde. Es fuerte aquel que *entre los nacidos de mujer no hay nadie más grande que él*[23], pero más fuerte es Aquel a cuyos pies yacen sometidas todas las cosas, porque *le has hecho poco menor que a los ángeles*[24] . Es fuerte el primero que vino a predicar el reino de los cielos, pero más fuerte el único que pudo darle.

16. Continúa: *yo no soy digno de postrarme ante él, para desatar la correa de sus sandalias*[25]. Sería ya sin duda una señal digna de gran respeto, si confesara simplemente que era digno de desempeñar este servicio de desatar, postrado

20. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job* XXXI, 25, 45 ss. (CCL 143 B, 1582-1285).
21. Cf. Col 1, 24.
22. Mc 1, 7.
23. Lc 7, 28.
24. Sal 8, 6. Esa es la expresión de la Vulgata, por más que la traducción castellana evite la dificultad, cambiando a los ángeles por Dios.
25. Mc 1, 7.

en tierra, la correa de sus sandalias; pero aquí, como admirable ejemplo de la virtud de la humildad, declara que ni siquiera es capaz de prestar dignamente ese servicio.

17. Y si penetramos en el misterio, esto explica el decreto de la Ley[26] que mandaba que, si uno no quería aceptar la mujer que le correspondía por el derecho de afinidad, sino que permitía que otro la tomara, en señal de su acuerdo se le soltara la sandalia de su pie y se le entregara a quien estaba dispuesto a recibirla como esposa. Y puesto que el pueblo pensaba con razón que Juan, gracias a sus virtudes, era el Cristo, del mismo modo creía que era también el esposo de la Iglesia[27]. Pero el mismo Juan, para mostrar a las claras quién es, dice: *El que tiene a la esposa es el esposo; pero el amigo del esposo que está a su lado y le oye se alegra enormemente al oír la voz del esposo*[28]. Por consiguiente, no permite que alguien crea que él es el esposo, por miedo a perder la amistad del esposo: eso significa el testimonio de no ser digno de desatar su calzado.

18. En definitiva, a Moisés y a Josué se les mandó que desataran su calzado cuando fueron nombrados jefes de la sinagoga[29], para que aprendieran que debían creer que quien se lo ordenaba era el esposo –es decir, el Señor de la sinagoga– y que ellos tenían el deber de ser en verdad y ser llamados amigos del esposo, por cuanto presidían la sinagoga.

19. *Yo os he bautizado en agua, pero Él os bautizará en el Espíritu Santo*[30]. En el evangelio de Mateo se narra que Juan dijo: *Yo en verdad os bautizo en agua para penitencia*[31]. Por tanto, Juan bautizaba en agua para separar de la multitud

26. Cf. Dt 25, 5-9. Rt 4, 7. Véase también GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 7, 3 (CCL 141, 49).
27. Cf. Ef 5, 21-32.
28. Jn 3, 29.
29. Cf. Ex 3, 5; Jos 5, 16.
30. Mc 1, 8.
31. Mt 3, 11.

de los infieles e impenitentes con la señal de su bautismo, a todos los que había podido convencer para que hicieran penitencia y creyeran en Cristo. Y, para que no creyeran que este bautismo les bastaba para obtener la salvación, antes bien se acercaran presurosos al bautismo de Cristo, añadió en consecuencia: *pero Él os bautizará en el Espíritu Santo.*

20. En verdad bautiza en el Espíritu el que perdona los pecados con la fuerza del Espíritu Santo y, una vez recibida esta remisión, concede también la gracia del mismo Espíritu. Porque da fe de que con razón se llama también bautismo en el Espíritu a la concesión de carismas en el alma el Señor mismo, que al subir a los cielos hace esta promesa a los discípulos, diciendo: *Ciertamente Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo*[32], anunciando así que en el décimo día de su ascensión se posaría sobre ellos el Espíritu Santo en forma de lenguas de fuego.

21. Uno se pregunta con razón, si el Señor mismo, que bautiza a todos los fieles en el Espíritu, llegó a bautizar a algunos también con agua. No parece que deba considerarse indigno de tanta majestad el que haya prestado ese servicio a algunos de sus discípulos, a través de los cuales habría de extender los dones del bautismo a los demás miembros suyos, Aquel que no rehusó desempeñar el memorable menester de lavar los pies a sus discípulos[33]. Pero, aunque haya bautizado en agua, ya sea ahora por sí mismo, ya más tarde a través de los suyos, solo bautiza en el Espíritu Santo Aquel que nos concedió el Espíritu y hace que actúe en nosotros su poder.

22. Procuremos, hermanos míos, mantener íntegra y pura su gracia en nosotros en cada momento, perseverando en

32. Hch 1, 5.

33. Cf. Jn 13, 2-11.

las buenas obras. Y sobre todo ahora, cuando nos disponemos a celebrar la Natividad de nuestro Salvador, afanémonos con más solicitud de lo habitual, vigilando para limpiar con más rapidez lo que hayamos sorprendido que existe en nosotros de negligencia oculta. Esforcémonos por adquirir cuanto antes lo que veamos que falta en nosotros de la virtud que deberíamos tener, apartando de nosotros la maleza de las discordias, denuestos, riñas, murmuraciones y demás vicios. Plantemos en nosotros la caridad, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la benignidad, la confianza, la mansedumbre, la continencia y los demás frutos insignes del Espíritu[34], a fin de que en aquel día merezcamos comparecer ante el altar del Señor con corazón limpio y conciencia pura y unirnos a los sacramentos sacrosantos de Aquel que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

34. Cf. Ga 5, 22-23.

HOMILÍA II

En el Adviento

Jn I, 15-18
PL 94, 26-31[1]

1. El Precursor de nuestro Redentor, al dar testimonio de Él, anuncia de antemano la excelencia de su Humanidad y a la vez lo eterno de su Divinidad. Porque decía a voz en grito lo que vosotros, hermanos, acabáis de escuchar mientras se leía el Evangelio: *Éste es de quien os dije: El que vendrá después de mí, ha sido hecho antes de mí*[2], *porque era primero que yo*[3].

2. En efecto, al decir *el que vendrá después de mí*, da a entender el orden dispuesto en la economía de la encarnación, según el cual nació después de él y después de él predicaría, bautizaría, haría milagros y sufriría la muerte. Pero, al añadir *ha sido hecho antes de mí*, se refiere a la excelsitud de su Humanidad, por la que con razón debía tener preferencia con respecto a todas las demás criaturas. Y las pala-

1. J.-P. MIGNE titula esta homilía: «En la II Feria de la I semana de Adviento».

2. La traducción de la Vulgata –*ante me factus est*– plantea el problema de que Cristo no fue «hecho»: es decir, creado. Por eso, Beda lo interpreta así, siguiendo a Gregorio Magno: «Aquel que ha de venir a predicar, me precede por la excelencia y el poder de su sacerdocio eterno».

3. Jn 1, 15.

bras *antes de mí* aluden, no a la sucesión en el tiempo, sino a la distancia en cuanto a la dignidad, según aquello que está escrito a propósito de Jacob, cuando bendijo a los hijos de José: *Y puso a Efraím antes de Manasés*[4].

3. En esa situación Manasés pudo decir con razón: «el que viene después de mí, fue hecho antes de mí: esto es, el que nació después de mí, me ha precedido en la posesión del reino». De ese mismo modo dijo Juan sobre el Señor: *El que vendrá después de mí, ha sido hecho antes de mí*; es decir, Aquel que ha de venir a predicar, me precede por la excelencia y el poder de su sacerdocio eterno.

4. De otra parte, mostró el motivo por el que le precedía en dignidad Aquel que habría de venir tras él, cuando añadió: *porque era primero que yo*. Es decir, puesto que era Dios, eterno antes de los siglos, por eso irá delante de mí en la gloria de su majestad, incluso en la Humanidad que ha asumido, aunque haya nacido después de mí[5]. Y, una vez expuesto el testimonio que el Precursor del Señor había dado de Él, inmediatamente después el evangelista vuelve al testimonio que él mismo había comenzado a dar, porque continúa[6]: *Pues de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia*[7].

5. En efecto, antes había dicho que: *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*[8]. Al confirmar esto también el Precursor con su testimonio,

4. Gn 48, 20. A pesar de la intervención de José a favor de Manasés, el primogénito, Jacob bendice primero a Efraím.

5. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 7, 3 (CCL 141, 49).

6. En efecto, el testimonio de Juan Bautista es como un paréntesis, en el conjunto del prólogo al Evangelio de san Juan.

7. Jn 1, 16.

8. Jn 1, 14.

cuando dice: *Éste es Aquel de quien os dije: El que vendrá después de mí, ha pasado delante de mí, porque era primero que yo*, continúa el Evangelista lo que había comenzado, diciendo: *Pues de su plenitud hemos recibido todos gracia sobre gracia.*

6. Verdaderamente el Señor estaba lleno del Espíritu Santo, lleno de gracia y de verdad, porque como dice el Apóstol: *En Él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente*[9]. De esa plenitud todos nosotros hemos recibido en la medida de nuestra capacidad, porque *a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo*[10]. Porque solamente del hombre Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres[11], ha podido decirse en verdad: *Y sobre Él reposará el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y le colmará el espíritu del temor de Dios*[12].

7. En efecto, todos los santos reciben, no la plenitud de su Espíritu, sino la cantidad que Él les concede de la plenitud de su Espíritu, porque *a uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro, operaciones de milagros; a otro, profecía; a otro, discreción de espíritus; a otro, género de lenguas; a otro, interpretación de lenguas. Y todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere*[13].

8. Por tanto, puesto que –no ya uno, sino todos– hemos recibido lo bueno que tenemos de la plenitud de nuestro Creador, hay que tener muchísimo cuidado de que ningún

9. Col 2, 9.
10. Ef 4, 7.
11. Cf. 1 Tm 2, 5.
12. Is 11, 2-3.
13. 1 Co 12, 8-11.

incauto se ensalce a sí mismo por una buena acción o idea propia, no vaya a ser que, si se muestra desagradecido con el que se lo ha dado, pierda el bien que ha recibido y sea fulminado con razón por aquella advertencia del Apóstol en la que dice: *porque, ¿qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?*[14]

9. De aquí que el mismo Apóstol –porque sabía que no era capaz de conocer o realizar algo digno, si no lo recibía de la plenitud de Cristo– confiesa en otro lugar claramente: *No es que nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios*[15]. Y en otro lugar dice: *Y su gracia no ha sido estéril en mí, sino que he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo*[16]. Lo mismo inculca insistentemente con humildad a sus colaboradores; de ahí viene aquello de: *trabajad con temor y temblor por vuestra salvación. Porque Dios es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito*[17].

10. Y, después de decir el Evangelista que todos nosotros hemos recibido de la plenitud de Cristo, inmediatamente añade y dice: *gracia sobre gracia*. Por tanto, asegura que hemos recibido una gracia doble: a saber, una para el presente y otra para el futuro. La del presente es en verdad *la fe que actúa por la caridad*[18]; la del futuro, por su parte, es la vida eterna[19].

11. Con toda certeza, la fe que actúa por medio de la caridad, es una gracia de Dios. Porque los bienes que percibimos para creer, para amar, para actuar, no los recibimos

14. 1 Co 4, 7.
15. 2 Co 3, 5.
16. 1 Co 15, 10.
17. Flp 2, 12-13.
18. Ga 5, 6.
19. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, III, 8-9 (CCL 36, pp.24-25).

por nuestros méritos precedentes, sino porque nos los concede Aquel que dice: *no me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido y os he puesto para que vayáis y deis fruto*[20]. Y el hecho de que recibamos la vida eterna por medio de la fe, la caridad y las obras buenas, es una gracia de Dios, porque, para que no nos desviemos del buen camino gracias a su guía, contamos siempre con la ayuda de Aquel a quien se pide: *Llévame, Señor, por tus caminos y andaré en tu verdad*[21]. Y, para hablar con sinceridad, si bajo tu guía no inicio el camino de la verdad que he comenzado, jamás seré capaz de mantenerlo.

12. Para no desfallecer en las buenas obras, debemos buscar en todo momento la ayuda de quien ha dicho: *Porque sin mí, no podéis hacer nada*[22]. De ahí que el salmista diga con razón, para significar que el Señor nos concede el inicio de la fe y de las buenas obras: *El Señor se me adelantará con su misericordia*[23]. Y para mostrarnos que el bien que hacemos lo debemos hacer gracias a su ayuda, insiste: *Y tu misericordia me precederá todos los días de mi vida*[24]. Para demostrar que se nos concede gratis el premio de la vida eterna con el que se recompensan las buenas acciones, añade: *Él te corona en su compasión y misericordia*[25]. Efectivamente nos corona en su misericordia y compasión cuando nos concede el premio de la felicidad eterna por las obras buenas que Él mismo en su misericordia nos ha concedido que realicemos.

13. Esto es lo que quiere decir que hemos recibido *gracia sobre gracia*, porque sin duda por la gracia de la buena conducta, que Él nos ha dado y mantiene para que no nos falte, nos concederá la gracia de la bienaventurada remu-

20. Jn 15, 16.
21. Sal 85, 11.
22. Jn 15, 5.
23. Sal 58, 11.
24. Sal 22, 6.
25. Sal 102, 4.

neración en la que cantaremos por siempre sus misericordias[26].

14. En definitiva, el Apóstol no dudó en llamar con toda claridad gracia a la percepción de la vida eterna, que se obtiene como premio a los méritos contraídos previamente. Tras haber asegurado que la consecuencia del pecado es la muerte, san Pablo no quiso afirmar por el contrario que el premio de la justicia es la vida eterna, sino que afirma: *pero es un don de Dios la vida eterna en Jesucristo, nuestro Señor*[27]. No porque el justo juez premie injustamente méritos buenos, sino porque esos méritos que son premiados han sido antes dones concedidos por el piadoso Salvador.

15. Continúa el Evangelio: *Porque la Ley fue dada por Moisés, la gracia y la verdad vino por Jesucristo*[28]. Ciertamente la Ley fue dada por Moisés; en ella se distingue por derecho divino lo que debe hacerse y lo que debe evitarse. Pero lo que la Ley prescribe no se cumple sino con la gracia de Cristo. La Ley podía ciertamente mostrar lo que era pecado, enseñar lo que era justo y acusar como culpables a sus transgresores; pero solo la gracia de Cristo, difundida en los corazones de sus fieles por el Espíritu de caridad[29], hace que se cumpla lo que manda la Ley.

16. De ahí que lo que está escrito: *no codiciarás*[30], se manda por la Ley de Moisés, pero por Cristo se convierte en gracia, cuando uno cumple lo que está mandado. En efecto, la Verdad se ha hecho por medio de Cristo, porque la Ley tenía la sombra de los bienes futuros, no la misma imagen de las cosas[31]. Y, como en otro lugar dice el Apóstol: *Todas estas cosas les sucedieron en figura*[32]. Pero Cristo reveló a

26. Cf. Sal 88, 2.
27. Rm 6, 23.
28. Jn 1, 17.
29. Cf. Rm 5, 5.
30. Dt 5, 21. Rm 7, 7.
31. Cf. Hb 10, 1.
32. 1 Co 10, 11.

sus discípulos la luz de la verdad, en vez de la sombra, la auténtica imagen de las cosas prefiguradas, en vez del símbolo de la Ley cuando, tras concederles la gracia del Espíritu, les abrió la inteligencia con el fin de que comprendieran las Escrituras[33].

17. La Ley fue dada por medio de Moisés cuando se mandó al pueblo que se purificara mediante la aspersión de la sangre de un cordero[34]. La gracia y la verdad, que estaban prefiguradas en la Ley, se produjeron cuando, por su pasión en la Cruz, nos purificó de nuestros pecados con su sangre. La Ley fue dada por medio de Moisés porque, al instruirle con preceptos saludables, profetizó que el pueblo entraría en la tierra prometida y viviría en ella para siempre, si los cumplía; en caso contrario, sería aniquilado por el enemigo.

18. La gracia y la verdad se cumplieron por medio de Jesucristo porque, con el don de su Espíritu, concedió la posibilidad de que la Ley fuera comprendida de una manera espiritual y cumplida; y porque al mismo tiempo introduce a quienes la cumplen en la verdadera felicidad de la vida celestial, que prefiguraba la tierra prometida.

19. El evangelista aclara en qué consiste la esencia de la gracia y la verdad que ha sido hecha realidad por medio de Jesucristo, cuando añade: *A Dios nadie le vio jamás: el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ese nos lo ha dado a conocer*[35]. En verdad, ninguna gracia mayor puede concederse a los hombres, ninguna verdad más sublime pueden conocer que aquella de la que el unigénito Hijo de Dios habla a sus fieles, cuando dice: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*[36] y de la cual habla al Padre, suplicándole: *Y esta es la vida eterna: que te co-*

33. Cf. Lc 24, 45.
34. Cf. Ex 12, 7.
35. Jn 1, 18.
36. Mt 5, 8.

nozcan a ti, único Dios verdadero, y a quien has enviado, Jesucristo[37].

20. Se afirma con razón que sin duda esta sublime percepción de gracia y de verdad no puede alcanzarse en la vida de este mundo: *A Dios nadie le vio jamás*: esto es, el que está rodeado aún de carne mortal y corruptible no puede contemplar la luz inabarcable de la Divinidad. De ahí que el Apóstol diga aún más explícitamente: *A quien ningún hombre ha visto ni puede ver*[38]. Efectivamente «ningún hombre», quiere decir ninguno que esté aún lastrado por un hábito de hombre, sometido a un comportamiento humano[39]. Por eso es por lo que Moisés, cuando –deseando contemplar a Dios, a quien veía en la figura de un ángel, en su propia naturaleza– rogaba: *Si he hallado gracia a tus ojos, muéstrame tu gloria*[40], escuchó: *no podrás ver mi faz, porque no me podrá ver un hombre y vivir*[41].

21. Pero no se debe pensar que esta afirmación se opone a lo que tantas veces en otros lugares se dice de que los patriarcas y los profetas vieron a Dios[42]. En efecto, el Señor se apareció a Abrahán en el valle de Mambre[43]. Y Jacob afirma: *He visto al Señor cara a cara*[44]. Igualmente Isaías: *El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un trono sublime y elevado*[45].

22. Mas, justamente se entiende que en todas estas visiones hombres santos contemplaron a Dios, no en la forma de su misma naturaleza, sino a través de ciertas imágenes.

37. Jn 17, 3.
38. 1 Tm 6, 16.
39. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, I, 24-25 (CCL 14, 18-19).
40. Ex 33, 13.18.
41. Ex 33, 19.
42. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XVIII, 44, 88 (CCL 143 A, 951-952).
43. Cf. Gn 18, 1.
44. Gn 32, 30.
45. Is 6, 1.

Por tanto, los santos vieron a Dios, interpuesta una criatura, como por ejemplo el fuego, un ángel, una nube, un resplandor[46]. Y, sin embargo, Juan constata con verdad que *a Dios nadie le vio jamás*. A Moisés se le dice en verdad que *no me podrá ver un hombre y vivir*[47], porque quienes, encerrados aún en una frágil vasija de carne, solo pueden ver mediante las imágenes finitas de las cosas, jamás pueden contemplar la luz infinita de la eternidad divina.

23. El evangelista expone a continuación la razón por la que debe llegarse a la visión de la luz inmutable y eterna, cuando dice: *el Hijo unigénito que está en el seno del Padre, ese nos lo ha dado a conocer*[48]. Esto es análogo a lo que dice el Señor en persona: *Nadie viene al Padre sino por mí*[49]. Y en otro lugar: *Nadie conoce al Hijo, sino el Padre, y nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelárselo*[50]. Efectivamente, bajo su guía debemos llegar al Padre, con su magisterio conocer al Padre y al Hijo junto con el Espíritu Santo, un solo Dios y Señor. Porque indudablemente Él, que se hizo hombre por nosotros, hablándonos con un hábito exterior de hombre, nos reveló con luz clara lo que debíamos pensar correctamente a propósito de la unidad de la Santísima Trinidad, en qué actitud debían acceder los fieles a su contemplación, con qué disposiciones hay que llegarse hasta ella.

24. Él en persona, revistiéndonos con los sacramentos de su encarnación, santificándonos con los carismas de su Espíritu, nos ayuda para que podamos llegar hasta ella. Y Él mismo, después de haber pronunciado en forma de un hombre la última sentencia, nos introducirá de una manera sublime

46. La palabra utilizada aquí –*electrum*– es propiamente una aleación de oro y plata.

47. Ex 33, 20.

48. Jn 1, 18.

49. Jn 14, 6.

50. Mt 11, 27.

en la contemplación de la majestad divina y nos explicará de un modo admirable los misterios del reino celestial.

25. Es evidente que decir *el que está en el seno del Padre* significa en el misterio del Padre[51]. Porque no se debe uno imaginar el seno del Padre de una manera pueril, a semejanza del pliegue[52] que tenemos en nuestros vestidos, ni debemos pensar que Dios, que no está configurado en forma de miembros humanos, se sienta como nosotros. Pero así como nuestro seno está en nuestro interior, la Escritura –hablando al modo humano– dice que está en el seno del Padre, con lo cual quiere dar a entender que permanece para siempre en la intimidad del Padre, donde la mente humana no es capaz de penetrar.

26. Pero el Hijo unigénito no solo revelará a Dios –es decir, no solo manifestará a los hombres la gloria de la Santísima e indivisa Trinidad, que es un solo Dios– cuando después del juicio universal introducirá a todos los elegidos al mismo tiempo a la visión de su propia luz, sino que le muestra cada día, cuando comienza a cumplir para cada uno de los fieles santificados, que se acaban de liberar de la corrupción de la carne, la promesa que les hizo cuando dijo: *Quien me ama es amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él*[53].

27. Yo me manifestaré –dice– a quienes me aman, para que quienes me han conocido mortal en su naturaleza sean capaces de ver ya desde ahora en mí a uno que es igual al Padre y al Espíritu Santo en su naturaleza[54]. Hay que creer que es cierto lo que ocurre con los apóstoles, con los már-

51. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, III, 17 (CCL 36, 27).

52. La palabra latina que Beda utiliza –*sinus*– tiene también este significado.

53. Jn 14, 21.

54. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XVIII, 44, 90 (CCL 143 A, 953).

tires, con los confesores y demás varones de vida moderada y santa, uno de los cuales, consciente de sus luchas, no dudó en afirmar de sí mismo: *Deseo morir y estar con Cristo*[55]. Por lo demás, hay muchos justos en la Iglesia que inmediatamente después de la muerte son acogidos en la paz dichosa del Paraíso, esperando –en medio de una gran alegría, en medio de numerosos coros de quienes se alegran con ellos– el momento cuando, una vez recuperado el cuerpo, lleguen y comparezcan ante la faz de Dios.

28. Pero ciertamente algunos, aunque están predestinados por sus buenas obras a compartir la suerte de los elegidos, sin embargo –por algunos pecados con los que estaban manchados cuando salieron del cuerpo– son recibidos después de la muerte para ser castigados severamente por las llamas del fuego del purgatorio. Esos tales, o bien son purificados de la inmundicia de los vicios hasta el día del juicio, a través de un examen minucioso que dura largo tiempo, o bien tras haber sido librados de esas penas antes gracias a los ruegos, limosnas, ayunos y llantos de amigos fieles, consiguen la paz de los bienaventurados.

29. A todos ellos, sin embargo, el Hijo que está en el seno del Padre, les mostrará a Dios, a cada uno según su capacidad, cuando en el momento de la resurrección les imparta la bendición. Él es quien concedió la Ley a fin de que, quienes han peregrinado de las virtudes de la fe y la esperanza hasta la capacidad de la contemplación, vean en Sion al Dios de los dioses[56] –es decir, al Dios de la verdad inmutable–, a cuyos beneficios y dones eternos sea dada la gloria y la acción de gracias por todos los siglos de los siglos. Amén.

55. Flp 1, 23.

56. Cf. Sal 84, 7.

HOMILÍA III

En el Adviento

Lc I, 26-38
PL 94, 9-14[1]

1. Hermanos queridísimos: la lectura del santo Evangelio de hoy nos recuerda el inicio de nuestra Redención. Ese pasaje narra que fue enviado un ángel del cielo a la Virgen, para que anunciara el nuevo nacimiento carnal del Hijo de Dios por el que nosotros, depuesto el pecado antiguo, estemos en condiciones de ser renovados y contados entre los hijos de Dios. Así pues, a fin de merecer alcanzar los dones de la salvación que se nos promete, intentemos escuchar con oído atento su comienzo.

2. Dice así: *Fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen desposada con un varón de nombre José*[2]. Ciertamente era un principio adecuado a la Redención humana el que un ángel fuera enviado de parte de Dios a una virgen que había de ser consagrada por un parto divino, porque la causa primera de la perdición del hombre se produjo cuando la serpiente fue enviada por el diablo a una mujer que debía ser engañada por un espíritu de soberbia.

1. En J.-P. MIGNE el texto de esta homilía va precedido del título: «En la fiesta de la Anunciación a Santa María».
2. Lc 1 26-27.

3. Es más, en la serpiente había venido el diablo en persona para privar al género humano de la gloria de la inmortalidad por medio del engaño a nuestros primeros padres. Por tanto, puesto que la muerte entró a través de una mujer, era adecuado que también la vida volviera por medio de una mujer. Aquella, seducida por el diablo en figura de serpiente, ofreció al varón el gusto a la muerte; ésta, instruida por Dios a través de un ángel, dio a luz al mundo al autor de la Salvación.

4. Así pues, fue enviado por Dios el ángel Gabriel[3]. Pero raramente leemos que los ángeles que se aparecen a los hombres sean llamados por su nombre. Por eso, cada vez que esto ocurre es indudable que sucede para revelar con su nombre propio a qué han venido a servir. En efecto, Gabriel significa «la fortaleza de Dios». Y es que resplandece con tal nombre el que viene a dar testimonio del futuro nacimiento del Dios encarnado. De él afirma el profeta en el salmo: *El Señor es fuerte y poderoso, el Señor es poderoso en la batalla*[4]. Él venía indudablemente a combatir a las potestades de los aires[5] con una batalla memorable y a librar al mundo de su tiranía.

5. *A una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David; y el nombre de la virgen era María*[6]. Lo que se dice de la casa de David se refiere no solo a José, sino también a María. Porque un precepto de la Ley prescribía que cada uno tomara una esposa de su propia tribu y familia[7]. Esto lo asegura el Apóstol, quien al escribir a Timoteo afirma: *Así pues, acuérdate de que Jesucristo, del linaje de David, resucitó de entre los muertos, según mi evan-*

3. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 34, 8-9 (CCL 141, 306-308).
4. Sal 24, 8.
5. Cf. Ef 2, 2.
6. Lc 1, 27.
7. Cf. Nm 36, 7-8.

gelio[8]. Por tanto, el Señor nació en verdad de la estirpe de David, ya que su incorrupta madre tuvo su origen en el linaje de David.

6. Los Padres explican las múltiples causas razonables por las que el Señor no quiso ser concebido y nacer de una simple virgen, sino de una desposada con un varón[9]. La más importante de ellas es la de que no fuera condenada como culpable de un delito de estupro, si daba a luz un hijo sin tener esposo. Luego viene la de que así la sustentación doméstica, que exigía por ley natural una mujer que había dado a luz, fuera sufragada con la ayuda de un varón.

7. Así pues, convenía que la bienaventurada Virgen María tuviera un esposo que fuera a la vez testigo segurísimo de su integridad y fidelísimo padre nutricio de su Hijo, nuestro Señor y Salvador; que llevara al templo por aquel niño las ofrendas –según la Ley– y le condujera a Egipto junto con su madre, cuando arreciara el momento de la persecución, y le volviera a traer. Asimismo, para que proveyera a todas las múltiples necesidades que exigía la debilidad propia de la Humanidad que había asumido.

8. Y no fue un gran obstáculo el hecho de que durante algún tiempo alguno creyera que Jesús era su hijo, si se considera que a través de la predicación de los Apóstoles –después de la ascensión del Señor– era evidente para todos los creyentes que había nacido de una Virgen. Tampoco hay que pasar por alto que la bienaventurada Madre de Dios dio testimonio de ese título gracias a sus excelentes méritos. Se la llama, en efecto, *estrella del mar* porque ella por sí misma, gracias a un privilegio especial, ha resplan-

8. 2 Tm 2, 8.
9. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 1, 18 (CCL 77, 10).

decido como una estrella eximia entre las olas de este mundo envuelto en tinieblas[10].

9. *Entrando a ella, le dijo el ángel: Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo; tú eres bendita entre las mujeres*[11]. Este saludo es tanto más adecuado a la dignidad de la santísima Virgen María, cuanto más inaudito resulta en los usos humanos. Porque, en efecto, estaba llena de gracia la que había recibido de Dios el encargo de ser la primera entre las mujeres que inmolara a Dios la eximia ofrenda de su virginidad. Por eso justamente la que ansiaba imitar la vida de los ángeles merecía gozar de esa visión y a la vez de ese tratamiento.

10. Verdaderamente estaba llena de gracia aquella a quien se había concedido concebir a Jesucristo, por quien han sido creadas la gracia y la verdad[12]. Y por eso el Señor estaba verdaderamente con aquella a la que antes ensalzó con un amor nuevo a la castidad, a fin de que se apartara de las cosas terrenas para ambicionar las celestiales, y a la que más tarde, por medio de su naturaleza humana, consagró con toda la plenitud de su Divinidad. Verdaderamente es bendita entre las mujeres la que, sin precedentes en la condición femenina, disfrutó del honor de ser madre junto con el resplandor de su virginidad y dio a luz a un Hijo que era Dios, como correspondía a una madre virgen.

11. Al turbarse ella, como es habitual dada la fragilidad humana, ante la visión del ángel y el insólito saludo, inmediatamente el mismo ángel –tomando de nuevo la palabra– la exhorta a que no tema, la llama por su nombre propio,

10. San Isidoro interpreta el nombre de María como «la que ilumina» o «la estrella del mar», porque engendró a la luz del mundo. Y añade: «en siríaco significa propiamente Señora, porque engendró al Señor»: Cf. ISIDORO, *Etim.*, VII, 10, 1.

11. Lc 1, 28.42.

12. Cf. Jn 1, 17.

como si la conociera y fuera de su casa –cosa que de ordinario expulsa el temor del modo más eficaz– y le explica solícitamente por qué la ha llamado llena de gracia.

12. Dice: *No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios. He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo*[13]. Hay que advertir minuciosamente el tenor de las palabras y grabarlo en el corazón, tanto más profundamente, cuanto más evidente es que en ellas está contenido el resumen de nuestra Redención. Porque revelan del modo más claro posible que el Señor Jesús –esto es, nuestro Salvador– es verdadero Hijo de Dios Padre y verdadero hijo de una madre humana.

13. Dice: *He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo*. Toma[14] nota de que en cuanto verdadero hombre ha tomado de la carne de la Virgen una sustancia de carne. *Él será grande y llamado Hijo del Altísimo.* Confiesa también que Él mismo es Dios verdadero de Dios verdadero y desde siempre Hijo coeterno del Padre eterno. Y, a propósito de lo que se dice en futuro –*Él será grande y llamado Hijo del Altísimo*–, nadie piense que debe entenderse en el sentido de que nuestro Señor Jesucristo no existía antes del parto de la Virgen, sino que esta palabra debemos entenderla así: que el poder de la divina majestad que el Hijo de Dios poseía desde la eternidad, ese mismo lo ha recibido el hombre nacido en el tiempo, de modo que en dos naturalezas hubiera una sola persona: la de nuestro Mediador y Redentor.

14. *Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre*[15]. Llama al trono de David reino del pueblo israelita, porque en su tiempo David gobernó con fiel devoción de acuerdo

13. Lc 1, 30-32.

14. Este serie de interpelaciones al oyente/lector, que mantenemos en segunda persona, tienen un valor genérico, impersonal.

15. Lc 1, 32

con las órdenes y con la ayuda del Señor. Por tanto, el Señor concedió a nuestro Redentor la sede de su padre David, cuando dispuso que se encarnara de la estirpe de David y proporcionara con su gracia espiritual al pueblo –al que David gobernó con autoridad temporal– el reino eterno del que el Apóstol dice: *El Padre nos libró del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor*[16]. Así se explica que el mismo pueblo, dotado de un instinto divino, cuando Jesús se acercaba a Jerusalén con intención de padecer, cantara con gozo en su alabanza: *Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Dios de Israel*[17]. Y, según otro evangelista: *Bendito el reino que viene de David, nuestro padre*[18]. En efecto, se acercaba el tiempo en el que el mundo, una vez redimido por su sangre, reconocería al Rey, no solo de la casa de David, sino de toda la Iglesia, más aún de todos los hombres: al Creador y Rey de los siglos.

15. De ahí que con toda propiedad el ángel dijo a continuación: *Y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre*, e inmediatamente añadió: *Y reinará en la casa de Jacob para siempre*[19]. En efecto, llama casa de Jacob a la Iglesia universal, que por confesar la fe de Jesucristo comparte la suerte de los patriarcas, tanto por lo que respecta a aquellos que tuvieron un origen carnal de la estirpe de los patriarcas, como a aquellos que, procediendo en la carne de otros pueblos, han renacido en Cristo por medio de un bautismo espiritual.

16. Está claro que El reinará para siempre en esta casa y que *su reino no tendrá fin*. Reina en ella, en efecto, en la vida presente, cuando dirige los corazones de sus elegidos por medio de la fe y de su amor y les gobierna con una continua protección para que perciban los dones de la retribución eter-

16. Col 1, 13.
17. Jn 12, 13.
18. Mc 11, 10.
19. Lc 1, 33.

na. Y reina en la vida futura, cuando introduce a esos mismos –una vez finalizada su estancia en el exilio de este mundo– en la mansión de la patria celestial en la que, constantemente asistidos por la visión de su persona, se gozan en no hacer otra cosa que dar libre curso a sus alabanzas.

17. *Y María dijo al ángel: ¿Cómo podrá ser esto, dado que yo no conozco varón?*[20] ¿«Cómo puede ocurrir» –dice– «que vaya a concebir y dar a luz a un hijo yo, que he dispuesto que mi vida transcurra en la pureza de la virginidad»? Por tanto, no pregunta cómo puede ocurrir todo eso, como si no creyera las palabras del ángel, sino que –como alguien que está seguro de que convenía que se cumpliera lo que ahora escuchaba de labios del ángel y antes había leído lo que el profeta había anunciado– interroga sobre la manera en la que se había de cumplir, ya que evidentemente el profeta no había dicho el modo en que se podría realizar lo que él predijo para el futuro, sino que reservó al ángel que lo anunciara[21].

18. *Así que el ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso lo que nazca santo será llamado Hijo de Dios*[22]. El Espíritu Santo, que viene sobre la Virgen, muestra la eficacia de su divino poder en ella de dos formas. En efecto, de una parte limpió su mente de toda mancha de pecado –hasta el punto en que lo tolera la fragilidad humana–, para que fuera digna de dar a luz un parto divino; y de otra creó en su vientre, con su sola operación, el cuerpo santo y venerable de nuestro Redentor. Esto es, sin que mediara ningún tipo de contacto varonil, formó una carne sacrosanta de la carne intacta de la Virgen.

20. Lc 1, 34.

21. Cf. Ambrosio, *Expositio evan. s. Lucam,* II, 15 (CCL 14, 37-38).

22. Lc 1, 35.

19. Así pues, al mismo que primero había directamente dado el nombre de Espíritu Santo, le llama una segunda vez «virtud del Altísimo», según aquello que dice el Señor cuando prometió a sus discípulos la venida del mismo Espíritu: *Y yo os envío la promesa de mi Padre; pero habéis de permanecer en la ciudad hasta que seáis revestidos del poder de lo alto*[23]. Ciertamente la virtud del Altísimo cubrió con su sombra a la bienaventurada madre de Dios porque, cuando el Espíritu Santo colmó su corazón, le calmó de todo deseo de concupiscencia carnal, le limpió de todos los afanes temporales y santificó con sus dones celestiales, tanto su mente como su cuerpo.

20. *Por eso* –continúa– *lo que nazca santo será llamado Hijo de Dios.* Puesto que has concebido gracias a la santificación del Espíritu, lo que nazca será santo. El nacimiento estuvo a la altura de la concepción, de modo que tú, que has concebido siendo virgen, contra lo habitual en la naturaleza humana, darás a luz al Hijo de Dios, contra la costumbre de la condición humana. En efecto, todos los hombres somos concebidos en la iniquidad y nacemos en el pecado[24], aunque es verdad que, por gracia de Dios, los que estamos predestinados para la vida eterna renacemos por el agua y el Espíritu Santo[25]. Pero solo nuestro Redentor se dignó encarnarse para nosotros y desde el primer instante nació santo, porque fue concebido sin pecado: nació como Hijo de Dios, porque fue concebido de la Virgen por obra del Espíritu Santo.

21. En las palabras *y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra* bien podemos entender algo más profundo a propósito del misterio de la encarnación del Señor. Porque de-

23. Lc 24, 49.
24. Cf. Sal 51, 5.
25. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job,* XVIII, 52, 84 (CCL 143 A, 948).

cimos que nos cubrimos con una sombra cuando, al arder el sol a mediodía, interponemos entre él y nosotros un árbol o cualquier otro tipo de protección, gracias a la cual se nos hace más tolerable su calor y su luz. Por tanto, no sin razón se llama luz y calor del sol a nuestro Redentor, que nos ilumina con la ciencia de su verdad y nos inflama con su amor. De ahí que Él mismo diga, a través del profeta: *Mas, para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzará un sol de justicia*[26]. Evidentemente la Virgen bienaventurada recibió los rayos de este sol, cuando concibió al Señor.

22. Pero el mismo sol –esto es, la Divinidad de nuestro Redentor– se cubrió con la figura de la naturaleza humana como con una especie de sombra, por cuya mediación las entrañas de la Virgen serían capaces de llevarle. De ese modo, la virtud del Altísimo la cubrió con su sombra, mientras el poder divino de Cristo, de una parte la llenó con su presencia, y de otra se cubrió de la sustancia de nuestra debilidad para poder encerrarse en ella.

23. *Y he aquí que Isabel, tu parienta, también ha concebido un hijo en su vejez*[27]. No impulsa a la fe a una incrédula con un ejemplo, sino que manifiesta aún mayores milagros de la divina Providencia a la que ya cree lo que ha escuchado, con el fin de que la Virgen que había de dar a luz al Señor supiera que también iba a nacer un Precursor del Señor de una pariente suya anciana y durante mucho tiempo estéril.

24. Y no hay que admirarse, desde el punto de vista histórico, de que se diga que Isabel es parienta de María, a pesar de que más arriba se dice que ésta era de la casa de David y aquella haya nacido de entre las hijas de Aarón. Porque leemos que este último tomó una esposa de la tribu de Judá, de la que nació David, concretamente a Isabel, hija

26. Ml 4, 2. 27. Lc 1, 36.

de Aminadab, hermana de Naasón, que fue el caudillo de la tribu de Judá en el desierto, cuando salieron de Egipto[28]. Y de nuevo, bajo el reinado de los sucesores de David, leemos que Joyada, sumo pontífice, tuvo una esposa de la tribu real, esto es Josabat, la hija del rey Joram[29]. Este mismo Joyada es aquel a cuyo hijo Zacarías, varón igualmente lleno de santidad, lapidaron entre el templo y el altar, como atestigua el Señor en persona en el Evangelio, haciendo mención de los bienaventurados mártires[30].

25. Por tanto, está probado que ambas tribus, la sacerdotal y la real, se han unido siempre entre ellas con lazos de parentesco. Así pues, fue posible que también en tiempos más recientes se produjera un parentesco de este tipo –que mujeres fueran dadas en matrimonio de una tribu a otra–, de manera que constara claramente que la bienaventurada madre de Dios, que desciende de la tribu real, estuviera emparentada con la tribu sacerdotal. Esto se adaptaba perfectamente a los misterios celestiales. Porque convenía que, al comparecer en el mundo el mediador entre Dios y los hombres[31], tuviera su origen carnal en ambas tribus, ya que sin duda en la Humanidad que asumía habría de tener las dos funciones: la de sacerdote y la de rey[32].

26. Ciertamente de su potestad real –aquella con la que concede un reino eterno a sus elegidos– da fe también la lectura del pasaje del Evangelio que ahora nos ocupa: que *reinará en la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin*[33]. Por supuesto, de su dignidad pontifical –en la que se ha dignado presentar la ofrenda de su carne por nuestra re-

28. Cf. Ex 6, 23; Nm 1, 7; 7, 12.
29. Cf. 2 Cro 22, 11.
30. Cf. 2 Cro 24, 21-22; Mt 23, 35; Lc 11, 51.
31. Cf. 2 Tm 2, 5.
32. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, IV, 22, 44 (CCL 77, 209-210).
33. Lc 1, 33.

dención– da fe el profeta que dice: *Tú eres sacerdote para la eternidad, según el orden de Melquisedec*[34].

27. Tras haber recibido una gracia tan grande, veamos a qué sublime altura de humildad se mantiene santa María. Dice: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*[35]. Verdaderamente posee una gran constancia en la humildad la que se llama a sí misma sierva, cuando es elegida madre de su Creador. El anuncio del ángel proclama bendita entre las mujeres a la que es aún desconocida para el resto de los mortales; se nos muestra como depositaria de nuestra Redención y, sin embargo, no se engríe para nada por la singularidad de su mérito sublime, sino que más bien, acordándose en todo de su condición y de la divina predilección, se une humildemente a la corte de siervas de Cristo y le tributa con devoción el servicio que se le pide. Dice: *Hágase en mí según tu palabra*. Hágase que el Espíritu Santo, viniendo hasta mí, me haga digna de los divinos misterios. Cúmplase que en mi vientre el Hijo de Dios se vista el hábito de una sustancia humana y salga de su tálamo como un esposo[36] para la Redención del mundo.

28. Nosotros, hermanos queridísimos, secundando su voz y su actitud en la medida en que somos capaces, afanémonos por ser servidores de Cristo en todas nuestras acciones y reacciones, sometamos todos los miembros de nuestro cuerpo a su servicio, orientemos toda nuestra mirada al cumplimiento de su voluntad y agradezcamos los dones que de Él hemos recibido, viviendo honestamente, de manera que merezcamos ser considerados dignos de recibirlos aún mayores. Roguemos asiduamente, junto con la santa Madre de Dios, para que se cumpla en nosotros su palabra; o sea, aquella palabra con la que Él en persona explica el motivo

34. Sal 110, 4.
35. Lc 1, 38.
36. Cf. Sal 19, 5.

de su encarnación: *Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que todo el que cree en Él no perezca sino que tenga vida eterna*[37].

29. Y no se puede dudar de que se dignará escucharnos antes si, desde lo profundo de nuestra alma[38], nosotros, por quienes –aún sin saberlo nosotros– se dignó descender a este valle de lágrimas, clamamos a Él, Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre, en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

37. Jn 3, 16.

38. Cf. Sal 130, 1.

HOMILÍA IV

En el Adviento

Lc 1, 39-55
PL 94, 15-22[1]

1. La lectura del santo Evangelio que acabamos de escuchar, nos anuncia de una parte los inicios de nuestra Redención, que siempre hemos de venerar, y de otra nos recomienda los saludables auxilios de la humildad, que continuamente hemos de imitar. Así, dado que el género humano había perecido, tocado por el pecado pestilente de la soberbia, era conveniente que, inmediatamente después, los primeros tiempos del inicio de la salvación desplegaran el remedio de la humildad con el que sería salvado. Y fue oportuno que, puesto que la muerte había penetrado en el mundo por la temeridad de la mujer seducida, como indicio de la vuelta a la vida, mujeres devotas se adelantaran con detalles de servicio mutuo de humildad y piedad.

2. Así pues, en primer lugar la bienaventurada Madre de Dios nos señala el camino hacia la cumbre de la patria celestial con su ejemplo de humildad, no menos que de piedad y castidad digna de veneración. En efecto, la gloria de su cuerpo virginal e intacto nos hace entrever la calidad de vida de la ciudad de Dios a la que aspiramos, donde *ni*

1. J.-P. Migne titula esta homilía: «En la fiesta de la Visitación de santa María».

los hombres tomarán mujer, ni las mujeres marido, sino que serán como los ángeles en el cielo[2], así como también nos indica la excelsa fuerza espiritual con la que debemos tender hacia ella.

3. En efecto, como hemos escuchado en la precedente lectura del Evangelio, tras haber merecido ser ensalzada por la visión y la interpelación del ángel, tras haber aprendido que había de ser honrada por el parto celestial, no se ensoberbeció en absoluto por las gracias del cielo –como si procedieran de ella misma–, sino que para ser digna de recibir dones divinos cada vez mayores, dio en su corazón un paso más en salvaguarda de su humildad, respondiendo así al ángel que le traía la noticia: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra*[3].

4. Y, como hemos oído en la lectura de hoy, tuvo buen cuidado de dar muestras ante los hombres de la misma humildad que había demostrado ante el ángel, y lo que es signo de virtud en la que es mayor, lo es también para quienes son menores que ella. Porque, ¿quién puede ignorar que una virgen consagrada a Dios tiene un grado superior a la que se ha entregado a un marido? ¿Quién es capaz de dudar de que la madre del Rey eterno debe ser con razón preferida a la madre de un soldado?

5. Sin embargo, ella misma, acordándose de la Escritura que ordena: *cuanto más grande seas, humíllate en todo*[4], en cuanto vuelve al cielo el ángel que le había hablado, se levanta, sube a la montaña y, llevando en su seno a Dios, accede a la casa de sus siervos y busca su trato. Y fue oportuno que después de la visión del ángel subiera a la montaña la que, tras gustar la suavidad de los habitantes celestiales, por

2. Mc 12, 25.
3. Lc 1, 38.
4. Si 3, 20.

la senda de la humildad se trasladó hasta la cumbre de las virtudes.

6. Así pues, entra en la casa de Zacarías y saluda a Isabel –quien ya sabía que habría de dar a luz al siervo precursor de su Señor–, no como una que dudara de la profecía que había conocido, sino como una que se congratulaba del don que había escuchado que recibiría su compañera en servidumbre[5]; no para someter a prueba la palabra del ángel con el testimonio de una mujer, sino para que una virgen, joven y amable, prestara su servicio a una mujer de edad avanzada.

7. *En cuanto oyó Isabel el saludo de María, exultó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo*[6]. Al abrir santa María la boca para saludar, al punto Isabel se llenó del Espíritu Santo; también se llenó Juan e, instruidos ambos por el mismo Espíritu, una comprendió quién era la que la saludaba y veneró a la madre de su Señor con la bendición que le era debida y el otro entendió que el que era llevado en las entrañas de la Virgen era el Señor en persona. Y, como aún no podía hacerlo con la lengua, saludó con el ánimo exultante y anunció al Señor, que estaba a punto de llegar, con los indicios que estaban a su alcance; de qué buen grado y con qué devota aplicación de la mente estaba dispuesto a cumplir su oficio de precursor desde su juventud e incluso antes de nacer. En efecto, había llegado el momento en que se cumpliría lo que el ángel había anunciado cuando dijo: *estará lleno del Espíritu Santo desde el seno de su madre*[7].

8. Así pues, *Isabel se llenó del Espíritu Santo y clamó con fuerte voz*[8]. Sí, con fuerte voz, porque reconoció los grandes dones de Dios; sí, con fuerte voz, porque se dio cuenta de que estaba presente corporalmente Aquel que ella sabía que

5. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 19 (CCL 14, 39).

6. Lc 1, 41.

7. Lc 1, 15.

8. Lc 1, 41-42.

estaba en todas partes. Pero esta voz fuerte debe ser interpretada, no tanto en el sentido de clamorosa, sino de devota. Porque no podía alabar al Señor con devoción por medio de una voz moderada, la que vibraba llena del Espíritu Santo, la que a su vez tenía en gestación a aquel mayor que el cual no existe ninguno entre los nacidos de mujer[9] y se alegraba porque había llegado Aquel que, concebido de la carne de una madre Virgen, sería llamado y sería en verdad Hijo del Altísimo.

9. Exclamó, pues, y dijo: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*[10]. Bendita tú entre las mujeres. No solo bendita entre las mujeres, sino, entre las mujeres benditas; especialmente insigne, por haber recibido una bendición mayor. Bendito el fruto de tu vientre; tampoco este es bendito del modo genérico en que lo son los santos, sino como Aquel de quien dice el Apóstol: *cuyos padres son los patriarcas de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos*[11].

10. El salmista, con su modo místico de decir, da fe de los frutos de su nacimiento, cuando exclama: *Sí, Dios nos dará su benevolencia, y nuestra tierra dará su fruto*[12]. Ciertamente, el Señor nos ha otorgado sus bienes, porque ha dispuesto liberar al género humano del pecado de prevaricación por medio de su Unigénito. Nos ha otorgado sus bienes, porque para su venida al mundo ha consagrado por la gracia del Espíritu Santo el templo de un vientre virginal. Y nuestra tierra dará su fruto, porque esa misma Virgen –que había recibido un cuerpo de la tierra– engendró a un Hijo que era ciertamente igual al Padre en cuanto a su Divinidad, pero consustancial a ella en cuanto a la realidad de su carne.

9. Cf. Lc 7, 28.
10. Lc 1, 42.
11. Rm 9, 5.
12. Sal 85, 13.

11. De él dice Isaías, viendo venir él también el tiempo de la Redención humana: *En aquel día surgirá el brote del Señor en ornato y en gloria, y el fruto de la tierra será sublime*[13]. Efectivamente, el brote del Señor surgió en ornato y gloria, cuando el Hijo sempiterno de Dios, apareciendo en carne mortal, difundió luminoso en el mundo la grandeza de sus virtudes celestiales. Asimismo fue sublime el fruto de la tierra, cuando elevó a los cielos, ya transformada en inmortal por la fuerza de la resurrección, la carne mortal que Dios había tomado de nuestra naturaleza.

12. Por tanto, se dice con razón *bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*[14]. Porque es incomparablemente bendita la que recibió la gloria de la semilla divina y a la vez conservó la corona de la virginidad. Bendita entre las mujeres tú, por medio de cuyo parto virginal, fue apartada de los nacidos de mujer la maldición de la primera madre. Bendito el fruto de aquel vientre, por el que hemos recibido la semilla de la incorruptibilidad y el fruto de la herencia celestial que habíamos perdido en Adán. Y verdadera y singularmente bendito el que no ha recibido de Dios, como nosotros, la gracia de su bendición después del nacimiento, sino que para salvar al mundo, ya *bendito ha venido en el nombre del Señor*[15].

13. *¿Y de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?*[16] ¡Oh, cuán grande es la humildad en el interior de la que profetiza! ¡Qué verdad la palabra que pronunció el Señor!: *¿Sobre quién reposa mi espíritu, sino sobre el humilde, el pacífico, el que teme mis palabras?*[17] En cuanto la vio, reconoció a la madre de su Señor que había venido a ella, pero al no encontrar en sí misma ningún mérito que la hiciera

13. Is 4, 2.
14. Lc 1, 42.
15. Mt 23, 39; Jn 12, 13.
16. Lc 1, 43.
17. Is 66, 2 (LXX).

digna de ser visitada por un huésped tan ilustre, exclamó: *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?* Porque, indudablemente, el mismo Espíritu que le inspiró el don de profecía, le prestó igualmente la gracia de la humildad. Llena de espíritu profético, entendió que se llegaba hasta ella la madre del Salvador; pero, imbuida del espíritu de humildad, reconoció que ella era indigna de su llegada.

14. *Porque así que sonó la voz de tu salutación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno*[18]. Por revelación del mismo Espíritu del que estaba colmada, Isabel entendió el significado de la exultación de su hijo: esto es, que había llegado la madre de Aquel cuyo precursor y mensajero él estaba llamado a ser. Y ¡qué admirable y qué rápida es la acción del Espíritu Santo! En verdad, no hay ninguna dilación en el aprender, cuando actúa el Espíritu como maestro. He aquí que en el mismísimo instante, junto con la voz de la que saluda, surge la alegría del niño: porque, mientras la voz corporal llega hasta los oídos, una virtud espiritual penetra el corazón de quien oye y enciende en amor al Señor que llega, no solo a la madre, sino también al hijo.

15. De ahí que al punto la misma madre del Precursor del Señor se ocupó de anunciar abiertamente a los que estaban presentes y escuchaban lo que ella había conocido de un modo privado. Porque añade: *Y dichosa la que ha creído que se cumplirá lo que se le ha dicho de parte del Señor*[19]. Y es que Isabel, también por medio del Espíritu, supo qué palabras había dirigido el ángel a María y que ella, al recibir el anuncio, había creído inmediatamente que aquello iba a cumplirse sin ninguna duda gracias a la fuerza del poder divino. Y de un modo admirable el mismo Espíritu, cuando la colmó, la instruyó en la ciencia del presente y al mismo tiempo del pretérito y del futuro.

18. Lc 1, 44. 19. Lc 1, 45.

16. En efecto, Isabel se mostró instruida en los sucesos actuales cuando, al llamar a santa María madre de su Señor, puso de manifiesto que estaba gestando en su seno al Redentor del género humano. De ahí que también confesó que el fruto de su vientre era especialmente bendito. Dio señales de haber recibido información sobre el pasado, la que reveló conocer, tanto las palabras del ángel a María, como el consentimiento lleno de fe de María. Y dio a entender que no se le había negado el conocimiento del futuro, cuando descubrió que el Señor llevaría a su cumplimiento lo que se le había dicho a María.

Ahora bien, hermanos míos, ¿quién es capaz de decir, quién es capaz de valorar la cantidad de gracia del Espíritu divino que había colmado a la Madre, si fue tanto el raudal de luz celestial que brilló en la madre del Precursor? Pero, escuchemos las palabras que dijo, por si a través de ellas somos capaces de discernir algo de lo que tenía dentro.

17. Efectivamente, al escuchar la respuesta de Isabel –por la que la proclamaba bendita entre las mujeres, la llamaba madre de su Señor, la alababa por su fortaleza en la fe y se señalaba a sí misma como llena del Espíritu Santo, junto con su hijo–, María no pudo pasar en silencio por más tiempo los dones que había recibido, sino que –cuando sintió que había llegado el momento– manifestó también con la declaración de su devoción lo que llevaba desde siempre dentro de su alma. Porque, como convenía a su pudor virginal, ocultaba durante algún tiempo en silencio el anuncio recibido de Dios, veneraba en lo profundo de su pecho el secreto del misterio celestial, mantenía reverentemente celado lo que estaba oculto, hasta que el mismo Dador de los bienes mostrara, cuando quisiera, el don especial que le había concedido y el secreto que le había revelado. Pero, cuando vio que los mismos carismas que se le habían concedido a ella, eran puestos de manifiesto por otros, mediante la revelación

del mismo Espíritu, entonces también ella descubrió el tesoro del cielo que guardaba en su corazón.

18. Y dijo: *Mi alma magnifica al Señor y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador*[20], etc. Con esas palabras, en primer lugar, pone de manifiesto los dones especiales que se le han concedido y después enumera los beneficios genéricos de Dios, con los que no deja de tomar sus disposiciones para siempre con respecto al género humano. Su alma magnifica al Señor que toma posesión de todos los afectos de su hombre interior para la alabanza y el servicio divinos, porque con la observancia de los preceptos divinos demuestra que piensa continuamente en el poder de su Majestad. Exulta su espíritu en Dios, su Salvador, porque no se goza en las cosas terrenas, no se deja seducir por la afluencia de cosas caducas, no se quiebra con la adversidad, sino que se deleita solo en la contemplación de su Creador, de quien espera la salvación eterna.

19. Y, aunque estas palabras son perfectamente adecuadas para todo hombre santo, sin embargo era sumamente oportuno que las pronunciara la bienaventurada Madre de Dios que, en mérito a un privilegio singular, ardía en amor espiritual hacia Aquel de cuya concepción corporal se regocijaba. Ella pudo exultar con todo derecho en Jesús –esto es, en su salvación– con una alegría especial, superior a la de los demás santos, porque sabía que Aquel a quien ella conocía como perpetuo autor de la salvación, precisamente ese habría de nacer de su carne por medio de un parto temporal por cuanto, en una misma persona, sería verdaderamente a la vez su hijo y su Señor.

20. Con las palabras siguientes ella muestra qué sentimientos tenía de su vileza y, a la vez, que percibía que todo

20. Lc 1, 46-47.

lo meritorio que había en ella lo había recibido como don de la gracia divina. Dice: *Porque ha mirado la humildad de su sierva, por eso he aquí que todas las generaciones me llamarán bienaventurada*[21]. Muestra ciertamente que a su juicio ella es una humilde sierva del Señor, pero –elevando su mirada a la gracia del cielo– se declara elevada y glorificada hasta el punto de que su bienaventuranza será admirada con razón ante todo por la voz de todas las naciones.

21. También añade otros dones de la divina piedad que ha recibido milagrosamente, alabándoles como dignos de agradecer: *Porque ha hecho en mí maravillas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo*[22]. Por tanto, no atribuye nada a sus propios méritos. Ella refiere toda su grandeza al don de Aquel que, siendo poderoso y grande, acostumbra a transformar a sus fieles de pequeños y débiles en fuertes y grandes. Por eso añade con razón *cuyo nombre es santo*: para advertir a quienes la oyen –más aún, para enseñar a todos aquellos a quienes lleguen sus palabras–, que recurran a la fe y a la invocación de su nombre, puesto que también ellos pueden ser partícipes de la santidad eterna y de la salvación verdadera, según aquello del profeta: *Y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo*[23].

22. En efecto, es el mismo nombre del que más arriba dice: *Y exulta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador*[24]. De ahí que a continuación añada con más claridad aún: *Y su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen*[25]. Ciertamente dice de generación en generación, pero también alude a ambos pueblos, el judío y el gentil –o incluso a todas las naciones de la tierra a las que veía de antemano creer en Cristo– porque como dice

21. Lc 1, 48.
22. Lc 1, 49.
23. Jl 2, 32; Rm 10, 13.
24. Lc 1, 47.
25. Lc 1, 50.

san Pedro: *Dios no hace acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es adepto*[26].

23. Y con estas palabras de santa María ella canta la palabra de Dios en persona, con la que proclamó que no solo era bienaventurada la madre que mereció engendrarle corporalmente, sino todos aquellos que guardaren sus mandamientos. Porque, cuando en una ocasión Él estaba enseñando al pueblo y realizando milagros y todos admiraban su sabiduría y sus poderes, *una mujer levantando la voz entre la muchedumbre le dijo: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste*[27]. Pero Él, aceptando de buen grado ese testimonio que respondía a la verdad, contestó inmediatamente: *Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan*[28], para que también aquella mujer –e incluso todos los que le escuchaban– confiaran en que serían dichosos, si estaban dispuestos a cumplir los mandatos divinos.

24. Es como si dijera claramente: «Aunque posea un privilegio singular de felicidad la Virgen que es digna de concebir, dar a luz y alimentar en su vientre al Hijo de Dios encarnado, sin embargo en la misma vida eterna ocuparán un lugar especial de bienaventuranza también aquellos que conciben en su corazón limpio la fe y el amor hacia Él, los que mantienen en un corazón constante la memoria de sus preceptos y los que se esfuerzan por mantenerla viva también en la mente de sus prójimos con sus exhortaciones solícitas». Ahora bien, puesto que la venerable Madre de Dios nos enseñó que la misericordia divina ayudaría a todos los que le temieran, falta todavía que advierta también lo que merecen los soberbios y los que menosprecian las advertencias de la verdad.

26. Hch 10, 34-35.
27. Lc 11, 27.
28. Lc 11, 28.

25. *Desplegó el poder de su brazo* –dice– *y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón*[29]. Con la expresión «el poder de su brazo» significa el de su propia fuerza. Porque para actuar no necesita ayuda Aquel a quien, como está escrito, cuando quiere le está sometido todo poder[30]. Esto lo dice para distinguirlo de nuestras buenas acciones: porque nosotros realizamos actos virtuosos, no por la fuerza de nuestra libertad, sino por la de Dios[31]. Y, como está escrito en otro lugar: *No les salvó su brazo, sino tu diestra, tu brazo y la luz de tu rostro*[32]. En efecto, dispersó a los soberbios con el pensamiento de su corazón, porque *el inicio de todo pecado es la soberbia*[33]; por culpa del pecado el Señor, expulsando al género humano de su estable posesión de la patria celestial, le dispersó en todas direcciones al peregrinaje en el destierro. Pero, incluso a los que no temen perdurar en sus pecados, les ha reservado el castigo aún más grave de la dispersión después de la muerte.

26. *Derribó a los poderosos de su trono*[34]. Llama poderosos a los mismos que antes había llamado soberbios. No es extraño que los tales sean calificados de soberbios, porque se engríen por encima de la medida de su condición; y de poderosos, no porque en realidad lo sean, sino porque fiados de su fuerza prescinden de buscar la ayuda del Creador. Sin embargo, en realidad son poderosos los que han aprendido a decir con el Apóstol: *Todo lo podemos en Aquel que nos ha dado la fuerza, nuestro Señor Jesucristo*[35]. De los tales está escrito: *Dios no rechaza a los poderosos porque Él es poderoso*[36].

29. Lc 1, 51.
30. Cf. Sb 12, 18.
31. Cf. Sal 60, 12.
32. Sal 44, 4.
33. Si 10, 15.
34. Lc 1, 52.
35. Flp 4, 13.
36. Jb 36, 5.

27. Por tanto, *derribó a los poderosos de su trono y ensalzó a los humildes*[37], *porque todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado*[38]. Aunque también se puede interpretar correctamente que alguna vez, por la misericordia del Señor, quienes por culpa de su arrogancia se han apartado de Él pueden volver de nuevo a la gracia de la humildad, y así ser elevados a la gloria en mérito a su devota humildad. En definitiva, Saulo por culpa de su soberbia fue derribado de la sede en que le había sentado la doctrina de la Ley, pero inmediatamente fue ensalzado, gracias a la sujeción de la humildad, a la propagación de la fe en Cristo.

28. *Colmó de bienes a los hambrientos y a los ricos los despidió sin nada*[39]. Porque los que ahora tienen hambre auténtica de los bienes eternos y no dejan de luchar por conseguirlos con una insistencia infatigable en las buenas obras, serán saciados sin duda cuando aparezca la gloria que ansiaban de su Redentor. Pero todos aquellos que se complacen en anteponer los bienes terrenos a los celestiales, esos sin ninguna duda en el instante del juicio final serán despedidos por el Señor desprovistos de cualquier tipo de felicidad y por tanto serán condenados junto con el diablo a la pena de la condenación eterna. Y esto lo vemos en no pequeña parte ya cumplido en esta vida cada día, cuando los humildes son colmados de los consuelos de la suprema bondad y se adornan con profusión de virtudes celestiales, mientras los que se ensoberbecen engreídos por las riquezas terrenas o se vanaglorian de la abundancia de sus buenas obras, como si procedieran de ellos mismos, están por dentro vacíos de la luz de la verdad.

29. A todos estos versículos, en los que santa María habla de la diferente situación de los soberbios y los humildes,

37. Lc 1, 52.
38. Lc 14, 11.
39. Lc 1, 53.

hay que añadir lo que dijo anteriormente: *de generación en generación*[40], porque es evidente que el Creador, justo y misericordioso, tiene por costumbre resistir a los soberbios y dar su gracia a los humildes a lo largo de todo el transcurso de los siglos. De ahí también que justamente, tras esta cita en general a la piedad y la justicia divinas, vuelva las palabras de su confesión a la especial economía de la nueva encarnación con la que Dios se ha dignado redimir al mundo y dice: *Acogió a Israel su siervo, recordando su misericordia*[41].

30. En verdad, Israel quiere decir «el varón que ve a Dios»[42]. Con este hombre se designa todo el conjunto de hombres redimidos, por los cuales Dios mismo apareció como hombre visible entre los hombres, a fin de que sean capaces de ver a Dios. Él acogió a Israel como un médico a un enfermo para curarle, como un rey a un pueblo para defenderle de las incursiones de sus enemigos; más aún, para devolverle la libertad, una vez derrotado el enemigo, y darse a sí mismo para reinar por siempre. Y añadió con razón *su siervo*, aludiendo evidentemente a uno humilde y obediente, porque nadie puede aspirar a obtener la Redención, sino por medio de la virtud de la humildad. Por eso dice el Señor: *Si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos*[43].

31. Y justamente añade *recordando su misericordia*, porque el hecho de que Dios escogiera a un hombre para que fuera el Redentor, no ocurrió por mérito de la condición humana, sino que fue un don de la piedad divina. Porque, después del pecado de prevaricación, ¿qué otra cosa merecimos, sino la justa ira del Creador? De ahí se deduce que todos los que hemos sido redimidos para la salvación y la

40. Lc 1, 50.
41. Lc 1, 54.
42. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 75).
43. Mt 18, 3.

vida eterna lo atribuimos, no a nosotros mismos, sino a la gracia de Aquel a quien se le dijo: *En la ira, acuérdate de tu misericordia*[44].

32. *Según había prometido a nuestros padres, a Abrahán y a su descendencia para siempre*[45]. Recordando a los patriarcas, santa María cita con razón nominalmente a Abrahán porque, aunque muchos patriarcas y santos dieron simbólicamente testimonio de la encarnación del Señor, sin embargo solo a él se le anunciaron por primera vez de un modo manifiesto los misterios de su encarnación y de nuestra Redención. A él especialmente se le dijo: *Y en ti serán bendecidos todos los pueblos de la tierra*[46]. Ningún fiel duda de que esto se refiere a nuestro Señor, el Salvador que se dignó venir hasta nosotros para darnos esa bendición perpetua, prometida a la estirpe de Abrahán. Y la estirpe de Abrahán no abarca solo a aquellos elegidos que proceden corporalmente de la familia de Abrahán, sino también a nosotros que, reunidos en torno a Cristo desde los gentiles, nos unimos por el vínculo de la fe a aquellos patriarcas de los que estamos muy apartados por el origen de nuestra ascendencia carnal.

33. Porque también nosotros somos semilla e hijos de Abrahán cuando renacemos en los sacramentos de nuestro Redentor, que tomó carne de la estirpe de Abrahán. Nosotros somos hijos de Abrahán cuando buscamos con intención asidua ver a Aquel con cuyo *día* el bienaventurado *Abrahán se regocijó por verlo, lo vio y se alegró*[47]. Y por eso dice el Apóstol: *Si vosotros sois de Cristo, en consecuencia sois estirpe de Abrahán y herederos según la promesa*[48]. Con razón se añade, para concluir, *para siempre* porque indudablemente la men-

44. Ha 3, 2. (*vetus Latina*).
45. Lc 1, 55.
46. Gn 12, 3.
47. Jn 8, 56.
48. Ga 3, 29.

cionada promesa de la herencia sobrenatural no se cerrará jamás por límite alguno. Porque incluso hasta el fin de este mundo, no faltarán quienes, creyendo en Cristo, se convertirán en raza de Abrahán y permanecerá en beneficio de la misma estirpe la gloria eterna de la felicidad futura.

34. Por eso es necesario, hermanos queridísimos, que nosotros, a quienes el Señor promete la eterna recompensa, luchemos por obtenerla con un infatigable esfuerzo espiritual. Porque conviene que, para obtener el bien que deseamos conseguir para siempre, procuremos luchar sin ninguna interrupción hasta que lo consigamos. Por tanto, insistamos en la meditación frecuente de los textos evangélicos, retengamos siempre en la memoria los ejemplos de la bienaventurada Madre de Dios, a fin de que, encontrados humildes a los ojos de Dios y obedientes al prójimo por el respeto que le debemos, merezcamos ser elevados junto con ella para siempre. Procuremos con solicitud que no nos ensoberbezca indebidamente la alabanza de quienes nos ensalzan, al ver cómo ella mantuvo una constancia inamovible de humildad en medio de palabras de verdadera alabanza. Si nos es grato un desaforado apetito de cosas temporales, recordemos que nuestro juez despidió sin nada a los ricos; si una aflicción temporal turba nuestra mente con fuerza, volvamos a pensar que Él también ensalza a los humildes. Jamás desesperemos de conseguir el perdón de los pecados cometidos, porque *su misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen*[49]. A nadie se le escape sin arrepentirse una culpa grave entre los males que ha hecho, porque Dios resiste a los soberbios y, apartándoles de la suerte de los bienaventurados, les esparce por los diversos lugares del infierno, según la diversa especie de sus pecados.

49. Lc 1, 50

35. Pero sucede por la benignidad del Señor que si meditamos de continuo los hechos y las palabras de santa María, permanecerán en nosotros, tanto la observancia de la castidad, como las obras virtuosas. Porque de una parte se difundirá en la santa Iglesia la óptima y saludable costumbre de que todos canten a diario el himno sagrado junto con la salmodia de las laudes vespertinas, por cuanto con eso la frecuente conmemoración de la encarnación del Señor encenderá las almas de los fieles en el amor a esa devoción; y de otra, la ponderación más frecuente del ejemplo de la Virgen, confirmará en la solidez de las virtudes. Y esto es bueno que se haga convenientemente a la hora vespertina, esto es cuando nuestra mente, fatigada por la jornada diaria y disipada en pensamientos de todo tipo, al acercarse el tiempo de descanso, se recoge para considerarse a sí misma y, tras haber sido advertida saludablemente para que prescinda de todo lo superfluo y nocivo de los avatares del día, limpie todo eso tempestivamente una vez más con oraciones y lágrimas[50].

36. Pero nosotros, puesto que ya hemos prolongado excesivamente nuestro sermón, vueltos hacia el Señor, imploremos su clemencia a fin de que, de una parte sepamos venerar la memoria de santa María con los oficios oportunos, y de otra merezcamos llegar a la celebración solemne de la Navidad del Señor con un alma más pura. Él en persona fomenta nuestro deseo de realizar obras espirituales y percibir los dones celestiales, Él que por nosotros quiso que su Unigénito Jesucristo nuestro Señor se encarnara y que quiso darle una forma de vivir entre los hombres. Con Él Dios vive y reina en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

50. Beda recomienda el rezo y la meditación del himno *Magnificat* a última hora del día, como seguramente se practicaría en su monasterio.

HOMILÍA V

En la vigilia del Nacimiento del Señor

Mt 1, 18-25
PL 94, 31-34

1. Mateo, el evangelista, describe el Nacimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo –por el que el Hijo eterno de Dios, que existía antes de los siglos, apareció como hijo del hombre en el tiempo– con pocas palabras, pero llenas de verdad. Él, tras describir las generaciones de los patriarcas desde Abrahán hasta José, el esposo de María, y mostrar que todos habían sido engendrados y a su vez engendrado a otros, de acuerdo con el orden propio de la reproducción humana, al disponerse a hablar de su generación, al punto señaló cuán diferente había sido de las demás.

2. Porque evidentemente los otros habían venido al mundo por la unión habitual de un hombre y una mujer, mientras que Él había nacido de una Virgen, por cuanto era Hijo de Dios. A todas luces era conveniente que, cuando Dios quiso hacerse Hombre por los hombres, no habría de nacer sino de una Virgen, dado que cuando ocurriera que una Virgen concibiera, no podría engendrar a otro Hijo, sino a uno que fuera Dios.

3. Mateo dice: *Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen, se halló haber concebido en*

su seno del Espíritu Santo[1]. El evangelista Lucas explica suficientemente de qué manera y en qué ciudad tuvo lugar esta concepción. Puesto que todo esto es de sobra conocido a vuestras reverencias, poco hay que decir a propósito de lo que Mateo escribe. Y lo primero que hay que señalar en torno a los términos que utiliza *–antes de que conviviesen–* es que con la expresión «antes de convivir» se expresa, no el matrimonio en sí, sino el tiempo que suele precederle, hasta que comienza a ser cónyuge la que anteriormente había sido desposada.

4. Por tanto, dice que *antes de que conviviesen*, antes de que se celebrara el rito solemne del matrimonio, *se halló haber concebido en su seno del Espíritu Santo*. Es verdad que, según el orden establecido, convivieron más tarde, cuando José, de acuerdo con el mandato del ángel, la recibió como esposa; pero no tenían ningún trato carnal, porque más adelante se dice que *no la conoció*[2]. Sin embargo, era obvio que había concebido de ningún otro sino de José, quien a pesar de su condición de prometido, apenas lo sabía todo de su futura esposa[3] y por eso contempló con una mirada perpleja el seno hinchado de la Virgen.

5. Continúa: *José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto*[4]. Viendo José que había concebido su esposa, que sabía bien no había sido tocada por nadie, como era justo y quería actuar en todo con justicia, decidió lo mejor para no revelárselo a otros, ni tomarla él mismo por esposa: cambió en secreto su propósito de matrimonio, y permitió que ella permaneciera en el estado de esposa que ya tenía. Porque había leído en Isaías que una virgen de la casa de David concebiría y daría a luz

1. Mt 1, 18.
2. Mt 1, 25.
3. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 1, 18 (CCL 77, 10-11).
4. Mt 1, 19.

al Señor. Él sabía que la estirpe de María procedía de esa casa y por eso no dudaba de que en ella se cumpliría esa profecía. Pero si la repudiaba en secreto, no la recibía en su casa y seguía apareciendo como esposa, no sería extraño que pocos la tuvieran por virgen y no sospecharan más bien que era una meretriz. De ahí que de repente la decisión de José se cambiara por una mejor: a saber, la de recibir a María por esposa una vez celebrado el banquete de bodas, con el fin de conservar su fama, pero guardarla casta para siempre. Así pues, el Señor prefirió que algunos ignoraran la manera de su generación a poner en entredicho la castidad de su Madre[5].

6. En efecto, continúa: *Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados*[6]. Con estas palabras se enseña claramente el modo de su concepción y a la vez la dignidad de su parto, porque es evidente que va a concebir por obra del Espíritu Santo y que va a dar a luz al Cristo. Y aunque el ángel no le llama abiertamente Cristo, sin embargo por el hecho de que expone la etimología del nombre de Jesús como autor de la salvación y Salvador del pueblo, aclara a todas luces que es el Cristo, a fin de que por estos indicios José, de una parte llegue a conocer hasta lo que no sabía, y de otra aparte por completo su mente de tocar a la Madre de Dios.

7. Al dispensarle esta santa obligación se le ordena acoger a la que era una esposa solo de nombre, a fin de que no fuera lapidada como adúltera por los judíos y al mismo

5. Cf. Ambrosio, *Expositio evan. s. Lucam,* II, 1 (CCL 14, 30).

6. Mt 1, 20-21.

tiempo para que, al huir a Egipto, tuviera la ayuda de un varón que, con su trato confiado, fuera al mismo tiempo protector de su femenina fragilidad y testigo de su perpetua virginidad[7]. Exegetas católicos exponen además otros argumentos por los que fue necesario que José recibiera como esposa a la Madre de Dios. Quien quiera los encontrará en sus lugares respectivos[8].

8. El evangelista, por su parte, aporta al parto virginal también la cita de un pasaje profético[9], a fin de que una maravilla de tanta trascendencia fuera tanto más creída por cuanto no solo él mismo narraba el hecho, sino que recordaba también que había sido anunciado por el profeta. En efecto, este evangelista –es decir, Mateo– acostumbra también a confirmar todo lo que dice con el testimonio de los profetas, porque escribió su evangelio –si no por ellos– al menos en buena parte para quienes de entre los judíos habían abrazado la fe pero, a pesar de que habían vuelto a nacer en Cristo, no eran capaces de apartarse de las ceremonias propias de la Ley. Por eso se esforzaba por elevarles, de una interpretación literal de la Ley y los profetas a una espiritual, que es la cristológica, para que recibieran con más segura eficacia los sacramentos de la fe cristiana, cuanto más conscientes fueran de que no eran otros que los anunciados por los profetas.

9. Añade: *He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que quiere decir Dios con nosotros*[10]. El nombre del Salvador, a quien el

7. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 1, 18 (CCL 77, 10).

8. En ese mismo pasaje, JERÓNIMO recuerda un cuarto argumento aportado ya por Ignacio de Antioquía (+110), al final de su *Epístola a los efesios*: ocultar al demonio el nacimiento de Jesús, haciéndole creer que procede, no de una virgen, sino de una mujer casada.

9. Cf. Mt 1, 22.

10. Mt 1, 23.

profeta[11] llama «Dios con nosotros», significa su doble naturaleza en una sola persona. Porque el Dios que ha nacido del Padre antes de todos los siglos, es el mismo Emmanuel, Dios con nosotros, que en la plenitud de los tiempos fue hecho en el seno de su madre. En efecto, se ha dignado asumir en la unidad de su persona la fragilidad de nuestra naturaleza, cuando *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[12], comenzando así de un modo milagroso a ser lo que nosotros somos, sin dejar de ser lo que era, tomando nuestra naturaleza de tal modo que no perdería lo que Él mismo era.

10. *Y al despertar José de su sueño hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibió en casa a su esposa y no la conoció*[13]. La recibió a título de esposa por los motivos que hemos dicho y no la conoció, por lo que respecta a las relaciones maritales, a causa de los misterios que se le habían comunicado. Y si alguien quiere oponerse e impugnar nuestra afirmación de que José jamás recibió a la Madre de Dios en calidad de esposa, después de celebrar el matrimonio, que explique él mismo mejor este pasaje del santo Evangelio. Al mismo tiempo debe mostrar que era lícito entre los judíos que uno se uniera a su esposa por la cópula carnal y yo me sumaré a esa correcta interpretación de buen grado[14]. En cualquier caso, no vayamos a creer que con la madre del Señor haya podido ocurrir cualquier cosa que sea un desdoro para su pública fama.

11. Al contrario, nadie piense que lo que se añade a continuación –*hasta que dio a luz a su Hijo primogénito*[15]– se

11. Cf. Is 7, 14.
12. Jn 1, 14.
13. Mt 1, 24-25.
14. El desafío que aquí lanza Beda es claro: si alguien no admite esta explicación al comportamiento de José –la revelación que se le había hecho del misterio–, que aporte otra, teniendo en cuenta que en el matrimonio judío era lícito que los esposos tuvieran trato carnal.
15. Mt 1, 25.

debe entender como si la hubiera conocido después del nacimiento de su Hijo, como algunos perversamente piensan[16]. Vuestra fraternidad debe saber, en efecto, que ha habido herejes que, por esto que se dice aquí *–no la conoció hasta que dio a luz a su Hijo primogénito–*, han creído que José conoció a María tras el nacimiento del Señor y por eso, teniendo por tales a los que la Escritura llama hermanos del Señor[17], incluso interpretan en apoyo de su error el hecho de que el Señor sea llamado primogénito.

12. Aleje Dios de la fe de todos nosotros semejante blasfemia y concédanos entender con piedad católica que los padres de nuestro Salvador fueron siempre eximios con una virginidad intacta y que se denominan hermanos del Señor, de acuerdo con la costumbre habitual en la Escritura, no a sus hijos sino a sus parientes. Y es por eso por lo que el Evangelista no se ocupó de explicar si la había conocido tras el nacimiento del Hijo de Dios, porque a nadie se le habría ocurrido dudar de que aquellos a quienes, mientras permanecían en la pureza de la virginidad, se les había concedido por gracia singular que les naciera un hijo, podrían de algún modo después de eso atentar contra los derechos de la castidad y contaminar el sacrosanto templo de Dios con la semilla de su corrupción. Hay que advertir asimismo que primogénitos no son solamente –como opinan los herejes– aquellos a quienes siguen otros hermanos, sino –de acuerdo con la autoridad de la Escritura– todos los que abren por primera vez la vulva, ya les sigan otros hermanos o ninguno.

16. Se refiere a la herejía de Elvidio (~340-~390) quien, al querer resaltar la excelencia del matrimonio respecto del celibato, había acentuado en exceso la dimensión familiar de la relación entre María y José. JERÓNIMO dedicó un tratado *Contra Helvidio* para salir al paso de este error.

17. Cf. Mt 13, 55.

13. Pero, en todo caso, se puede entender bien que el Señor sea llamado primogénito por una razón especial, de acuerdo con lo que dice de Él Juan en el Apocalipsis: *(Jesucristo) el testigo veraz, el primogénito de los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra*[18]. Y el apóstol Pablo: *Porque a los que de antes conoció, a esos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que éste sea el primogénito entre muchos hermanos*[19]. Es primogénito entre muchos hermanos, porque *a cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios*[20]; con razón es llamado primogénito de ellos, porque precede en dignidad a todos los hijos por adopción, incluso a aquellos que nacieron antes del tiempo de su encarnación[21].

14. Esos pueden con toda certeza dar fe, junto con Juan, de que «después de nosotros viene uno que fue hecho antes de nosotros»[22], o sea es verdad que ha venido al mundo después de nosotros, pero en razón de su virtud y su poder, es llamado con todo derecho primogénito de todos nosotros. Incluso en su mismo divino nacimiento puede ser llamado sin dificultad primogénito porque, antes de que produjera a criatura alguna con su obra, el Padre engendró a su Hijo coeterno a Él; el Padre eterno engendró para sí mismo al Verbo, antes de que por el Verbo de verdad engendrara para sí, redimiéndoles, otros hijos adoptivos. De ahí que el mismo Verbo, el mismo Hijo de Dios –es decir, la fuerza y la Sabiduría– dice: *Yo nací de la boca del Altísimo,*

18. Ap 1, 5.

19. Rm 8, 29. A continuación de esta frase, la mayoría de los manuscritos que en la Introducción hemos calificado de *deteriores* –C P L O– incluye esta frase: «Es llamado primogénito de los muertos porque, aunque se encarnó en un tiempo posterior a muchos hermanos, fue el primero de todos que resucitó de entre los muertos y abrió a los creyentes el camino de la muerte a la vida celestial».

20. Jn 1, 12.

21. Cf. ISIDORO, *Etim.*, VII, 2, 13.

22. Cf. Jn 1, 15.

primogénita de todas las criaturas[23]. Por tanto, María dio a luz a su Hijo primogénito, es decir a un hijo de su sustancia. Dio a luz a quien era Dios y había nacido de Dios antes que cualquier otra criatura y que, incluso en aquella Humanidad en la que había sido creado, era superior con todo derecho a toda criatura.

15. *Y le puso por nombre Jesús*, dice. Jesús, en hebreo y en latín, significa «el que trae la salvación» o «el Salvador», una interpretación del nombre que está refrendada con toda seguridad por los profetas[24]. De ahí que se reciten con un gran deseo de gozar de su visión aquellas palabras: *Entonces se alegrará mi alma en el Señor y se gozará en su salvación*[25]; *mi alma se deshace en el deseo de tu ayuda*[26]; *yo me alegraré en el Señor y me gozaré en mi Dios Jesús*[27]. Y, sobre todo, aquello de: *Sálvame, Dios, por el honor de tu nombre*[28], que es como si dijera: «Tú, que eres llamado Salvador, ensalza la gloria de tu nombre, salvándome». Así pues, Jesús es el nombre del Hijo que nació de una virgen y que significa, según la explicación del ángel, que Él salvará a su pueblo de sus pecados[29]. Y el mismo que salva de los pecados, salvará sin duda de la corrupción de alma y de cuerpo producida a consecuencia de los pecados.

16. Por su parte, Cristo es un título propio de una dignidad sacerdotal y real. Porque tanto los sacerdotes como los reyes recibían en la Ley el nombre de «cristos» por el crisma, es decir por la unción con el óleo santo, para significar que el verdadero rey y pontífice, al aparecer en este mundo, fue ungido por el óleo de la alegría por encima de

23. Si 24, 5. Estas palabras salen de boca de la Sabiduría.
24. Cf. Isidoro, *Etim.*, VII, 2, 7.
25. Sal 35, 9.
26. Sal 119, 81.
27. Ha 3, 18 (*vetus Latina*).
28. Sal 54, 3.
29. Cf. Mt 1, 21.

sus compañeros[30]. Los cristianos están llamados a participar de esta unción, es decir del crisma[31], Cristo en persona, y de su unción, es decir de la gracia celestial. Que Él, Jesucristo nuestro Señor y Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos, se digne, por cuanto es Salvador, salvarnos de nuestros pecados, por cuanto es pontífice, reconciliarnos con Dios Padre, por cuanto es Rey, concedernos el reino eterno de su Padre. Amén.

30. Cf. Sal 45, 7; Hb 1, 9.
31. Cf. Isidoro, *Etim.*, VII, 2, 2-3.

HOMILÍA VI

En la Navidad del Señor

Lc 2, 1-14
PL 94, 334-339[1]

1. En la lectura del Evangelio hemos leído, hermanos queridísimos, que al ir a nacer en el mundo su Redentor, el Dios y Señor nuestro Jesucristo, se promulgó un edicto de César Augusto, que entonces tenía la autoridad suprema del poder terreno, para que todo el mundo se empadronase. No hay que pensar que esto ocurrió por casualidad, sino que debe entenderse que había sido previsto como una Providencia precisa de ese mismo Redentor nuestro. En efecto, Él, mediador entre Dios y los hombres[2], del mismo modo que previó por lo que respecta a su Divinidad a la que quiso como madre suya –de la que nacería cuando quisiera–, así también en su Humanidad eligió el tiempo que quiso para su nacimiento; es más, Él mismo dispuso las circunstancias en las que quiso hacerlo: a saber, unas en las que, apaciguado el torbellino de las guerras, un sosiego insólito de paz envolviera todo el orbe.

2. Pues, ¿qué indicio mayor de paz pudo haber en esta vida que el hecho de que un hombre decretara que todo el

1. Esta homilía aparece en J.-P. Migne entre las atribuídas a Beda y lleva el título: «Al canto del gallo del nacimiento del Señor».
2. Cf. 1 Tm 2, 5.

mundo se empadronase y se acuñara una moneda de este censo universal? Efectivamente, eligió por madre a una virgen, porque no convenía que el Hijo de Dios se encarnara de otro modo que de una madre intacta. Eligió para nacer un momento de paz total, porque sin duda este fue el motivo de su venida al mundo: conducir al género humano al bien de la paz suprema. De ahí que esté escrito: *Él es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno*[3]; esto es, el piadoso mediador y reconciliador que instauró una sola casa de Dios, a partir de una de ángeles y otra de hombres.

3. Por tanto, nuestro Señor nació en tiempos de paz, con el fin de mostrarnos, incluso con la situación del momento, que Él mismo era Aquel de quien la precedente profecía aseguraba: *su imperio se dilatará y la paz será ilimitada*[4]. De ahí que acertadamente el mismo profeta, al describir en otro pasaje con palabras simbólicas los misterios de su encarnación y de nuestra Redención, dice: *Y sucederá a lo postrero de los tiempos que el monte de la casa del Señor será confirmado por cabeza de los montes y será ensalzado sobre los collados y correrán a él todas las gentes*[5]. Asimismo señaló con claridad la calma de la paz que entonces se produciría, añadiendo: *Y fundirán sus espadas en arados y sus lanzas en hoces; no alzará la espada pueblo contra pueblo, ni se ejercitarán más para la guerra*[6]. Por eso inmediatamente agregó aún una exhortación: *Venid, casa de Jacob, y caminemos a la luz del Señor*[7].

4. Así pues, envió por delante un tiempo de paz y así, al aparecer Él en persona como autor de la paz y creador de los tiempos, abrió una puerta luminosa y predicó el gozo de la paz eterna, primero para la casa de Jacob –esto es, para

3. Ef 2, 14.
4. Is 9, 7.
5. Is 2, 2.
6. Is 2, 4.
7. Is 2, 5.

el pueblo israelita– y luego para todas las gentes que acudirían a Él. Y no hay que pasar por alto que precisamente esta calma de la paz terrena no solo dio un testimonio de benevolencia hacia el nacimiento del rey celestial, sino que le prestó un servicio, porque dio a los que predican su palabra el poder de recorrer todo el mundo y difundir la gracia del Evangelio por donde quisieran. Eso difícilmente hubiera podido ocurrir, si todo el orbe no hubiera sido gobernado por un solo imperio.

5. Pero incluso el empadronamiento de todo el orbe, que se recuerda fue hecho por un rey de la tierra, es un símbolo claro de las obras del Rey celestial, porque no cabe duda que apareció en el mundo para reunir a los elegidos de entre todas las naciones extendidas por el orbe de la tierra a la unidad de la fe en Él e inscribir para siempre sus nombres en el cielo, según su promesa[8].

6. También esto de que, conforme al edicto de Augusto, todos acudían a empadronarse cada uno en su ciudad, debemos hacerlo nosotros espiritualmente en servicio de nuestro Rey. En efecto, nuestra ciudad es la Iglesia santa, que en parte todavía peregrina lejos del Señor en la tierra, en parte reina ya con el Señor en los cielos y al fin de este mundo toda, perfecta, reinará con Él para siempre. Pues bien, a esta ciudad debemos ir todos y es oportuno que nadie se exima de un viaje tan saludable. Es necesario que todos nos sometamos al empadronamiento debido a este rey que ha nacido, es decir que de una parte sigamos unánimemente los mandamientos divinos de la Iglesia presente y de otra nos apresuremos hacia la entrada en la patria celestial con el esfuerzo infatigable de las buenas obras.

8. Cf. Is 4, 3; Lc 10, 20. Véase también GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 8, 1 (CCL 141, 54).

7. Y se entregaba, como manifestación haber entrado en el censo, un denario, moneda que pesaba diez gramos[9] y tenía grabadas la imagen y el nombre del César. Esto es lo que a nosotros nos conviene también imitar a un nivel espiritual. Porque nosotros pagamos a nuestro rey un dinero, en el que por supuesto está escrito su nombre, cuando procuramos cumplir los diez preceptos de su Ley, cuando en todos nuestros actos nos acordamos de que nos llamamos cristianos por Cristo y procuramos mantener intacta en nosotros la dignidad de ese mismo nombre. También debemos igualmente llevar impresa su imagen en el dinero de nuestra buena conducta, la imagen que Él mismo nos enseñó cuando nos dijo: *Sed santos porque yo, vuestro Dios y Señor, soy santo*[10]. Ciertamente esa es la imagen de Dios a cuya semejanza fuimos creados en el primer hombre: que fuéramos santos para siempre por participación en la santidad divina. De ahí que también el salmista diga: *Está marcada en nosotros, Señor, la luz de tu rostro*[11]. Pero, por haber perdido el hombre esta luz del divino rostro al pecar, Dios, naciendo encarnado, tuvo a bien tomar la imagen de un rostro humano con el que enseñarnos que debíamos renacer en espíritu; tuvo a bien aparecer entre nosotros sin pecado, pero semejante a la carne del pecado[12], con el fin de purificarnos de todo pecado y rehacer en nosotros la luz de su imagen.

8. *Así pues* –dice el Evangelio–, *José subió de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que*

9. El término que Beda utiliza –*nummus*– es tan genérico que puede aplicarse, tanto al valor –*céntimo*-, como al peso, que es el sentido que adoptamos. En cualquier caso se trata del impuesto que debía pagar todo aquel que se empadronaba.

10. Lv 19, 2.

11. Sal 4, 7. Esa es la versión original de la Vulgata, por más que actualmente la frase se interprete como un ruego: «Marca en nosotros, Señor, la luz de tu serena faz».

12. Cf. Rm 8, 3.

se llama Belén, por ser él de la casa y de la familia de David, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta[13]. Está claro que la Providencia divina tomó medidas para que, al acudir cada uno a su ciudad para ser empadronado, por este edicto general, sucediera que los padres de nuestro Salvador fueran de Nazaret a Belén y así ambas ciudades, para cumplir los vaticinios de los profetas, quedarían señaladas por los misterios de su concepción, a saber, resplandeciendo la una por el honor de su concepción, la otra por el de su nacimiento.

9. En efecto, el profeta Isaías da fe de que era conveniente que nuestro Redentor fuera concebido en Nazaret: *Brotará una vara del tronco de Jesé y surgirá de sus raíces un nazareo*[14]. Y «nazareo» quiere decir «flor», o «puro»[15]. El Hijo de Dios, hecho carne por nosotros, justamente pudo ser llamado con este nombre, porque Él en persona tomó la naturaleza humana limpia de todo pecado y se presentó como fuente y origen de frutos espirituales ante todos los que creen en Él. A esos les mostró un modelo de vida recta y feliz, a la vez que les concedía sus dones.

10. Así pues, brotó una vara del tronco de Jesé y surgió de sus raíces un vástago (nazareo), porque la intacta Virgen María, de cuya carne el Señor se encarnó verdaderamente en la ciudad de Nazaret, sin mancha carnal, procedía de la estirpe de David. Por lo que se refiere a que habría de nacer en Belén, esto también se anuncia en los relatos proféticos, cuando se dice: *Y tú, Belén de Efrata, eres pequeño entre los*

13. Lc 2, 4-5.

14. Is 11, 1. El profeta utiliza el término hebreo «nêser, vástago»: La relación entre esa palabra y el lugar Nazaret ha sido objeto de innumerables estudios que no es posible enumerar aquí. Véanse las voces *Nazarener, Nazareth* en *Das grosse Bibellexicon*, vol. II, Zürich 1988, 1031-1036.

15. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 137).

miles de Judá; mas de ti saldrá uno que señoreará en Israel[16]. Ése nace justamente en Belén, no solo por la señal de la estirpe real –porque David fue de allí–, sino también por el mismo nombre, porque Belén significa «casa del pan»[17]. En efecto, Él mismo dice: *Yo soy el pan vivo que he descendido del cielo*[18]. Por tanto, dado que desciende del cielo a la tierra para darnos el alimento de la vida celestial y saciarnos con el regalo de su eterna dulzura, merecidamente el lugar en el que nace se llama «casa del pan».

11. También hay otra razón para esa disposición divina por la que nuestro Señor no naciera en la ciudad en que había sido concebido, sino en otra; a saber, que con eso, quienes conocían su nacimiento o le asistían, evitarían más fácilmente las insidias de sus enemigos. En efecto, preveía que Herodes comenzaría enseguida a perseguir al recién nacido y procurar su muerte y por eso quiso que el misterio de su nacimiento ocurriera en la ciudad de David, con el fin de que sus padres no tuvieran allí domicilio ni posesión alguna, sino que solo llegaran allí como recién venidos durante el tiempo del parto y permanecieran como huéspedes; y que enseguida, una vez cumplido el nacimiento y manifestadas las señales del cielo, que era oportuno dieran testimonio de Él, se retiraran junto con Él a Egipto.

12. Y así sucedió que, no solo Herodes no le encontró en absoluto cuando le buscaba, sino que no tuvo ninguna posibilidad de perjudicar a sus parientes, puesto que no podía averiguar quiénes eran sus padres. Tampoco se puede pasar por encima en silencio el máximo don de nuestro Creador y Redentor, quien no solo quiso encarnarse por nosotros, sino que quiso hacerlo en un momento en el que, in-

16. Mi 5, 2.
17. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 8, 1 (CCL 141, 54).
18. Jn 6, 41.

mediatamente después de nacer, quedó registrado en un censo. Porque se cubrió de carne, para cubrirnos a nosotros con la fuerza de su espíritu; descendió del cielo a la tierra, para elevarnos a nosotros de la tierra al cielo; pagó el tributo al César, para darnos la gracia de la libertad perpetua. El Hijo de Dios, que estaba en un hombre, sirvió a un rey que no conocía el acatamiento del servicio a Dios, dándonos así muestras evidentes –también por este tipo de humildad– de cuánto debemos servirnos unos a otros por caridad, dado que Él no tuvo a menos prestar servicio a uno que no conocía la verdadera caridad. En este pasaje también nos mostró con su propio ejemplo lo que más tarde nos enseñaría por boca del príncipe de los Apóstoles, cuando dice: *Por amor al Señor, estad sujetos a toda autoridad humana: ya al emperador como soberano, ya a los gobernadores como delegados suyos*[19].

13. *Y ocurrió* –dice– *que estando allí, se cumplieron los días de su parto, y dio a luz a su hijo primogénito*[20]. Llama primogénito al Señor, no porque se deba creer que hubiera dado a luz otros hijos después de Él la bienaventurada Madre de Dios, que consta ser digna de alabanza junto con su esposo José por su perpetua castidad, sino que con razón le llama primogénito porque, como dice Juan: *A cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios*[21]. Entre todos esos hijos, tiene con todo derecho el primado Él, que incluso antes de que naciera en carne, existía ya como Hijo de Dios, nacido sin inicio. En efecto, descendió a la tierra, se hizo partícipe de nuestra naturaleza, nos concedió participar en su gracia a fin de que, como dice el Apóstol, *sea Él mismo el primogénito entre muchos hermanos*[22].

19. 1 P 2, 13-14.
20. Lc 2, 6-7.
21. Jn 1, 12.
22. Rm 8, 29.

14. Añade: *Y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para Él en la posada*[23]. Y aquí, hermanos queridísimos, hay que ver la gran condescendencia de nuestro Redentor; aquí cada uno de nosotros en lo más íntimo de su corazón debe decir con el profeta: *¿Qué podré yo dar al Señor por todos los beneficios que me ha hecho?*[24] Porque Aquel, en cuyo honor con toda verdad cantamos: *Grande es el Señor y digno de toda alabanza y su grandeza es infinita*[25], ha nacido pequeño para nosotros a fin de convertirnos, renaciendo, de pequeños en grandes, es decir de pecadores en justos. A quien está sentado a la derecha del Padre en el cielo, le faltó un lugar en la posada, para darnos la abundancia de las felices mansiones en la casa de su Padre[26]. El que ha vestido a toda criatura, ya invisible en los cielos, ya visible en este mundo, con los múltiples ornatos que posee en su majestad, según aquello que dice el profeta, *revestido de luz como de un manto*[27], ese mismo, al asumir nuestra frágil humanidad, es cubierto con unos pañales con el fin de devolvernos nuestra primitiva veste, es decir para reconducirnos en su misericordia a la gracia de la inmortalidad que habíamos recibido en nuestro primer padre.

15. Aquel por quien todo ha sido hecho dispuso que sus manos, sus pies, en una palabra todo el cuerpo que había endosado, fuera reclinado en una cuna, para disponer nuestras manos a las buenas obras, para dirigir nuestros pies por el camino de la paz[28], para librar todos los miembros de nuestro cuerpo al servicio de Dios. Aquel a quien no pueden contener el cielo y los cielos de los cielos[29], está limitado en la estrechez de un pequeño pesebre, para concedernos la ampli-

23. Lc 2, 7.
24. Sal 116, 12.
25. Sal 145, 3.
26. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 41 (CCL 14, 49).
27. Sal 104, 2.
28. Cf. Lc 1, 79.
29. Cf. 1 R 8, 27.

tud de las sedes celestiales. Y en virtud de un misterio sublime el recién nacido eligió para sí una sede en un pesebre al que los animales suelen acudir para alimentarse.

16. Y así sugirió ya entonces que tenía intención de saciar a todos los fieles con los misterios de su encarnación en la mesa sacrosanta del altar. Y dio una señal de que acostumbraría a recrear con la gracia de su íntima suavidad a todos los que le sigan humildemente, de quienes con razón se dice por boca del profeta: *conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo*[30]. Porque con el buey designa al pueblo judío, que estaba acostumbrado a rumiar el yugo de la Ley y sus palabras. Con el asno se refiere al pueblo de los gentiles, que permanecía constantemente impuro por la basura de la idolatría. Muchos de uno y otro pueblo, convertidos a la gracia del Evangelio, conocieron al dueño por el que habían sido creados y a la vez intentaban crecer con sus alimentos celestiales para alcanzar la salvación eterna.

17. Contemplamos las primicias a Él consagradas en los pastores, con razón venerables, que por el anuncio del ángel merecieron ser los primeros en ver y anunciar al recién nacido y en los magos que llegaron bajo la guía de una estrella desde Oriente con regalos y plegarias. En verdad, los primeros llegaron hasta el Señor de entre los judíos, los segundos de entre los gentiles. Es verdad que de los magos oiremos hablar con más amplitud en el mismo día santo de la Epifanía, en el que llegaron con la ayuda del Señor; mientras tanto, veamos qué ocurrió con los pastores, que

30. Is 1, 3. Ya Gregorio Magno (*Moralia in Iob,* XXXV, 16, 39) interpreta este texto identificando el buey con el pueblo judío y al asno con los gentiles. Hacia el s. VII o VIII el escrito apócrifo *Evangelio del Pseudo Mateo* (14) ve en estas palabras una profecía que se cumplió con el nacimiento de Jesús. De ahí procede la tradición de presentar esos animales en el portal de Belén, por más que en el relato evangélico no se les mencione.

llegándose hasta Él los primeros, simbolizan a los fieles del primer pueblo.

18. Sigue así: *Había en la misma región unos pastores que estaban guardando las vigilias de la noche y custodiando su rebaño. Y he aquí que un ángel del Señor se presentó junto a ellos y la gloria de Dios los envolvió con su luz*[31]. En verdad, esta es una sabia disposición de la Providencia divina: que al nacer el Señor hubiera unos pastores que velaban en los alrededores de esa ciudad y estando despiertos protegían sus rebaños del miedo de la noche. Porque era oportuno que, cuando nacía en la tierra el pastor supremo de las ovejas –esto es, el que alimenta las almas fieles–, unos pastores que vigilaban su rebaño dieran testimonio de su nacimiento. Porque Él en persona es el que dice: *Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen y yo les doy la vida eterna*[32]. Porque entonces ya estaba presente lo que más tarde ocurriría: que los pastores elegidos –es decir, los santos predicadores– serían enviados por todo el mundo para recoger a los pueblos de los creyentes en el redil del Señor. Al primero de ellos, es decir a san Pedro, cuando confesó que amaba al Señor, el mismo Jesús, dueño y príncipe de los pastores, le ordenó diciéndole con el fin de comprobar su amor: *Apacienta a mis ovejas*[33]. Porque indudablemente solo ama con perfección al Creador quien dispensa al prójimo los cuidados de un amor puro.

19. *Y he aquí que un ángel del Señor se presentó junto a ellos y la gloria de Dios los envolvió con su luz*[34]. ¿Qué otra cosa significa esto de que al aparecerse a los pastores el ángel los envolvió el esplendor de la claridad divina, sino que este privilegio se reservó especialmente para la solemnidad de este momento? Esto no lo encontramos jamás en toda la serie de

31. Lc 2, 8-9.
32. Jn 10, 27-28.
33. Jn 21, 17.
34. Lc 2, 9.

libros del Antiguo Testamento; cuando en tan innumerables situaciones los ángeles se aparecen a profetas y a hombres justos, en ningún lugar leemos que esas personas estuvieran rodeadas del resplandor de la luz divina. Mas, cuando la verdadera luz del mundo nació en esta tierra, fue en verdad oportuno que el anuncio de su nacimiento inundara el sentido corporal de la vista de los hombres con la novedad de la luz del cielo. En efecto, dice el profeta a propósito de su nacimiento: *Resplandece una luz en las tinieblas para los rectos de corazón*[35]. Y, como si preguntáramos cuál es esa luz de la que habla, añade inmediatamente: *El Señor es misericordioso, clemente y justo*. Por tanto, cuando el misericordioso y justo Creador y Redentor del género humano se dignó iluminarle con la gloria de un nuevo nacimiento, fue de todo punto oportuno que la claridad de una luz nueva invadiera la región en la que nació.

20. Así pues, escuchemos lo que el ángel dice a los pastores, al aparecérseles rodeado de claridad: *No temáis, porque he aquí que os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo*[36]. Ciertamente es una gran alegría, porque es una alegría celestial, una alegría eterna, una alegría que no es perturbada por la intervención de ninguna tristeza, una que solo a los elegidos les es concedido disfrutar. *Que lo será para todo el pueblo*. No para todo el pueblo judío, ni para todo el pueblo de los gentiles, sino para todo el pueblo que, procedente de los judíos o de los gentiles de todo el mundo, congregado a la sola confesión de Cristo a partir de la confesión común de los misterios de Cristo, es llamado pueblo cristiano. De él dice el profeta: *El pueblo que andaba en tinieblas vio una gran luz*[37].

35. Sal 112, 4.
36. Lc 2, 10.
37. Is 9, 2.

21. *Porque os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David*[38]. Dijo bien «ha nacido hoy», y no «esta noche», porque evidentemente apareció con su luz celestial el que anunciaba a quienes velaban durante las horas de la noche que había nacido el día, es decir Aquel de quien el salmista profetiza, diciendo: *anunciad venturosamente día tras día su salvación*[39]. Efectivamente la salvación de Dios, esto es, el Señor Jesús es el día surgido del día, porque el hombre que apareció en el tiempo en la ciudad de David de una virgen madre, ese mismo ha nacido antes de todos los tiempos, no limitado a un lugar: luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero. Así pues, puesto que cuando nosotros habitábamos en la región de la sombra[40] ha nacido la luz de la vida, de modo consecuente el anuncio de ese mismo nacimiento dice: *porque hoy os ha nacido un Salvador* a fin de que, advertidos por esta palabra, recordemos siempre que la noche ha precedido a la ceguera antigua[41], pero se ha acercado el día de la salvación, para que de una parte nosotros mismos rechacemos las obras de las tinieblas, y de otra andemos como hijos de la luz. *Y el fruto de la luz se produce en justicia y santidad*[42], como dice el mismo Apóstol.

22. *Y esta será la señal para vosotros: encontraréis a un niño envuelto en pañales y reclinado en un pesebre*[43]. Conviene que nosotros retengamos siempre en la memoria esta señal del Salvador encarnado, a fin de que, llevando una vida virtuosa, aprendamos a dar gracias siempre por sus beneficios, porque ha querido revestirse de nuestra fragilidad hasta el punto de no rehusar incluso las consecuencias de una pobreza total. En efecto, el indicio de la debilidad por Él asumida se

38. Lc 2, 11.
39. Sal 96, 2.
40. Cf. Is 9, 1.
41. Cf. Rm 13, 12.
42. Ef 5, 9.
43. Lc 2, 12.

nos muestra en que es un niño, y además envuelto en pañales; y el de la pobreza, en que está depositado, no en un lecho, sino en un pesebre.

23. Cantemos, por tanto, para siempre las misericordias del Señor[44], que no se ha negado asociarse a nuestra bajeza y a nuestra condición de mortales, a fin de que nosotros vivamos dichosos para siempre. Y mientras un solo ángel anunciaba la alegría del Nacimiento del Señor, de repente se presentó una multitud de la milicia celestial para rendir al mismo Señor recién nacido el tributo de su devoción y celebrar con la acostumbrada alabanza de sus himnos –ahora que había aparecido en la tierra– al que estaba acostumbrada a glorificar por siempre en el cielo. En esta escena, con su canto de alabanza, también los habitantes del cielo nos enseñan cuán grande debe ser nuestra alegría al celebrar esta sacratísima solemnidad, cuántas alabanzas debemos dirigir al Verbo divino que en ella *se hizo carne y habitó entre nosotros*[45], con el fin de elevarnos a la visión de su gloria y concedernos la participación de la gracia y de la verdad, de las que Él está lleno.

24. Así pues, alaban al Señor y dicen: *Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad*[46]. Y tienen razón al decir «gloria a Dios» y al desear «paz a los hombres», porque saben que Aquel de cuyo nacimiento se alegran es el mediador entre Dios y los hombres: esto es, verdadero Dios y hombre. Cantan gloria a Dios en las alturas porque se alegran de que ya ha llegado el tiempo en el que el mundo podría conocer a su Creador, que está en los cielos, una vez arrojados fuera los dioses construidos por los hombres. Desean paz a los hombres, porque se dan cuenta de que ahora, con la Redención del Señor, estarán

44. Cf. Sal 89, 2.
45. Jn 1, 14.
46. Lc 2, 14.

con ellos en el gozo de la misma mansión celestial aquellos a quienes habían contemplado antes apartados de la felicidad eterna por culpa del pecado. Envían paz a los hombres, a quienes ansían tener como compañeros en la Jerusalén celeste, esto es, en la contemplación de la paz eterna, también para advertir a esos mismos hombres que deben llegar a su compañía por medio de la salvaguarda de la paz.

25. Y con toda razón, al decir *y en la tierra paz a los hombres*, añadió *de buena voluntad*, porque los espíritus se apresuran a tener la comunidad de la paz angélica con aquellos en cuyas mentes saben que habita la pureza de la buena voluntad. Se alegran de que, tras la corrupción de la carne, asciendan a la contemplación de la verdadera paz, junto con ellos, aquellos que mientras habitaban la carne mortal tratan de extraer de la raíz de su buena voluntad todo lo que hacen o dicen. Porque esos tales, aunque la debilidad o la ignorancia quizás alguna vez los hace remisos en el cumplimiento de la buena acción que desean realizar, sin embargo, ante los ojos del juez íntimo, les excusa la integridad de la buena voluntad que mantienen en el corazón. En efecto, es buena voluntad amar a nuestro Creador con todo el corazón, toda el alma y toda la fuerza y amar al prójimo como a nosotros mismos[47], así como mostrar el vigor de ese amor en nosotros con algunos indicios de actos piadosos.

26. Esto lo debemos hacer a todas horas y todos los días. ¡Cuánto más, cuando cada año celebramos la Navidad de nuestro Señor y Salvador o la conmemoramos con una devoción asidua! La exhortación del ángel nos enseña de modo especial a presentarle en esa devoción los deseos de nuestra buena voluntad. En esa devoción los ciudadanos de la patria celestial prometen a nuestra buena voluntad la unión con su

47. Cf. Mc 12, 30-31.

paz. En ella también nosotros mismos solemos entonar a Dios el mismo himno del concierto angélico. Por tanto, hermanos queridísimos, que esta solemnidad sea común a los habitantes de esta tierra y a los celestiales, y no solo esta solemnidad, sino que toda nuestra conducta sea digna de la unión con los habitantes del cielo.

27. Meditemos, mientras estamos en camino, lo que deseamos tener en la patria; pongamos también ahora de acuerdo, en lo que está en nuestro poder, nuestras vidas con la vida purísima de los espíritus bienaventurados a los que entonces esperamos asociarnos; sigamos asimismo en la vida presente los dones de la pureza interior, del amor mutuo, de la alabanza a Dios a los que esperamos dedicarnos en el futuro; aprendamos a decir con el Apóstol *nuestra conversación está en los cielos*, a fin de que también podamos añadir con confianza lo que sigue: *de donde también esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo*[48]. Porque esperan con gozo al Salvador, que viene a juzgar, aquellos que se acordaron de llevar en la tierra una vida conforme a la voluntad celestial.

28. En efecto, incluso a los débiles y menos perfectos de nosotros concede una gran esperanza de conseguir la salvación nuestro Creador y Salvador en persona. Al aparecer Él mismo débil para confirmar nuestra flaqueza, prometió inmediatamente después a nuestra voluntad, con la voz acorde de la milicia celestial, los dones de su paz perpetua, Jesucristo, Señor y Dios nuestro, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

48. Flp 3, 20.

HOMILÍA VII

En la Navidad del Señor

Lc 2, 15-20
PL 94, 34-38

1. Nacido en Belén nuestro Señor y Salvador, como atestigua la historia sagrada del Evangelio, un ángel del Señor –rodeado de una gran luz– se apareció a unos pastores que en aquella región estaban haciendo guardia de noche para guardar su rebaño[1], y les aseguraba –no solo con el sonido de su voz celestial, sino también con la claridad de su divina luz– que había venido al mundo el sol de justicia[2]. Porque en toda la serie de libros del Antiguo Testamento[3] jamás encontramos a ángeles, que tan abiertamente se aparecieran rodeados de luz a los patriarcas, sino que este privilegio se ha reservado precisamente para el día de hoy, cuando *surgió en las tinieblas una luz para los rectos de corazón: el Señor clemente y compasivo*[4].

2. Pero, para que no pareciera que era pequeña la autoridad de un ángel, inmediatamente después de que uno solo reveló el misterio del reciente nacimiento, se presentó una multitud de las milicias celestiales para cantar «gloria a Dios», y a la vez anunciar «paz a los hombres», demostran-

1. Cf. Lc 2, 8.
2. Cf. Ml 4, 2.
3. Beda utiliza la expresión *vetus instrumentum* para referirse al Antiguo Testamento.
4. Sal 112, 4.

do abiertamente que por medio de este nacimiento los hombres habrían de convertirse a una sola fe, esperanza y caridad, así como a la gloria de la alabanza a Dios. Por su parte, esos pastores representan místicamente a todos los doctores de la Ley y a los guías de las almas fieles. La noche, durante la que se mantenían vigilando sobre su rebaño, significa el peligro de las tentaciones de las que no dejan de guardarse –ellos mismos y sus súbditos– todos aquellos que vigilan con sumo cuidado.

3. Y hacen bien en vigilar sobre su rebaño los pastores, al nacimiento de Cristo, porque ha nacido Aquel que dice: *Yo soy el buen pastor; el buen pastor da su vida por sus ovejas*[5]. Pero también se acercaba el tiempo en que ese mismo pastor, en su suprema bondad, tras haber enviado pastores al mundo, volvería a convocar en los pastos siempre verdes de la vida celestial a sus ovejas, que erraban diseminadas por doquier. Al mayor de esos pastores le ordenó: *Si me amas, apacienta mis ovejas*[6]. Y, para explicárselo, añadió: *confirma a tus hermanos*[7].

4. *Y sucedió que, luego que los ángeles se apartaron de ellos hacia el cielo, los pastores se decían unos a otros: Vayamos hasta Belén y veamos este hecho que acaba de suceder y que el Señor nos ha manifestado. Y vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en el pesebre*[8]. Verdaderamente aquellos pastores se apresuraron a ver con gozosa alegría aquello que habían escuchado y, por haber buscado con amor vibrante, de inmediato merecieron encontrar al Salvador a quien buscaban[9]. Pero también con sus palabras y hechos mostraron con qué afán deben buscar

5. Jn 10, 11.
6. Jn 21, 16-17.
7. Lc 22, 32.
8. Lc 2, 15-16.
9. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 25, 2 (CCL 141, 205-206).

a Cristo los pastores de ovejas dotadas de razón e incluso todos los fieles. *Vayamos hasta Belén* –dicen– *y veamos este hecho que acaba de suceder.*

5. Vayamos también nosotros, hermanos queridísimos, con nuestro pensamiento hasta Belén, la ciudad de David, volvámosle a visitar con nuestro amor y celebremos su encarnación con los debidos honores. Vayamos, dejando de lado con todo el deseo de nuestro corazón las bajas concupiscencias de la carne, hasta el Belén celestial: esto es, hasta la «casa del pan»[10] vivo en los cielos, no hecha por mano de hombre[11], sino eterna; y volvámosle a visitar, porque el Verbo que se hizo carne, ha ascendido hasta allí con su carne y está sentado a la derecha de Dios Padre. Sigámosle hasta allí con el vigor de nuestras virtudes y, con la solícita mortificación del alma y del cuerpo, procuremos merecer contemplar cómo reina en el trono de su Padre Aquel al que los pastores vieron, dando vagidos en un pesebre.

6. *Y veamos este hecho que acaba de suceder*[12], dicen. ¡Qué adecuada y pura confesión de una fe santa! *En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios*[13]. Este Verbo, nacido del Padre, no ha sido

10. Esta es una interpretación que no procede de JERÓNIMO, si bien es verdad que este sentido es común entre los hebreos y procede del libro de Rut, según el cual esa ciudad de Judea estaba situada al límite del desierto, ya dentro de una zona fértil.

11. Cf. 2 Co 5, 1.

12. La expresión latina *factum est*, tiene el sentido de «suceder», como traducimos aquí. Pero como Beda habla en este contexto de la encarnación del Verbo, significa que «ha sido creado». Ahora bien, no en cuanto a su Divinidad –porque esa naturaleza no es creada, sino consustancial al Padre-, sino en cuanto Hombre, aparecido en el tiempo, y por tanto visible para la humanidad. Por todo eso, la expresión de los pastores: *Videamus hoc verbum quod factum est* está llena de sentido literal –*veamos este hecho que acaba de suceder*– y teológico: *veamos esta palabra que acaba de ser creada.*

13. Jn 1, 1.

creado, porque Dios no es una criatura. En su nacimiento divino no pudo ser visto por los hombres, pero para poder ser visto *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[14]. Así pues, dicen, *veamos esta palabra que acaba de suceder* –porque antes de que sucediera, no pudimos verle– *que ha hecho el Señor y nos ha manifestado*[15]: que el Señor ha hecho al encarnarse y por eso se nos ha hecho visible.

7. *Y vinieron presurosos, y encontraron a María y a José y al niño reclinado en un pesebre*[16]. Vinieron presurosos los pastores y encontraron al Dios nacido como hombre, junto con los que habían ayudado a su nacimiento.

Apresurémonos también nosotros, hermanos míos, no con los pasos de nuestros pies, sino con la realización de buenas obras, para contemplar esa misma humanidad glorificada junto a los que sirvieron a la misma, gratificados suficientemente con el honor de su servidumbre. Apresurémonos para verle resplandecer en la divina majestad de su Padre y de la suya propia. Apresurémonos –repito–, porque una felicidad tan grande no se debe buscar con desidia y lentitud, sino que hay que seguir las huellas de Cristo con prontitud.

Porque Él mismo desea facilitarnos el camino, dándonos la mano, y le complace oírnos decir: *Atráenos; correremos en pos de ti, del aroma de tus perfumes*[17]. Por tanto, sigámosle más deprisa al paso de las virtudes, a fin de que merezcamos alcanzarle. Nadie sea remiso en convertirse al Señor, nadie se retrase de día en día, pidiéndole por encima y antes de todo que dirija nuestros pasos según su palabra y que no nos domine ningún tipo de mal[18].

14. Jn 1, 14.

15. Obsérvese que aquí Beda introduce un primer miembro de frase que no había incluido antes, ni tampoco aparece en la Vulgata, pero que hace posible la exégesis que propone.

16. Lc 2, 16.

17. Ct 1, 3.

18. Cf. Sal 119, 133.

8. *Y al verlo, reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas acerca de este niño*[19]. Apresurémonos también nosotros, hermanos queridísimos, durante este tiempo, a percibir con fe piadosa, a abrazar con todo cariño lo que se nos ha dicho de nuestro Salvador, verdadero Dios y hombre, con el fin de ser capaces de entenderlo en la futura visión del conocimiento perfecto. Porque esta es la sola y verdadera vida, no solo de los hombres bienaventurados, sino también de los ángeles: contemplar por siempre la faz de su Creador, que ya deseaba ardientemente el salmista, cuando decía: *Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. ¿Cuándo iré y apareceré ante la faz de Dios?*[20] Dio a entender que solo su visión y no la afluencia de bienes terrenos de cualquier tipo podría saciar sus ansias, al decir: *Yo me saciaré cuando se manifieste tu gloria*[21]. Porque antes había dicho con toda claridad que son dignos de la contemplación divina, no los ociosos y los perezosos, sino quienes se fatigan en la práctica de las virtudes: *Yo por mi parte, en justicia, compareceré en tu presencia.*

9. Así pues, los pastores –al verlo– reconocieron las cosas que les habían sido anunciadas acerca de Cristo, porque la visión de Dios es conocerlo y esta es la única vida bienaventurada del hombre, como Él mismo afirma y asegura cuando, al recomendarnos al Padre, dice entre otras cosas: *Y esta es la vida eterna: que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo a quien Tú has enviado*[22].

10. *Y todos los que escucharon se maravillaron de cuanto los pastores les habían dicho*[23]. Los pastores no ocultaron en el silencio los misterios que habían conocido de parte de Dios, sino que se lo contaban a cuantos pudieron, porque

19. Lc 2, 17.
20. Sal 42, 3.
21. Sal 17, 15.
22. Jn 17, 3.
23. Lc 2, 18.

incluso los pastores espirituales de la Iglesia han sido ordenados sobre todo para esto: para predicar los misterios de la palabra de Dios y mostrar a sus oyentes, para que se maravillen, los milagros que han aprendido en las Escrituras.

11. No solo los pastores –obispos, presbíteros, diáconos, o también los superiores de los monasterios–, sino incluso todos los fieles que tienen encomendada la custodia de su casa –por pequeña que sea–, son llamados con propiedad pastores, en la medida en que presiden con solícita vigilancia cada uno su propia casa. Y todo aquel de vosotros que dirige en la vida cotidiana al menos a uno o dos de sus hermanos, les debe el cuidado de pastor, porque se le ordena sustentarles con el alimento de la palabra en todo lo que necesitan.

Es más, cualquiera de vosotros, hermanos, de quien se cree que vive como persona privada, tiene el oficio de pastor, conduce el rebaño y le guarda durante las vigilias de la noche si, a la vez que adquiere para sí mismo una multitud de buenas acciones y pensamientos puros, se afana por esto: gobernar con equitativa moderación, alimentar con el manjar celestial de las Escrituras y rechazar con prontitud vigilante las asechanzas de los espíritus inmundos.

12. *María por su parte guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón*[24]. María, guardando las leyes del pudor virginal, se negaba a dar a saber a alguien los misterios de Cristo que había conocido; al contrario, ella misma esperaba con reverencia divulgarlos cuando y como Él quisiera, pues ella misma daba vueltas constantemente a esos misterios con corazón vigilante, si bien con la boca callada. Esto significa lo que dice el Evangelista: *meditándolo en su corazón*. En efecto, comparaba lo que veía que estaba sucediendo, con lo que había leído que ocurriría. Porque veía que ella, nacida en

24. Lc 2, 19.

Nazaret de la estirpe de David, había concebido del Espíritu Santo al Hijo de Dios.

13. Había leído en el profeta: *Y brotará una vara del tronco de Jesé, retoñará de sus raíces un vástago*[25] *sobre el que reposará el espíritu del Señor*[26]. Había leído: *Y tú, Belén de Efrata, pequeño para ser contado entre las familias de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel y sus orígenes desde el inicio, desde los días de la eternidad*[27]. Veía que en Belén había dado a luz al dominador de Israel, que había nacido Dios eterno del Padre antes de los siglos; veía que había concebido siendo Virgen y había dado a luz un Hijo y le había puesto el nombre de Jesús.

14. Había leído en los profetas: *He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le llamará Emmanuel*[28]. Había leído: *Conoce el buey a su dueño y el asno el pesebre de su amo*[29]. Veía al Señor reclinado en un pesebre, al que el buey y el asno suelen acercarse para ser alimentados. Recordaba que el ángel le había dicho: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios*[30]. Había leído la manera en que habría de nacer –como si no hubiera sido posible saberlo por medio del anuncio del ángel–, al decir Isaías: *¿Quién narrará su generación?*[31]

15. Había leído: *Y tú, torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sion, volverá a ti tu antiguo poderío y la realeza propia de la hija de Jerusalén*[32]. Había oído que las virtudes angélicas, que son hijas de la ciudad celestial, se habían apa-

25. Véase a este propósito más arriba lo que se dice en la nota correspondiente a *Hom.*, I, 6, 8.
26. Is 11, 1-2.
27. Mi 5, 2.
28. Is 7, 14. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 15 (CCL 14, 38).
29. Is 1, 3.
30. Lc 1, 35.
31. Is 53, 8.
32. Mi 4, 8.

recido a los pastores en un lugar que en la antigüedad, por ser punto de encuentro de ganado, era llamado «torre del rebaño» y se encuentra a una milla al este de Belén, donde incluso hoy día se muestran en la iglesia tres recuerdos de aquellos pastores. Sabía que en ese momento se había encarnado el Señor, que junto con el Padre tiene el poder uno y eterno, y que había de entregar el reino a la Iglesia, es decir a la hija de la Jerusalén celestial. Así pues, María comparaba lo que había leído que habría de ocurrir con lo que sabía que ya había ocurrido; pero no lo contaba, sino que lo mantenía encerrado en su corazón.

16. *Y los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho*[33]. Aprendamos también nosotros, hermanos queridísimos, gracias a la contemplación de la misericordia con la que el Señor se ha dignado piadosamente ayudarnos, a convertirnos de modo que siempre le demos gracias por sus beneficios. Porque si aquellos hombres, tras conocer solo exclusivamente su nacimiento, se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, cuánto más conveniente es que nosotros –que conocemos por orden todas las consecuencias de su encarnación, que estamos imbuidos de sus sacramentos– proclamemos en todo su gloria y su alabanza, no solo con palabras sino también con obras, y no olvidemos jamás que Dios se ha hecho hombre con el fin de volvernos a crear, mediante un nuevo nacimiento, a imagen y semejanza de su Divinidad[34].

17. Asimismo fue bautizado con agua, a fin de fecundar las fuentes de las aguas para el perdón de todos nuestros pecados. Asimismo fue tentado en el desierto, para –tras vencer al tentador– darnos también la pericia y la fuerza pa-

33. Lc 2, 20.

34. Cf. Jn 3, 3.

ra vencer. Asimismo murió, para destruir el imperio de la muerte. Asimismo resucitó y subió al cielo, para brindarnos la esperanza y el ejemplo de resucitar de los muertos y reinar para siempre en los cielos. Volviéndonos de cada uno de estos misterios a la contemplación de su piadosísima Providencia, glorifiquemos y alabemos al mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA VIII

En la Navidad del Señor

Jn 1, 1-14
PL 94, 38-44

1. Puesto que ya hemos contemplado el nacimiento en el tiempo del Mediador entre Dios y los hombres[1], Jesucristo, ocurrido en el día de hoy, narrado con palabras de los santos evangelistas –a saber, Mateo y Lucas–, ahora nos gustaría también examinar las palabras del evangelista san Juan, a propósito de la eternidad del Verbo: es decir, de la eternidad de su Divinidad, en la que permanece siempre igual al Padre. Este Juan, por el privilegio de su singular castidad, mereció de una parte captar con más profundidad que los otros el misterio de su Divinidad, y de otra exponerlo. Porque se entiende que no en vano en la última cena descansó sobre el pecho del señor Jesús[2], sino que además por este medio se enseña de un modo simbólico que de la santísima fuente del pecho del Señor bebió el agua de la sabiduría celestial, de un modo más excelso que los otros. Por eso, en la representación de los cuatro animales, se le compara con razón a un águila en pleno vuelo. Evidentemente, entre todas las aves el águila acostumbra a volar más alto y a dirigir

1. Cf. 1 Tm 2, 5.

2. Cf. Jn 13, 25; 21, 20.

más directamente que los demás animales sus miradas a los rayos del sol[3].

2. En efecto, los demás evangelistas es como si anduvieran en la tierra con el Señor y, si bien relatan su generación en el tiempo junto con sus hechos en vida con la suficiente extensión, apenas han dicho algo sobre su Divinidad. Éste, por el contrario, es como si volara hasta el cielo con el Señor; y, publicando muy pocos relatos sobre sus hechos temporales, captó el poder eterno de su Divinidad –por el que todo fue hecho–, a base de volar más alto y especular con más profundidad con su mente. Y además, al escribirlo, nos lo trasmitió para que creyéramos en ese poder.

3. Por eso, los otros evangelistas describen a Cristo nacido en el tiempo, Juan da fe de que Él mismo existía ya al principio y afirma: *En el principio era el Verbo*[4]. Los otros recuerdan que Cristo apareció de repente entre los hombres; Juan declara que estaba siempre junto a Dios, al decir: *y el Verbo estaba en Dios*[5]. Los otros afirman que era verdadero hombre; Juan confirma que era verdadero Dios, cuando dice: *y el Verbo era Dios*. Los otros dicen que convivió en el tiempo como hombre entre los hombres; Juan muestra que era Dios, que estaba al principio en Dios, con estas palabras: *Él estaba al principio en Dios*. Los otros presentan las grandezas que hizo como hombre; Juan enseña que Dios Padre hizo por Él a todas las criaturas, visibles e invisibles, diciendo: *Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada*[6]. Y de un modo admirable san Juan, al comienzo de su evangelio, inculca de un modo sublime la fe a los que creen de verdad y al mismo tiempo rebate con autoridad la

3. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XXXVI, 1 (CCL 36, 323). Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XXXI, 47, 94 (CCL 143 B, 1614- 1615).
4. Jn 1, 1.
5. *Ibid.*
6. Jn 1, 3.

perfidia de los herejes a propósito de la Divinidad del Salvador.

4. Porque ha habido herejes que han dicho que si Cristo nació, en consecuencia hubo un tiempo en que no existía[7]. Juan les replica a esos con la primera frase, cuando dice: *Al principio era el Verbo*[8]. Y ciertamente no dice: «Al principio comenzó a ser el Verbo», para mostrar con toda claridad que no nació del tiempo, sino que existía ya al comienzo de los tiempos y por eso nació del Padre, sin ningún comienzo de tiempo. Por eso, Él mismo dice en los Proverbios: *El Señor me dio el ser en el principio de sus caminos; antes de que hiciera algo al principio, desde la eternidad estaba yo ordenada*[9].

5. Asimismo ha habido herejes que, por negar la existencia de las tres personas de la Santa Trinidad, han afirmado que Dios cuando quiere es Padre, cuando quiere es Hijo, cuando quiere es Espíritu Santo, pero Él es uno solo[10]. Para combatir este error, Juan añade: *y el Verbo estaba en Dios*[11]. Porque, si uno estaba en el otro, es evidente que son dos y no uno: el Padre y el Hijo. El mismo es desde una perspectiva Padre, desde una perspectiva Hijo y desde una perspec-

7. En estas consideraciones Beda tiene presentes, no solo a los herejes –fundamentalmente gnósticos– del siglo I, sino a todos aquellos que hasta el momento en que él escribe se han opuesto a los dogmas cristológicos y trinitarios. Entre las herejías contrarias a la eternidad del Hijo está el arrianismo, que le consideraba una criatura del Padre. Salió al paso de este error el concilio de Nicea en 325, si bien sus consecuencias se dejaron sentir en toda la Iglesia hasta mucho tiempo después, provocadas por complejas cuestiones políticas.

8. Jn 1, 1.

9. Pr 8, 22-23.

10. Las herejías antitrinitarias han sido múltiples a lo largo de los primeros siglos en la Historia de la Iglesia. Aquí Beda se refiere a quienes mantienen una visión unitaria de Dios y consideran las personas como modos de manifestarse la mónada divina.

11. Jn 1, 2.

tiva Espíritu Santo, siendo así que la naturaleza de la sustancia divina no es mutable, como dice el apóstol Santiago con toda claridad: *En el cual no se da mudanza ni sombra de alteración*[12]. Ha habido también algunos propagadores de un dogma depravado que confiesan que Cristo fue solo hombre, pero no creían en absoluto que fuera Dios. Juan les rebate de un modo consecuente cuando dice: *Y el Verbo era Dios*.

6. Ha habido otros que pensaban que Él era ciertamente Dios, pero creado desde el tiempo de su encarnación, y no nacido del Padre, eterno antes de los siglos. De ahí que alguno de esos tales se cuenta que afirmó: «No envidio a Cristo hecho Dios, porque yo también, si quiero, puedo ser hecho como Él»[13]. También el Evangelista rechaza la funesta opinión de estos, cuando dice: *Él estaba al principio en Dios*. Es decir, este Verbo que es Dios, no empezó en el tiempo, sino que al principio era Dios en Dios.

7. Asimismo, ha habido algunos enemigos de la verdad que no negaban que Cristo existía ya antes del parto de la Virgen, pero creían que era Dios, no nacido del Padre, sino hecho por el Padre y por tanto menor que el Padre porque era una criatura. También a estos les condena la palabra evangélica que dice: *Todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él no se hizo nada*[14]. Efectivamente, si ninguna criatura ha sido hecha sin Él, entonces es evidente que Él no es una criatura por la que todas las demás han sido hechas. Y para que nadie, al oír que la criatura ha sido hecha por medio de Él, pudiera creer que su Voluntad es voluble –como si uno de repente quisiera hacer una criatura que nunca hubiera

12. St 1, 17.

13. Beda recoge este razonamiento herético tal cual de Gregorio Magno. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XVIII, 52, 85 (CCL 143 A, 948).

14. Jn 1, 3.

hecho antes desde la eternidad–, el Evangelista enseña con claridad que ciertamente la criatura ha sido hecha en el tiempo, pero en la eterna sabiduría del Creador estaba dispuesto desde siempre el cuándo y la calidad de lo que crearía.

8. Y esto es lo que dice: *Cuanto ha sido hecho era vida en Él*[15]. Esto es, lo que fue hecho en el tiempo, vivo o carente de vida, todo eso apareció en la sublime sabiduría del Creador como si siempre hubiera vivido y vive. No porque lo que creó sea coeterno con el Creador, sino porque es coeterna con Él la sabiduría de su voluntad, en la que ha contenido desde la eternidad y contiene lo que había de crear y cuándo lo crearía, de qué modo gobernaría lo creado, con el fin de que se conserve, y a qué fin conduciría cada una de las cosas que había creado.

9. Continúa: *Y la vida era la luz de los hombres*[16]. Con esta afirmación se enseña claramente que esta sabiduría vital, por la que todas las cosas están dispuestas y son gobernadas, ilumina, no a todas las criaturas, sino solo a las racionales para que puedan saber[17]. En efecto, los hombres creados a imagen de Dios pueden adquirir la sabiduría, los animales no. Pero todo aquel que es *hombre animal no percibe las cosas del espíritu de Dios*[18]. De ahí que, tras decir con propiedad *y la vida era la luz de los hombres*, añade a propósito de aquellos que, por haberse apartado lejos de la dignidad de la condición humana, son comparados con los animales de carga ignorantes, se asemejan a ellos[19] y por eso lógicamente se privan a sí mismos de la luz de la verdad: *Y la luz luce en las tinieblas, pero las tinieblas no la abrazaron*[20].

15. Jn 1, 4.
16. *Ibid.*
17. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, I, 18 (CCL 36, 10).
18. 1 Co 2, 14.
19. Cf. Sal 49, 12.
20. Jn 1, 5.

10. La luz de los hombres es, por supuesto, Cristo, que presta brillo a todos los corazones humanos que merecen ser iluminados con la presencia de su conocimiento. Son tinieblas, por su parte, los estúpidos e injustos, cuyos ciegos corazones la luz de la eterna sabiduría conoce con claridad de qué condición son, por más que ellos sean absolutamente incapaces de comprender con su inteligencia a la manera que un ciego es ofuscado por el esplendor del sol, aún sin contemplar él mismo el sol cuya luz le baña. Sin embargo, a esos tales la misericordia divina no les menosprecia en absoluto, antes al contrario les ha concedido el remedio de la salvación con el que pueden llegar a contemplar la luz. Esa misma luz invisible, esa misma sabiduría de Dios se ha revestido de una carne en la que pudiera ser contemplado. Ella es la que, apareciendo en una vestidura de hombre y hablando a los hombres, empujaría poco a poco sus corazones al conocimiento de su divina visión con una fe purificada.

11. Ante Él fue enviado un hombre de un mérito extraordinario, cuyo testimonio prepararía a todos a escuchar la sabiduría de Dios en persona en cuanto apareciera, a contemplar al mismo sol de la justicia[21], entonces cubierto por la nube de su cuerpo: es decir, a ver y a escuchar al hombre que, lleno de gracia y verdad, era Dios. Dice: *Hubo un hombre, enviado de Dios, de nombre Juan. Vino este a dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyeran por él*[22]. No dice «a fin de que todos creyeran en él», porque *maldito el hombre que pone su confianza en el hombre y de la carne hace su apoyo*[23], sino que dice «a fin de que todos creyeran por él»: esto es, a fin de que gracias a su testimonio creyeran en la luz que todavía no habían aprendido a ver. Es decir,

21. Cf. Ml 4, 2.
22. Jn 1, 7-8.
23. Jr 17, 5.

a Jesucristo nuestro Señor. Este dice de sí mismo: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida*[24].

12. Prosigue: *Él no era la luz, sino que vino a dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*[25]. Ciertamente, también los hombres santos son con razón llamados «luz», al decirles el Señor: *Vosotros sois la luz del mundo*[26], y el apóstol Pablo: *Fuisteis un tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor*[27]. Sin embargo, hay mucha diferencia entre una luz que es iluminada y una que ilumina, entre aquellos que reciben una participación de la luz verdadera para que alumbren, y la misma luz eterna, que no solo ilumina en sí misma, sino que basta para iluminar con su presencia a todos aquellos a los que alcanza[28].

13. Por lo que se refiere a esta comparación con la verdadera luz, no solo se afirma que no lo eran algunos de los elegidos de menos importancia, sino incluso el mismo Juan –mayor que el cual nadie ha nacido entre los hijos de mujer[29]–, para demostrar evidentemente que no era él el Cristo, como se pensaba. Juan era, como está escrito, *la lámpara que arde y alumbra*[30]: o sea, que arde por la fe y el amor, que alumbra con la palabra y los hechos. Pero, infundir en los corazones la gracia de la luz es propio solo de Aquel de quien se dice: *Era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*; es decir, a todo el que es iluminado por su ingenio natural y sobre todo por la sabiduría divina. Porque, así como nadie existe por sí mismo, así también nadie puede ser sabio por sí mismo, sino con la ilumi-

24. Jn 8, 12.
25. Jn 1, 8-9.
26. Mt 5, 14.
27. Ef 5, 8.
28. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, II 6 (CCL 36, p.14).
29. Cf. Mt 11, 11; Lc 7, 28.
30. Jn 5, 35.

nación de Aquel de quien está escrito: *Toda sabiduría viene del Señor Dios*[31].

14. Sus dos naturalezas –a saber, la divina por la que está presente siempre y en todas partes y la humana por la que, nacido en el tiempo, apareció circunscrito a un lugar– son descritas de manera apropiada por el Evangelista, cuando dice: *Estaba en el mundo y por Él fue hecho el mundo, pero el mundo no le conoció. Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron*[32]. Es decir, estaba en el mundo y el mundo fue hecho por Él, porque era Dios, porque todo Él está en todas partes, porque la presencia de su majestad gobierna sin esfuerzo y mantiene sin que le pese todo lo que ha hecho. Y el mundo no le conoció, porque la luz ilumina en las tinieblas y las tinieblas no le comprendieron. En realidad, en este pasaje llama «mundo» a los hombres que han sido engañados por el amor al mundo y que, apegándose a la criatura, se niegan a reconocer la majestad de su Creador. Vino a los suyos, porque apareció en el mundo que había creado por su Divinidad, el que había nacido por su Humanidad; vino a los suyos, porque se dignó encarnarse en el pueblo judío, al que se había ligado con una gracia especial por encima de todas las demás naciones. Por tanto, estaba en el mundo y vino al mundo. Estaba en el mundo por su Divinidad, vino al mundo por su encarnación. Con otras palabras, el venir o el irse es propio de su Humanidad, el permanecer y el ser es propio de su Divinidad.

Así pues, dado que, estando en el mundo por su Divinidad el mundo no le conoció, se dignó venir al mundo por su Humanidad, para que al menos así el mundo le conociera.

15. Mas, veamos lo que sigue: *Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron*. En efecto, a quien no conocieron a

31. Si 1, 1.

32. Jn 1, 10-11.

pesar de haber creado y gobernar todo en el poder de su Divinidad, a ese mismo no quisieron recibirle en la debilidad de la carne, a pesar de que deslumbraba con sus milagros. Y, lo que es más grave, no le recibieron los suyos, es decir aquellos a quienes había creado. Los judíos –a quienes había elegido para sí como un pueblo especial, a quienes había revelado el secreto de su identidad, a quienes había ensalzado con las hazañas milagrosas de los patriarcas, a quienes había entregado los mandamientos de la Ley, a quienes había prometido que se había de encarnar de entre ellos y en los cuales se mostró encarnado, como había prometido– se negaron en gran parte a recibirle, una vez hecho carne. Porque no todos le rechazaron; de otra suerte, nadie se habría salvado y su encarnación habría sido inútil.

16. Ahora bien, muchos de ambos pueblos, creyendo en Él, le recibieron. A ellos se refiere con razón el Evangelista, cuando dice: *Mas a cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios, a aquellos que creen en su nombre*[33]. Consideremos, hermanos queridísimos, cuán grande es la gracia de nuestro Redentor, cuánta es su dulzura[34]. Es el Unigénito del Padre y no quiso ser uno solo[35]; descendió a la tierra para conseguir hermanos a los que pudiera entregar el reino de su Padre. Nació Dios de Dios y no quiso permanecer solo Hijo de Dios, sino que también se dignó hacerse hijo del hombre, sin perder lo que era, pero asumiendo lo que no era, para así transformar a los hombres en hijos de Dios y hacerles coherederos de su gloria, de modo que comenzaran a tener por gracia lo que Él mismo desde siempre poseía por naturaleza.

17. Consideremos cuán grande es la fuerza de la fe, por cuyo mérito se concede a los hombres la capacidad de llegar

33. Jn 1, 12.
34. Cf. Sal 31, 19.
35. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, II 13 (CCL 36, 17).

a ser hijos de Dios. De ahí que esté escrito con exactitud: *Porque el justo vive de la fe*[36]. En efecto, el justo vive, no de esa fe que se profesa solo con el movimiento de los labios, sino de la que *actúa por la caridad*[37]; porque *la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma*[38]. Nadie se menosprecie a sí mismo, nadie desespere de su salvación; corramos todos, corra cada uno, para que los que estábamos lejos, merezcamos encontrarnos cerca en la sangre de Cristo[39]. Veamos lo que se dice: que *a cuantos le recibieron les dio poder de venir a ser hijos de Dios*. Dice *a cuantos le recibieron. Porque no hay en Dios acepción de personas, sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto*[40].

18. A continuación, el evangelista señala qué tipo de creyentes pueden convertirse en hijos de Dios y cuán distante está esa generación de la carnal. Dice: *Los que son nacidos, no de la sangre, ni de la voluntad carnal, ni de la voluntad de varón, sino de Dios*[41]. Porque la generación carnal de cada uno de nosotros procede de la sangre; esto es, tiene su origen de la naturaleza del macho y la hembra y del abrazo conyugal. Pero la espiritual es proporcionada por la gracia del Espíritu Santo. De ella dice el Señor, distinguiéndola de la carnal: *Quien no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. Lo que nace de la carne, carne es; pero lo que nace del Espíritu, es espíritu*[42]. Mas, para que ningún hombre dude de que puede llegar a ser hijo de Dios y coheredero de Cristo, el evangelista pone un ejemplo: porque el Hijo de Dios en persona se dignó hacerse hombre y habitar entre los hombres con el fin de que, al existir participando de la fragilidad humana, concediera a los hombres ser partícipes de su poder divino.

36. Ga 3, 11.
37. *Ibidem* 5, 6.
38. St 2, 17.
39. Cf. Ef 2, 13.
40. Hch 10, 35-36.
41. Jn 1, 13.
42. Jn 3, 5-6.

19. *Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[43]. Lo cual equivale a decir, de una parte que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, y de otra que ha convivido entre los hombres. Porque la Escritura suele designar a todo el hombre unas veces con la palabra «alma» y otras con «carne». Por ejemplo, «almas» cuando está escrito que Jacob descendió a Egipto en número de setenta almas[44]; por el contrario «carne», como también está escrito: *Y toda carne verá la salud de Dios*[45]. En realidad, es imposible que las almas desciendan a Egipto sin sus cuerpos, así como que la carne sin alma sea capaz de ver algo; pero en el primer caso el alma y en el segundo la carne designan a todo el hombre[46].

20. Así pues, lo que aquí se dice –*Y el Verbo se hizo carne*– hay que entenderlo no de otro modo, sino como si dijera «y Dios se hizo hombre»: es decir, al revestirse de carne y de alma. De manera que, como cada uno de nosotros –siendo un hombre– consta de carne y de alma, así también Cristo –que es uno–, desde el momento de la encarnación consta, a partir de su Divinidad, de carne y alma. Así como era Dios verdadero, existente desde la eternidad y por toda la eternidad, al asumir una verdadera Humanidad, que antes no tenía, en el tiempo, lo hizo en la unidad de su persona.

21. Sigue: *Y hemos visto su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad*[47]. Los hombres, que antes de la encarnación no podían ver la gloria de Cristo, la vieron después de la encarnación, al contemplar su Humanidad resplandeciente con los milagros y comprender que dentro se ocultaba su Divinidad. Sobre todo aquellos que, antes de la pasión, merecieron contemplar la claridad

43. Jn 1, 14.
44. Cf. Gn 46, 27; Dt 10, 22.
45. Lc 3, 6.
46. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 25, 4 (CCL 141, 209).
47. Jn 1, 14.

del que se transfiguró en el monte santo, *cuando de la magnífica gloria se hizo oír aquella voz que decía: «Este es mi Hijo amado, en quien tengo mis complacencias»*[48]. Y, después de la pasión, tras contemplar la gloria de su resurrección y ascensión, fueron renovados milagrosamente con el don de su Espíritu. Por medio de todos esos sucesos aprendieron de un modo manifiesto que una gloria de esa categoría no correspondía a un santo cualquiera, sino solo al Hombre, que en su Divinidad, era Unigénito del Padre.

22. Eso es lo que sigue a continuación: *Lleno de gracia y de verdad*[49]. Ese mismo hombre estaba lleno de gracia, Cristo Jesús, a quien le fue concedido un don singular, por encima de los demás mortales: que desde el momento en que fue concebido en el seno de la Virgen y comenzó a ser Hombre, fuera también verdadero Dios. De ahí también que hay que creer y confesar con razón que esa misma gloriosa, siempre Virgen María, es madre no solo de Cristo hombre, sino también de Dios[50]. Él mismo estaba lleno de verdad y es esa misma persona –a saber, la Divinidad del Verbo– la que se ha dignado tomar al hombre especialmente elegido con el que sería una sola persona, la de Cristo, no tras cambiar algo de su divina sustancia para crear la naturaleza de un hombre –como quieren los herejes–, sino asumiendo toda la naturaleza de un hombre verdadero procedente de la estirpe de David, que antes no tenía, mientras la naturaleza divina permanecía inmutable junto al Padre.

23. De ahí que sea oportuno, hermanos queridísimos, que quienes hoy recordamos con una devoción que se repite cada año el nacimiento humano de nuestro Redentor, abracemos a la vez su naturaleza divina y humana, con un amor

48. 2P1,17.
49. Jn 1, 14.
50. Este es el título –*theotókos*– que dogmatizó el concilio de Éfeso (431) contra los errores de Nestorio.

no solo anual, sino continuo: la divina, por la que fuimos creados cuando aún no existíamos, y la humana por la que hemos sido creados de nuevo cuando estábamos perdidos. Y es verdad que el poder divino de nuestro Creador era capaz de crearnos de nuevo, sin asumir la Humanidad; pero la debilidad humana de ese mismo Redentor nuestro no podía crearnos de nuevo, si la Divinidad no la hubiera asumido, si no la hubiera habitado, si no hubiera actuado por medio de ella.

24. Y es por eso por lo que el Verbo se hizo carne, es decir Dios se hizo Hombre y habitó entre nosotros: para, a través de su apariencia de hombre, semejante a nosotros, poder unirnos con su trato, instruirnos con su palabra, mostrarnos un camino de vida, combatir por nosotros contra el enemigo, destruir nuestra muerte muriendo y resucitando; pero también para – vivificándonos interiormente por medio de su Divinidad coeterna con el Padre– elevarnos a las cosas de Dios, concedernos la remisión de los pecados y al mismo tiempo los dones del Espíritu Santo y conducirnos, después de que hayamos realizado buenas obras, no solo a contemplar la gloria de su Humanidad transfigurada, sino a mostrarnos la inmutable esencia de su Divinidad, en la que vive y reina con el Padre en unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IX

En honor de san Juan Evangelista

Jn 21, 19-24
PL 94, 44-49

1. El pasaje del santo Evangelio que se nos ha leído, hermanos míos, debe ser sopesado por nosotros palabra por palabra con tanta más atención, cuanto todo él rebosa una enorme dulzura de gracia celestial. Porque el gran san Juan, evangelista y apóstol, nos trasmite el privilegio del gran amor con el que mereció ser honrado por el Señor, por encima de los demás apóstoles. Nos trasmite un testimonio del relato evangélico del que, por estar sometido a la veracidad divina, a ningún fiel se le permite dudar. Nos trasmite la plácida disolución de su cuerpo, que él experimentó gracias a la asistencia del Señor. Pero, para poder considerar con provecho espiritual las circunstancias de esta lectura, nos conviene prestar algo de atención a lo que se dice anteriormente.

2. Después de su resurrección, el Señor se apareció a siete discípulos, entre los que se encontraban Pedro y Juan. Tras haber trabajado ellos en vano pescando toda la noche, Él, de pie en la orilla, llenó su red con una gran cantidad de peces, e inmediatamente después invitó a comer a los que habían desembarcado en tierra. Y, mientras comían, preguntó por tres veces a Pedro si le amaba; y al que confesó su amor tres veces –porque tres veces le había negado–, le en-

cargó tres veces que apacentara a sus ovejas. Y a continuación, dado que a causa de la cura pastoral de esas mismas ovejas –esto es, de las almas fieles– habría de llegar hasta el martirio de la cruz, se lo dio a entender diciéndole: *En verdad, en verdad te digo: cuando eras joven tú te ceñías e ibas a donde querías; pero cuando envejezcas, extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras*[1].

3. En realidad, con el gesto de extender las manos expresó que había de ser coronado con el martirio por muerte de cruz; con el ser ceñido por otro quiso decir que habría de ser ceñido por su perseguidor; con el ser conducido a donde no querría ir, que había de sufrir los tormentos de la pasión contra la voluntad de su fragilidad humana. Pero, para que no le pareciera a Pedro demasiado difícil de soportar la pasión de la cruz predicha por el Señor, al punto se preocupó de aliviarla con su ejemplo, con el fin de que soportara la pena del martirio con tanta más ligereza, cuanto más presente tuviera que había recibido una sentencia de muerte análoga a la de su Redentor.

4. Y, tras haberle aclarado con qué tipo de muerte habría de glorificar a Dios, a continuación añadió lo que hemos escuchado al principio de esta lectura: *Y le dijo: «Sígueme»*[2]. Es como si le dijera directamente: «Puesto que yo he sido el primero en no temer sufrir por tu redención el suplicio de la cruz, ¿cómo es que temes sufrir la cruz por la confesión de mi nombre, tú que serás ensalzado por la palma de un glorioso martirio, precisamente porque la vas a merecer por seguir el camino de tu maestro?». Es verdad que el evangelista no añade lo que el Señor y los discípulos hicieron después de pronunciar estas palabras, pero se intuye por lo que sigue.

1. Jn 21, 18. 2. Jn 21, 19.

5. *Se volvió Pedro y vio que seguía detrás el discípulo a quien amaba Jesús*[3]. Porque está claro que después de decir a Pedro *sígueme*, esto es: «Imítame, padeciendo la cruz», se levantó del lugar de la comida y comenzó ya a alejarse. Pedro por su parte le siguió, queriendo cumplir –incluso con el movimiento de sus pies– la palabra que acababa de oír: *Sígueme*. Pero también les siguió aquel discípulo a quien amaba Jesús. Porque pensaba que no debía apartarse del seguimiento de Cristo, él que se sabía rodeado de un grado no menor de afecto por parte de Cristo. Y no resulta incomprensible que ambos discípulos siguieran físicamente las huellas del Señor, precisamente porque no comprendieron todavía lo que quería decir, al ordenar a Pedro que le siguiera.

6. Sé que todos vosotros, hermanos, sabéis que el discípulo a quien amaba Jesús no es otro que Juan, es decir aquel cuya fiesta natalicia celebramos hoy; aquel que escribió este evangelio y que por eso prefirió aludir a su persona con indicios de detalles accidentales y no con su propio nombre. Y Jesús le amaba a él solo de un modo singular –sin excluir a los demás, pero por encima de los otros a los que amaba–, porque la especial prerrogativa de la castidad le había hecho solo a él digno de un mayor afecto. Es verdad que da pruebas de amar a aquellos a quienes antes de la pasión había dicho: *Como el Padre me amó, así os he amado yo. Permaneced en mi amor*[4]. Pero, sin embargo, ama por encima de todos al que, elegido por Él cuando era virgen, permaneció virgen para la eternidad.

7. Pues cuenta la tradición que le disuadió de casarse cuando quería contraer nupcias[5]. Y por eso, premió con una

3. Jn 21, 20.
4. Jn 15, 9.
5. Cf. *Acta Ioannis*, en R. A. LIPSIUS, *Acta apostolorum apocrypha*, vol. II/1, Darmstadt, 1959, 151-216.

mayor dulzura de su amor al que Él había mantenido alejado del placer carnal. Y finalmente, cuando iba a morir en la cruz, le encomendó a su madre para que –por ser virgen– cuidara a la Virgen, y al subir Él a los cielos tras su muerte y resurrección, no faltara un hijo a su madre, cuya casta vida sería protegida por castos cuidados[6].

8. San Juan da otra pista sobe su identidad, al añadir: *El que en la cena se había recostado en su pecho y le había preguntado: Señor, ¿quién es el que te entregará?*[7] Pasajes anteriores del mismo evangelio muestran con más amplitud cómo ocurrió esto. Concretamente, cómo en la última cena que el Salvador celebró con sus discípulos antes de la pasión, en la que les lavó los pies y les entregó el misterio de su Cuerpo y de su Sangre para que lo conmemoraran, ese discípulo al que amaba se reclinó sobre su pecho y, al decirles *en verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me traicionará*[8], el mismo discípulo –a instigación de Pedro para que le preguntara– le dijo *Señor, ¿quién es?*, y el Señor dijo: *Es aquel a quien dé el trozo de pan que voy a mojar*[9].

9. Mas el hecho de que aquel discípulo se reclinara sobre el pecho del Maestro no era solo una señal de un afecto presente, sino también de un amor futuro. Porque era ya entonces un símbolo del evangelio que habría de escribir, más rico y más profundo que las demás páginas de la Sagrada Escritura, y habría de abarcar los misterios de la divina majestad. Puesto que en el pecho del Señor *están escondidos todos los tesoros de la ciencia y la sabiduría*[10], repose con razón sobre su pecho aquel a quien concede el don de una sabiduría y singular ciencia por encima de los demás. Sabemos efectivamente que los demás evangelistas han hablado

6. Cf. Jn. 19, 26-27.
7. Jn 21, 20.
8. Jn 13, 21.
9. Jn 13, 25-26.
10. Col 2, 3.

mucho de los milagros de nuestro Salvador, pero poco de su Divinidad. Juan, por el contrario, escribiendo poquísimo de sus hechos humanos, puso el acento en exponer los misterios de su naturaleza divina, manifestando así cuánta corriente de la doctrina celestial que fluye del corazón de Jesús bebió, para volcarla en nosotros[11].

10. Continúa: *Viéndole Pedro dijo a Jesús. Señor, ¿y este qué?*[12] Como Pedro había oído que glorificaría a Dios por su muerte de cruz, quiso también conocer, a propósito de su hermano y condiscípulo, con qué muerte pasaría a la vida eterna. *Jesús le dice: Sí quiero que él permanezca hasta que yo vuelva; ¿a ti qué?*[13] «No quiero» –dice– «que acabe su vida sufriendo un martirio, sino que espere el último día sin la violencia del perseguidor, cuando Yo mismo a mi venida le reciba en la mansión de la eterna bienaventuranza. Y a ti, ¿qué te importa de esto? Tú acuérdate solamente de que debes seguir mis huellas, sufriendo el patíbulo de la cruz». Y es verdad que los hermanos de aquella hora interpretaban esta respuesta del Señor como si Juan no hubiera de morir nunca[14]. El mismo Juan intentó advertir que esas palabras del Señor no debían ser entendidas en ese sentido. Porque, tras haber aludido a que se había extendido entre los hermanos esa interpretación –que ese discípulo no moriría–, hábilmente añadió y dijo: *Jesús no le dijo que no moriría, sino: Sí quiero que él permanezca hasta que yo vuelva; ¿a ti, qué?*

11. Por tanto, no hay que pensar que aquel discípulo no murió carnalmente, porque tampoco el Señor profetizó que ocurriría eso con él, y el salmista dice: *¿Qué hombre hay que viva y no conozca la muerte?*[15] Más bien hay que entenderlo en el sentido de que, cuando ya los demás discí-

11. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XXXVI, 1 (CCL 36, 323).
12. Jn 21, 21.
13. Jn 21, 22.
14. Cf. Jn 21, 23.
15. Sal 89, 49.

pulos de Cristo habían consumado su vida padeciendo el martirio, él esperaría la llegada de la llamada a la eternidad en el seno de la paz de la Iglesia. Y hay que entender que esto es lo que el Señor dice con el: *Sí quiero que él permanezca hasta que yo vuelva*. No porque él no fuera a sufrir también antes muchos trabajos y muchas tribulaciones por el Señor, sino porque sería el último en morir, en la paz de la vejez, esto es en las iglesias de Cristo fundadas aquí y allá en Asia, región que él presidía.

12. Porque él también aparece en los *Hechos de los Apóstoles*, azotado junto con los demás apóstoles, cuando *se retiraban de la presencia del concilio, gozosos por haber sido hallados dignos de sufrir insultos por el nombre de Jesús*[16]. Y en la *Historia eclesiástica* se cuenta la historia de cuando, bajo el emperador Domiciano, fue arrojado a una olla de aceite hirviendo[17] de la que, por protección de la gracia divina, salió tan intacto como había permanecido ajeno a la corrupción de la concupiscencia carnal. Y no mucho después el mismo emperador, por su insuperable constancia en la evangelización, lo desterró a la isla de Patmos. Allí, aunque privado de todo alivio humano, mereció sin embargo el consuelo frecuente de la visión divina y el coloquio con Dios. Por último, también allí, escribió de su mano el Apocalipsis, que el Señor le reveló, sobre el estado de la Iglesia de entonces y del futuro[18].

13. A partir de todo esto, es evidente que la promesa de permanecer así hasta la venida del Señor, no se refería a que vencería sin las penalidades del combate en este mundo, sino más bien a que saldría de él sin el dolor del martirio. Porque,

16. Hch 5, 40-41.

17. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 20, 23 (CCL 77, 178).

18. Cf. JERÓNIMO, *De viris illustribus*, 9. También EUSEBIO DE CESAREA, *Historia eclesiástica*, III, 23, 31, contiene buena parte de estas informaciones.

como encontramos en las cartas de los Padres, cuando agotado por su prolongada edad sintió que era inminente el día de su muerte, convocados sus discípulos, tras sus advertencias exhortativas y la celebración de la Misa, les dirigió su último adiós. Después, descendiendo al lugar cavado de su sepultura, y tras haber hecho oración, fue depositado junto a sus antecesores, tan libre del dolor de la muerte, como había vivido ajeno a la corrupción de la carne. Y de esta manera se cumplió aquella veraz frase del Salvador de que quería que Juan permaneciera así hasta que Él mismo volviera.

14. Pero también podemos penetrar de un modo místico en lo que el Señor profetiza a Pedro y a Juan, y entender que con esas palabras se designan los dos tipos de vida con los que la Iglesia se nos presenta en el mundo, a saber la activa y la contemplativa. De ellas, la primera es el camino que debe vivir de ordinario el pueblo de Dios; a la segunda, por el contrario, acceden muy pocos, concretamente todos aquellos que son superiores gracias al cumplimiento de buenas acciones[19].

15. Es propio de la vida activa que el siervo que busca afanosamente a Cristo insista en realizar acciones justas y en primer lugar se guarde a sí mismo limpio de este mundo[20], exima su mente, su mano, su lengua y todos los demás miembros del cuerpo de cualquier contaminación con la tentación culpable[21] y se dedique para siempre al servicio divino. Luego, además, que se dedique a socorrer las necesidades del prójimo de acuerdo con sus fuerzas: alimentar al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al que tiene frío;

19. En esta idea subyace el pensamiento pagano, que tiene su origen en la escuela platónica de todas las épocas: solo los selectos –filósofos, mártires, religiosos– tienen acceso a la intimidad con Dios y por tanto a la perfección.

20. Cf. St 1, 27.

21. Cf.2Co7,1.

sirviendo a los menesterosos, recibiendo en casa a los viajeros, visitando a los enfermos, sepultando a los difuntos[22], liberando al necesitado de las manos de quien es más fuerte que él, al desamparado y al pobre de quienes le roban[23]; pero también, mostrando al que se ha perdido el camino de la verdad[24] y dedicándose a los demás servicios propios del amor fraterno, sobre todo a luchar hasta la muerte por la justicia.

16. A su vez, la vida contemplativa se da cuando uno, adoctrinado por el duradero ejercicio de las buenas obras, instruido por la dulzura de la oración prolongada, adiestrado en mantenerse libre de todo tipo de asuntos mundanos, ha aprendido a dirigir la mirada de su mente solo al amor y ha comenzado, deseándolo ardientemente, a degustar ya en la vida presente, lo que recibirá en la futura, e incluso a entreverlo de vez en cuando de un modo sublime en cuanto les está permitido a los mortales. Por su parte, esta vida de contemplación celestial acoge sobre todo a aquellos que, tras una larga iniciación en las virtudes monásticas, han aprendido a mantenerse apartados de los hombres, manteniendo un ánimo tanto más libre para meditar temas celestiales, cuanto más separado está de los afanes mundanos.

Porque la vida activa se les propone para que entren en ella no solo a los monjes que viven solos en un cenobio, sino también en general, como hemos dicho, a todo el pueblo de Dios[25]. Y consta con certeza que a pesar de que ambos apóstoles, es decir Pedro y Juan, estaban puestos entre los hombres como modelos de una excelsa santidad y fueron

22. Cf. Mt 25, 35-36; Is 58, 7; Si 7, 32-35.

23. Cf. Sal 35, 10.

24. Cf. St 5, 19-20.

25. Por tanto, Beda considera dedicados a la vida contemplativa solo a aquellos monjes que viven en comunidad, mientras cuenta entre los dedicados a la vida activa a los cenobitas, que deben procurarse el sustento diario con su propio esfuerzo.

perfectos en los dos tipos de vida, sin embargo una es representada por Pedro y la otra por Juan[26]. Porque en aquello que dice el Señor a Pedro: *extenderás tus manos y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras*[27], aparece expresada la perfección de la vida activa que suele ser puesta a prueba por el fuego de las tentaciones. Por eso en otro pasaje se dice de ella más abiertamente: *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia*[28]. En consecuencia, a esa prueba le somete cuando le dice: *Sígueme*[29]. Porque indudablemente, según la palabra del mismo Pedro, *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un ejemplo para que sigamos sus pasos*[30].

17. Por el contrario, lo que dice de Juan, *quiero que él permanezca así hasta que yo vuelva*[31], insinúa el estado de virtud contemplativa, que no ha de acabar con la muerte como la activa, sino que tras la muerte se perfeccionará con la venida del Señor. En efecto, el trabajo activo, que recibirá el premio eterno tras la muerte, desaparece con ella. Pues, ¿quién da pan al hambriento en aquella vida, donde nadie tiene hambre? ¿Quién [da] agua al sediento, donde nadie tiene sed? ¿Quién da sepultura a un difunto, donde hay una tierra de vivos[32]? ¿Quién pone en ejercicio las otras obras de misericordia, allí donde no se encuentra nadie miserable? Por tanto, allí no hay ningún trabajo activo, sino que solo permanece para siempre el fruto de las acciones pasadas. Pero la bienaventuranza de la contemplación que aquí se inicia se cumplirá sin fin allí, cuando se contemple la presencia de los ciudadanos celestes y del Señor en persona, no ya como en un espejo o en enigma, sino cara a cara[33].

26. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, CXXIV, 5 (CCL 36, 683-686).
27. Jn 21, 18.
28. Mt 5, 10.
29. Jn 21, 19.
30. 1P2,21.
31. Jn 21, 22.
32. Cf. Sal 27, 13.
33. Cf. 1 Co 13, 12.

18. De ahí que con razón dice Jesús a propósito de esta contemplación, simbolizada por el discípulo a quien amaba y a quien había hecho reposar sobre su pecho: *Si quiero que él permanezca hasta que yo vuelva*[34]. Es como si dijera abiertamente: «No quiero que el gusto de la dulzura contemplativa, que amo sobre todo en mis santos que esperan embriagados bajo la protección de mis alas y alimentados por la esplendidez de mi casa y el torrente de mis goces[35], venga a acabar por su condición mortal de la misma manera que cesa el uso de su laboriosa actividad, sino que después de la muerte lleguen a una perfección más sublime con mi aparición y conduciéndoles Yo a la contemplación de mi majestad».

19. Continúa: *Este es el discípulo que da testimonio de esto y lo escribió. Y sabemos que su testimonio es verdadero*[36]. Ahora, por su oficio, san Juan declara abiertamente su identidad, que antes había evitado citar por su nombre. Pero no hay que mirar superficialmente lo que aquí se dice: *que da testimonio de esto y lo escribió*. En efecto, dio testimonio predicando la palabra de Dios, dio testimonio escribiendo, lo dio de nuevo enseñando lo que había escrito, y lo sigue dando ahora ofreciendo el evangelio que escribió a las iglesias, a fin de que sea leído. De hecho, desde el tiempo de la pasión, resurrección y ascensión al cielo del Señor, hasta los últimos tiempos del emperador Domiciano[37], durante casi sesenta y cinco años, predicó la Palabra sin ningún amanuense. Pero, cuando fue enviado al destierro por Domiciano, el segundo perseguidor de los cristianos, después de Nerón, irrumpieron en la Iglesia herejes como lobos en un redil privado de pastor: Marción, Cerinto, Ebión y otros

34. Jn 21, 22.
35. Cf. Sal 36, 7-8.
36. Jn 21, 24.
37. Domiciano fue emperador durante quince años (81-96). Le siguió Nerva (96-98). Estos datos cronológicos coinciden plenamente con la datación generalmente aceptada del evangelio de san Juan (98-100 d. C.).

anticristos[38]. Estos negaban que Cristo hubiera existido antes de María y ensuciaron la sencillez de la fe evangélica con su perversa doctrina.

20. Pero cuando Juan volvió a Éfeso con el permiso del piadoso emperador Nerva, tras el asesinato de Domiciano, se vio obligado por casi todos los obispos de Asia y por legaciones de muchas iglesias a redactar un relato más profundo sobre la Divinidad de Cristo, coeterna con el Padre, precisamente porque les parecía que en los escritos de los tres evangelistas –esto es, en los de Mateo, Marcos y Lucas– tenían ya un testimonio suficiente de su Humanidad y de los actos que había realizado en cuanto hombre. Él respondió que no sería capaz de hacerlo de otra manera que si, imponiéndose todos un ayuno, pedían a una al Señor que

38. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat. Praefatio* (CCL 77, 2-3). Aquí Beda pone nombres a los errores cristológicos a los que ya había aludido en I, 8, 4-7. MARCIÓN rechazaba el Dios airado y el demiurgo creador del AT a quienes opone el desconocido Dios del amor que se ha revelado por Jesucristo en el NT. Este vivió y padeció en la apariencia de un cuerpo para liberar a los creyentes del poder del demiurgo. Consecuencia práctica de esa doctrina es su rechazo del matrimonio –cf. *infra Hom.* I, 14, 1-, una ascesis que desprecia el mundo y una llamativa disposición al martirio. Fue excomulgado en Roma en el año 144, pero las comunidades por él fundadas perduraron hasta bien entrado el s. VI. La bibliografía reciente duda en caracterizar a Cerinto como cristiano judaizante o gnóstico porque –aunque de él no se conserva ninguna obra– las alusiones que diferentes fuentes hacen de él permiten ambas opiniones. Contemporáneo de Marción, diferencia al Dios supremo del poder creador, separa a Jesús de Cristo, está por la observancia de la Ley y cree en el quilianismo: que el fin del mundo tendría lugar en el año mil de la era cristiana. En cuanto a los ebionitas –no está documentada la existencia de un fundador– fue una secta de cristianos judíos que se llamaban a sí mismos los pobres –*ebjônim*– y desde muy pronto se separaron de la comunión de la Iglesia. En cuanto a la cristología puede decirse de ellos en general que ponen el acento en la mera Humanidad de Jesús, le entienden como hijo natural de José y niegan su nacimiento de una virgen.

él fuera capaz de escribir algo digno. Y así, cumplido este plan, iluminado por una revelación y embriagado por la gracia del Espíritu Santo, en un momento disipó todas las tinieblas de los herejes con la luz de la verdad que se le había revelado, diciendo: *Al principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios*[39].

21. Y, dando a todo su relato una dirección análoga a la del principio, enseñó con afirmaciones diáfanas que nuestro Señor Jesucristo, así como en cuanto verdadero Hombre fue hecho temporalmente del hombre, así también en cuanto verdadero Dios nació verdaderamente de Dios Padre desde toda la eternidad, existiendo siempre junto con el Padre y el Espíritu Santo. Es más, desveló todos los misterios de la divina verdad y de la verdadera Divinidad en una medida tan grande como a ningún otro mortal le ha sido concedido. Y con razón le estaba reservado semejante privilegio a una persona virgen, con el fin de que avanzara hasta revelar los misterios del Verbo incorruptible, a uno que personalmente estaba incorrupto, no solo de corazón sino también de cuerpo. A propósito de la verdad de lo que dice, de la que nadie debe dudar, él mismo se ocupó de mostrarla, cuando dijo: *Este es el discípulo que da testimonio de esto y lo escribió*; e inmediatamente añadió: *y sabemos que su testimonio es verdadero.*

22. Por tanto, puesto que todos nosotros, junto con los demás fieles, sabemos que su testimonio es verdadero, entendiendo con recta fe y poniendo en práctica con buenas obras lo que enseñó, procuremos con todas nuestras fuerzas alcanzar los dones eternos que prometió por medio de nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

39. Jn 1, 1.

HOMILÍA X

En la fiesta de los Santos Inocentes

Mt 2, 13-23
PL 94, 50-53

1. Se nos ha leído, hermanos queridísimos, el relato de la valiosísima muerte de los testigos inocentes de Cristo, en la que está simbolizada la preciosa muerte de todos los mártires de Cristo[1]. En efecto, la muerte de esos niños significa que, gracias a la humildad, hay que acceder a la gloria del martirio y que, si uno no se convierte y se hace como un niño[2], no puede dar su alma por Cristo. El hecho de que fueron matados en Belén y todos sus alrededores demuestra que, no solo en Judea –donde tuvo su origen el comienzo de la Iglesia–, sino también en todos los confines de la tierra, por todas partes del orbe en que se difundió, brotaría la cruel persecución de los impíos y sería coronada la paciencia de los santos.

2. Los de dos años para abajo que fueron degollados simbolizan a los perfectos en la doctrina y en las obras; pues los que están por debajo de esa edad señalan justamente a los sencillos o incultos, pero fuertes por su constancia en una fe no fingida[3]. La circunstancia de que precisamente ellos fueran degollados, mientras Cristo –que era el buscado– escapara con vida, sugiere que ciertamente los impíos pueden destruir los

1. Cf. Sal 116, 15.
2. Cf. Mt 18, 3.
3. Cf. 1 Tm 1, 5.

cuerpos, pero Cristo –por quien se desencadena toda persecución– de ningún modo puede serles arrebatado, ya se les deje en vida, ya se les mate. Por el contrario, verdaderamente se constata en ellos que *si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. En definitiva, sea que vivamos, sea que muramos, del Señor somos*[4].

3. El hecho de que, según la profecía de Jeremías: *Una voz se oye en Rama* –es decir, *en el cielo*[5]–, *lamentos, llanto amargo*, significa claramente que el luto de la santa Iglesia, con el que gime por la muerte injusta de sus miembros, no cae en el vacío –como graznan sus enemigos–, sino que sube hasta el trono del Juez supremo. Y, como la sangre del protomártir Abel[6], así también la de los demás mártires, clama desde la tierra hasta el Señor, según aquello del varón sabio: *No desdeñará la súplica del huérfano, ni la de la viuda, si ante El derrama sus quejas. ¿No corren las lágrimas de la viuda por sus mejillas y su clamor no se dirige contra el que las hace correr? De sus mejillas suben hasta el cielo y el Señor, que las oye, no se complacerá en ellas*[7].

4. Lo que se dice de Raquel –que lloró a sus hijos y no quiso ser consolada, porque ya no vivían– significa que la Iglesia llora ciertamente la desaparición de los santos de este mundo, pero no quiere ser consolada hasta el punto de que quienes han vencido al mundo con su muerte vuelvan de nuevo, para seguir soportando las batallas de este mundo, porque es indudable que no deben ser de nuevo llamados al mundo, de cuyas fatigas se han liberado ya una vez, para ser coronados junto a Cristo. Raquel, que significa «oveja»[8]

4. Rm 14, 8.

5. Jr 31, 15. Sobre el sentido de Rama, véase JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 138).

6. Cf. Gn 4, 10.

7. Si 35, 17-19.

8. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 70). En sentido propio Raquel significa «oveja madre» y es, junto con Sara, Rebeca y Lea, una de las madres del pueblo israelita.

o «el que ve a Dios», es pues símbolo de la Iglesia, cuyo objetivo es vigilar a fin de merecer ver a Dios. Ella es también la centésima oveja, a la que el buen Pastor –dejando en el cielo las noventa y nueve ovejas de virtudes angelicales– salió a buscar a la tierra y, una vez encontrada, la puso sobre sus hombros y así la devolvió al rebaño[9].

5. En realidad, uno se pregunta cómo se dice que Raquel lloró en sentido literal a sus hijos, cuando la tribu de Judá –que era la que ocupaba Belén– no procedía de ella, sino de su hermana Lía[10]. Sin embargo, esta objeción tiene evidentemente una respuesta fácil, porque fueron degollados no solo los niños en Belén, sino en todos sus alrededores. Y la tribu de Benjamín, que nació de Raquel, vivió contigua a la tribu de Judá. De ahí que con razón debe creerse que la calamidad de una muerte tan cruel se cernió también sobre no pocos niños de la tribu de Benjamín, a los que su madre Raquel lloró con una voz que subió hasta el cielo. También se puede entender de otra manera: que Raquel yace sepultada junto a Belén, como atestigua la inscripción de su tumba que se conserva hasta hoy, al oeste de la ciudad, más allá del camino que conduce a Hebrón. Por ese motivo, de acuerdo con el modo profético de expresarse, las cosas que en este momento sucedían en aquel mismo lugar, se presentan con razón como si las hubiera vivido con anterioridad aquella, gracias a cuyo cuerpo y nombre se había hecho famoso[11].

6. La circunstancia de que el Señor en persona fuera trasladado a Egipto por sus padres, para que no fuera degollado por Herodes, significa que los elegidos deben con frecuencia

9. Cf. Lc 15, 4-5. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, VII, 210 (CCL 14, 287).

10. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 2, 17 (CCL 77, 15).

11. Es decir, Raquel protagoniza esta escena que se produce mucho después en el tiempo.

huir de sus domicilios, o también ser condenados al exilio, por la injusticia de los malos. Al mismo tiempo en este pasaje se da un ejemplo a los fieles para que no duden en evitar la rabia de los perseguidores, huyendo allí donde sea oportuno, al acordarse de que su Dios y Señor hizo eso mismo. Hay que tener en cuenta que el mismo que habría de ordenar a los suyos: *cuando os persigan en una ciudad, huid a otra*[12] fue el primero que hizo lo que mandaba huyendo, como un hombre de la tierra, al que poco antes una estrella del cielo mostró a los magos[13].

7. El hecho de que Herodes, tras mandar degollar a los niños en vez del Señor, murió no mucho después y José por advertencia del ángel volvió a llevar al Señor y a su madre a la tierra de Israel, significa que todas las persecuciones que debían desencadenarse contra la Iglesia habrían de ser vengadas con la muerte de los perseguidores[14] y que, una vez castigados éstos, había de volver de nuevo la paz a la Iglesia y los santos que se habían escondido volverían a sus propios lugares.

Podemos tomar también el odio de Herodes, con el que quiso matar a Jesús, como un anuncio de las persecuciones que se produjeron en tiempos de los apóstoles, especialmente en Judea cuando, al prevalecer el odio, casi todos los mensajeros de la Palabra fueron expulsados de la provincia y se dispersaron por doquier para predicar a los gentiles: y así ocurrió que la gentilidad, simbolizada en Egipto –antes en tinieblas por sus pecados– recibió la luz de la Palabra. Porque esto es lo que significa el traslado a Egipto de Jesús y su madre por parte de José: a saber, que la fe en la encar-

12. Mt 10, 23.

13. Algunos manuscritos, entre ellos C P L O, añaden «como el Dios al que debían adorar», glosa que resalta la antítesis entre hombre/Dios.

14. He aquí un argumento clásico de la Apologética cristiana, iniciado con el tratado *De mortibus persecutorum* que Lactancio escribió posiblemente entre 314-317.

nación del Señor y la unión con la Iglesia a través de maestros santos llegaron hasta los gentiles.

8. El hecho de que permanecieran en Egipto hasta la muerte de Herodes indica en sentido figurado que la fe en Cristo perduraría entre los gentiles hasta que penetre en todos ellos[15] y así esté a salvo todo Israel. Por supuesto, la muerte de Herodes sugiere el fin de las intenciones malévolas con las que Judea se había ensañado hasta ese momento contra la Iglesia. La matanza de los niños es un signo de la muerte de los humildes de espíritu, a los que los judíos suprimieron después de que Cristo había huido de ellos. El hecho de que Jesús volvió a la tierra de Israel tras la muerte de Herodes anuncia el fin del mundo cuando, por la predicación de Enoc y Elías, ya apagado el fuego de su odio actual, los judíos recibirán la fe en la verdad.

9. Y es significativo que se diga que cuando huyó de Judea lo hizo de noche, mientras cuando vuelve no se hace ninguna mención, ni de fuga, ni de la noche[16]. Porque, sin duda, a aquellos a quienes abandonó entonces cuando le perseguían, por culpa de las tinieblas del pecado, a esos mismos les vuelve a ver finalmente cuando le buscan, gracias a la luz de la fe.

El hecho de que, aunque Herodes ya había sido castigado, sin embargo José, por temor a su hijo Arquelao y temiendo ir a Judea donde estaba la capital de su reino, se retirara a Nazaret de Galilea por advertencia de un ángel, significa los últimos tiempos de la Iglesia actual, cuando a causa de la ceguera de ese pueblo[17] –que actualmente es universal y por la que no deja de perseguirla con todas sus fuerzas–, se levantará en algunos[18] una cruel persecución por par-

15. Cf. Rm 11, 25-26.

16. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 2, 13 (CCL 77, 14).

17. Se refiere al pueblo judío.

18. Hipólito de Roma (+235) en su escrito dogmático *De Antichristo* afirma, siguiendo a Ireneo, que el Anticristo será judío.

te del Anticristo, que ciertamente llevará a muchos a apartarse de la perfidia y convertirse a la predicación de Enoc y Elías, pero a otros a luchar con todas sus fuerzas contra la fe, imbuidos del espíritu del Anticristo.

10. Así pues, la parte de Judea en la que reinaba Arquelao simboliza a los malvados seguidores del Anticristo. A su vez, Nazaret de Galilea, a donde el Señor es trasladado, designa la parte de ese pueblo que en aquel momento está dispuesta a recibir la fe en Cristo. Por eso, con razón, Galilea significa «realizado el traslado»[19] y Nazaret «la flor», o «el brote de ella»[20], porque sin duda la Iglesia santa, cuanto con un deseo más ardiente se aparta de las cosas que ve en la tierra para merecer las del cielo, tanto más abunda en flores y semillas de virtudes celestiales.

11. Por eso, hermanos queridísimos, conviene que, puesto que con la festividad de hoy veneramos las primicias de los mártires, pensemos asiduamente en la fiesta eterna de los mártires que se celebra en el cielo y que, siguiendo sus pasos en la medida en que podamos, también nosotros mismos nos esforcemos por participar en esa fiesta celestial, dado que el Apóstol nos asegura que, si nos asociamos a sus padecimientos, también nosotros participaremos en sus consuelos[21]. Y no lloremos su muerte tanto como nos alegramos de la consecución de su justo premio. Porque, si bien es verdad que a cada uno de ellos, cuando fueron expulsados de esta vida entre tormentos, Raquel doliente –esto es, la Iglesia que les había engendrado– les siguió con sus gemidos y lágrimas, sin embargo ahora, una vez expulsados de esta tierra, la Jerusalén celestial[22], que es madre de todos nosotros, les ha recibido inmediatamente, saliéndoles al encuentro los mi-

19. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 140).
20. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 137).
21. Cf.2Co1,7.
22. Cf. Ga 4, 26.

nistros de la alegría, y les ha introducido en el gozo de su Señor, para ser coronados por siempre.

12. Por eso dice Juan que estaban en pie delante del trono *en presencia del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos*[23]. En efecto, están ahora en pie coronados ante el trono divino los que en algún momento yacieron torturados con tormentos ante los tronos de los jueces de esta tierra. Están en pie en presencia del Cordero, sin que por ningún motivo se les pueda separar allí de la contemplación de la gloria del mismo, de cuyo amor aquí en la tierra nadie pudo separarlos por medio de suplicios. Resplandecen con túnicas blancas y tienen palmas en sus manos los que han conseguido premios por medio de sus obras, mientras reciben, glorificados por la resurrección, sus cuerpos que por el Señor han sufrido todo tipo de penas: ser consumidos por el fuego, despedazados por las fieras, azotados por látigos, despeñados por precipicios, descuartizados por las bestias.

13. *Y clamaban* –dice– *con grande voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero*[24]. Cantan en voz alta la alabanza a Dios los que con gran agradecimiento constatan que han superado las batallas de las tribulaciones que les han sobrevenido, no por su propia virtud, sino con la ayuda divina. Dice asimismo de ellos, describiendo las batallas pasadas y las coronas eternas: *Estos son los que vienen de la gran tribulación y lavaron sus túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero*[25]. Ciertamente los mártires han lavado sus túnicas en la sangre del Cordero mientras sus miembros, que a los ojos de los insensatos[26] parecían desfigurarse con el sufrimiento de la tortura, más bien quedaban limpios de toda lacra, tras haber

23. Ap 7, 9.
24. Ap 5, 13.
25. Ap 7, 14.
26. Cf. Sb 3, 2.

derramado de este modo su sangre por Cristo. Más aún, incluso gracias a la luz bienaventurada de la inmortalidad, se dignificaron: esto es lo que significa que blanquearon sus túnicas, lavándolas en la sangre del Cordero.

14. *Por eso* –dice– *están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo*[27]. No es laborioso, sino amable y apetecible, atender por siempre al servicio de alabar a Dios. Es evidente, en efecto, que la expresión «día y noche» no se refiere propiamente a esa sucesión del tiempo, sino que es símbolo de una continuidad sin interrupción. *Pues allí no habrá noche*[28], sino que un solo día en los atrios de Cristo es mejor que mil[29]. En ellos Raquel no llora a sus hijos, sino que *Dios enjugará toda lágrima de sus ojos*[30] y en sus atrios concede palabras de alegría y salvación eterna[31] Aquel que vive y reina en unión con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

27. Ap 7, 15.
28. Ap 21, 25.
29. Cf. Sal 84, 11.
30. Ap 7, 17; 21, 4.
31. Cf. Sal 118, 15.

HOMILÍA XI

En la octava de la Navidad del Señor

Lc 2, 21 PL 94, 53[1]

1. Es verdad que el evangelista describe con pocas palabras la memoria santa y digna de veneración de la fiesta de hoy, pero la dejó impregnada de no poca fuerza por lo que respecta al misterio celestial que encierra. En efecto, tras exponer el nacimiento del Señor, cuyo gozo pusieron de relieve inmediatamente después los ángeles con alabanzas a la altura de su gloria, celebraron los pastores con su devota visita, admiraron todos los que entonces lo oyeron –y también nosotros hemos celebrado recientemente con la oportuna solemnidad de misas e himnos, en la medida en que somos capaces por la misericordia del Señor–, añade escuetamente: *Y cuando se cumplieron los ocho días para que fuera circuncidado el niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno*[2].

2. Ésta es la alegría a celebrar en la fiesta de hoy, ésta la solemnidad de este día sagrado, estos los sacrosantos dones de la misericordia divina. Al entregar todo esto al corazón de los fieles, el Apóstol dice: *Mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, para redimir a los que estaban bajo la Ley, para que recibié-*

1. Título en la edición de J.-P. Migne: «En la fiesta de la Circuncisión del Señor».
2. Lc 2, 21.

semos la adopción[3]. Porque, en su gran Providencia misericordiosa, Dios Padre se dignó enviar, para la redención del género humano, no a un ángel, ni a un arcángel, sino a su Hijo unigénito. Y como no éramos capaces de verle en la figura de su Divinidad, previó, una vez más en aras de su amor, que Éste, hecho de una mujer –esto es, concebido de la sustancia de la carne materna, sin ninguna intervención de varón– asumiera unos rasgos humanos, como verdadero hombre que era[4].

3. Él, permaneciendo en todo lo que era con la fuerza y la sustancia divina, había de tomar la auténtica debilidad de la naturaleza mortal, que no tenía hasta entonces. Y, para recomendarnos la necesidad de la virtud de la obediencia con un ejemplo soberano, Dios envió al mundo a su Hijo, hecho bajo la Ley; no porque Él esté sometido a la Ley –ya que uno solo es nuestro Maestro[5], nuestro Legislador y Juez–, sino para ayudar con su sometimiento a aquellos que, puestos bajo la Ley, no eran capaces de soportar el peso de la Ley; y para, una vez rescatados de la condición servil que estaba vigente bajo la Ley, conducirles por obra de su misericordia a la adopción de hijos, que está vigente por medio de la gracia.

4. Por tanto, recibió en su carne la circuncisión prescrita por la Ley, Aquel que apareció encarnado sin absolutamente ninguna mancha de pecado y que vino en la figura de una carne pecadora[6], pero no en una carne fruto del pecado. Y no rechazó el remedio con el que la carne fruto del pecado acostumbraba a limpiarse, como también Él mismo se sometió –no por necesidad, sino por dar ejemplo– al agua del bautismo con la que Él quiso que los pueblos de la nueva gracia se lavaran de la mancha de sus pecados[7].

3. Ga 4, 4-5.
4. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IV, 10 (CCL 36, 36).
5. Cf. Mt 23, 8.
6. Cf. Rm 8, 3.
7. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IV, 13 (CCL 36, 37-38).

5. Porque debe saber vuestra comunidad, hermanos, que –en la Ley– la circuncisión operaba la misma ayuda de saludable curación contra la herida del pecado original que ahora –en la época de la gracia revelada– acostumbra a ejercer el bautismo. Sin embargo, entonces aún no podían traspasar la puerta del reino celestial, hasta que –a su llegada– el que promulgó la Ley impartiera su bendición, a fin de que el Dios de los dioses pudiera ser contemplado en Sion[8]. Mientras tanto, consolados tras su muerte con una paz dichosa en el seno de Abrahán, aguardaban con feliz esperanza el ingreso en la paz celestial.

6. El Señor en persona exclama ahora por medio de su Evangelio con una voz amenazante y salvífica: *Si uno no naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos*[9]. Anteriormente, por medio de su Ley, Él mismo había dicho: *El varón cuya carne del prepucio no haya sido circuncidada, ese alma será borrada de su pueblo porque ha roto mi pacto*[10]. Esto es, por haber trasgredido el pacto de vida que fue dado a los hombres en el Paraíso –tras haber prevaricado Adán, en el que todos pecaron[11]–, será borrado del pueblo de los santos, si no se le auxilia con el remedio de la Salvación. Por tanto, ambas purificaciones –la de la circuncisión en la Ley y la del bautismo en el Evangelio– se instituyeron con la capacidad de levantar la primera prevaricación.

7. Y, para que a ninguna época del mundo caduco le faltaran los auxilios de la mirada divina, también fueron agradables a Dios los que, desde el principio del mundo hasta el tiempo en que se les concedió la circuncisión –y a partir de la circuncisión, de otras naciones– procuraban liberar de las cadenas del primer pecado –ya por la oblación de víctí-

8. Cf. Sal 84, 7.
9. Jn 3, 5.
10. Gn 17, 14.
11. Cf. Rm 5, 12.14.

mas, ya ciertamente por la sola virtud de la fe– sus almas y las de los suyos, encomendándolas al Creador. *Porque sin fe es imposible agradar a Dios*[12]; y, como está escrito en otro lugar: *El justo por su parte vive de la fe*[13].

8. Pero, al encarnarse el Hijo de Dios, que heredó de Adán solo la naturaleza de la carne, pero ninguna mancha de pecado, y dado que fue concebido y nació de la Virgen por obra del Espíritu Santo, no necesitó renacer por ningún don de la gracia. Sin embargo, se dignó someterse a dos tipos de purificación: sus padres le hicieron circuncidar al octavo día de su nacimiento y a los treinta años fue bautizado por Juan.

Más aún, el Señor del templo tampoco rechazó que se presentara por Él la ofrenda de una víctima salvadora[14]: el misterio de ese día, el trigésimo tercio a partir de hoy, vuestras caridades, con la ayuda de Dios, lo escucharán y lo celebrarán. Insisto: el Señor, que no necesitaba ninguno de ellos, no rehusó recibir todos estos tipos de purificación –la legal y la evangélica– para enseñar a sus contemporáneos que los mandamientos de la Ley que había de ser cumplida eran muy saludables, e igualmente para mostrar a todos los fieles que debían someterse a esos remedios.

9. Pero también el hecho de haber recibido en el mismo día de su circuncisión el nombre, de manera que fuera llamado Jesús, lo hizo a imitación de una antigua observancia que creemos la tomó del patriarca Abrahán. Éste, que fue el primero en recibir el sacramento de la circuncisión en testimonio de su gran fe y de la promesa que Dios le había hecho, en el mismo día de la circuncisión suya y de sus allegados, mereció ser bendecido junto con su mujer con la ampliación de su nombre, de modo que el que hasta entonces

12. Hb 11, 6.
13. Rm 1, 17.
14. Cf. Lc 2, 22; Lv 12, 2-4.

había sido llamado Abrán –es decir, «padre excelso»–, a partir de ese momento recibió el nombre de Abrahán, es decir «padre de muchos pueblos»[15], *porque yo te he hecho padre de una muchedumbre de pueblos*[16].

10. Esta promesa, absolutamente fiable, se ha extendido ya tan ampliamente por toda la tierra, que incluso nosotros mismos, llamados de entre los gentiles a la profesión de su fe, nos alegramos de tenerle por padre en sentido espiritual, dado que el Apóstol nos dice también a nosotros: *Y si vosotros sois de Cristo, también sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa*[17].

Y a Sarai, tu mujer –dice a continuación–, *no la llamarás ya Sarai, sino Sara*[18], es decir no la llamarás «princesa mía», sino simplemente «princesa»[19]. Así enseña con toda claridad que a ella, que ha sido partícipe y compañera de una fe tan grande, no la había de llamar exclusivamente princesa de su casa, sino princesa en absoluto –es decir, de todas las mujeres que tienen la verdadera fe– y entender que era ella quien las había dado a luz.

De ahí que el apóstol san Pedro, exhortando a las mujeres creyentes de entre los gentiles a las virtudes de la humildad, la castidad y la modestia, recuerda a esa misma madre nuestra Sara con justa alabanza y dice: *Como Sara, cuyas hijas habéis venido a ser vosotras, obedecía a Abrahán y le llamaba señor, (así vosotras) haciendo el bien sin intimidación alguna*[20].

11. Hermanos, me he esforzado por hacer estas consideraciones a vuestras caridades, para que cada uno de vosotros recuerde que también ha merecido al recibir la fe de Cristo

15. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 61).
16. Gn 17, 5.
17. Ga 3, 29.
18. Gn 17, 15.
19. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 71.150-151).
20. 1P3,6.

una alianza con los patriarcas de nombre excelso si, una vez recibida la purificación del bautismo saludable en Cristo, se alegra de haber cambiado su propio nombre por el apelativo de Cristo y trata de conservarlo firme e incontaminado hasta el fin, gozoso de que en él se haya cumplido aquella profecía de Isaías: *Y llamará a sus siervos con otro nombre*[21]: es decir, con el nombre de «cristianos» con el que ahora todos los siervos de Cristo se honran en ser designados.

Pues no se ha dado a los hombres otro nombre debajo del cielo por el cual debamos salvarnos[22]. A lo que el profeta añade de modo consecuente: *En el cual quien fuere bendito sobre la tierra, bendito será del Dios de verdad*[23]. Sobre el mismo tema dice también en otro lugar, hablando de que la Iglesia deberá extenderse, incluso entre los gentiles: *Las naciones verán a tu justo y todos los reyes verán a tu glorioso y se te impondrá un nombre nuevo que pronunciará la boca del Señor*[24].

12. Pero la razón por la que el niño que nos ha nacido, el hijo que nos ha sido dado[25], recibió el nombre de Jesús –esto es, Salvador–, no necesita aclaración, a fin de que nosotros lo podamos entender, sino una solícita y vigilante aceptación, a fin de que también nosotros podamos salvarnos por la participación en ese mismo nombre. Leemos, en efecto, que,según la interpretación del ángel, *Él salvará a su pueblo de sus pecados*[26]. E indudablemente creemos y esperamos que el mismo que salva de los pecados tampoco omite salvarnos de la corrupción que sobrevino por culpa del pecado y de la misma muerte. Testigo es el salmista, que dice: *Él te perdona todos tus pecados, Él sana todas tus dolencias*[27].

21. Is 65, 15.
22. Hch 4, 12.
23. Is 65, 16.
24. Is 62, 2.
25. Cf. Is 9, 6.
26. Mt 1, 21.
27. Sal 103, 3.

En efecto, una vez perdonadas todas nuestras iniquidades, todas nuestras enfermedades quedarán sanadas cuando, al aparecer la gloria de la resurrección, será destruido el último enemigo: la muerte.

13. Y esta es nuestra verdadera y plena circuncisión, cuando en el día del juicio, despojados al mismo tiempo de todas las corrupciones del alma y de la carne –inmediatamente después de celebrado el juicio– entremos en la morada del reino celestial para contemplar por siempre la faz de nuestro Creador. Esto es lo que simbólicamente significa que los niños circuncidados sean presentados en el templo del Señor en Jerusalén como ofrenda aceptable junto con la alabanza de las víctimas. En verdad entra en el templo del Señor con ofrendas, purificado por una verdadera circuncisión, el que –superada toda mancha carnal por la gloria de la resurrección– disfruta del gozo eterno de la ciudad celestial junto con los frutos de sus buenas obras, diciendo: *Tú has desatado mis cadenas, te ofreceré un sacrificio de alabanza; cumpliré mis promesas al Señor en los atrios de la casa del Señor, a la faz de todo su pueblo, en tu recinto, Jerusalén*[28].

14. Ese día octavo, en el que se celebra la circuncisión, indica la esperadísima era de la venida del cielo. En efecto, hay seis edades de este mundo, separadas por clarísimos signos de los tiempos[29], en los que es necesario insistir en actuar por Dios y laborar por un determinado espacio de tiempo para lograr el descanso eterno. La séptima es la edad de los que descansan, no en esta, sino en la otra vida hasta el tiempo de la resurrección de las almas. Por su parte, la octava propiamente dicha es el día feliz de la resurrección sin ningún límite de tiempo cuando, al resplandecer la verdadera

28. Sal 116, 16-19.

29. Sobre estas edades del mundo, véase la Introducción general.

gloria de la circuncisión en todos los órdenes, el cuerpo que se corrompe no ejerce su peso sobre el alma, la permanencia en la tierra no oprime la sensibilidad que se dispersa[30], sino que el cuerpo –ya incorruptible– alegra al alma y el habitar en el cielo eleva a todo el hombre, que se concentra en la visión de su Creador[31]. La felicidad de ese día eterno la describe el profeta en el salmo que más arriba hemos citado, despertando a su alma y a todos los afectos de su hombre interior para que bendigan al Señor y recuerden todas sus misericordias[32], diciendo: *Él rescata tu vida de la muerte, Él colma de bienes tu deseo, Él te corona de compasión y misericordia, Él renueva tu juventud como la del águila*[33].

15. Y por eso es necesario, hermanos queridísimos, que quienes deseamos alcanzar los premios de esta hermosísima renovación –como si fuera la suprema circuncisión– nos ocupemos en el entretanto de la primitiva circuncisión y renovación que nos permite sentir sus beneficios con el ejercicio cotidiano de las virtudes. Abandonemos al hombre viejo que, según la economía primitiva, se corrompe siguiendo los deseos del error. Renovémonos en el espíritu de nuestra mente y vistamos el hombre nuevo que ha sido creado según Dios en justicia y en la santidad de la verdad[34]. Y, al oír hablar de la circuncisión, no pensemos que es suficiente amputar un solo miembro de nuestro cuerpo, sino que, como el mismo Apóstol advierte en otro lugar: *Purifiquémonos de todo pecado y mancha de la carne y del espíritu, perfeccionando nuestra santificación con el temor de Dios*[35].

16. Volvamos a leer los *Hechos de los Apóstoles*, veamos al protomártir san Esteban que interpela con voz terrible a

30. Cf. Sb 9, 15.
31. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 56 (CCL 14, 55).
32. Cf. Sal 103, 1-2.
33. Sal 103, 4-5.
34. Cf. Ef 4, 22-24.
35. 2 Co7,1.

los que persiguen al Señor: *Hombres de dura cerviz y de corazón y oído incircuncisos: vosotros resistís siempre al Espíritu Santo*[36]. Por tanto, si son incircuncisos de corazón los que resisten a las insinuaciones del Espíritu Santo, hay ciertamente una circuncisión de los corazones y de los oídos. Y si existe una circuncisión tal, también existe la de todos los sentidos de nuestro hombre exterior e interior. Pues *todo el que mire una mujer para desearla*[37], todo el que tenga *ojos altaneros*[38], tiene una vista incircuncisa. A esos se les dice con la voz de la verdad: *El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no escucháis: porque no sois de Dios*[39].

17. Son incircuncisos de oídos, son incircuncisos de lengua y de manos aquellos, *cuya boca habla mentiras, cuya diestra comete la iniquidad*[40]*; los que hablan de paz con su prójimo, pero llevan la maldad en su corazón*[41]*; colmada está su diestra de regalos*[42]. Incircuncisos de gusto son aquellos a los que el profeta replica, diciendo: *Ay de vosotros que sois poderosos en beber vino y hombres fuertes para embriagaros mezclando licores*[43]. Incircuncisos de olfato y tacto son aquellos que están debilitados por los ungüentos y diversos perfumes, los que buscan afanosamente los abrazos de una meretriz, rociando su morada con mirra, áloes y cinamomo[44]. Incircuncisos en sus pasos son aquellos de los que el salmista recuerda: *Ruina y desgracia en sus caminos y no han conocido el camino de la paz*[45].

18. Los que, por el contrario, guardan su corazón con todo cuidado, los que apartan sus ojos para no ver vanidades[46], los que protegen sus oídos con espinas para no escuchar la len-

36. Hch 7, 51.
37. Mt 5, 28.
38. Pr 6, 17.
39. Jn 8, 47.
40. Sal 144, 8.
41. Sal 28, 3.
42. Sal 26, 10.
43. Is 5, 22.
44. Cf. Pr 7, 17.
45. Sal 14, 3.
46. Cf. Sal 119, 37.

gua impía[47], los que gustan y ven cuán suave es el Señor y cuán dichoso es el varón que espera en Él[48], los que guardan sus caminos para no cometer delito con su lengua[49], los que, mientras persiste el aliento en ellos y el espíritu de Dios en sus pulmones, no pronuncian con sus labios una iniquidad, ni su lengua profiere una mentira[50], quienes levantan sus manos a los mandamientos divinos que ellos aman[51], quienes mantienen sus pies alejados de cualquier camino inicuo, para guardar los mandamientos de Dios[52], todos esos demuestran que tienen sus sentidos circuncisos por la piedra de un comportamiento espiritual.

19. Porque leemos que la circuncisión se hace con cuchillos de piedra[53]. *Y la piedra era Cristo*[54], en cuya fe, esperanza y caridad se purifican completamente los corazones de los santos por medio de toda acción devota. Y esta misma circuncisión nuestra de cada día, es decir la continua purificación del corazón, no cesa de celebrar de continuo el sacramento del octavo día, porque acostumbra a santificarnos siguiendo el ejemplo de la resurrección del Señor, que ocurrió el día octavo –es decir, después del séptimo, el sábado–, *para que como resucitó de los muertos Cristo para gloria del Padre, así también nosotros procedamos con nuevo tenor de vida*[55] con la ayuda del mismo Señor nuestro Jesucristo, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

47. Cf. Si 28, 28.
48. Cf. Sal 34, 8.
49. Cf. Sal 39, 1.
50. Cf. Jb 27, 3-4.
51. Cf. Sal 119, 48.
52. Cf. Sal 119, 101.
53. Cf. Jos 5, 2.
54. 1 Co 10, 4.
55. Rm 6, 4.

HOMILÍA XII

En la Teofanía o Epifanía del Señor[1]

Mt 3, 13-17
PL 94, 58-63

1. La lectura del santo Evangelio que acabamos deescuchar, hermanos, nos brinda un gran ejemplo de perfecta humildad, tanto en el Señor como en el siervo. En el Señor ciertamente porque, aunque es Dios, Él se avino, no solo a ser bautizado por un hombre, siervo suyo, sino a llegarse Él mismo en persona hasta él para ser bautizado[2]. Por su parte, en el siervo porque, a pesar de que sabía que estaba destinado a ser el Precursor y el Bautista de su Salvador, sin embargo, consciente de su propia fragilidad, rehusó humildemente esa tarea, diciendo: *Soy yo quien necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?*[3]

1. Debe tenerse en cuenta que en la fiesta de la Epifanía desde antiguo se conmemoraba también el bautismo del Señor y el milagro de las bodas de Caná. De esta conexión da fe la actual liturgia de las Horas que en la antífona de Laudes de esa solemnidad, recita como antífona antes del *Benedictus*: «Hoy la Iglesia se unió con su esposo celeste, porque en el Jordán el Ungido lavó sus pecados, acuden los magos con regalos a las nupcias del Rey, y los invitados se alegran con el agua convertida en vino». En esta homilía Beda relaciona los dos primeros acontecimientos.

2. Para toda esta homilía cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IV 9–VI 19, *passim* (CCL 36, 35-64).

3. Mt 3, 14.

2. Pero, como *todo el que se humilla será ensalzado*[4] –también el Señor, que había aparecido humilde en forma de hombre para instruir a los hombres–, inmediatamente Dios Padre mostró cuánto sobresalía por encima de los hombres, e incluso sobre los ángeles y todo lo creado, emitiendo desde su magnífica gloria una voz dirigida a Él en estos términos: *Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido*[5]. Y Juan, aquel siervo sumamente fiel y humilde, que había deseado ser bautizado por el Señor más que bautizarle él, mereció no solo bautizar al Señor en persona, sino incluso contemplar, con los ojos abiertos de su mente, más que el resto de los mortales, al Espíritu que descendía sobre Él.

3. Pero, puesto que ya hemos degustado brevemente esta escena y nos disponemos a explicarla en su totalidad, veamos de cerca el comienzo de esta lectura sagrada. Dice así: *Entonces vino Jesús al Jordán, a Juan, para ser bautizado por él*[6]. El Hijo de Dios viene para ser bautizado por un hombre, no por una angustiosa necesidad de lavar algún pecado propio –*Él no había cometido ningún pecado, ni se halló en su boca dolo alguno*[7]–, sino por una piadosa Providencia, dispuesta a lavar cualquier mancha de nuestro pecado, del pecado de todos nosotros, porque *todos tropezamos en muchas cosas*[8] y *si dijéremos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y la verdad no está en nosotros*[9].

4. Viene a ser bautizado en agua el Creador de las aguas mismas, para enseñarnos a desear –a nosotros que hemos sido concebidos en la iniquidad y hemos nacido en el pecado[10]– el sacramento del segundo nacimiento que se celebra por medio del agua y el Espíritu. Se dignó ser lavado en las aguas

4. Lc 14, 11.
5. Mt 3, 17; cf. 2 P1, 17.
6. Mt 3, 13.
7. 1 P2, 22.
8. St 3, 2.
9. 1 Jn 1, 8.
10. Cf. Sal 51, 5.

del Jordán, Él que estaba limpio de toda inmundicia, para santificar todas las fuentes de las aguas con el fin de limpiar las manchas de nuestros crímenes[11].

Pero, tras haber conocido a partir de la lectura del Evangelio la Providencia llena de humildad del Señor, veamos también con extrema atención la humildísima obediencia del siervo.

5. Continúa: *Pero Juan se le resistía, diciendo: Yo soy quien necesita ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?*[12] Se asombró de que llegara hasta él, para ser bautizado en agua, Aquel en quien no había culpa que necesitara ser lavada por el bautismo; más aún, Aquel que habría de exonerar de toda culpa a quienes creyeran en Él de todo el mundo, por la gracia de su Espíritu. De ahí que se entienda perfectamente que lo que dice aquí Juan –*Yo soy quien necesita ser bautizado por ti*– es lo mismo que el evangelista Juan cuenta que el Bautista había dicho, al ver venir hacia él a Jesús: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*[13]. Pues todos debemos ser bautizados por Aquel que para eso vino al mundo: para quitar los pecados del mundo. Por Él debió ser bautizado –es decir, limpiado de la mancha del pecado original– incluso Juan. Éste, aunque no era menor que nadie entre los nacidos de mujer, sin embargo en cuanto tal no estaba privado de la señal de la culpa, y por eso necesitaba ser lavado por Aquel que, nacido de la Virgen, apareció encarnado siendo Dios.

6. Por tanto, puesto que está escrito: *¿Qué es el hombre para que pueda ser inmaculado y cómo siendo nacido de mujer ha de aparecer justo?*[14], con toda razón temió un hombre

11. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* II, 83 (CCL 14, 67); JERÓNIMO, *Comm. in Mat.,* I, 3, 13-15 (CCL 77, 18-19).

12. Mt 3, 14.

13. Jn 1, 29.

14. Jb 15, 14.

–que aunque había nacido santo, era nacido de mujer y por eso no estaba inmune de culpa– bautizar a Dios que, nacido de una Virgen, sabía que no tenía en absoluto ninguna mancha de culpa.

Pero, como la verdadera humildad es la misma a la que no abandona la obediencia como compañera, por la misma razón por la que antes rehusó esa tarea, la realizó ahora humildemente. En efecto, sigue: *Respondiendo Jesús le dijo:*

Déjame ahora, así es como debemos nosotros cumplir toda justicia. Entonces Juan se lo permitió[15]. Esto es, solo entonces se lo permitió, solo entonces consintió, solo entonces toleró bautizarle, por haber reconocido que debía cumplirse toda justicia, obedeciendo tal orden.

7. «Déjame ahora» –dice–, «déjame ahora ser bautizado en agua, como te he mandado, para que tú después seas bautizado en Espíritu, que es lo que pides[16]. Porque conviene que así demos nosotros ejemplo de que debe cumplirse toda justicia, para que de este modo aprendan los fieles que ningún hombre puede constituirse en perfecta justicia sin el agua del bautismo y que a todos, aunque vivan de un modo inocente y santo, les es necesario el servicio de la regeneración que da la vida, cuando vean que Yo, concebido y nacido por obra del Espíritu Santo, me he sometido –o mejor dicho, he instituido para ellos– el lavatorio del segundo nacimiento. Ninguna persona de mayor relieve desdeñe ser bautizado por mis humildes siervos para remisión de sus pecados, cuando se acuerde de que su Señor, que perdona habitualmente los pecados bautizando en el Espíritu Santo, sometió su cabeza a las manos de un siervo para que la bautizara en agua».

15. Mt 3, 15.
16. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 3, 15 (CCL 77, 19).

8. Continúa: *Inmediatamente después de ser bautizado, Jesús salió del agua; y he aquí que se le abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que descendía en forma de paloma y venía sobre Él*[17]. También pertenece al cumplimiento de toda justicia el hecho de que, después de ser bautizado el Señor, se le abrieron los cielos y el Espíritu descendió sobre Él, para que indudablemente a raíz de eso se confirme nuestra fe en que por el misterio del sagrado bautismo se nos abre la entrada a la patria celestial y se nos administra la gracia del Espíritu Santo. Pues, ¿acaso es lógico creer que al Señor se le abrieron en ese momento los arcanos celestiales, cuando la fe ortodoxa mantiene que permaneció en el seno del Padre y que se mantuvo en la sede celestial durante el tiempo en el que convivió con los hombres, no menos que antes y después? O ¿es que recibió los dones del Espíritu Santo a partir de los treinta años de edad, cuando fue bautizado, el que siempre, desde el primer momento de su concepción, estuvo lleno del Espíritu Santo?

9. Por tanto, para nosotros, queridísimos hermanos, para nosotros han ocurrido estos misterios. En efecto, dado que el Señor nos dedicó la regeneración del bautismo por medio de la inmersión sacrosanta de su cuerpo, nos mostró que para nosotros también, tras la recepción del bautismo, quedaba abierto el acceso al cielo y se nos daba el Espíritu Santo. Y con la correspondiente, enorme diferencia de que mientras el primer Adán, engañado por el espíritu inmundo, perdió por culpa de la serpiente el gozo del reino celestial, el segundo Adán, glorificado por el Espíritu Santo en forma de paloma, volvió a abrir los dinteles del mismo reino. Y el segundo Adán mostró que la llama vibrante, con la que el querubín impedía el ingreso en el Paraíso[18], debía extinguirse hoy día gracias al agua del bautismo, que hace nacer de nue-

17. Mt 3, 16.

18. Cf. Gn 3, 24.

vo. De esa manera, de donde el primero tuvo que salir junto con su esposa, vencido por el enemigo, allí mismo, vencedor del enemigo, volvería el segundo con la Iglesia de los santos, es decir con su esposa. Es más, *el Padre del siglo futuro, el Príncipe de la paz*[19] daría a los redimidos del pecado muchos más bienes de vida inmortal, que cuantos el padre de este siglo nuestro presente, príncipe de la discordia, esclavo del pecado, había perdido junto con su estirpe.

10. Porque es indudable que aquella vida llena de dicha que perdió Adán, aunque fuera sublime por su luminosidad incomparable y su paz, libre de toda nube de preocupaciones intranquilizadoras, glorificada por la frecuente visión y trato con Dios y con los ángeles, sin embargo estaba localizada en lugares de esta tierra nuestra, por más que se nutría con frutos que habían de ser buscados sin ningún esfuerzo. Por el contrario, ésta que Cristo nos ha concedido es una vida eterna, situada en la cima de los cielos, rehecha con la luz –no frecuente, sino continua– de la contemplación de Dios. La primera vida dichosa del hombre fue inmortal de modo tal que en ella el hombre no podía morir si se mantenía a salvo de la seducción del pecado; pero la segunda le hará inmortal de tal manera que en ella el hombre no puede morir, no puede ser puesto a prueba por ninguna seducción del pecado tentador.

11. Justamente por eso el Espíritu reconciliador se apareció en forma de paloma, que es un ave sumamente sencilla, con el fin de mostrar la sencillez de su naturaleza mediante la imagen de este animal –*porque el Espíritu Santo huye del fingimiento*[20]– y para enseñar al mundo que Aquel sobre el que descendió sería manso y humilde, además de pregonero y ministro de la misericordia divina. Y, a la vez, para advertir a todos los que debían ser renovados por su gracia que se

19. Is 9, 6.

20. Sb 1, 5.

comportaran con sencillez y pureza de corazón, según aquello que está escrito: *Sentid bien del Señor y buscadle con sencillez de corazón*[21]. *Porque la sabiduría no entrará en un alma maligna, ni habitará en un cuerpo sometido al pecado*[22].

Esto es por lo que Simón, que no se privó de mantenerse en la hiel de la amargura y en la servidumbre de la iniquidad, no pudo tener parte ni suerte en este Espíritu[23]. Porque estaba lleno de aquel otro que, apareciéndose a los hombres en figura de serpiente, de cuya pestilencia de malicia y tentaciones estaba infectado, pervirtió hasta el fondo sus corazones.

12. Mas, al descender el Espíritu sobre el Señor, veamos qué sucede a continuación: *Y he aquí una voz del cielo que decía: Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido*[24]. El Hijo de Dios es bautizado en el hombre que ha asumido, el Espíritu de Dios desciende en forma de paloma, Dios Padre está presente en la voz: en el bautismo se revela el misterio de la santa e indivisible Trinidad[25]. Y con toda razón, para que quien había de mandar a los dispensadores de sus sacramentos que enseñaran a todas las gentes y les bautizaran en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo[26], fuera el primero en revelar que en su propio bautismo estaba presente en persona toda la Trinidad.

13. Lo que dice la voz del Padre –*Este es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido*– lo dice por comparación con el hombre de la tierra que, por haber pecado, Dios Creador sugiere que de algún modo le desagradó, cuando dice: «Me arrepiento de haber creado al hombre sobre la tierra»[27].

Es verdad que en Dios no cabe ningún arrepentimiento, pero es un modo de hablar nuestro, ya que nosotros estamos

21. Sb 1, 1.
22. Sb 1, 4.
23. Cf. Hch 8, 21-23.
24. Mt 3, 17.
25. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.* I 3, 16 (CCL 77, 19).
26. Cf. Mt 28, 19.
27. Cf. Gn 6, 6-7.

acostumbrados a compungirnos por la penitencia, cuando vemos que nuestras obras se vuelven contra nuestros deseos. Dice que Dios se arrepintió de haber creado al hombre, a quien contempló cómo deterioraba, pecando, la rectitud de su origen[28]. Pero se complació especialmente en su Hijo unigénito, porque supo que mantenía inmune de pecado al hombre del que se había revestido.

Y también en esta voz del Padre, como en los demás misterios que acompañan el bautismo del Señor, se manifiesta que se cumple toda justicia. Porque al descender sobre Él el Espíritu se revela a los hombres quién es el Hijo, coeterno y consustancial con el Padre con el fin de que, a través de este signo, aprendan los hombres que ellos, al recibir el Espíritu Santo por la gracia del bautismo, pueden convertirse de hijos del diablo en hijos de Dios, como enseña el Apóstol a los fieles, cuando dice: *Habéis recibido el espíritu de adopción de hijos, en virtud del cual clamamos: ¡Abba, Padre!*[29]. Y el evangelista Juan afirma: *A todos los que le recibieron, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios*[30].

14. Tras haber recordado todo esto a propósito del bautismo de nuestro Salvador, hermanos queridísimos, en la medida en que Él mismo nos lo ha concedido, volvámonos a nosotros mismos y, puesto que hemos escuchado la humildad y la obediencia, tanto del Bautista como del bautizado, tratemos de conservar por medio de una humilde obediencia el bautismo que hemos recibido: de una parte limpiándonos de toda mancha carnal y de otra cumpliendo la santificación de nuestra alma en el temor de Dios[31]. Persuadamos a aquellos que aún no están iniciados en ellos a recibir y mantener

28. Cf. AGUSTÍN, *Enar. in psalm.*, *CV*, 35 (CCL 40, 1566); *CIX*, 17 (*Ibid.*, 1616-18); *CXXXI*, 18 (*Ibid.*, 1920).

29. Rm 8, 15.

30. Jn 1, 12.

31. Cf. 2 Co 7, 1.

los misterios, y cuantos de nosotros hemos sido promovidos por el orden sacerdotal a dispensar sus sacramentos, cumplamos humildemente el oficio que nos ha sido asignado. Procuremos todos con solicitud no cerrarnos a nosotros mismos, con los halagos del mundo, la puerta de la patria celestial, que nos han abierto los misterios divinos.

15. Porque no se nos cuenta en vano que, según el evangelista Lucas, el Señor oró después del bautismo y así, con el cielo abierto, llegó el Espíritu y la voz del Padre[32]; y que Él mismo –en esto concuerdan los tres evangelistas–, inmediatamente después de ser bautizado, guardó un ayuno de cuarenta días en el desierto[33].

Por el contrario, así nos enseñó claramente y nos mostró con su ejemplo que, tras haber recibido en el bautismo la remisión de los pecados, nosotros debemos esforzarnos con vigilias, ayunos, oraciones y demás ejercicios espirituales, no vaya a ser que el espíritu inmundo –que había sido expulsado de nuestro corazón por el bautismo–, al vernos adormecidos y menos vigilantes, vuelva y al encontrarnos vacíos de riquezas espirituales nos oprima con siete demonios y sea nuestra situación final peor que la anterior[34].

16. Evitemos con constancia encender nosotros mismos el fuego que nos cierre el paso a la vida con el frecuente fomento de nuestros vicios. Porque cualquiera que sea la espada de fuego que guarda las puertas del Paraíso, ese fuego ha sido extinguido para todos y cada uno de los fieles por el agua del bautismo y ha sido retirado para que puedan volver; sin embargo, permanece siempre inmóvil para los infieles. Pero también es verdad que, para los fieles que han sido llamados en vano –pero no elegidos, si no tienen miedo

32. Cf. Lc 3, 21-22.
33. Cf. Mt 4, 2; Mc 1, 13; Lc 4, 2.
34. Cf. Mt 12, 43-45; Lc 11, 24-26.

de implicarse en el pecado después del bautismo– ese mismo fuego se reactiva después de su extinción, a fin de que no merezcan entrar en el reino que buscan con fingido corazón y con una lengua doble como la de la serpiente, más que con la mirada sencilla de la paloma.

17. Esa es la que el Señor muestra que quiere mucho en su Iglesia, cuando dice en el canto de amor: *¡Oh, qué hermosa eres, amiga mía! ¡Cuán bella eres! Tus ojos son como de palomas*[35]. De ahí que, puesto que se nos propone el tipo de sencillez grato a Dios, el de la paloma, veamos con más profundidad su naturaleza de modo que, a partir de cada una de sus muestras de inocencia, adoptemos nosotros algunas actitudes propias de una vida más correcta.

18. La paloma desconoce la malicia; desterremos todo tipo de amargura, ira, indignación junto con toda suerte de malicia. A nadie hiere con el pico o con las uñas, ni siquiera a los pequeños ratones o gusanos con los que casi todas las aves se alimentan a sí mismas o a sus crías. Examinemos, no sea que nuestros dientes sean armas y saetas[36], no sea que nos matemos unos a otros, mordiéndonos y devorándonos mutuamente. Apartemos nuestras manos de todo tipo de robos: *el que hurtaba no hurte ya; antes bien trabaje, ocupándose con sus manos en algún ejercicio honesto, para tener con qué dar al necesitado*[37]. En efecto, se cuenta incluso que la paloma muchas veces alimenta crías ajenas, como si fueran propias. Ella misma se nutre de frutos de la tierra y semillas. Escuchemos al Apóstol: *Es bueno no comer carne y no beber vino*[38]. Y el apóstol Pedro dice: *Fomentad en vuestra fe la fortaleza, y en vuestra fortaleza la ciencia, y en la ciencia la templanza, y en la templanza la paciencia, y en la paciencia*

35. Ct 1, 14.
36. Cf. Sal 57, 4. Algunos manuscritos (C L P O) añaden: «y nuestra lengua una aguda espada».
37. Ef 4, 28.
38. Rm 14, 21.

la piedad, y en la piedad el amor fraterno[39]. En vez de canto, tiene el zureo. Sintámonos miserables y gimamos y lloremos[40] en la presencia del Señor que nos ha creado[41]. Conviértase nuestra risa en duelo y nuestra alegría en llanto[42]. *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*[43].

19. La paloma tiene la costumbre de posarse sobre las aguas para, al proyectarse con antelación en ellas su sombra, escapar a la rapiña del gavilán que se acerca. También nosotros mantengámonos puros y procuremos estar instalados con diligencia junto a las fuentes purificadoras de las Escrituras e, instruidos en sus atalayas, seamos capaces de distinguir y defendernos de antemano de las insidias del enemigo antiguo.

A tales personas ama ciertamente la Iglesia, es decir la esposa de Cristo, que en las alabanzas a su amado canta: *Sus ojos son como palomas que están bañadas en leche y habitan a orillas de ríos caudalosísimos*[44]. Suele anidar en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas[45].

20. La peña es Cristo[46] cuyas manos en la Cruz fueron atravesadas por los clavos, cuyo costado fue perforado por la lanza; de él manó al punto sangre y agua[47], es decir el misterio de nuestra santificación y purificación. Su muralla es la virtud acumulada de los santos; la concavidad en ella es el seno del amor fraterno en el que, mientras acogen las almas de los fieles más jóvenes para formarlos en la perfección de la fe, la esperanza y la caridad, abren en su interior un lugar apto para que aniden las palomas.

39. 2 P 1, 5-7.
40. Cf. St 4, 9.
41. Cf. Sal 95, 6.
42. Cf. St 4, 9.
43. Mt 5, 4.
44. Ct 5, 12.
45. Cf. Ct 2, 14.
46. Cf. 1 Co 10, 4.
47. Cf. Jn 19, 34.

Así pues, los que todavía somos más débiles en la fe, aceptemos humildemente los auxilios de los más fuertes, procuremos santificarnos siempre con los sacramentos de la pasión del Señor. Porque el Señor busca ese tipo de conducta en todos nosotros, desea ver la vida de cada uno de nosotros dirigida a esos esfuerzos, se complace en que la voz de esos tales cante y proclame sus alabanzas. Dice: *Levántate, amiga mía, hermosa mía y ven. Paloma mía, que anidas en los agujeros de las peñas, en las concavidades de las murallas. Muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos*[48].

21. Baste haber recordado estos siete ejemplos de virtudes, a propósito de la naturaleza de la paloma[49]. Y posiblemente es lo justo porque la gracia del Espíritu Santo, que descendió en forma de paloma, es septiforme. Pero, de todas las dotes de la naturaleza de la paloma que debe aprender cuidadosamente el hombre en sentido moral, sobresale una que narra la historia sagrada por su significado místico. En efecto, cuando el Señor, como símbolo del futuro bautismo, decidió limpiar los crímenes del mundo con las aguas del diluvio, Noé, una vez pasada la inundación, queriendo conocer cómo se presentaba la faz de la tierra, soltó a un cuervo, que desdeñó regresar al arca[50]. Así daba a entender que aquellos que, aunque han sido purificados por el agua del bautismo, sin embargo desprecian deponer las funestísimas costumbres del hombre viejo para vivir más comedidamente y, para no merecer ser renovados con la unción del Espíritu Santo, se apartan de la unidad íntima de la paz y la concordia católica para seguir los asuntos de fuera de ella, es decir las pasiones de este siglo.

48. Ct 2, 13-14.

49. Efectivamente, en los números anteriores ha hablado de siete actitudes virtuosas de la paloma: sencillez, bondad, mansedumbre, generosidad, sobriedad, pureza y humildad.

50. Cf. Gn 8, 6-7.

22. Después del cuervo, soltó a una paloma; pero esta volvió a él al atardecer, llevando en su pico un ramo de oliva con hojas frescas[51]. Creo que os dais cuenta, hermanos, y con vuestra inteligencia os adelantáis a mí que os estoy hablando, de que el ramo de olivo con hojas verdeantes es la gracia del Espíritu Santo[52] que abunda en palabras de vida, de cuya plenitud, que reposa en Cristo, el salmo dice: *Te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría con preferencia a los que son tus iguales*[53].

Juan habla de ese don, concedido a los hermanos de Cristo: *Vosotros habéis recibido la unción del Santo y estáis instruidos en todo*[54]. Y la sombra coincide con la verdad en esta hermosísima comparación. Una paloma corporal trae al arca un ramo de olivo, purificado por las aguas del diluvio; el Espíritu Santo, en forma de paloma corporal, desciende sobre el Señor bautizado por el agua del Jordán.

23. También nosotros, miembros de Cristo y de la Iglesia, estamos simbolizados, no solo por los hombres que estaban en el arca junto a Noé, sino también por los animales encerrados en el arca, e incluso por los leños de los que se fabricó el arca, tras haber recibido el bautismo del agua regeneradora. Por medio de la unción del sagrado crisma somos marcados por la gracia del Espíritu Santo. Que se digne conservarla intacta el mismo que nos la dio, Jesucristo nuestro Señor, que con Dios Padre omnipotente en la unidad del mismo Espíritu Santo vive y reina, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

51. Cf. Gn 8, 8-11.

52. Cf. Ambrosio, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 92 (CCL 14, 73-74).

53. Sal 45, 8.

54. 1 Jn 2, 20.

HOMILÍA XIII

En honor de san Biscop Benedicto[1]

Mt 19, 27-29
PL 94, 224-228

1. Cuando Pedro oyó al Señor que un rico entraría difícilmente en el reino de los cielos[2], consciente de que él, junto con sus condiscípulos, habían abandonado por completo las delicias engañosas del mundo, quiso saber qué premio superior debían esperar él mismo y los demás que habían menospreciado el mundo, a cambio de un mayor grado de virtud moral. Y, respondiendo al Señor, dijo: *Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido; por tanto ¿qué recibiremos?*[3]

2. En estas palabras hay que considerar atentamente que se gloría, no solo de haberlo abandonado todo, sino también

1. Fundador y primer abad de los monasterios de Wearmouth y Jarrow, este noble fue venerado como santo en Inglaterra desde siempre. Beda le conoció y se sintió muy vinculado a él. Aparte de citarle repetidas veces en su *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos* y en la *Historia de los santos abades* le dedica esta homilía en la que, tras comentar someramente el evangelio de la Misa, pronuncia un verdadero panegírico en su honor. Su fiesta se celebraba el 12 de enero. El lugar que ocupa en la colección –el centro del primer libro, entre el ciclo de Navidad y el tiempo después de Epifanía– corresponde exactamente al orden litúrgico, aunque también podría obedecer a un deseo expreso del autor a poner de relieve su importancia en la vida de la comunidad religiosa.

2. Cf. Mt 19, 23.

3. Mt 19, 27.

de seguir al Señor. Porque evidentemente es estúpido pisotear las riquezas de esta vida siguiendo a Platón, Diógenes y otros filósofos y hacer eso, no para conseguir la vida eterna, sino para ganarse la alabanza de los hombres, como también es estúpido soportar las fatigas presentes sin aspirar a la esperanza de la paz y tranquilidad futuras.

3. Ahora bien, perfecto es aquel que va, vende todo lo que tiene, lo da a los pobres y a su vuelta sigue a Cristo[4]. Porque tendrá un tesoro inagotable en los cielos[5]. A raíz de esta oportuna pregunta de Pedro, dijo Jesús a los que habían actuado así: *En verdad os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se siente en su trono de gloria, vosotros, los que me habéis seguido, también os sentaréis en doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel*[6]. Enseñó evidentemente que los que trabajan por su nombre en esta vida, esperan un premio en la otra, es decir en la regeneración; o sea, cuando, al resucitar, hayamos sido engendrados de nuevo para la vida inmortal, nosotros que fuimos engendrados como mortales a una vida caduca.

Y es una retribución absolutamente justa que, los que aquí habían menospreciado por Cristo la gloria de la alabanza humana, allí se sienten junto a Él para juzgar a los hombres, como jueces glorificados por Cristo, ellos que con ningún argumento pudieron ser apartados del seguimiento de sus huellas.

4. Pero nadie piense que entonces serán jueces solo los doce apóstoles –porque, al prevaricar Judas, fue elegido Matías[7]–, como tampoco serán juzgadas solamente las doce tribus de Israel. De otra suerte, la tribu de Leví, que es la decimotercera, quedaría sin juzgar; y Pablo que es el decimotercero apóstol –porque en vez del traidor Judas fue elegido Matías– quedaría privado de la función judicial, mientras él mismo di-

4. Cf. Mt 19, 21; Lc 18, 22.
5. Cf. Lc 12, 33.
6. Mt 19, 28.
7. Cf. Hch 1, 25-26.

ce: *¿No sabéis que juzgaremos a los ángeles? ¿Cuánto más de las cosas de este mundo?*[8] Por eso hay que saber que todos aquellos que a ejemplo de los apóstoles dejaron todas sus cosas y siguieron a Cristo, vendrán con Él como jueces, lo mismo también que todo el género humano deberá ser juzgado. Y, dado que con el número doce se suele designar en las Escrituras la totalidad, por medio de los doce tronos de los apóstoles se muestra el número de todos los jueces y por medio de las doce tribus de Israel, la universalidad de los que han de ser juzgados[9].

5. De ahí concluimos que son dos los órdenes que habrá en el juicio de los elegidos: uno el de los que juzgan junto con el Señor –los que lo dejaron todo y le siguieron, de los que se habla en este pasaje–; y otro el de los que serán juzgados por el Señor, que ciertamente no dejaron como ellos todas sus cosas, pero sin embargo de las que tenían se afanaron por dar limosnas diarias a los pobres de Cristo. De ahí que oirán en el juicio: *Venid, benditos de mi padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber*[10], etc.

De ellos se acuerda el Señor en los capítulos anteriores a esta lectura, cuando dice al hombre principal que le pregunta qué bien debe hacer para poder conseguir la vida eterna: *Si quieres entrar en la Vida, guarda los mandamientos. No matarás, no robarás, no dirás falso testimonio; honra a tu padre y a tu madre; y amarás a tu prójimo como a ti mismo*[11].

6. Por tanto, el que guarda los mandamientos del Señor, entrará en la vida eterna; pero el que no solo guarda los mandamientos, sino que también sigue el consejo que el Se-

8. 1 Co 6, 3.
9. Cf. AGUSTÍN, *Enar. in psalm., LXXXVI*, 4 (CCL 39, 1201-1202).
10. Mt 25, 34-35.
11. Mt 19, 16-19.

ñor dio de que había que despreciar las riquezas y los lujos de este mundo, no solo recibirá él mismo la vida eterna, sino que también juzgará junto con el Señor la vida de los otros. Y así ocurre que en el juicio, como ya hemos dicho, habrá dos grados de bienaventurados.

Pero también descubrimos, siguiendo la descripción del Señor, que habrá dos tipos de réprobos. El primero de ellos es el de aquellos que, iniciados en los misterios de la fe cristiana, descuidan poner en práctica las obras de la fe. De ellos se dice en el juicio: *Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre y no me disteis de comer*[12], etc.

El otro es el de aquellos que, o nunca han recibido la fe y los misterios de Cristo, o una vez recibidos los rechazaron por medio de la apostasía. De ellos dice el Señor: *Pero quien no cree ya está juzgado, porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios*[13]. Esos, como no han querido dar culto a Cristo después de haber recibido su palabra, tampoco merecen escuchar sus palabras con las que son reprobados en el juicio, sino que acceden a él solamente para ser enviados a la condenación eterna junto con los pecadores que son juzgados.

7. Pero, tras haber recordado brevemente con el respeto y el temor debidos todas estas realidades, volvamos nuestro oído más bien a las venturosas promesas de nuestro Señor y Salvador y veamos con cuán gran profusión de su misericordia promete a sus seguidores, no solo premios para la vida eterna, sino también dones eximios para la presente. *Y* –continúa– *todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna*[14]. En efecto, quien por el seguimiento de Cristo renuncia a los afectos o

12. Mt 25, 41-42.
13. Jn 3, 18.
14. Mt 19, 29.

los bienes de la tierra, cuanto más avanza en su amor, tanto más personas encontrará que se alegren de acogerle con profundo afecto y sustentarle con sus bienes, identificados de un modo admirable con su profesión de fe; y que gozarán, recibiendo en sus casas y en sus propiedades a quien se ha hecho pobre por Cristo y, le acogerán plenamente con una dedicación de caridad superior a la de una esposa, un padre, un hermano o un hijo de la carne. Porque el ciento por uno del que habla no se refiere al número de los que aman en Cristo, o sirven por Cristo a los fieles, sino a la universalidad y la perfección con la que se sirven mutuamente por caridad.

8. Por eso también entre nosotros mismos, hermanos queridísimos, muchas veces hemos experimentado esa misma situación cuando, dirigiéndonos por necesidad a cualquier otro sitio, hemos comprobado que todas las habitaciones de los monasterios nos estaban abiertas como si fueran propias, hemos encontrado a todos dispuestos a servirnos con una dedicación llena de sinceridad. Y vemos que esa lectura se cumple al pie de la letra de un modo perfectísimo y sobresaliente en nuestro padre Benedicto, cuyo tránsito venerable celebramos hoy con la debida solemnidad. Porque siguió a Cristo abandonándolo todo cuando, despreciando todo lo que había logrado o podía lograr en el servicio del rey por ser noble de cuna, se apresuró a hacer una peregrinación a Roma a las tumbas de los Santos Apóstoles, para –puesto que la fe entre los anglos y la organización de sus iglesias era aún rudimentaria– poder adoptar un modo de vivir más perfecto allí donde sobresale la cabeza eximia de la Iglesia, gracias a los primeros apóstoles de Cristo[15].

15. Beda traza en esta homilía un retrato idealizado del fundador. Por ejemplo, concentra su mirada en la unión con Roma y pasa por alto los contactos de Biscop con el monaquismo galo que le llevaron a instaurar en Wearmouth y Jarrow una *regula mixta*, es decir una regla con elementos benedictinos –que eran los que imperaban en Roma–

9. Y allí efectivamente fue instruido en Cristo, en aquellos lugares recibió la tonsura, allí se empapó del espíritu de las instituciones monacales y habría pasado todo el tiempo de su vida allí, si la autoridad apostólica de nuestro señor el Papa no lo hubiera impedido, al mandarle que volviera a la patria para acompañar a Britania al arzobispo Teodoro, de santa memoria[16]. Y no mucho tiempo después los reyes de este mundo, conocido el celo de sus virtudes, se ocuparon de proporcionarle un lugar –no confiscado a alguna persona de rango menor, sino donado de sus propiedades– para que construyera un monasterio. Él aceptó ese terreno e inmediatamente fundó el monasterio, siguiendo con toda perfección la disciplina regular, tanto en lo interno como en lo externo, entregándonos una regla, no de acuerdo con su capacidad, sino proponiéndose a sí mismo y a nosotros, para que los observáramos, los estatutos segurísimos de los monasterios antiguos, que había conocido en tierras lejanas.

10. Y a ninguno de vosotros, hermanos, le puede parecer pesado si hablamos de cosas conocidas, sino más bien encontrarlo agradable, porque decimos la verdad cuando narramos las hazañas espirituales de nuestro padre, al que el Señor con un milagro manifiesto colmó con lo que prometió a sus fieles: porque *todo el que haya dejado casa, hermanos o hermanas, padre o madre, hijos o campos, por causa de mi nombre, recibirá el ciento por uno y heredará la vida eterna*[17]. En efecto,

junto con influencias del monacato galo que había respirado en Lerins y otros monasterios –diecisiete en total– que había visitado en sus viajes. Cf. P. WORMALD, «Bede and Benedict Biscop», 142.

16. El papa Vitaliano (657-672) consagró en Roma a Teodoro como obispo de Canterbury el domingo 26 de marzo de 668. De este hecho y de su actuación en la iglesia de Inglaterra da Beda cuenta cumplida en el libro IV de su *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos.*

17. Beda mezcla aquí Mt 19, 29 con Mc 10, 30.

él dejó a sus parientes cuando abandonó la patria; recibió el ciento por uno, porque no solo le veneraron merecidamente en esta tierra todos por lo acendrado de sus virtudes, sino también en Galia y en Italia, incluso en Roma, y en las islas marítimas. Todos los que pudieron conocerle le amaron, hasta el punto de que el Papa[18] apostólico en persona, para provecho del monasterio que Benedicto acababa de fundar –como vuestras caridades bien recuerdan–, le envió de Roma a Britania a Juan, abad y archicantor de la Iglesia romana, con el fin de que este monasterio aprendiera a través de él la costumbre canónica de cantar y ejercer el ministerio sacerdotal[19], según el rito de la santa y apostólica Iglesia romana.

11. Dejó las casas y los campos que había tenido por Cristo, de quien esperaba recibir el campo siempre verde del Paraíso y una casa, no hecha por mano de hombre, sino eterna en los cielos[20]. Dejó mujer e hijos. No abandonó ciertamente una mujer a la que había esposado y unos hijos nacidos de ella, sino la mujer con la que sin duda podía haberse casado y tenido hijos de ella; pero prescindió de ella por amor a la castidad, prefiriendo pertenecer a aquellos ciento cuarenta y cuatro mil elegidos que cantan un cántico nuevo ante la sede del Cordero[21]: un cántico que nadie puede entonar sino ellos. *Porque esos son los que no se mancillaron con mujeres y siguen al cordero doquiera que vaya*[22].

12. Y recibió el ciento por uno cuando, no solo en éstas, sino en regiones al otro lado del mar, muchos a su paso deseaban recibirle en sus casas, para que repusiera sus fuerzas con los frutos de sus campos; cuando muchas matronas,

18. Se trata de Agatón (678-681).

19. Cf. BEDA, *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos,* IV, 16. Este es el sentido puramente religioso que tiene en este contexto y época el verbo *ministrare*.

20. Cf.2Co5,1.

21. Cf. Ap 14, 1-3.

22. Ap 14, 4.

cuando varones piadosos para con Dios, por la excelencia de su ánimo constante, le servían con no menor solicitud de amor que a sus propios cónyuges o parientes. Recibió el ciento por uno en casas y campos, cuando consiguió estos lugares en los que construir monasterios. Desistió por Cristo de tomar esposa y también en esto recibió el ciento por uno, porque entonces el mérito de la caridad vivida entre los castos –como fruto del espíritu– fue mucho más del céntuplo de lo que había sido antes entre los impuros dominados por el deseo de la carne. Los hijos de la carne que no quiso tener, mereció recibirlos centuplicados en el espíritu.

Como se ha repetido muchas veces, el número cien indica en sentido figurado la perfección[23]. Nosotros, a los que condujo como piadoso proveedor a esta casa monástica, somos hijos suyos. Nosotros, que nacidos según la carne de padres diversos, somos hijos suyos: él ha hecho que nos unamos espiritualmente en una sola familia de santa profesión. Nosotros somos hijos suyos, si nos mantenemos en el camino de las virtudes a imitación suya, si no nos apartamos, desviándolo, del camino recto que él nos enseñó.

13. Por eso, hermanos, nosotros que le pudimos conocer, no olvidamos recordar con frecuentes alusiones –a quienes la divina Providencia ha llamado a la comunidad de nuestra fraternidad después de su muerte–, que mientras vivió en su cuerpo sobresalía por su trabajo en pro de la Iglesia santa de Dios y sobre todo por la paz, el honor y la unidad de este monasterio. Cada vez que atravesó el mar, jamás volvió con las manos vacías y sin provecho, como acostumbran algunos, sino que unas veces trasportaba una gran cantidad

23. La fascinación por el simbolismo de los números está presente en la obra de Beda, como en toda la tradición patrística. A propósito de la cifra cien, véase P. MEYVAERT, «Bede the scholar», 46, con la nota correspondiente.

de libros santos o el regalo venerable de reliquias de santos mártires de Cristo; otras veces traía arquitectos para construir iglesias; otras vidrieros para adornar y proteger las ventanas de las mismas; otras traía consigo maestros para que cantaran y sirvieran durante todo un año en la iglesia.

Una vez trajo una epístola de privilegio promulgada por nuestro señor, el Papa[24], en la que nuestra libertad era protegida de cualquier incursión ajena y en otra ocasión trasportó consigo cuadros de historias sagradas que no solo servirían de verdadero ornato de la iglesia, sino también para la instrucción de quienes los contemplaran: es decir, para que quienes no fueran capaces de leer por escrito los hechos de nuestro Señor y Salvador, los aprendieran al contemplar esas imágenes.

14. Porque con estas y otras actividades de este tipo, se afanó al máximo en dejar acabadas muchas cosas, para que nosotros no tuviéramos necesidad de esforzarnos en ellas; acudió a tantos lugares al otro lado del mar para que nosotros, abundando en todo tipo de alimentos en la ciencia de salvación, pudiéramos reposar en los muros del monasterio y servir a Cristo con segura libertad. Benedicto, incluso cuando era víctima de la debilidad de su cuerpo y era acosado por el dolor, se acordaba de hablar siempre, en medio de las acciones de gracias que se deben a Dios, de que se debían observar las reglas monásticas que había aprendido y enseñado, así como las leyes eclesiásticas que él había visto en todas las ciudades –sobre todo en Roma– y en los lugares santos que él había visitado cuando era joven. Y se complacía en repetirlo. Así, ducho en un prolongado ejercicio de las virtudes, probado además por el sufrimiento de una larga enfermedad durante años, tras múltiples dones de la gracia en esta vida, pasó a la eterna.

24. Fue de nuevo el papa Agatón (cf. *supra* n. 15), como recoge Beda en la *Historia eclesiástica del pueblo de los anglos,* IV, 16, 1.

15. Por eso es necesario, hermanos queridísimos, que como buenos y dignos hijos de un padre tan grande, procuremos mantener en todo su ejemplo y sus mandamientos y que ninguna lisonja del alma o del cuerpo nos aparte de seguir las huellas de tan gran maestro, hasta que también nosotros –que hemos abandonado los amores humanos y los bienes terrenos materiales, que hemos desdeñado casarnos y engendrar hijos de la carne por amor al trato con los ángeles–, progresando en el ejercicio de las virtudes espirituales, merezcamos recibir en la vida presente el ciento por uno procedente de la comunión de los santos y en el siglo futuro poseer la vida eterna, con la ayuda de la gracia de nuestro Redentor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIV

Después de la Epifanía

Jn 2, 1-11
PL 94, 68-74[1]

1. La circunstancia de que nuestro Señor y Salvador, invitado a una boda, no solo acudiera a ella, sino que además se dignara realizar allí un milagro que alegró a los invitados, incluso en sentido literal –es decir, prescindiendo de que es un símbolo de los sacramentos celestiales–, confirma la fe de los verdaderos creyentes. Además, pone de manifiesto cuán execrable es la perfidia de Taciano[2] y Marción[3], así como de todos los que denuestan el matrimonio. Porque, si en el lecho impoluto y en el matrimonio celebrado con la castidad debida anidara el pecado, jamás hubiera querido el Señor acudir a él, jamás le hubiera bendecido con el inicio de sus milagros.

2. Ahora bien, teniendo en cuenta que es buena la castidad conyugal, mejor la espléndida continencia de la viudez

1. J-P. Migne encabeza esta homilía con el título: «En el segundo domingo de Epifanía».

2. Nacido en Asiria, viajó a Roma, donde fue discípulo del apologista Justino. A la muerte de este, Taciano se separó de la comunidad cristiana de Roma y volvió al Oriente donde profesó la continencia, rechazando por completo el matrimonio y el consumo de vino y carne. Estas ideas y otras afines, como el rechazo absoluto de la filosofía y literatura paganas, le acarrearon pronto la fama que le atribuye aquí Beda.

3. Cf. *supra Hom.*, I, 9, 19.

y óptima la perfección de la virginidad, para que aprendiéramos a discernir la bondad de todos estos grados –aun distinguiendo el valor de cada uno de ellos–, se dignó nacer del seno inmaculado de la Virgen María, fue bendecido, apenas nacido, por la boca profética de la viuda Ana, fue invitado siendo aún joven por los que celebraban una boda y les honró poniendo en ejercicio su poder.

3. Pero produce aún más gozo el valor simbólico de estos gestos[4]. Porque el Hijo de Dios, que ha venido a la tierra para obrar milagros, acude a las bodas para enseñar que Él es aquel de quien el salmista, bajo la imagen del sol, había cantado de antemano: *Y él sale como esposo de su cámara y exulta cual gigante que emprende su carrera; de lo más alto del cielo es su salida y al opuesto confín su giro alcanza*[5]. Y Él en persona dice en algún lugar de sí mismo y de sus fieles: *¿Acaso pueden estar de duelo los amigos del esposo mientras el esposo está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el esposo; entonces ayunarán*[6]. Es evidente, en efecto, que la encarnación de nuestro Salvador, desde el momento en que fue prometida a los patriarcas, fue esperada siempre con muchos suspiros y llantos de los santos, hasta que llegó. Y de manera análoga, desde que ascendió al cielo tras su resurrección, toda la esperanza de los santos está pendiente de su regreso.

4. Sin embargo, solo durante el tiempo en que convivió con los hombres, éstos no pudieron llorar y lamentarse, porque ya tenían consigo –también corporalmente– al que querían espiritualmente. Así pues, el esposo es Cristo, su esposa la Iglesia, los amigos del esposo, o de la boda[7], son cada uno

4. Al pie de la letra, Beda escribe: «Pero es más excelsa la alegría de estas alegorías celestiales». Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VIII, 3-4 (CCL 36, 83-84).

5. Sal 18, 6-7.

6. Mt 9, 15. Lc 5, 34.

7. Cf. Mc 2, 19.

de sus fieles. El momento de la boda es aquel tiempo en el que unió a la Iglesia consigo por el misterio de la encarnación. Por tanto, no acudió por casualidad, sino en virtud de un misterio preciso, a una boda celebrada en la tierra de acuerdo con las costumbres humanas, Aquel que había descendido del cielo para unirse con un amor espiritual con la Iglesia, Aquel cuyo tálamo fue el seno de una madre inmaculada, en el que Dios se unió con la naturaleza humana y del cual salió como esposo para unirse a la Iglesia. El lugar inicial de la boda estuvo situado en Judea, donde el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre, consagrar a la Iglesia, haciéndola participar de su cuerpo, y confirmarla en la fe con la prenda de su espíritu; pero, una vez llamados los gentiles, las venturosas promesas de esas mismas bodas llegaron a los confines del orbe de la tierra.

5. Y no está exento de misterio el dato de que se hable de que se celebraron unas bodas, al tercer día después de lo que había descrito la escena anterior del Evangelio[8]. Al contrario, ese tercer espacio de tiempo significa que el Señor ha llegado en ese momento para incorporar a sí a la Iglesia. Efectivamente la primera era del mundo se produjo antes de la Ley con los ejemplos de los patriarcas; la segunda, bajo la Ley, con los escritos de los profetas; la tercera, bajo la gracia, con la predicación de los evangelistas iluminó el mundo, como la luz del tercer día, cuando nuestro Señor y Salvador se encarnó para la redención del género humano[9].

8. También Gregorio Magno había interpretado de modo análogo el tercer año en el que la higuera del dueño de la viña –Lc 13, 6– no había dado fruto: Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia,* 31, 2-3 (CCL 141, 270-271).

9. Junto a las seis edades del mundo, a las que ya ha aludido en I, 11, 14, Beda tiene ahora en cuenta la tripartición que aparece con frecuencia en las epístolas de san Pablo: cf., por ejemplo, Rm 5, 12-21.

Pero también lo que en Caná de Galilea se nos describe –es decir, la boda celebrada en el «celo de la trasmigración»[10]–, enseña simbólicamente que sobre todo son dignos de la gracia de Dios los que han sabido arder con el celo de una devota piedad, aspirar a carismas superiores[11], y trasladarse de los vicios a las virtudes haciendo el bien y de los asuntos terrenos a los eternos, esperando y amando.

6. Mientras el Señor tomaba parte en la boda, faltó el vino con el fin de que, por medio del vino mejor que Él hizo de un modo admirable, se manifestara la gloria de Dios, que se ocultaba en un hombre, y contribuyera al aumento de la fe de quienes creían en Él. Y si ahondamos en el misterio, al aparecer el Señor encarnado, la pura dulzura del sentido de la Ley había comenzado lentamente a perder su primitiva fuerza, por culpa de la interpretación literal de los fariseos. Él fue quien convirtió inmediatamente los mandamientos que parecían carnales en una doctrina espiritual y trasformó toda la superficialidad de la letra legal en una fuerza evangélica de gracia celestial: es decir, convirtió el agua en vino.

7. Pero, ante todo, intentemos indagar qué significa lo que dijo a Jesús su madre, cuando faltó el vino: *No tienen vino.* Él respondió: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora*[12]. En realidad, no es cierto que Aquel que nos manda honrar padre y madre haya faltado al respeto a su madre, o haya negado que era su madre aquella de cuya carne virginal no había desdeñado encarnarse[13]. De esto da fe también el Apóstol que dice: *Jesucristo le nació a Dios según la carne del linaje de David*[14]. Porque ¿cómo procede

10. «Caná» significa «celo». Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 131). Cf. ISIDORO, *Etim.*, VII, 9, 18.

11. Cf. 1 Co 12, 31.

12. Jn 2, 4.

13. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VIII, 9 (CCL 36, 87-88).

14. Rm 1, 3.

del linaje de David según la carne, si no procede según la carne del cuerpo de María que desciende de la estirpe de David? Pero, en eso que dice el que haría el milagro –*¿qué nos va a ti y a mí?*– señala que el principio de Divinidad, por el que realizaría el milagro, no lo había recibido de su madre en el tiempo, sino que lo tenía del Padre desde la eternidad.

8. Dice: *Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora.* «La Divinidad que he tenido siempre del Padre, no tiene nada en común con tu carne, de la que he asumido el cuerpo. Aún no ha llegado mi hora para mostrar, muriendo, la fragilidad de la Humanidad que he asumido de ti. Primero toca mostrar a las claras el poder de mi Divinidad eterna, haciendo milagros». Es verdad que llegó la hora de mostrar lo que había de común entre Él y su madre, cuando, estando para morir en la Cruz, se preocupó de encomendar a la Virgen al discípulo virgen[15]. Porque, a la hora de sufrir la carne débil, reconoció y encomendó piadosamente la madre, de la que había tomado la carne, al discípulo a quien Él más amaba. El que había de hacer cosas divinas disimula que la conoce, como si le fuera desconocida, porque sabe que ella no es la artífice de su divino nacimiento[16].

9. *Había allí seis hydrias de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con una capacidad de*

15. Cf. Jn 19, 26-27.

16. A continuación, buena parte de los manuscritos (R L M N O) introducen el siguiente texto: «Es verdad que el Señor, colgando en la Cruz y acordándose de esta hora, dijo a su madre: *Madre, he aquí a tu Hijo*, como diciendo: «He aquí que se muestra ahora al morir lo que he tomado de ti: una naturaleza que más tarde había de ser clarificada en la gloria de la Resurrección». *Su madre dijo a los criados: haced lo que El os diga.* Su madre sabía ciertamente que a pesar de que así parecía que la Humanidad de su Hijo se negaba a concederlo, sin embargo la piedad de Hijo no quería negar lo que se le pedía. Por eso, confiadamente mandó a los criados que cumplieran las órdenes del Hijo».

dos o tres metretas[17]. Se llama «hydrias» a las vasijas preparadas para recibir agua; efectivamente, en griego «agua» se dice *hydor*. Y el agua indica el conocimiento de la Sagrada Escritura que suele, de una parte limpiar de la mancha de los pecados, y de otra dar a beber en la fuente del conocimiento de Dios a quienes la escuchan. Las seis vasijas, en las que ese agua se contenía, son los corazones piadosos de los santos cuya perfección de vida y modelo de creer y vivir correctamente la fe es propuesta al género humano a lo largo de las seis edades de este mundo caduco: esto es, hasta la era de la predicación del Señor.

10. Y las vasijas son con razón de piedra, porque los corazones de los justos son fuertes por la fe y el amor, como era sólido –por ejemplo– el núcleo de aquella piedra que vio Daniel, desprendida del monte sin intervención de mano de hombre, y que se convirtió en una gran montaña hasta cubrir toda la tierra[18]. De ella dice Zacarías: *En una sola piedra hay siete ojos*[19]; esto es, en Cristo habita la totalidad de la ciencia sobrenatural. También el apóstol Pedro alude a ella, diciendo lo siguiente: *Arrimándoos a Él, que es la piedra viva... también vosotros sois una especie de piedras vivas edificadas sobre Él*[20]. Con razón estaban preparadas allí las hydrias, dispuestas para las purificaciones de los judíos, porque *la ley fue dada por Moisés*[21], solo para el pueblo de los judíos. Pero *la gracia y la verdad* del Evangelio *fue traída por Jesucristo*, para los gentiles no menos que para los judíos.

11. Continúa: *cada una con capacidad de dos o tres metretas*, porque los profetas, autores y ministros de la Sagrada Escritura, hablan unas veces solo del Padre y del Hijo, como aquello de: *Todo lo hiciste con sabiduría*[22], donde Cristo es

17. Jn 2, 6.
18. Cf. Dn 2, 34-35.
19. Za 3, 9.
20. 1 P 2, 4-5.
21. Jn 1, 17.
22. Sal 104, 24.

la fuerza creadora de Dios y su Sabiduría[23]. Pero otras veces también mencionan al Espíritu Santo, según aquello del salmista: *Por la palabra del Señor se afirmaron los cielos y al soplo de su espíritu surgió toda su fuerza*[24]. Se debe entender que, tanto el Verbo divino, como el Espíritu es toda la Trinidad, que es un solo Dios.

12. Pero la misma distancia que hay entre el agua y el vino existe también entre aquel sentido en el que se entendían las Escrituras antes de la venida del Salvador y el que Él en persona reveló con su venida a los Apóstoles y dejó a los discípulos de éstos para que lo siguieran por siempre. Y es verdad que el Señor, que al principio de la Creación del mundo lo creó todo de la nada, pudo llenar las hydrias de vino, pero prefirió hacer vino del agua para enseñar –mediante un símbolo– que no había venido para abolir o desaprobar la Ley, sino más bien para dar cumplimiento a la Ley y a los profetas[25]; y que Él, por la gracia del Evangelio, no hacía ni enseñaba otra cosa que lo que la Escritura de la Ley y los profetas habían señalado que haría y enseñaría.

Así pues, hermanos, contemplemos las seis hydrias de las Escrituras repletas de agua saludable, contemplemos esa misma agua convertida en el aroma y sabor sumamente agradables del vino.

13. En la primera edad del mundo su hermano, por envidia[26], mató al justo Abel y por eso este último, bienaventurado por la gloria del martirio, recibió la alabanza de ser justo también en los Evangelios y en las cartas de los Apóstoles[27], mientras el fratricida impío sufre el castigo de la eterna maldición. Los que al oír todo esto temen ser condenados

23. Cf. 1 Co 1, 24.

24. Sal 33, 6. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 30, 7 (CCL 141, 264).

25. Cf. Mt 5, 17.

26. Cf. Gn 4, 8.

27. Cf. Mt 23, 35; Lc 11, 51; Hb 11, 4; 12, 24.

junto con los impíos, mientras desean ser bendecidos con los piadosos, rechazan toda semilla de odio y de envidia[28], procuran agradar a Dios por medio de un sacrificio de justicia, modestia, inocencia, paciencia, encuentran en la Escritura un vaso completamente lleno de agua del que se regocijan al purificarse y beber saludablemente. Pero si han entendido que Caín, el homicida, simboliza la perfidia de los judíos, que la muerte de Abel es la pasión del Señor nuestro Salvador, que la tierra que abrió su boca y recibió su sangre de las manos de Caín[29] es la Iglesia, que acogió la sangre de Cristo redamada por los judíos para el misterio de su renovación, sin duda hallan el agua convertida en vino, porque comprenden místicamente lo que dice la Ley sagrada.

14. Al comenzar la segunda edad del mundo, fue destruida la tierra por las aguas del diluvio a causa de la magnitud de los pecados, pero solo Noé junto con su casa fue liberado en el arca, gracias a su santidad[30]. Al oír hablar de la horrible devastación producida por esta catástrofe y de la milagrosa salvación de unos pocos, todo aquel que comience a vivir sin pecado –deseando ser librado junto con los elegidos, temiendo ser exterminado con los réprobos– ha recibido ciertamente la hydria de agua que le limpiará y le renovará. Pero, sin embargo, cuando haya comenzado a mirar a lo alto y haya entendido que en el arca está simbolizada la Iglesia, en Noé Cristo, en el agua que anega a los pecadores el agua del bautismo que limpia los pecados, en todos los que estaban en el arca –incluidos los animales– la múltiple variedad de los bautizados, en la paloma que después del diluvio trajo al arca el ramo de olivo[31] la unción del Espíritu Santo del que son imbuidos los bautizados, admirará que ciertamente el agua se haya convertido en vino, porque

28. Cf. Gn 37, 8.
29. Cf. Gn 4, 11.
30. Cf. Gn 6-7.
31. Cf. Gn 8, 11.

en la narración de esa vieja historia descubrirá que se profetizaba su propia purificación, santificación, justificación.

15. En la tercera edad del mundo, poniendo a prueba la obediencia de Abrahán, Dios le manda que le sacrifique en holocausto a su único hijo, aquel a quien ama[32]. Y Abrahán no retrasa hacer lo que se le manda, pero en vez del hijo sacrifica a un carnero. Sin embargo, por el grado eximio de virtud de su obediencia, es recompensado con la herencia de una bendición eterna[33]. Aquí tienes la tercera hydria. Porque, al escuchar con cuán grande premio es premiada una virtud tan grande, tú también te preocuparás de aprender y guardar la obediencia. Porque, si en la inmolación del hijo único amado entiendes que está simbolizada la pasión de Aquel de quien el Padre dice: *Éste es mi Hijo, el amado, en quien me he complacido*[34]; y que en Él, de quien solo la Humanidad ha sufrido la muerte y el dolor, puesto que la Divinidad permanecía impasible, se ofrece en cuanto Hijo pero se inmola un carnero; si entiendes que la bendición prometida a Abrahán significa que en ti se ha cumplido la promesa de que los gentiles creerán, es evidente que del agua ha hecho vino para ti, porque te ha abierto el sentido espiritual con el que eres embriagado con una nueva fragancia.

16. En los inicios de la cuarta edad David es elegido como rey del pueblo israelita en lugar de Saúl. Era un hombre humilde, inocente y manso enviado al destierro; más aún, torturado largo tiempo por la injusta persecución de Saúl[35]. He aquí la cuarta hydria llena de agua saludable. Todo aquel que al oír esto comience a desear la humildad y la inocencia y a expulsar de su corazón la soberbia y la envidia, es como si encontrara una fuente de agua limpísima con la que reponerse. Pero si entiende que en Saúl están simbolizados los

32. Cf. Gn 22.
33. Cf. Gn 22, 17-18.
34. Mt 3, 17.
35. Cf. 1 S 15-16; 18-21.

judíos perseguidores, mientras en David Cristo y la Iglesia, se dará cuenta de que el imperio carnal junto con el espiritual de aquellos fue destruido por su perfidia, mientras que el reino de Cristo y de la Iglesia permanecerá por siempre. Y por consiguiente sentirá que a partir del agua su copa se ha convertido en vino, porque habrá aprendido a verse descrito a sí mismo y su vida y el reino y hasta el mismo rey, allí donde antes solo leía una historia antigua, como si se tratara de algo ajeno.

17. En la quinta edad del mundo el pueblo, por pecar, es exilado a Babilonia bajo el cautiverio de Nabucodonosor[36]; pero a los setenta años, tras haber hecho penitencia y haberse corregido, es reconducido por el sumo sacerdote Jesús[37] a la patria, donde reconstruye la casa de Dios que había sido incendiada y la ciudad santa que había sido destruida[38]. Al leer u oír todo esto, cualquiera experimenta miedo a pecar, busca el remedio de la penitencia, se lava con el agua purificadora de la hydria. Pero, si aprende a comprender que Jerusalén y el templo de Dios son la Iglesia de Cristo; Babilonia, la confusión de los pecados[39]; Nabucodonosor, el diablo; el sumo sacerdote Jesús, Jesucristo –el verdadero y eterno pontífice–; los setenta años, la plenitud de las buenas obras que se nos conceden por medio de los dones del Espíritu Santo: es decir, a través del decálogo y la gracia septiforme del mismo Espíritu. Y ve que todo esto ocurre, de una parte a quienes indudablemente al pecar han sido robados a la Iglesia por el diablo, y de otra a quienes se reconcilian por gracia del Espíritu Santo arrepintiéndose y haciendo penitencia por medio de Cristo, entonces tiene ya el vino transformado a partir del agua. Porque, al enten-

36. Cf. 2 R 24-25; 2 Cro 36.
37. Cf. Esd 3, 2.
38. Cf. Esd 1-6.
39. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 138).

der que a él se refiere lo que está escrito y enardecerse inmediatamente con un gran fuego de compunción –como si fuera de vino–, pide liberarse por la gracia de Cristo de todo lo que tenga conciencia que hay en sí mismo de pecado que aherroja.

18. Al iniciarse la sexta edad del mundo el Señor, apareciendo en carne, fue circuncidado al octavo día de su nacimiento según la Ley, fue presentado en el templo treinta y tres días después[40] y fueron hechas las ofrendas legales por Él[41]. Contemplando esto al pie de la letra, aprendemos claramente con cuánta diligencia debemos aceptar los misterios de la fe evangélica, cuando al traernos la bendición de la gracia Él, que nos había dado la letra de la Ley, se preocupó de someterse al primer rito de las ceremonias antiguas; y Él mismo, que en cuanto Dios lo consagra todo, se esforzó con su actitud por recibir, y al mismo tiempo entregar, los nuevos sacramentos de la gracia. He aquí la hydria sexta, que nos trae un agua más pura que las demás, para limpiar las manchas del pecado, para beber la alegría de la vida.

19. Verdaderamente, si entiendes la circuncisión del día octavo como el bautismo que nos redime de la muerte de los pecados en el misterio de la resurrección del Señor y reconoces que en la Presentación en el templo y la oblación de la víctima purificadora está simbolizado que todos los fieles acceden del baptisterio al altar santo y deben ser consagrados con la víctima singular del Cuerpo y la Sangre del Señor, has sido regalado de seguro con el vino convertido a partir del agua, y ciertamente uno purísimo. Y si interpretas el día de la circuncisión como la resurrección general del género humano, cuando se acabará la generación mortal y toda la mortalidad se transformará en inmortalidad; si en-

40. Cf. Lv 12, 4.

41. Cf. Lc 2, 21-24.

tiendes que los circuncisos son presentados en el templo junto con las ofrendas cuando –después de la resurrección, una vez acabado el juicio universal, convertidos ya los santos en incorruptibles– entrarán a contemplar para siempre la imagen de la divina majestad junto con las ofrendas de sus buenas obras, entonces verás indudablemente que se ha hecho vino a partir del agua, reconocerás a su Hacedor y dirás: *Y cuán rebosante es tu copa, que embriaga*[42].

20. Por consiguiente, el Señor en la celebración de las bodas no quiso crear vino de la nada sino que, tras mandar que se llenaran seis hydrias de agua, la convirtió en un vino admirable, porque concedió al mundo seis edades con la generosidad de su sabiduría salvadora que, sin embargo, Él mismo fecundó con la fuerza de un sentido más sublime, al venir en persona[43]. Porque lo que los mortales conocían solo a un nivel carnal, Él mismo reveló que debían entenderlo de un modo espiritual.

21. Hermanos, ¿queréis escuchar de qué manera transformó el agua en vino? Después de su resurrección se apareció a dos discípulos que andaban de camino, marchó con ellos y les explicó todas las Escrituras que habían hablado de Él, comenzando desde Moisés y todos los profetas[44]. ¿Queréis asimismo escuchar cómo fueron embriagados por ese mismo vino? Después de que reconocieron al que les había presentado la Palabra de vida, se decían uno a otro: *¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?*[45]

42. Sal 23, 5.

43. Esta interpretación alegórica compara las seis hydrias llenas de agua con las seis edades del mundo anterior a la encarnación del Verbo, que con su venida la transforma en vino. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, IX, 9-17 (CCL 36, 95-100).

44. Cf. Lc 24, 27.

45. Lc 24, 32.

22. *Así pues, Jesús dijo a los ministros: Llenad de aguas las hydrias. Y las llenaron hasta arriba*[46]. ¿Quiénes están simbolizados en los ministros a quienes se da esta orden, que llenaron las hydrias de agua, sino los discípulos de Cristo? No fueron ciertamente ellos los que cumplieron los escritos legales y proféticos a lo largo de las edades pasadas del mundo, sino los que las entendieron con prudencia y las aplicaron con fidelidad, ya que la Escritura a la que sirvieron los profetas habría de ser saludable para beber la sabiduría celestial y útil para la retribución según las obras. Y las llenaron hasta arriba, porque captaron perfectamente que no había habido ninguna época del mundo privada de santos doctores que habían explicado a los mortales el camino de la vida, ya fuera con palabras, ya con ejemplos o incluso con escritos.

23. *Y les dijo: Id, sacad ahora y llevad al maestresala. Y ellos lo llevaron*[47]. Ese maestresala es cualquier perito en la Ley de entonces, quizás Nicodemo o Gamaliel o el entonces discípulo suyo Saulo, que luego sería el Apóstol Pablo, maestro de toda la Iglesia. Y así como a esos tales se les confía la palabra del Evangelio que estaba oculta en la letra de la Ley y los profetas, de ese modo se le proporciona al maestresala, oculto, el vino que había sido hecho a partir del agua[48]. Por eso se dice adecuadamente que el maestresala

46. Jn 2, 7.

47. Jn 2, 8.

48. C y P, los dos primeros códices parisinos de los que hablamos en la Introducción, añaden a continuación lo siguiente, que en parte se encuentra en la *Expositio s. Johannis evangelium* del mismo Beda (cf. PL 92, 661-662): «Y con razón en la casa de estas bodas, que simbolizan los sacramentos de Cristo y de la Iglesia, se narra que había un triclinio, es decir tres clases de comensales divididos por su altura. En efecto, es indudable que la Iglesia consta de tres clases de fieles: los casados, los continentes y los doctores. Por eso también Ezequiel afirma que en el día del juicio serán absueltos solo tres varones: Noé, Daniel y Job. En Noé, que pilotó el arca en medio de las aguas, están

llamó al esposo y le dijo: Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya se han embriagado, el que es peor. Tú has guardado el buen vino hasta ahora[49]. Porque es propio de los hombres instruidos apreciar la distancia entre la Ley y la verdad evangélica y preferir a la sombra –a todas las instituciones antiguas, a todas las promesas del reino terrestre– la nueva gracia de la fe evangélica y los dones perpetuos de la patria celestial.

24. *En Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros y manifestó su gloria*[50]. Con este milagro reveló que Él era el rey de la gloria[51] y por tanto el esposo de la Iglesia, que había acudido a las bodas como un hombre normal, pero que – en cuanto Señor del cielo y de la tierra– había convertido los elementos según su voluntad. Y, en un hermoso paralelismo de acontecimientos, el que convirtió el agua en vino, así como al inicio de sus milagros se reveló como mortal a los que aún eran mortales, del mismo modo, al inicio de sus milagros cuando ya se había convertido en inmortal por su resurrección, para mostrar a sus discípulos los únicos afanes de la vida inmortal, proporcionó en primer lugar a su mente carnal y como insípida el sabor de la ciencia celestial. Porque ante todo, al aparecer en la tierra con el don de su Espíritu, les abrió la inteligencia para que comprendieran la Escritura[52] y poco después, al enviarles el mismo

representados los guías de la Iglesia. En Daniel, que entre las riquezas de la corte babilónica cuidó especialmente la continencia, aquellos que viviendo castamente se ríen de los placeres de este mundo. En Job, que llevando una vida de casado puso en ejercicio unas virtudes, y sobre todo la paciencia, a imitar por parte de todos, están representados los casados devotos de Dios. Por tanto, la primera clase de los comensales en las bodas del esposo celestial, es decir de los que viven en la fe y la disciplina de la Iglesia, es la de los casados; la segunda, la de los continentes; la más elevada, la de los predicadores».

49. Jn 2, 9-10.
50. Jn 2, 11.
51. Cf. Sal 24, 10.
52. Cf. Lc 24, 27.44-47.

Espíritu desde el cielo, infundió en sus corazones un mayor ardor del amor supremo junto con la ciencia espiritual. Además, les concede el conocimiento de todas las lenguas[53] con las que serían capaces de ofrecer a todo el mundo aquella gracia vivificante que habían recibido.

25. Por tanto, hermanos queridísimos, amemos con toda nuestra inteligencia estas bodas de Cristo y la Iglesia, que entonces se celebraron en una ciudad y ahora se celebran en todo el orbe de la tierra y participemos de sus gozos celestiales con el infatigable propósito de nuestras buenas obras. Procuremos, puesto que invitados por medio de la fe hemos entrado en ellas, celebrarlas en una limpia actitud de amor y limpiemos las manchas de nuestras obras y pensamientos antes del día del juicio final, examinándonos a nosotros mismos con más cuidado, no vaya a ser que entonces, al entrar el rey que ha preparado estas bodas para su hijo, si ve que no tenemos el vestido nupcial de la caridad, nos expulse y atados nuestros pies y manos –es decir, privados de la capacidad de hacer el bien– nos arroje a las tinieblas exteriores[54].

26. Limpiemos con la fe las toscas vasijas de nuestros corazones, siguiendo la purificación de los preceptos celestiales; llenémoslos con el agua de la ciencia de salvación, acudiendo con más frecuencia a la lectura sagrada. Roguemos al Señor que esa misma gracia de la ciencia que él nos ha concedido no nos enorgullezca, nos caliente con el fuego de su caridad[55] y nos lleve a buscar y conocer solamente las cosas eternas hasta que seamos capaces, embriagados nosotros también, de cantar con el profeta: *Nos has dado a beber vino punzante*[56]. Y así ocurre que Jesús nos manifestará a nosotros, que es verdad que la aprovechamos, pero que la

53. Cf. Hch 2, 1-11.
54. Cf. Mt 22, 2.11-13.
55. Cf. 1 Co 8, 1.
56. Sal 60, 5.

captamos solo en parte –ahora, en la medida en que somos capaces de hacerlo y en el futuro de un modo perfecto– su gloria, en la que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XV

Después de la Epifanía

Jn 2, 1-11
PL 94, 74-79[1]

1. Juan, el Bautista y Precursor de nuestro Señor y Salvador, que ya había anunciado con su palabra al pueblo desde largo tiempo atrás que vendría, cuando vio que venía hasta él Jesús en persona, inmediatamente le señaló con el dedo, como hace un momento, hermanos, habéis escuchado en la lectura del santo Evangelio. Y dijo: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo*[2]. He aquí el Cordero de Dios, he aquí al inocente y libre de todo pecado, por cuanto es uno que ha recibido sus huesos de los huesos de Adán y su carne de la carne de Adán, pero ninguna mancha de culpa procedente de la carne pecadora. He aquí el que quita el pecado del mundo, he aquí el justo entre pecadores, el manso entre los impíos: esto es, el que aparece como un cordero entre los lobos y tiene poder incluso para convertir en justos a los pecadores y a los impíos.

2. Pero, ¿cómo quita los pecados del mundo, con qué medios hace justos a los impíos? El apóstol Pedro lo muestra, cuando dice: *No habéis sido rescatados de vuestra vana*

1. Encabeza esta homilía en la edición de J.-P. Migne el título siguiente: «En el domingo tercero después de la Teofanía».
2. Jn 1, 29.

conducta que recibisteis de vuestros padres, con oro y plata, cosas corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero inmaculado y sin tacha[3]. Y en el Apocalipsis, el apóstol Juan –autor del Evangelio de hoy– dice: *Jesucristo nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre*[4]. No solo nos lavó de nuestros pecados con su sangre, cuando derramó su sangre en la Cruz por nosotros, o cuando cada uno de nosotros fue lavado por el misterio de su sacrosanta pasión en el agua de su bautismo, sino que también cada día quita los pecados del mundo y nos lava de nuestros pecados cotidianos en su Sangre, cuando en el altar se renueva la memoria de su bendita pasión, cuando las criaturas del pan y del vino se convierten en el misterio de su Cuerpo y su Sangre por la inefable santificación de su Espíritu.

3. Y así su Cuerpo y su Sangre no se entregan y se condenan a muerte en manos de los infieles para su propia destrucción, sino que es recibido en la boca de los fieles para su salvación[5]. Nos muestra cuán apropiada es la figura del cordero en la Ley pascual que, liberando una vez al pueblo de la servidumbre de Egipto, solía santificar a ese mismo pueblo con su inmolación una vez al año en memoria de su liberación hasta que llegara Él mismo, a favor del cual daba testimonio semejante ofrenda y, ofrecido al Padre por nosotros como ofrenda y aroma de suavidad[6], transforma el

3. 1 P 1, 18-19.

4. Ap 1, 5.

5. Aparte de que aquí hay un testimonio claro de la recepción oral de la Eucaristía, este texto hay que entenderlo en sentido literal. Ya Ambrosio cuenta cómo su hermano Satiro –*Exc. frat.*, I, 43–, cuando aún no era cristiano, fue liberado de un naufragio por haberse colgado al cuello la Eucaristía (cf. AMBROSIO DE MILÁN, *Fuentes Patrísticas* 25, Ed. Ciudad Nueva, Madrid, 2011, 83). En esa misma línea GREGORIO MAGNO narra salvaciones análogas (cf. GRÉGOIRE LE GRAND, *Dialogues* 4, 59, Sources Chrétiennes 265, Paris, 1980, 197-201).

6. *Odor suavitatis* –normalmente *in odorem suavitatis*– es una expresión que se repite sobre todo en el Pentateuco –cf. Gn 8, 21; Ex 29,

misterio de su pasión, mediante la oblación del Cordero en la creatura del pan y del vino, haciéndose sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec[7].

4. Sigue Juan dando testimonio del Señor y dice: *Éste es aquel de quien yo dije: Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo*[8]. Después de mí viene un hombre, después de mí ha nacido en el mundo, después de mí comenzará a predicar al mundo, el que fue antes que yo, el que por el poder de su majestad es superior a mí tanto cuanto el sol –a pesar de aparecer después– es superior al lucero del alba, el que existía antes que yo, ya que *en el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios*[9].

Entiéndelo así: *Después de mí viene un hombre* –es decir, es posterior a Juan en cuanto al momento de su nacimiento– *que ha sido antepuesto a mí* –o sea, tiene la primacía del poder real, con el que es antepuesto incluso a los ángeles– *porque existía antes que yo*, es decir posee la Eternidad de la divina Majestad por la que es igual al Padre.

Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí, porque existía antes que yo; viene después de mí, por lo que se refiere a su Humanidad, el que es superior a mí en dignidad, porque existía antes que yo por lo que respecta a su Divinidad.

5. Continúa: *Y yo no le conocía*[10]. Es seguro que Juan conocía al Señor. Había sido enviado para dar testimonio de Él. Le anunciaba como al juez universal que habría de venir, diciendo: *Él tiene en su mano el bieldo y limpiará su era*[11].

41; Lv 2, 9.12; 4, 31; 8, 28; 17, 6; Nm 15, 3. 7– a propósito del sacrificio agradable a Dios. También san Pablo la utiliza en sus epístolas: Ef 5, 2; Flp 4, 18.

7. Cf. Hb 7, 17; Gn 14, 18; Sal 110, 4.

8. Jn 1, 30.

9. Jn 1, 1.

10. Jn 1, 31.

11. Mt 3, 12.

Daba testimonio de que Él era quien debía expender el Espíritu Santo, diciendo: *Él os bautizará en el Espíritu Santo*[12], y él mismo deseaba ser lavado por el Espíritu, cuando afirma: *Yo soy quien necesita ser bautizado por ti, ¿cómo vienes tú a mí?*[13] Así pues, ¿cómo es que dice: *Y yo no le conocía*, si no es porque había reconocido a Aquel –a quien ya conocía de antemano– de un modo más profundo cuando llegó a bautizarse?

6. Cuando vio descender sobre Él al Espíritu Santo, reconoció de un modo más profundo el poder de la majestad de Aquel a quien conocía como Salvador y Juez del mundo. Y no se debe dudar de que san Juan, cuando mereció ver al Espíritu Santo –aunque en especie corporal– y escuchar la voz del Padre –aunque sonara al modo humano– aprovechó mucho esta visión y esa revelación acústica y aprendió mucho acerca de la excelencia del divino poder, de la ciencia celestial, que se hacen patentes a los ojos de su alma. Hasta tal punto que, paralelamente a la comprensión con la que empieza a ser ilustrado, en esa misma medida le parece que anteriormente ha ignorado cuán grande era él mismo.

7. Juan da a favor del Señor el testimonio para el que ha sido enviado y añade: *Para que Él sea manifestado a Israel, para eso he venido yo a bautizar en agua*[14]. Esto quiere decir abiertamente: «no he venido a bautizar en agua porque con eso puedo quitar los pecados del mundo, sino para revelar, por medio del bautismo y la predicación, al pueblo de Israel a quien bautizando en el Espíritu Santo es capaz de quitar los pecados, no solo de Israel, sino de todo el mundo, si uno quiere creer en Él. Por eso he venido yo, que bautizo en penitencia para, bautizando así, preparar el camino a quien bautiza para la remisión de los pecados».

12. Mt 3, 11.
13. Mt 3, 14.
14. Jn 1, 31.

8. *Y Juan dio testimonio diciendo: He visto al Espíritu Santo que bajaba del cielo como una paloma y permanecía sobre Él*[15]. Es apropiado que el Espíritu descendiera sobre el Señor en forma de paloma, para que los fieles aprendan que no se pueden llenar del Espíritu de otra forma que si son sencillos, si tienen con sus hermanos una paz verdadera, que eso es lo que se simboliza con el beso de la paloma[16].

También los cuervos besan, pero desgarran, cosa que no hace la paloma. Por eso los cuervos simbolizan a *quienes hablan de paz a sus hermanos y llevan la maldad en sus corazones*[17]. A su vez la paloma, por su naturaleza, que está libre de toda malicia, se adapta perfectamente a aquellas personas inocentes que viven en paz con todos y en su servicio, *solícitos por conservar la unidad del espíritu en el vínculo de la paz*[18]. Y por eso, al descender el Espíritu en forma de paloma, no solo simboliza su propia inocencia y sencillez, o la de Aquel sobre el que desciende, sino igualmente la de aquellos que tienen una buena actitud a su respecto y le buscan con sencillez de corazón[19].

9. El Señor mismo alaba la unánime piedad y mansedumbre de ellos, concedida por gracia divina: *Una sola es la paloma mía, la única de su madre, la escogida por quien la dio a luz*[20]. Llama madre y gestadora de la Iglesia a la gracia del Espíritu, por cuya inspiración ha comprendido que, hablando con propiedad, la Iglesia puede ser llamada también paloma. En definitiva, en hebreo –que es la lengua en la que está redactada la Santa Escritura–, «espíritu» es de género femenino. Por eso se designa con propiedad «paloma» y «escogida por su madre y por quien le dio a luz» a la única

15. Jn 1, 32.
16. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VI, 4 (CCL 36, 55).
17. Sal 28, 3.
18. Ef 4, 3.
19. Cf. Sb 1, 1.
20. Ct 6, 8.

Iglesia de Cristo, porque indudablemente lo que se reúne en la unidad de la fe cristiana procedente de muchos pueblos, lo que se alegra con la paz mutua propia de una paloma, lo que hace feliz por la suerte de la elección, no lo tiene por mérito propio, sino que lo ha recibido como don de una gracia del Espíritu.

10. *Y yo no le conocía*, dice. Se sobreentiende: «le he conocido de un modo tan sublime, cuando el Espíritu descendió sobre Él». *Pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre el que veas que desciende el Espíritu y permanece sobre Él, ése es quien bautiza en el Espíritu Santo*[21]. Bautiza el Señor en el Espíritu Santo, perdonando los pecados por gracia del Espíritu Santo[22]. Porque, bien sea que Él en persona haya bautizado antes en agua a algunos de sus discípulos, por medio de los cuales correrían las aguas del bautismo hasta los demás fieles –incluso a esos mismos también los bautizaba en espíritu perdonándoles los pecados y concediéndoles los dones del espíritu–, o bien que sus propios fieles, invocando su nombre, bautizan a los elegidos en agua y les ungen con el óleo sagrado, no por eso les deja de bautizar en el Espíritu Santo, porque nadie fuera de Él puede desatar los lazos del pecado o conceder los dones del Espíritu Santo.

11. De ahí que Juan el evangelista, tras haber dicho: *Los fariseos habían oído que Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan*, inmediatamente añade: *aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos*[23], para enseñar claramente que también los discípulos de Jesús bautizaban en agua en su nombre. Pero hay que entender que bautiza sobre todo quien perdona los pecados. También el Señor bautiza en el Espíritu Santo, cuando enciende por infusión de

21. Jn 1, 33.
22. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, V, 6-8 (CCL 36, 43-45).
23. Jn 4, 1-2.

su Espíritu los corazones de sus fieles en el fuego del amor a Él o al prójimo. En efecto, dice: *El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por obra del Espíritu Santo, que nos ha sido dado*[24].

Bautiza en el Espíritu Santo cuando a cada uno de los elegidos les concede la manifestación del Espíritu, realizando prodigios para su utilidad. Cuando estaba a punto de ascender a los cielos habla a sus discípulos de ese bautismo: *Y vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo dentro de pocos días*[25].

12. Pero hay que observar con gran atención que, tras haber dicho: *Sobre el que veas que desciende el Espíritu*, añade: *y permanece sobre él.* Porque también su Espíritu desciende sobre los santos. Pero, puesto que mientras están en su cuerpo no pueden estar libres de pecado –porque por sí mismos no se bastan para mantener siempre la vista del alma dirigida a la contemplación de las cosas celestiales, sino que con frecuencia la desvían a la preocupación por las cosas de la tierra–, está fuera de duda que en sus corazones unas veces habita el Espíritu y otras el Espíritu se aparta de ellos.

13. Por eso está dicho: *El Espíritu sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va*[26]. Realmente el Espíritu viene a los santos y se aparta de los santos, para que quienes no son aptos para tenerle siempre, sean transformados por una luz intensa durante los tiempos en que vuelve a ellos. Solo en el Mediador entre Dios y los hombres, el hombre Jesucristo[27] –en el que no encuentra ni siquiera la sombra de un mal pensamiento del que retirarse–, permanece en verdad continuamente el Espíritu. Y el Espíritu permaneció por completo en Él, no solo en el momento en que Juan vio que descendía sobre Él, sino desde el instante

24. Rm 5, 5.
25. Hch 1, 5.
26. Jn 3, 8
27. Cf. 1 Tm 2, 5.

en que, comenzando a ser hombre, fue concebido por obra y gracia suya. De ahí que el Hijo no tenga menos capacidad de dar el Espíritu que el Padre. Da fe de ello cuando dice: *Pero el Paráclito, el Espíritu Santo que el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todo*[28]. Y en otro lugar muestra que Él mismo lo enviará: *Pues si no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros. En cambio, si me voy os lo enviaré*[29].

14. De otra parte es indudable que la sustancia de la Divinidad es una sola, inseparable la operación del Padre y del Hijo y del mismo Espíritu Santo, también el Hijo –a propósito de que el Espíritu Santo viene donde quiere por su propia iniciativa y opera lo que quiere con su propio poder– lo atestigua cuando dice lo que más arriba he recordado: *El Espíritu sopla donde quiere*[30]. *Mas, todas estas cosas* –afirma el Apóstol– *las causa el mismo indivisible Espíritu, repartiéndolas a cada uno según quiere*[31].

15. Ahora bien, se muestra que el Espíritu descendió al ser bautizado sobre Aquel en el que permanecía siempre, para que también el Bautista en persona reconociera de un modo más sublime a quien él anunciaba y para que diera a los creyentes un indicio de que no podían merecer el bautismo en el mismo Espíritu, si no estaban bautizados en agua.

Ahora hay que preguntarse en qué medida fue un signo especial para reconocer al Hijo de Dios el hecho de que sobre Él descendiera y permaneciera el Espíritu, cuando Jesús mismo promete a sus discípulos, diciéndoles: *Y yo rogaré al Padre y os dará otro Paráclito, el Espíritu de la verdad, para que permanezca con vosotros siempre*[32]; y poco después: *Él permanecerá con vosotros y estará en vosotros*[33]. Por tanto, si el Espíritu permanece con los siervos elegidos de Dios y

28. Jn 14, 26.
29. Jn 16, 7.
30. Jn 3, 8.
31. 1 Co 12, 11.
32. Jn 14, 16-17.
33. Jn 14, 17.

estará en ellos, ¿qué tiene de extraordinario que a propósito del Hijo de Dios se añada que el Espíritu permanece en Él?

16. Hay que advertir que el Espíritu Santo permaneció siempre en el Señor, mientras que en los hombres santos, mientras tengan un cuerpo mortal, en parte permanece para siempre y en parte se retira para volver. Efectivamente permanece con ellos para que perseveren en las buenas acciones, amen la pobreza voluntaria, persigan la mansedumbre, sufran por alcanzar la eternidad, tengan hambre de justicia y sed de misericordia, abracen la pureza de corazón y la tranquilidad de la paz, pero no teman sufrir persecución por observar la justicia[34] y deseen insistir en el ejercicio de la limosna, la oración y los ayunos junto con los demás frutos del espíritu. Pero se aparta por algún tiempo para que no siempre tengan la posibilidad de curar enfermos, resucitar a muertos, arrojar demonios o profetizar. Permanece para siempre a fin de que puedan practicar la virtud y vivir ellos mismos de un modo admirable. Viene por un tiempo para que muestren a los demás por medio de señales de milagros de qué calidad son por dentro.

17. *Y yo he visto* –dice– *y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios*[35]. Más arriba había dicho: *Después de mí viene un hombre que ha sido antepuesto a mí* y ahora da testimonio: *porque este es el Hijo de Dios*, aludiendo claramente a la verdad de sus dos naturalezas, es decir la divina y la humana, en la sola y única persona de Cristo.

Avergüéncese el maniqueo, al oír decir *viene un hombre*[36]; guarde silencio Fotino[37], al escuchar *este es el Hijo de Dios*.

34. Cf. Mt 5, 3-10.

35. Jn 1, 34.

36. Manes o Mani fue un sabio persa (~215-276) que defendía un dualismo radical y en consecuencia negaba la humanidad de Cristo.

37. Procedente de Sirmio, este hereje del s. IV (+ 376), era partidario del adopcionismo: mantenía que Jesucristo era un hombre adoptado por Dios Padre.

Óiganlo los humildes y alégrense[38] porque después de Juan ha venido un hombre más fuerte que Juan, que bautiza en el Espíritu Santo y que es el Hijo de Dios. Y porque los hombres nos apartamos de Dios por soberbia, el Hijo de Dios por misericordia se hizo hombre, para que Él mismo en persona coincidiera por su Divinidad con el Padre y por su Humanidad con nosotros. Por su Humanidad, por ser semejante a nosotros, podría luchar a nuestro favor contra el enemigo; por su Divinidad, consustancial con el Padre, sería digno de recrearnos a la imagen y semejanza de Dios que habíamos perdido al pecar. Por la muerte de nuestra fragilidad destruiría al que tenía el imperio de la muerte y por el poder impasible de su Divinidad nos reconciliaría con Dios Padre, con el que vive y reina siendo Dios en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

38. Sal 34. 3.

HOMILÍA XVI

Después de la Epifanía

Jn 1, 35-42
PL 94, 256-261[1]

1. Es tan grande y de tal calidad la excelencia de la Sagrada Escritura que no solo se narran las palabras que dijeron los santos o las del Señor en persona, sino las circunstancias de los sucesos que, aunque expuestas con sencillez, parecen estar llenas de misterios sobrenaturales. En efecto, hermanos queridísimos, he aquí que hemos oído, siguiendo la narración del Evangelio, que *Juan estaba con dos de sus discípulos y, fijándose en Jesús que pasaba, dice: He aquí el cordero de Dios*[2]. E inmediatamente caemos en la cuenta –es más, traemos a la memoria algo ya conocido– de la razón por la que su Precursor le llama «cordero de Dios». Evidentemente es porque fue consciente de que Jesús es de un modo especial más inocente que el resto de los mortales: es decir, limpio de todo pecado. Y, porque nos había de redimir con su sangre, porque nos haría voluntariamente el regalo de su piel con la que seríamos capaces de hacernos una tú-

1. En J.-P. Migne esta homilía lleva el título de: «En el natalicio de san Andrés, apóstol». Se explica si se tiene en cuenta que en la primera parte se narra la vocación de Juan y Andrés, mientras en la segunda –a partir del n. 10– se comenta el papel de este último en la vocación de su hermano Pedro.

2. Jn 1, 35-36.

nica nupcial –es decir, nos dejaría un ejemplo de vida–, previó los medios con los que habíamos de ser inflamados en la caridad.

2. Este testimonio del Precursor del Señor, por el hecho de ser fácilmente comprensible para los fieles, infunde una rápida fuente de amor sobrenatural en los corazones de los oyentes. Pero no hay que pensar que el Evangelista relatara esto sin una cierta porción de misterio, al poner por delante que Juan «estaba» con sus discípulos cuando Cristo pasó; y pasó, concretamente, en dirección al lugar donde mostraría a los discípulos de Juan que le seguían el lugar en que habitaba, y demás detalles que añade este pasaje del evangelio que acabamos de leer. Si los examinamos más a fondo, encontraremos que están llenos de misterios.

3. Juan «estaba», pues, y vio a Jesús porque ya había alcanzado la alta cima de la perfección espiritual y merecía con razón contemplar la excelsa altura de la majestad divina. «Estaba», porque había ascendido a aquel alto grado de virtudes del que uno no puede ser derribado por la perversidad de las tentaciones. «Estaban» con él también sus discípulos, porque seguían su magisterio con corazón firme. *Y* –narra–, *fijándose en Jesús que pasaba, dice: He aquí el cordero de Dios.* El «paso» del Señor sugiere el regalo de su encarnación, por la que se dignó venir a nosotros y darnos un ejemplo de vida, del mismo modo que su «permanencia» entre nosotros designa de una manera apropiada la eternidad de su Divinidad, en la que es igual al Padre por siempre.

4. Así pues, mirando a Jesús que pasaba, dice Juan: *He aquí el cordero de Dios.* Porque, al verle conviviendo con los hombres y mostrándoles el camino de la vida celestial con sus acciones y sus palabras, les anunciaba abiertamente que no era él mismo, como pensaban, sino Él, quien había sido enviado por el Padre al mundo para la Redención del género humano; Él, quien habría de ser el modelo de pa-

ciencia e inocencia para los que creyeran en Él; Él, aquel de quien el profeta, cantando de antemano su venida en carne, había dicho: *Es conducido a la muerte como la oveja y como el cordero delante del que lo esquila está sin voz, así Él permanece mudo*[3]. Y también: *Pero Él fue herido por nuestros pecados, y por sus llagas fuimos curados*[4].

5. *Y los dos discípulos, al oírle hablar así, siguieron a Jesús*[5]. Al dar testimonio Juan de que Jesús era el Cordero de Dios, los dos discípulos le siguieron, prefiriendo recibir la palabra de la gracia de labios de Jesús que de su Precursor, con el fin de ser ellos mismos capaces de merecer compartir la suerte de los corderos de Dios. Y en buena hora son citados estos dos discípulos, que fueron los primeros en seguir a Jesús, para dar a entender también de un modo simbólico que todos los que le seguirían por el camino de la perfección deberían dedicarse a un doble afecto, esto es, deberían arder a la vez en amor a su Redentor y a sus hermanos.

6. *Se volvió Jesús y, viendo que le seguían, les preguntó: ¿Qué buscáis?*[6] No pudo Jesús ignorar lo que buscaban los discípulos de Juan al seguirle, pero en el hecho de que es Él quien se vuelve hacia ellos, Él es quien primero les pregunta qué buscan, Él es quien les da confianza para que pidan lo que quieren, manifiesta claramente cuánto se alegra con nuestros esfuerzos por hacer el bien, con cuánta benevolencia sale al encuentro de quienes han comenzado el camino de la verdad, dispuesto a prestarles su ayuda.

7. *Ellos le dijeron: Rabbí, que significa Maestro, ¿dónde vives?*[7] No querían disfrutar del magisterio de la verdad de una manera transitoria, sino más bien buscaban la casa en la que habitaba, para así poder con más libertad embeberse

3. Is 53, 7.
4. Is 53, 5.
5. Jn 1, 37.
6. Jn 1, 38.
7. *Ibid.*

de sus palabras en secreto y, a partir de ahí, visitarle con más frecuencia para ser instruidos más a fondo. Por eso también Jesús mismo, al verles pedir, buscar, llamar[8] tan correctamente, les abrió de buena gana el secreto de su vivienda e, introduciéndoles en los rudimentos de la verdad evangélica que querían conocer, les ilustró.

8. Porque sigue a continuación: *Venid y ved*. Y enseguida se añade: *Fueron y vieron dónde vivía y permanecieron aquel día con Él*[9]. Y si queremos averiguar qué nos animan a hacer los discípulos, cuando se llegaron hasta el Señor que pasaba, pero inmediatamente le preguntaron dónde habitaba, nos enseñan ciertamente a, cada vez que meditamos el paso de la encarnación, rogarle siempre con corazón atento que se digne mostrarnos la habitación de su mansión eterna que está junto al Padre, diciendo con Moisés: «Señor, muéstranos tu gloria»[10]. De otra parte, con eso que el Señor ordenó a los discípulos –que vinieran y vieran dónde habitaba– nos enseñó abiertamente que debíamos someternos al esfuerzo de las virtudes con las que podamos llegar a las alegrías eternas. Porque seguir a Jesús significa –para poder ver su casa– perseverar en las buenas obras que Él nos mostró de antemano y llegar con el progreso de cada día en ellas hasta la cumbre de la visión divina. *Vinieron* –dice– *y vieron dónde vivía y permanecieron aquel día con Él. Era alrededor de la hora décima*[11].

9. Dado que la Ley consta de diez mandamientos, suele decirse que el diez es un número perfecto[12]. Por tanto, está bien que los discípulos vinieran a la hora décima para ver la mansión de Jesús, porque indudablemente es necesario que quien desea ver a Dios se someta humildemente a sus man-

8. Cf. Mt 7, 7-11.
9. Jn 1, 39.
10. Cf. Ex 33, 18.
11. *Ibid.*
12. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 10 (CCL 36, 72).

datos y el que aspira a disfrutar más adelante de la luz de la contemplación divina, antes cumpla con la ayuda de Dios el decálogo de la Ley por medio de obras luminosas, como las diez horas del día durante las cuales el sol brilla[13]. Y aquellos dos, que permanecieron junto al Señor aquel día, esperaban la tarde en medio de una contemplación de la Verdad que les hacía enormemente felices. Pero es verdad que todos los elegidos, tras haber obtenido la perfección de las buenas obras, tras haber observado los preceptos de la ley del Señor, pasarán con Él el día eterno, no ensombrecido por ningún fin, es decir aquel día que cantaba el profeta, ansiando conocerlo: *Porque es mejor un solo día en tus atrios que mil lejos de ellos*[14].

10. *Andrés, el hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y siguieron a Jesús. Encontró primero a su hermano Simón y le dijo: Hemos encontrado al Mesías, que significa el Cristo. Y lo llevó a Jesús*[15]. Andrés, que había encontrado al Señor, anuncia a su hermano Simón que le debe seguir, porque encontrar verdaderamente al Señor es esto: vibrar de un verdadero amor hacia Él y preocuparse de la salvación del hermano. En efecto, sigue perfectamente las órdenes de su Creador el que procura con todas sus fuerzas tener la compañía del prójimo. *Hemos encontrado* –dice– *al Mesías, que significa el Cristo*. Mesías es lo mismo que Cristo; pero «Mesías», una palabra hebrea, en griego se dice «Cristo» y al latín se traduce por «Ungido»[16]. De donde también el *chrisma* griego se traduce en latín por «unción». Así pues, el Cristo –esto es, el Ungido– es llamado el Señor porque, como dice Pedro: *Dios le ungió con el Espíritu Santo y con su virtud*[17].

13. En el mundo romano las horas del día se comenzaban acontar a parir de las seis de la mañana, momento en el que acababan las vigilias de la noche.

14. Sal 84, 11.

15. Jn 1, 40-42.

16. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 4 (CCL 36, 74).

17. Hch 10, 38.

11. De ahí que también el salmista dice en su alabanza: *Te ungió Dios, el Dios tuyo con el óleo de la alegría, más que a tus compañeros*[18]. Nos llama «compañeros» de Él a nosotros, que para recibir la gracia del Espíritu Santo somos ungidos también en el bautismo con un óleo visible y nos llamamos cristianos a partir del nombre de Cristo. Pero Él fue ungido más que sus compañeros, Aquel del que Juan Bautista atestigua que *Dios no da el Espíritu con medida*, sino que *todo lo ha puesto en sus manos*[19]. Porque de los compañeros de la misma unción dice el Apóstol: *Pero a cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida de la donación de Cristo*[20].

12. Ahora bien, en la Ley se llamaba «cristos» a los sacerdotes y a los reyes, sin duda en la figura del mismo verdadero Rey y Sumo Pontífice, el Señor y Salvador, como tipos de Aquel en quien eran ungidos también con aceite material. Y no solo ellos, sino también los fieles de nuestro tiempo, del mismo modo que son llamados «cristianos» a partir del nombre de Cristo, así también son llamados con razón «cristos» por la misma unción con el crisma sagrado y por la misma gracia del Espíritu con la que son consagrados[21]. De esto es testigo el profeta, que dice: *Saliste para salvar a tu pueblo, para salvar a tus ungidos*[22]. En efecto, salió para la salvación de su pueblo, para salvar a sus ungidos Aquel *que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo y se encarnó*[23], a fin de concedernos ser compañeros suyos, nosotros que hemos sido ungidos con la gracia del Espíritu y sanados por la gracia de su nombre.

18. Sal 45, 8.
19. Jn 3, 34-35.
20. Ef 4, 7.
21. Cf. más arriba, *Hom.*, I, 5, 16.
22. Ha 3, 13.
23. Cf. Símbolo Niceno-constantinopolitano.

13. *Mirándolo Jesús le dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan*[24]. Jesús miró a Pedro, no solo con los ojos de la carne, sino con la mirada interior propia de la Divinidad, según aquello del bienaventurado Samuel: *El hombre mira a las apariencias, pero el Señor ve el corazón*[25]. Vio la sencillez de su corazón, la altura de su espíritu gracias a la cual estaría al frente de toda la Iglesia. Vio que, al llamarle Andrés, Pedro había acudido a Él con ferviente amor y por eso inmediatamente interpela de un modo familiar al que llega y le dice: *Tú eres Simón, el hijo de Juan*. No es gran cosa para el Señor, que tiene escritos todos los nombres de los santos en el cielo[26], llamar a cada hombre por su nombre o el de su padre; pero, al ir a poner al discípulo un nombre, al ir a darle un apelativo de un mérito superior –un nombre que fuera de acuerdo con ser cabeza de toda la Iglesia–, quiso en primer lugar demostrar que incluso el mismo nombre que había recibido de sus padres no carecía de importancia.

14. Porque Simón significa «el que obedece»[27]; Juan, «la gracia de Dios»[28]. *Tú eres Simón, el hijo de Juan*, quiere decir: «tú eres un hijo obediente a la gracia de Dios». Y con razón es definido con la palabra «obediente», porque en primer lugar, al invitarle Andrés, inmediatamente se ocupó de ver al Señor y después, cuando Jesús en persona le llamó a ser su discípulo, al punto –junto con el mismo Andrés que fue llamado a la vez– dejadas las redes, de cuyo uso vivía, no retrasó el seguirle[29]. De ahí que también el nombre de Andrés delata la verdadera imagen de su personalidad. Porque la palabra griega «Andrés», significa «viril» en latín. Y él también, al seguir de buena gana al Señor, primero por la

24. Jn 1, 42.
25. 1S 16, 7.
26. Cf. Lc 10, 20.
27. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 148).
28. *Ibidem* (CCL 72, 140).
29. Cf. Mt 4, 18-20; Mc 1, 16-18.

predicación de Juan, y luego por orden del Señor mismo, demuestra que pertenece a ese número de hombres que desprecian con fortaleza los bienes temporales que poseen por amor a los eternos y que, creyendo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes[30], hasta que los perciban sensiblemente, intentan confiar en el Señor con el salmista, actuar con fortaleza y confortar su corazón[31].

Y que Simón fue hijo de Juan, es decir de la gracia de Dios, lo demuestra palpablemente, porque todo el premio eterno que recibió, gracias al mérito de su obediencia, todo lo que consagró al devoto servicio al Señor, todo eso lo recibió sin duda por una gracia antecedente de la misericordia divina, a fin de que pudiera conseguirlo.

15. He aquí que habéis escuchado, hermanos queridísimos, por qué el primer apóstol se llamaba primero Simón, por qué misterio era hijo de Juan. Nos queda analizar qué secreto contiene el nombre con el que a partir de ese momento le llamó el Salvador. Dice: *Tú te llamarás Cefas, que significa Pedro*. Y no es oportuno buscar otra interpretación a la palabra Pedro, como si fuera hebrea o siríaca, sino reconocer como cierto que el nombre de Pedro, que en siríaco se dice Cefas, en ambas lenguas –en griego y en latín– deriva de «piedra»[32]. Recibe el nombre de Pedro por la firmeza de su fe, recibe el nombre de Pedro por la invencible robustez de su voluntad, recibe el nombre de Pedro, porque se adhirió con una devoción sin par a aquella piedra solidísima de la que el Apóstol dice: *Y la roca era Cristo*[33].

Así se explica que cuando esa roca –es decir, Cristo– pregunta a sus discípulos quién creían las gentes que era Él y Pedro le responde *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[34],

30. Cf. Sal 27, 13.
31. Cf. *Ibidem*, 14.
32. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 142); ISIDORO, *Etim.*, VII, 9, 2-3.
33. 1 Co 10, 4.
34. Mt 16, 15.

inmediatamente premió su pura confesión con una digna remuneración, de acuerdo con la fuerza de expresión de ambos nombres[35] e incluso reveló qué misterio encerraba en sí mismo el título que le había dado: «Pedro».

16. Porque, en primer lugar dice de Simón: *Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan, porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*, y después añade de Pedro: *Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*[36]. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra de la que tú has recibido el nombre –es decir, sobre mí mismo– edificaré mi Iglesia. Sobre esta perfección de la fe, que tú has confesado, edificaré mi Iglesia; si alguno se desvía de la unión en la fe con ella, aunque le parezca que hace grandes cosas, no contribuye a la edificación de mi Iglesia». Así pues, Pedro ha recibido su nombre de la piedra firme, es decir de Cristo, a quién amó ardientemente. Y Cristo es llamado piedra, porque depara a quienes se refugian en Él una protección inexpugnable, porque hace de quienes esperan en Él personas protegidas y seguras frente a las asechanzas del enemigo antiguo.

17. Y no hay que pasar por alto que también el Señor es llamado «piedra» precisamente por esto, porque nos suministra las aguas de los crismas espirituales, porque nos purifica con la sagrada comunión de su Sangre. Esto se entiende más fácilmente –y quizás se retiene con más alegría–, si se recuerda cuál es, según la historia, la piedra de la que el Apóstol explica que alegóricamente simboliza a Cristo[37]. En efecto, el pueblo liberado de la esclavitud egipcia, llega al

35. Es decir, Simón y Pedro. Beda explica el sentido de los dos nombres. Los mejores manuscritos recogen *hominis*, no *nominis*, que es el término que traducimos aquí. Lo hemos preferido porque el contexto es claramente onomástico.

36. Mt 16, 17-18.

37. Cf. 1 Co 10, 1-4.

desierto a través del mar Rojo y por él peregrinó durante cuarenta años hasta llegar a la tierra de promisión. Ese pueblo en un momento, fatigado por el hambre y la sed, clamó en medio del desierto a Moisés[38]. Y el Señor, rogando Moisés como está escrito, *les llovió maná para comida y les dio pan del cielo*[39]. Otra vez le mandó asimismo que golpeara la piedra con su vara; cuando lo hizo, brotó agua y el pueblo bebió[40]. Por eso se dice en el salmo: *Porque golpeó la roca y corrieron las aguas*[41].

18. Nosotros, hermanos queridísimos, nosotros somos el pueblo de Dios, que hemos salido liberados del yugo de la servidumbre egipcia a través del mar Rojo, porque por el agua del bautismo hemos recibido la remisión de los pecados que nos oprimían; nosotros que, entre las penas de la vida presente –como si se tratara de la aridez del desierto–, esperamos el ingreso que se nos ha prometido en la patria celestial. Es decir, en este mundo corremos el riesgo de perecer por la sed del desierto y el hambre espiritual, si no nos fortalecen los dones de nuestro Redentor, si no nos renuevan los sacramentos de su encarnación.

Porque Él es el maná que nos recrea con el alimento espiritual, para que no desfallezcamos en el camino de esta vida. Él es la piedra que nos embriaga con los dones espirituales; la que, traspasada en el madero de la Cruz, hizo brotar de su costado para nosotros la copa de la vida. Por eso dice en el Evangelio: *Yo soy el pan de vida; el que venga a mí no tendrá hambre y el que cree en mí no tendrá sed jamás*[42].

19. Y, para guardar el orden adecuado de las figuras: el pueblo fue salvado primero a través del mar y así llegó místicamente al alimento del maná y a la piedra de la bebida,

38. Cf. Ex 14-16.
39. Sal 78, 24
40. Cf. Ex 17, 6.
41. Sal 78, 20.
42. Jn 6, 35.

porque ahora en primer lugar nos lava con el agua de la regeneración y después nos eleva a la participación del altar sagrado, donde podemos comulgar el Cuerpo y la Sangre de nuestro Redentor[43].

20. Me ha agradado decir todo esto explicando el misterio de la piedra espiritual –de la cual recibió su nombre el primer pastor de la Iglesia y en el que se funda el edificio inmóvil e inconmovible de toda la Iglesia santa y por la que la misma Iglesia nace y se alimenta– porque las cosas que, poniendo por delante la antigüedad de los símbolos, se iluminan luego con una explicación mística, suelen grabarse en los corazones de los oyentes mucho más profundamente y algunas veces de un modo más entrañable, que las que se explican sin ningún ejemplo simbólico, con la narración escueta de lo que se debe creer o hacer.

21. Procuremos por tanto, hermanos queridísimos, que adhiriéndonos siempre a la protección de esta roca, jamás seamos apartados de la firmeza de la fe por ninguna contrariedad de acontecimientos cambiantes que nos aterrorice, por ninguna bonanza que nos debilite. Despreciados los placeres presentes, agrádennos solo en este mundo los dones celestiales de nuestro Redentor, consuélenos en medio de las penas de este mundo la esperanza de la visión del eterno. Acordémonos continuamente del ejemplo sublime del profeta y rey David, que en medio de tantos honores y riquezas de su próspero reino, no pudo encontrar ningún consuelo para su alma hasta que finalmente elevó la mirada de su mente, se acordó de Dios y encontró la alegría[44].

43. Beda establece una vez más el paralelismo entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. En el primero los acontecimientos –liberación y manutención del pueblo– son tipo de lo que ocurre en el segundo: bautismo y Eucaristía (Cf. *infra Hom.*, I, 18, 7).

44. Cf. Sal 77, 3

22. Y, para merecer llegar a la visión de Dios, esforcémonos por apartar de nuestro cuerpo y de nuestra mente los obstáculos de los vicios que pueden impedirla. Porque hasta Él solo se llega con los pasos correctos de las obras y su puro rostro solo lo ven los puros de corazón. Porque *bienaventurados los limpios de corazón ya que ellos verán a Dios*[45]. Quiera concedérnoslo Él mismo que se ha dignado prometérnoslo, Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

45. Mt 5. 8.

HOMILÍA XVII

Después de la Epifanía

Jn 1, 43-51
PL 94, 89-95.261-268[1]

1. Hemos escuchado en la lectura del Evangelio, hermanos queridísimos, la benévola Providencia de nuestro Redentor que, en su misericordia, no solo acostumbraba a llamarnos a seguirle, sino a acoger con gratitud a los que acudían a Él y a concederles piadosamente el reconocimiento del esplendor de su Divinidad. Hemos escuchado la devota fe, la caridad, las buenas obras de los discípulos: las tres virtudes de la vida celestial en las que sin duda consiste toda la perfección de la Iglesia en la tierra, porque de una parte *sin fe es imposible agradar a Dios*[2] y de otra *la fe sin obras es inútil*[3]. Y a cualquiera que esté dotado de todo tipo de virtudes, por más que avance en la fe, si no tiene caridad, de nada le aprovecha[4].

2. El hecho de que Felipe no solo siga a Jesús cuando éste le llamó, sino que también habla a Natanael para que también él le siga, muestra a las claras que es *fe aquella que actúa por amor*[5]. En efecto, es fe porque no aplaza creer en

1. Como se ve esta homilía es recogida dos veces en la edición de J.-P. Migne. En la primera lleva el título: «Después de la Teofanía».
2. Hb 11, 6.
3. St 2, 20.
4. Cf. 1 Co 13, 3.
5. Ga 5, 6.

Jesús el que ha reconocido que es Cristo. Es obra del amor, porque pone de manifiesto, siguiéndole inmediatamente, cuánto ama a Aquel a quien ha reconocido. Y demostró en qué medida ardía en amor al prójimo, al anunciar a Cristo. También su amigo Natanael mostró en qué medida él mismo amaba al maestro de la verdad, al que no tardó en llegarse apenas fue llamado. Dio a entender con cuánta perfección comprendía la grandeza de su fe, quien inmediatamente confesó abiertamente que Jesús era el Hijo de Dios y el rey de Israel.

3. Pero, una vez que todo eso lo hemos ya degustado previa y brevemente, ahora nos complace recorrer, repitiéndolo desde el principio, todo el relato evangélico para analizarlo más a fondo.

Dice así: *Determinó Jesús encaminarse a Galilea. Y encontró a Felipe y le dice: sígueme*[6]. Ya por lo que antecede está claro de dónde parte Jesús para encaminarse a Galilea: es decir, de Judea, donde Juan bautizaba y había dado testimonio de que Él era el Cordero de Dios. Invitó a dos de sus discípulos a que le siguieran. Uno de ellos, Andrés, le presentó a su hermano Pedro[7]. Hermanos, está claro –y de resultas de un frecuente comentario os es ya conocido–, el significado de este «seguir al Señor», de acuerdo con una interpretación espiritual. En efecto, sigue al Señor quien le imita; sigue al Señor el que, en cuanto lo permite la fragilidad humana, no abandona los ejemplos de humildad que el Hijo de Dios nos mostró en su Humanidad; le sigue, quien asociándose a sus padecimientos en vida, aspira con perseverancia a asociarse a su resurrección y a su ascensión.

4. Pero, no sin el tenor de un cierto misterio, se relata que el Señor, que había de decir a Felipe *sígueme*, quiso en-

6. Jn 1, 43.

7. Cf. Jn 1, 35-41.

caminarse a Galilea. Esta región, en efecto, significa «hecho un traslado» o «una revelación»[8]. Por lo que respecta a «hecho un traslado», designa una marcha de los fieles, por la que, o bien se trasladan de los vicios a la cumbre de las virtudes, o bien avanzan paso a paso en esas mismas virtudes y tratan cada día de subir de las menores a las mayores, hasta llegar desde este valle de lágrimas hasta la ciudadela del gozo celestial con la ayuda del Señor. Por lo que respecta a «una revelación», da a entender la felicidad de la vida eterna por la que luchan en esta vida.

El salmista abarca ambas interpretaciones de esta palabra, allí donde dice: *Irán adelantando de virtud en virtud; en Sion será visto el Dios de dioses*[9]. Esta es también la visión de la que dice el Apóstol: *Y así es que todos nosotros, contemplando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor*[10].

5. Así pues, con razón quiso Jesús encaminarse a Galilea –esto es, «al traslado ya efectuado» o «a la revelación»–, cuando tenía intención de llamar al discípulo para que le siguiera, de modo que así como Él mismo, según atestigua el Evangelio, *crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*[11], así como padeció y resucitó y de ese modo entró en su gloria[12], así también mostraba a sus seguidores que debían progresar en las virtudes y, por medio de sufrimientos pasajeros, trasladarse hasta los dones de la felicidad eterna.

6. *Felipe era de Betsaida, ciudad de Andrés y de Pedro*[13]. No hay que pensar que el evangelista, por casualidad y sin

8. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 131).
9. Sal 84, 8.
10. 2 Co 3, 18.
11. Lc 2, 52.
12. Cf. Lc 24, 26.
13. Jn 1, 44.

una razón sobrenatural, haya querido citar el nombre de la ciudad de la que era originario Felipe y señalar que era la misma de Andrés y también de Pedro. Al contrario, se preocupó de mostrar, a través del nombre de la ciudad, de un modo simbólico, de qué ánimo iba a ser y qué oficio iba a desempeñar Felipe, lo mismo que Pedro y Andrés. En efecto, Betsaida significa «casa de los cazadores»[14]. Y «cazadores» eran sin duda los que oyeron al Señor: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*[15]. Y aquel cazador demostró en qué medida estaba dispuesto a captar almas para la vida, incluso antes de que fuera destinado por el Señor al oficio de la predicación, al comenzar a predicar enseguida por su propia voluntad.

7. Efectivamente *encontró a Natanael y le dijo: Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José*[16]. Veamos en qué medida rodea con la red de la fe, con qué resistentes mallas de devota predicación envuelve al hermano al que encuentra, con qué solicitud quiere captarle para la salvación eterna. Dice que ha encontrado a Aquel a quien Moisés y los profetas en sus escritos predijeron que vendría[17]. Pronuncia el nombre de Jesús, que los oráculos de los profetas habían anunciado que sería el nombre del Cristo.

8. En efecto, Habacuc dice deseando ser salvado por su gracia: *Yo, empero, me regocijaré en el Señor, me alegraré en mi Dios, Jesús*[18]. Pero también Zacarías, al hacer mención de la tentación en la que venció al diablo, dice: *E hízome*

14. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 135).

15. Mt 4, 19.

16. Jn 1, 45.

17. Los manuscritos C P R O añaden a continuación: «Para que así todos los que nos sigan, entiendan que El es aquel a cuya venida, anunciándola, han servido todos los escritos de los antiguos».

18. Ha 3, 18 (*vetus Latina*).

ver el Señor al sumo sacerdote Jesús, que estaba en pie ante el ángel del Señor, y estaba Satanás a su derecha para oponérsele[19]. Asimismo el patriarca Jacob, saludando y esperando ya desde lejos el misterio de su encarnación, dice: *Esperaré, Señor, tu salvación*[20]. Porque el nombre hebreo «Jesús», en latín se dice «salvación» o «salvador»[21]. El salmista dice, a propósito de la persona del Padre, al prometer al pueblo de los fieles su visión de la eternidad: *Le llenaré de longevidad y le mostraré mi salvación*[22]. También Simeón, aquel venerable y anciano profeta del Nuevo Testamento, cuando recibió en sus manos a Jesús, pequeño de cuerpo pero que sintió en su espíritu que era grande en su Divinidad, iluminado por el mismo Espíritu, dio gracias de esta manera: *Ahora, Señor, deja irse en paz a tu siervo según tu palabra, porque mis ojos han visto a tu Salvador*[23].

9. Felipe le llama hijo de José, no para afirmar que, el que había aprendido por los profetas que había de nacer de una virgen, procede de la unión carnal de un hombre y una mujer, sino para indicar que había surgido de la casa y familia de David, de la que sabía que descendía José según los vaticinios proféticos. Y no debe llamar la atención que Felipe llame hijo de José –a pesar de que sabía que este era esposo de aquella Madre Inmaculada–, cuando se lee que la misma madre y siempre virgen inmaculada, siguiendo el modo de hablar del pueblo, había exclamado: *Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira cómo tu padre y yo, angustiados, te buscábamos*[24] . Y añade también la patria –*de Nazaret*–, para señalar que era el mismo del que habían leído en los profetas: *porque será llamado nazareno*[25]. No es extraño, por tanto,

19. Za 3, 1.
20. Gn 49, 18.
21. Cf. Isidoro, *Etim.*, VII, 2, 7.
22. Sal 91, 16.
23. Lc 2, 29-30.
24. Lc 2, 48.
25. Mt 2, 23.

que Felipe lograra inmediatamente el consentimiento de Natanael para creer y llegarse hasta Cristo: tantos lazos de verdad le tendió por todas partes.

10. *Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José*[26]. Y no sin razón se dice que Felipe es oriundo de Betsaida, es decir de la «casa de los cazadores», uno que se demuestra ha recibido tanto celo y a la vez tanta gracia para una caza que es agradable a Dios. Porque sigue: *Entonces le dijo Natanael: ¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?*[27] Nazaret significa «pureza», o «flor de pureza» o también «separada»[28]. Así pues, aprobando las palabras de Felipe que le da la noticia, Natanael exclama: *¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?*, que es como si dijera abiertamente: «¿Puede suceder que de una ciudad de tan gran nombre nos haya salido el Salvador del mundo en persona, el Señor que solo Él es *santo, inocente, puro, libre de pecados*, que dice de sí mismo en el Cantar de los cantares: *Yo soy la flor del campo, el lirio de los valles*[29], del que el profeta dice: *Saldrá un brote del tronco de Jesé y surgirá un nazareno,* es decir una flor, *de su raíz*[30]*?*, ¿o bien es verdad que al menos nos ha sido enviado un maestro eximio que nos anuncie la quintaesencia de las virtudes y la pureza de la santidad?».

11. Podemos interpretar también correctamente este pasaje como si, al decir Felipe: *Hemos encontrado a aquel de quien escribieron Moisés en la Ley y los profetas: Jesús de Nazaret, el hijo de José*, Natanael hubiera entendido bien todo lo demás, pero se admiró de que dijera que Cristo ve-

26. Jn 1, 45.
27. Jn 1, 46.
28. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 137).
29. Ct 2, 1.
30. Is 11, 1. *Nazareus* deriva del hebreo *nêser*, «vara», que en la Septuaginta se tradujo por *rábdos* y en la Vulgata por *virga*.

nía de Nazaret, cuando los profetas anunciaban que procedería de la casa de David y por tanto de la ciudad de Belén, donde habitaba David. Por eso respondió admirado: *¿De Nazaret?* Pero inmediatamente, acordándose de cuánto convenía incluso la palabra «Nazaret» a los misterios de Cristo, asintió cautamente al que se lo comunicaba, diciendo: *¿Acaso puede salir algo bueno?*

12. Porque con ambas interpretaciones concuerda lo que sigue[31]: *Le respondió Felipe: Ven y verás*[32]. Efectivamente, le aconsejaba venir y ver para que, si restaba aún en su corazón alguna duda en torno a las palabras de quien se lo anunciaba, todo eso lo disipara la visión y la conversación con Aquel de quien le hablaba. Y el piadoso oyente no pasó mucho tiempo, insistiendo en buscar solícitamente la luz de la verdad que se le había anunciado y en pulsar con piedad, para que mereciera recibirla. De ahí que el Señor inmediatamente, apresurándose a saciar el deseo que los buenos tienen de Él, recompensa con una previsora alabanza la salvación que ha empezado en ellos, de modo que su Providencia hace que aspiren a metas más altas y al mismo tiempo las obtengan.

13. *Porque vio Jesús a Natanel, que se acercaba, y dijo de él: He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez*[33]. Aquí hay que notar que Dios, que conoce los corazones, al alabar a este hombre no afirma que esté sin pecado, sino sin doblez[34]. *Porque no existe un hombre justo en la tierra que haga el bien y no peque*[35]. Se lee que muchos se han comportado sin doblez, es decir han vivido con un corazón sencillo y puro; más aún, se nos enseña que muchos fieles viven así, como dice la Escritura: *Tened sentimientos*

31. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 15 (CCL 36, 76). 32. Jn 1, 46.
33. Jn 1, 47.
34. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 18 (CCL 36, 77).
35. Qo 7, 21.

de bondad para el Señor y buscadle con sencillez de corazón[36]. Y el mismo Señor dice: *Sed prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas*[37]. Ejemplo de semejante paciencia era Job de quien está escrito: *Había allí un varón sencillo y recto*[38]. Así era el patriarca Jacob, del que se dijo: *Jacob, varón sencillo, habitó en tiendas*[39]. Y, como por la pureza de su conciencia sencilla mereció ver a Dios, también se llamó Israel, es decir «varón que ve a Dios»[40].

14. Así era también este Natanael, a quien el Señor –por la semejanza de su comportamiento sin dolo con el del patriarca– considera digno de sus méritos y la vez de su nombre, cuando dice: *He aquí un verdadero israelita en el que no hay doblez*. He aquí uno que verdaderamente procede del patriarca que veía a Dios, en el que está probado que no hay ninguna doblez, como en el mismo patriarca.

¡Qué buen auspicio para quien se acerca a Dios, ver a uno que le está deseando! *He aquí un verdadero israelita en quien no hay doblez. Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*[41]. Y a éste, que quiere ver a Dios, no otro sino Dios mismo, que *penetra las entrañas y los corazones*[42], le alaba como limpio de corazón y es contado como israelita, es decir, engendrado por un hombre que contempla a Dios.

15. ¡Qué gran esperanza de salvación se nos abre en esta afirmación de nuestro Redentor también a nosotros, que hemos venido a la fe desde la gentilidad! Porque, si es un verdadero israelita el que se presenta sin conocer la doblez, han perdido ya el nombre de israelitas todos los judíos que, aunque procedan de Israel según la carne, se han alejado de la

36. Sb 1, 1.
37. Mt 10, 16.
38. Jb 1, 1.
39. Gn 25, 27.
40. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 139).
41. Mt 5, 8.
42. Sal 8, 10.

sencillez de los patriarcas por su doloso corazón. Y nosotros por nuestra parte hemos sido adscritos a la raza de los israelitas, nosotros mismos que, aunque tenemos un origen corporal gentil, sin embargo, por nuestra fe en la verdad y por la pureza de cuerpo y de alma, seguimos los pasos de Israel, según aquello del Apóstol: *Porque no todos los descendientes de Israel son israelitas, ni todos los que son linaje de Abrahán son hijos, sino que: por Isaac se contará tu descendencia. Es decir, no los que son hijos de la carne esos son hijos de Dios; sino los que son hijos de la promesa, esos se cuentan por descendientes*[43].

16. Continúa: *Le contestó Natanael: ¿De qué me conoces? Respondió Jesús y le dijo: Antes de que Felipe te llamara, cuando estabas bajo la higuera, yo te vi. Respondió Natanael y dijo: Rabbí, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel*[44]. Porque Natanael supo que el Señor había visto y conocía cosas que habían ocurrido en otro lugar –es decir, cómo y dónde Felipe le había llamado, cuando Él no estaba allí físicamente–, considerando que aquí había una mirada de la majestad divina, sin dilación confesó que no solo era un *rabbí* –es decir, un maestro–, sino el Hijo de Dios y el rey de Israel, o sea el Cristo.

Y da gusto contemplar con qué prudencia responde la confesión del siervo a la alabanza del Señor. Aquel llama a este un verdadero israelita, es decir un hombre que dio pruebas de que podría ver a Dios, porque apenas había dolo en él. Y este confiesa con religiosa devoción que Él no solo es un maestro que enseña cosas útiles, sino también el verdadero Hijo de Dios, que concedía dones celestiales, y el rey de Israel –es decir, del pueblo que veía a Dios–, para dar a entender con esta confesión que es también su rey y él un soldado de su reino.

43. Rm 9, 6-8.

44. Jn 1, 48-49.

17. Esta declaración del Señor –por la que dijo que había visto a Natanael antes de que fuera llamado por Felipe cuando estaba bajo la higuera– puede también ser interpretada a un nivel místico como la elección del Israel celestial –es decir, del pueblo cristiano– al que el Señor se ha dignado ver –aunque el pueblo no le haya visto a Él, ni tampoco haya sido llamado a la gracia de la fe por medio de sus apóstoles, sino que estaba todavía oculto bajo la cubierta del pecado opresor– por su misericordia, como atestigua Pablo cuando dice: *Dios nos ha colmado en Cristo de bendiciones espirituales en los cielos conforme a la elección que en Él hizo de nosotros antes de la creación del mundo, a fin de que seamos santos e inmaculados en su presencia*[45].

18. Y es cierto que alguna vez la higuera simboliza la dulzura de la predilección divina. De ahí que esté escrito: *Quien cuida de la higuera comerá sus frutos y el que cuida de su amo será honrado*[46]. Pero, puesto que nuestros primeros padres, perturbados por el pecado de prevaricación, se hicieron unos cinturones con hojas de higuera[47], lógicamente puede ese árbol entenderse como la amarga costumbre de pecar del género humano[48]. El Señor contempla a Natanael, que todavía no le ve a Él, bajo la higuera, como a sus elegidos –que no conocen aún la gracia de su elección–, por estar aún sometidos a esa costumbre de pecar. *Porque el Señor conoce a los que son suyos*[49], cuya salvación concuerda perfectamente con el nombre Natanael. En efecto, Natanael significa «don de Dios»[50] y, sin el don de Dios, jamás elegido alguno se libra de la culpa de la primera transgresión, jamás de la sombra devastadora de los pecados que crecen cada

45. Ef 1, 3-4.
46. Pr 27, 18.
47. Cf. Gn 3, 7.
48. Cf. AGUSTÍN, *Enar. in psalm.* XXXI, II, 9 (CCL 38, 231-232); ID., *Tract. in Iohan.*, VII, 21 (CCL 36, 79).
49. 2 Tm 2, 19.
50. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 83).

día, jamás merecerá venir a Cristo para ser salvado. De ahí que diga el Apóstol: *Porque por la gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, es un don de Dios, no en virtud de obras, para que nadie pueda gloriarse*[51].

19. Sigue: *Contestó Jesús y le dijo: ¿Porque te he dicho que te vi bajo la higuera crees? Cosas mayores verás*[52]. A continuación aclara Él mismo cuales son esas cosas mayores, prometiendo la futura apertura del reino celestial a los que crean y la predicación al mundo de las dos naturalezas de su única persona, lo cual es ciertamente mucho más excelente que el secreto que prevé: que Él nos iluminará a nosotros, que estamos todavía sumergidos en la sombra del pecado. Porque, el hecho de que nos revele que hemos sido salvados por la gracia de su conocimiento, es mayor que el de que nos abra los gozos del cielo; el hecho de haber dispersado a los que predican su fe por el mundo, es mayor que el haber dispuesto desde la eternidad que seríamos salvados por la fuerza de su poder.

20. *En verdad, en verdad os digo* –añade– *que veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar en torno al Hijo del Hombre*[53]. Nosotros contemplamos ya cumplido el efecto de esta promesa. En verdad vemos el cielo abierto porque sabemos que, después de que el hombre Dios ha penetrado en el cielo, también se nos ha abierto la puerta de la patria celestial a quienes creemos en su nombre. Vemos a los ángeles de Dios subir y bajar en torno al Hijo del Hombre, sabemos que los predicadores santos anuncian la sublimidad de la Divinidad de Cristo junto con la debilidad de su Humanidad. Ascienden sobre el Hijo del Hombre los ángeles, cuando los predicadores enseñan que *en el principio*

51. Ef 2, 8-9.
52. Jn 1, 50.
53. Jn 1, 51.

era el Verbo y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios[54]. Descienden hasta el Hijo de Dios los ángeles, cuando el mismo evangelista añade que *el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros*[55].

Y no sin razón se llama simbólicamente ángeles[56] a los predicadores, porque de ordinario a ellos se les concede el nombre de evangelistas, derivado del oficio de los ángeles, de manera que igual que estos últimos son mensajeros, también aquellos por su mismo oficio de ejercer la predicación más sublime reciben el nombre de mensajeros de la buena nueva[57].

21. Y hay que hacer notar que el Señor se llama a sí mismo Hijo del Hombre, mientras Natanael proclama que es Hijo de Dios. Es algo semejante a lo que aparece en los otros evangelistas, cuando Él mismo pregunta a sus discípulos quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre[58] y Pedro responde: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[59]. Y ciertamente por justo designio de la Providencia, ocurrió que cuando unas veces el mismo Señor y otras el verdadero hombre tuvo que confesar ambas sustancias en Él –que era el mismo mediador Dios y Señor nuestro–, el Dios-hombre aportó la fragilidad de la Humanidad que había asumido, y el verdadero hombre la fuerza de la eterna Divinidad que estaba en Él: el uno confesó su humildad y ese mismo declaró su excelsitud.

22. Y también se debe notar que el Señor, que llama al bienaventurado Natanael verdadero israelita, al pronunciar las palabras que dice *–veréis el cielo abierto y a los ángeles de Dios subir y bajar en torno al Hijo del Hombre–*, recuer-

54. Jn 1, 1.
55. Jn 1, 14.
56. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 23 (CCL 36, 80-81).
57. Cf. ISIDORO, *Etim.*, 6, 2, 42-43.
58. Cf. Mt 16, 13; Mc 8, 27-29; Lc 9, 18-20.
59. Mt 16, 16.

da la visión del patriarca Jacob, quien fue llamado Israel[60] gracias a la bendición divina. Porque este último, cuando, al querer descansar en algún lugar, apoyó su cabeza sobre una piedra, *vio en sueños una escalera apoyada sobre la tierra y su cabecera tocaba el cielo y a los ángeles de Dios que subían y bajaban por ella y al Señor en lo alto de la escalera que le decía: Yo soy el Dios de tu padre Abrahán y el Dios de Isaac*[61]. Y, levantándose por la mañana y alabando a Dios con el debido temor, él mismo tomó la piedra *y la alzó por señal, derramando óleo encima*[62].

23. Así pues, el Señor menciona este pasaje y da fe evidentemente de que se refiere a Él y a los suyos. Claramente la escalera que vio es la Iglesia, que nace de la tierra pero tiene su conversación en los cielos[63]. Por ella suben y bajan los ángeles que anuncian, tanto los supereminentes misterios de su Divinidad a los oyentes del evangelista que son perfectos, como las debilidades de su Humanidad a los que son aún rudos. Y ciertamente suben cuando pasan a contemplar mentalmente las cosas del cielo, y por el contrario descienden cuando instruyen a sus oyentes sobre el modo de vivir en la tierra. La piedra bajo la cabeza de Jacob es el Señor, en el que debemos apoyarnos con todas nuestras fuerzas tanto más, cuanto más cierto nos resulta que sin Él no podemos hacer nada[64]. Jacob ungió la piedra y la levantó como señal, porque un verdadero israelita comprende que nuestro Redentor ha sido ungido por el Padre con el óleo de la alegría por encima de sus compañeros[65]. Cristo recibe ese nombre a causa de esa unción, es decir del crisma. Este misterio de su encarnación es sin duda el título de nuestra Redención[66].

60. Cf. Gn 32, 28; 35, 10.
61. Gn 28, 11-13.
62. Gn 28, 18.
63. Cf. Flp 3, 20.
64. Cf. Jn 15, 5.
65. Cf. Sal 45, 7.
66. Cf. AGUSTIN, *Tract. in Iohan.*, VII, 23 (CCL 36, 80).

24. Y evidentemente, cuando la piedra es ungida en la tierra y es erigida como señal, se revela el Señor en el cielo, porque indudablemente apareció en el tiempo entre los hombres el Hombre que permanece Dios eterno en el Padre. Él que, una vez vencida la muerte *ascendió sobre los cielos de los cielos hacia el Oriente*[67], es el mismo que permanece con nosotros en señal de nuestra salvación *por todos los tiempos hasta la consumación del mundo*[68], trasladando al cielo el cuerpo que asumió de la tierra, el mismo que llena a la vez la tierra y los cielos con la presencia de su Divinidad. Por tanto, el Señor, al exponernos una historia antigua, en Israel nos muestra en sentido figurado la sencillez del pueblo fiel, uno de cuyos miembros era Natanael; en la piedra sobre la que los ángeles subían y bajaban se revela a Él mismo, cuya doble naturaleza anuncian una y otra vez los maestros espirituales. Porque, por así decir, Israel ungió la piedra con óleo, cuando Natanael confiesa que Dios ungió a Jesús con el Espíritu Santo y con el poder[69], al decir: *Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel*[70].

25. Hermanos míos, una vez expuesta la lectura del Evangelio, está claro que no sin motivo, en razón de la grandeza del misterio, en este capítulo se dice al principio que Jesús quiso encaminarse a Galilea y después se añade cómo de una parte Él en persona llamó a Felipe y de otra recibió a Natanael, llamado por este, y le instruyó en la luz de la verdad. Porque, como ya hemos dicho, Galilea significa «hecho un traslado» o «una revelación». Y con razón se dice que quiso encaminarse a Galilea cuando se dignó revelar a los fieles los arcanos de su majestad. Al perfecto conocimiento de estos, en los que solo radica la vida bienaventurada del hombre, ascenderemos en la otra vida, tanto más cuanto con

67. Sal 68, 34.
68. Mt 28, 20.
69. Cf. Hch 10, 38.
70. Jn 1, 49.

más insistencia procuremos aquí pasar de las cosas terrenas a las celestiales y avanzar paso a paso en las virtudes con la ayuda del mismo que acostumbra a encender, alimentar y coronar los deseos de los buenos: Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XVIII

En la Purificación de Santa María

Lc 2, 22-35
PL 94, 79-83

1. La lectura del santo Evangelio describe estupendamente la solemnidad de la celebración de hoy, que veneramos con los debidos oficios, a los cuarenta días de la Natividad del Señor, gracias a la humildad del mismo Señor y Salvador nuestro y su Madre inmaculada. Y nos presenta cómo se sometieron en todo a la Ley, ellos que por ningún concepto estaban obligados a cumplirla. Porque, como acabamos de oír mientras se leía: *Así que se cumplieron los días de su purificación* –o sea, tanto la del Señor como la de su madre–, *conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, según está escrito en la Ley del Señor que todo varón que abra la vulva sea consagrado al Señor*[1].

2. Porque la Ley prescribía que toda mujer que diera a luz un hijo, tras haber recibido el semen de un varón[2], permanecería inmunda durante siete días y al octavo debería hacer circuncidar al niño y ponerle un nombre. Después, debía abstenerse durante otros treinta y tres días de acceder al templo[3] y al lecho conyugal hasta que, a los cuarenta días del nacimiento, llevara el hijo con ofrendas al templo del

1. Lc 2, 22-23.
2. Cf. Lv 12, 2.
3. Cf. Lv 12, 1-4.6.

Señor. Porque todo primogénito varón debía ser llamado «santo del Señor» y por eso todas las cosas puras debían ser ofrecidas a Dios, las impuras cambiadas por puras o ser matadas y el primogénito del hombre ser rescatado[4] con cinco siclos de plata[5].

Pero si la mujer había dado a luz una niña, se le mandaba permanecer inmunda catorce días y que prescindiera de acceder al templo durante sesenta y seis días más[6], hasta que ochenta días después de su alumbramiento –fecha que recibía el nombre de «día de su purificación»–, llegara allí ella y su hija con ofrendas, para ser santificada. Y así finalmente tenía el deber de volver libre al lecho de su marido.

3. Contemplemos con atención, hermanos queridísimos, las palabras de la Ley que hemos citado y veremos con toda claridad hasta qué punto la santísima Madre de Dios y perpetua Virgen María –junto con el Hijo que había engendrado– estaba completamente libre de cualquier sujeción a la Ley. Porque cuando esta dice que la mujer que haya dado a luz, habiendo recibido semen de varón, debía considerarse inmunda y tras un largo espacio de tiempo debía purificarse, ofreciendo víctimas a Dios, está absolutamente claro que ni califica de inmunda a aquella –junto con el hijo que ha dado a luz– que siendo virgen, sin haber recibido semen de varón, ha dado a luz, ni enseña que debe ser purificada por medio de ofrendas saludables. Por el contrario, así como nuestro Señor y Salvador, que promulgó la Ley divina, al encarnarse quiso someterse *a la Ley para redimir a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiéramos la adopción de hijos*[7], así también su santa Madre, que por un singular privilegio estuvo por encima de la Ley, no obstante, para dar ejemplo de humildad, no rehusó someterse a la institución legal, se-

4. Cf. Ex 13, 2.12-13.
5. Cf. CNm 18, 15-16.
6. Cf. Lv 12, 5.
7. Ga 4, 4-5.

gún aquello del hombre prudente: *Cuanto más grande seas, humíllate más*[8].

4. *Y para ofrecer en sacrificio* –dice–, *según lo prescrito en la ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones*[9]. Esta era la ofrenda de los pobres. Es verdad que el Señor en la Ley mandó que los que podían ofrecieran un cordero por un hijo; o por una hija, un pichón junto con una tórtola. Pero los que no eran suficientemente ricos para ofrecer un cordero, podían ofrecer dos tórtolas o dos pichones[10]. Por tanto el Señor, teniendo en cuenta en todo momento nuestra Salvación, no solo se dignó hacerse hombre siendo Dios, sino también, siendo rico, hacerse pobre por nosotros con el fin de –por su pobreza y su Humanidad– concedernos ser partícipes de sus riquezas y su Divinidad[11].

Pero quiero detenerme un momento en el motivo por el que se manda ofrecer al Señor, como víctimas, precisamente estas aves. En efecto, también se lee que el patriarca Abrahán –tanto tiempo antes de la Ley– las ofreció en holocausto al Señor[12] y en muchas ceremonias legales se prescribe, a quien tiene que purificarse, que lo haga mediante ellas[13].

5. Y es que el pichón de la paloma indica la sencillez, la tórtola castidad, porque el primero ama la sencillez y la segunda la castidad[14], de modo que si por azar pierde a su pareja no se preocupa de buscar otra en lo sucesivo. Por eso, al alabar a la Iglesia dice el Señor: *Hermosas son tus mejillas como las de la tórtola*[15]. E insiste: *¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa; tus ojos son como los de las palomas!*[16]

8. Si 3, 20.
9. Lc 2, 24.
10. Cf. Lv 12, 6-8.
11. Cf. 2 Co 8, 9; AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 41 (CCL 14, 49).
12. Cf. Gn 15, 9.
13. Cf. Lv 1, 14; 5, 7.11; 12, 8.
14. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, V, 11 (CCL 36, 46).
15. Ct 1, 9.
16. Ct 1, 14.

Realmente tiene mejillas como las de la tórtola el alma que se mantiene casta e inmune de toda mancha de impureza. Tiene ojos de paloma la que no desea hacer daño a nadie y mira con sencillo afecto, incluso a sus enemigos. Pero las dos aves que hemos citado, dado que suelen emitir un gemido en vez de canto, simbolizan el llanto de los santos en este mundo[17]; a él alude el Señor cuando dice: *En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis y el mundo se alegrará; vosotros, sin embargo, os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá en gozo*[18]. Y también: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*[19].

6. Así pues, con razón se presentan como ofrenda al Señor la tórtola y el pichón de paloma, porque indudablemente el comportamiento sencillo y pudoroso de sus fieles es para Él un agradable sacrificio de justicia y porque el que trabaja entre llantos y el que riega cada noche con lágrimas su lecho[20] inmola una víctima que Dios recibe con sumo agrado. Pero, aunque una y otra de estas aves simbolice, por su costumbre de gemir, el llanto de los santos en el mundo presente y sus ansias de eternidad, sin embargo difieren en un punto: que la tórtola suele gemir en solitario, mientras la paloma lo hace en grupo y por ello, mientras la primera simboliza las lágrimas de las oraciones en privado, la segunda es el símbolo de las reuniones públicas de la Iglesia.

Y está bien que el niño Jesús sea primero circuncidado y luego, cuando han pasado los días, sea llevado a Jerusalén junto con la víctima, porque, siendo ya adulto, Él mismo primero pisoteó todo tipo de corrupción de la carne con su muerte y resurrección y más tarde, cuando pasaron algunos días, subió hasta el gozo de la ciudad celestial con la misma

17. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VI, 2 (CCL 36, 53-4).
18. Jn 16, 20.
19. Mt 5, 5.
20. Cf. Sal 6, 6.

carne, ya inmortal, que había inmolado a Dios por nuestra Salvación.

7. También cada uno de nosotros es purificado primeramente de todos los pecados por el agua del bautismo, como por una auténtica circuncisión; y así, con la ayuda de la gracia de una nueva luz, accede al altar santo para ser consagrado como la ofrenda saludable del Cuerpo y la Sangre del Señor. En efecto, la inmolación por nosotros al Padre de la Humanidad de nuestro Salvador, especialmente simple y casta, puede ser expresado perfectamente de un modo simbólico mediante el ofrecimiento de una paloma o una tórtola. En efecto, toda Iglesia al fin del mundo, en primer lugar con la resurrección general se desprenderá de toda mancha de mortalidad y corrupción terrenas y después se trasladará al reino de la Jerusalén celestial, recomendada al Señor por las víctimas de las buenas obras.

8. Por lo que respecta a la acogida por parte de Simeón y Ana –varón y mujer de avanzada edad que, con el devoto servicio de sus confesiones, ven al Señor pequeño de cuerpo, pero comprenden que es grande en su Divinidad– anuncia sin duda de un modo simbólico a aquella sinagoga del pueblo judío que, cansada de la larga espera de su encarnación, en cuanto llegó se aprestó con los brazos abiertos de las buenas acciones y la fe no fingida a exaltarle de viva voz y a aclamarle diciendo: *Guíame en tu verdad y enséñame porque tú eres mi Dios, mi Salvador, y en ti espero siempre*[21]. Y hay que añadir además que con razón acuden ambos sexos a felicitar a aquel que aparecía como Redentor de los dos[22].

9. Con un gran temor hay que escuchar, hermanos míos, las palabras con las que Simeón, al profetizar sobre el Señor,

21. Sal 25, 5.
22. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, II, 58 (CCL 14, 56).

se dirige a su madre: *He aquí que éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y como signo de contradicción. Y una espada atravesará tu alma para que se descubran los pensamientos de muchos corazones*[23]. En efecto, se escucha con mucho interés que el Señor ha sido puesto para resurrección de muchos, porque *como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados*[24], porque Él en persona dice: *Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre*[25].

Pero no suena de un modo menos terrible lo que antecede: *He aquí que éste está puesto para caída*. Es enormemente desgraciado el que, una vez conocida la gloria de la resurrección, cae a peor; el que, una vez descubierta la luz de la verdad, se deja cegar por la niebla aún más grave del pecado. De ahí que debemos procurar con sumo cuidado no olvidar el ejercicio constante de las buenas obras, para que no se diga de nosotros aquello del apóstol Pedro: *mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia que, después de conocerlo, abandonar lo que les fue dado*, esto es, *los santos preceptos*[26].

10. *Y* –continúa– *como signo de contradicción*. Con frecuencia muchos judíos y muchos de fuera, gentiles, se han opuesto al signo de la cruz del Señor y desde dentro –lo cual es más grave– falsos hermanos le siguen confesando superficialmente, pero le persiguen gravemente con la realidad de sus malas acciones, diciendo que reconocen a Dios, pero negándole con los hechos[27].

Y una espada atravesará tu alma. Llama espada al efecto de la pasión del Señor y de su muerte en la cruz. Esa espada

23. Lc 2, 34-35.
24. 1 Co 15, 22.
25. Jn 11, 25-26.
26. 2P2,21.
27. Cf. Tt 1, 16.

traspasará el alma de María, porque no sin un agudo dolor pudo contemplar al crucificado y moribundo que, aunque de ninguna manera dudaba de que habría de resucitar de la muerte –como Dios que era–, sin embargo llena de dolor lamentaba que muriera el Hijo engendrado de su carne.

11. *Para que se descubran los pensamientos de muchos corazones.* Antes de la encarnación del Señor se mantenían ocultos los pensamientos de muchos y no estaba patente quién ardía en amor de eternidad y quién prefería en su corazón los asuntos temporales a los bienes celestiales. Pero, una vez nacido en esta tierra el rey del cielo, inmediatamente todo hombre piadoso se alegró, mientras *Herodes se turbó y toda Jerusalén con él*[28]. Cuando Jesús comenzó a predicar y a obrar milagros, todas las turbas temieron y al mismo tiempo glorificaron al Dios de Israel, mientras los fariseos y los escribas acogían con una actitud rabiosa sus dichos y sus hechos. Cuando padeció en la cruz, los impíos se llenaron de estúpida alegría, los piadosos de una tristeza justificada. Pero, al resucitar de entre los muertos y al ascender al cielo, la alegría de aquellos se convirtió en llanto y la tristeza de estos en un gozo perenne[29].

12. Y así, de acuerdo con la profecía del bienaventurado Simeón, al aparecer el Señor hecho carne, se descubrieron los pensamientos de muchos corazones. Pero esta no es solo una revelación de pensamientos ocultos que ocurrió entonces en Judea, sin que haya que creer que también se da ahora entre nosotros. Porque también ahora, cuando el Señor se revela, aparecen los pensamientos de muchos corazones, cuando al leer o al escuchar la palabra de Salvación, algunos de los oyentes la escuchan con gusto, gozándose en poner por obra lo que han aprendido con el oído, mientras otros,

28. Mt 2, 3.

29. Cf. Jn 16, 20.

contrariándoles lo que oyen, intentan no solo no cumplirlo con obras, sino más bien actuar en contra con insultos.

13. De ahí que conviene, hermanos, que cuando notemos que alguna palabra de la doctrina celestial sufre alguna contradicción por parte de oyentes empedernidos, imitemos la tristeza de corazón de quienes sostenían al Verbo de Dios, que padecía en su carne, con un noble dolor compasivo; y que, al contrario, cuando veamos que esa misma palabra resucita mediante el amor en la mente de los oyentes fieles y avanza por medio de las buenas obras para gloria de nuestro Creador, nos alegremos junto con aquellos que contemplaron que Cristo resucitó de entre los muertos y subió a los cielos entre promesas de bienaventuranza.

14. Es evidente que, puesto que hemos escuchado que se acostumbraba a ofrecer al Señor aves castas, sencillas y gimientes –con las que se simboliza que continuamente debemos ofrecer a nuestro Creador la sobriedad, sencillez y dolor de nuestro corazón– conviene contemplar más detenidamente que no en vano se prescribe el deber de ofrecer dos tórtolas o dos pichones, concretamente uno de ellos por el pecado y el otro en holocausto[30]. En efecto, hay dos tipos de compunción con los que los fieles se inmolan a sí mismos al Señor en el altar del corazón, porque no cabe duda –como hemos aprendido en los escritos de los Padres– de que el alma, al sentir a Dios, primero es tocada por el temor y más tarde por el amor[31].

15. En efecto, en primer lugar se deshace en lágrimas, porque cuando repasa sus malas obras teme sufrir las penas eternas: este es el sentido de ofrecer una tórtola o un pichón por el pecado. Pero, cuando tras una larga angustia, fruto del do-

30. Cf. Lv 12, 8.
31. Cf. GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XXXII, 3, 4 (CCL 143 B, 1628-1629).

lor, se extingue el temor, comienza a surgir ya una cierta seguridad que intuye el perdón y el alma se inflama en amor por las alegrías celestiales. Y el que primero gemía por miedo de ser llevado al suplicio, a continuación comienza a llorar con enorme amargura, porque se le retrasa el reino de los cielos: esto es perpetrar el holocausto de la otra tórtola o pichón, porque holocausto significa que «se quema todo». Y se hace a sí mismo holocausto del Señor todo aquel que, menospreciados todos los asuntos terrenos, encuentra dulzura en arder por el exclusivo deseo de la bienaventuranza eterna y buscarla solo a través del llanto y las lágrimas.

16. En consecuencia, la mente contempla quiénes son aquellos coros de los ángeles, en qué consiste en sí misma la unión con los espíritus bienaventurados, cuál es la majestad de la visión eterna de Dios; y entonces llora más, porque carece de esos bienes perennes, la que antes lloraba cuando temía los castigos eternos. Pero se digna recibir con agrado la doble ofrenda de nuestra compunción, Aquel que perdona clementemente los errores de los que lloran y están afligidos por el pecado; y Jesucristo nuestro Señor rehace con la luz de su visión eterna a los que anhelan con todas las veras de su mente ingresar en la vida celestial. Él vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XIX

Después de la Epifanía

Lc 2, 42-52
PL 94, 63-68[1]

1. Hermanos queridísimos: la lectura del santo Evangelio que se acaba de proclamar es clara y no es necesario que digamos algo para explicarla[2]. Describe los primeros años y la infancia de nuestro Redentor, por la que se ha dignado participar de nuestra humanidad, y al mismo tiempo recuerda la eternidad de su divina Majestad en la que permaneció junto al Padre y permanece siempre igual, con el fin de que nosotros, al traer a la memoria la humildad de su encarnación, también personalmente procuremos fortalecernos con el medicamento de la verdadera humildad contra las heridas de todos los pecados.

2. Recordemos una y otra vez con ánimo piadoso, cuánto nos conviene humillarnos –por amor a Dios[3] y por nuestra salvación–, nosotros que somos tierra y ceniza, si aquel supremo poder no tuvo a menos humillarse por nosotros, hasta el punto de bajar a la tierra para contraer la enfermedad de nuestra fragilidad. Asimismo, una vez que hemos escuchado,

1. En J.-P. Migne esta homilía se titula: «En el primer domingo después de Epifanía».

2. Los manuscritos C P L O añaden: «sino más bien para advertiros».

3. Esos mismos manuscritos leen, en vez de «amor», «temor de Dios».

creído y confesado la Divinidad de nuestro Señor y Salvador –por la que continúa para siempre siendo consustancial y coeterno con el Padre y el Espíritu Santo–, alentemos la esperanza de poder alcanzar, por medio de los sacramentos en los que hemos sido anegados, la contemplación de la gloria de su Divinidad.

Él mismo ha prometido esa contemplación a sus siervos fieles, cuando con una piedad que no puede fallar dice: *El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama. Ahora bien, el que me ama a mí será amado de mi Padre y yo le amaré y me manifestaré a mí mismo a él*[4]. *Me manifestaré a mí mismo*, dice; es decir, no tal como todos me contemplan –como incluso los infieles me pueden ver y crucificar–, sino tal como solo los ojos limpios de los santos pueden ver al rey de la historia en su belleza[5]: así me mostraré a los que me aman en correspondencia a su amor.

3. Así pues, como ya hemos dicho, esperemos estar en condiciones de ascender, mediante los misterios de su Humanidad, hasta contemplar la imagen de su Divinidad, si a pesar de todo conservamos incólumes, como los hemos recibido, esos misterios con un adecuado respeto a la justicia junto con la santidad y la verdad; si seguimos humildemente su ejemplo de comportamiento humano, así como las palabras de su doctrina que nos proporcionó a través de su Humanidad. Porque, quien desprecia seguir las huellas de su humildad, ¿con qué temeridad espera penetrar en la visión gozosa de su gloria?

4. Por lo demás, el hecho de que el Señor viniera todos los años con sus padres a Jerusalén para la Pascua es un ejemplo admirable de su humildad de hombre. Porque es propio del hombre acudir a presentar a Dios una ofrenda de sacrificios espirituales y aplacar a su Creador con el derramamiento de sus oraciones y sus lágrimas. El Señor, por tanto,

4. Jn 14, 21.

5. Cf. Is 33, 17.

nacido Hombre entre los hombres, hizo lo que como Dios, por medio de ángeles, había mandado hacer a los hombres en cumplimiento de su voluntad. Cumplió en persona la Ley que había promulgado, para mostrarnos a nosotros, que somos solo hombres, que debemos cumplir en todo lo que Dios manda. Sigamos el camino de su comportamiento humano, si nos complace contemplar la gloria de su Divinidad, si queremos habitar en su morada eterna en los cielos todos los días de nuestra vida[6], si nos agrada ver la voluntad del Señor y estar protegidos por su santo templo.

Y, para no ser arrastrados por toda la eternidad por ningún viento del mal, acordémonos de que es necesario acudir a la morada de la Iglesia terrena presente con las indispensables ofrendas de nuestras oraciones castas.

5. El hecho de que a los doce años se sentó en medio de los doctores, para oírles e interrogarles, es una señal de humildad humana; más aún, también un ejemplo eximio para que aprendamos a ser humildes. En efecto, dice la fuerza y la sabiduría de Dios[7], junto con su Divinidad eterna: *Yo, la Sabiduría, habito en la discreción y tengo conmigo la ciencia y la cordura... Mío es el consejo y la justicia, mía la prudencia y la fortaleza. Por mí reinan los reyes y los caudillos administran justicia... Bienaventurado el hombre que me escucha, que vela a mi puerta cada día y es asiduo en el umbral de mi entrada*[8]. Esa misma Sabiduría, revestida de hombre, se ha dignado venir para escuchar a los hombres, sin duda con el fin de proponer a los hombres –aunque estuvieran dotados de un ingenio extraordinario– el método necesario para aprender la doctrina, no fuera a ser que, si algunos se negaban a ser discípulos de la verdad, se convirtieran en maestros del error.

6. Cf. Sal 27, 4.
7. Cf. 1 Co 1, 24.
8. Pr 8, 12.14-15.34.

Y está bien que, quien era un muchacho joven, que aún debe someterse al aprendizaje de la doctrina, escuche e interrogue a los más ancianos, para evidentemente, con esta medida de su Providencia, calmar la audacia de todos aquellos que –no solo indoctos, sino incluso menores de edad– quieren lanzarse a enseñar, más que someterse a un aprendizaje.

6. Sigamos el camino de su Humanidad, si nos llena de gozo la mansión de la visión divina, recordando siempre aquel precepto: *Escucha, hijo mío, las amonestaciones de tu padre y no desdeñes las enseñanzas de tu madre, para que se añada una corona a tu cabeza y un collar a tu cuello*[9]. Ciertamente, por la escucha de las amonestaciones paternas y por la observancia de la ley materna, se adorna con una corona nuestra cabeza y nuestro cuello con un collar porque, en la medida en que uno procura escuchar los preceptos divinos, en la medida en que se esfuerza por observar diligentemente lo que ha aprendido en la unidad de la Madre Iglesia, uno ascenderá, tanto ahora en el honor de predicar, para su dignidad, como en el futuro, para su gloria, en la felicidad de reinar sin fin con Cristo.

7. Pero para que nadie suponga que nuestro Señor y Salvador acudió, escuchó e interrogó a los doctores por necesidad de su falta de ciencia, veamos lo que viene a continuación: *Cuantos le oían quedaban estupefactos de su inteligencia y de sus respuestas y al verle se admiraban*[10]. Porque el mismo que era verdadero Hombre y verdadero Dios, para demostrar que era hombre escuchaba humildemente a los hombres que eran maestros, y para probar que era Dios les respondía de un modo sublime cuando le interpelaban.

9. Pr 1, 8-9.

10. Lc 2, 47-48. Esta puntuación de Beda no coincide con la Vulgata, que pone un punto antes del último miembro de frase, cuyo sujeto son María y José.

8. El hecho de que a su madre que le preguntaba y le decía: *Hijo, ¿cómo has actuado así con nosotros? Mira que tu padre y yo, apenados, te buscábamos*[11], Él le respondió: *¿Y cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*[12], fue una prueba de su majestad divina, de la que dice en otro lugar: *Todo lo que tiene el Padre es mío*[13]. Y por eso con toda razón da fe de que el templo le pertenece no menos a Él que al Padre.

9. Es cierto que, cuando le encuentran en el templo, dice: *¿no sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*, porque sin duda quienes tienen una misma majestad ygloria, tienen también una sola mansión y casa. Y no solo consta que es común por igual al Padre y al Hijo y hasta al Espíritu Santo la casa material de Dios, que se suele construir para adorarle temporalmente, sino la casa espiritual que se construye con el fin de adorarle para siempre. En definitiva, el Hijo que promete a quien le ama *vendremos a él y en él haremos morada*[14], es el mismo que dice a propósito del Espíritu: *y Yo rogaré al Padre y os dará otro abogado para que esté con vosotros para siempre, el Espíritu de verdad que permanecerá con vosotros y estará en vosotros*[15].

Porque es evidente que la misma santa Trinidad, a la que es común una sola e indivisa naturaleza divina, no puede tener una mansión diversa en el corazón de los elegidos. Por tanto, lo que el Señor sentado en el templo dice –*es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre*– es una declaración de su sempiterna potestad y gloria junto con Dios Padre.

10. Mas, por lo que se refiere a que volvió a Nazaret y estaba sujeto a sus padres, es un indicio de su verdadera naturaleza humana y al mismo tiempo un ejemplo de humil-

11. Lc 2, 48.
12. Lc 2, 49.
13. Jn 16, 15.
14. Jn 14, 23.
15. Jn 14, 16-17.

dad. Porque en esa naturaleza, en la que es menor que el Padre, estaba sometido a los hombres. Por eso dice Él mismo: *Voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo*[16]. También es verdad que en ella es un poco menor que los ángeles[17], mientras que en la otra –en la que Él y el Padre son uno[18]–, no va al Padre temporalmente, sino que siempre está en Él: *todo fue hecho por Él*[19] y *Él existe antes que todos*[20].

Hay que admirar mucho la generosa concesión de su piedad, porque al ver que sus padres aún no comprendían el misterio de su divina Majestad, les dispensó la sumisión de su humana humildad con el fin de, por medio de ella, introducirles poco a poco en el conocimiento de su Divinidad. En efecto, cuando dijo: *¿Y cómo es que me buscabais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?*, el evangelista apunta con razón: *Y ellos no entendieron lo que les decía*[21].

11. *Bajó con ellos y vino a Nazaret y les estaba sujeto*[22]. Por tanto, revelaba el misterio de su fuerza divina a los padres de su debilidad humana: esto es, a la madre de su verdadera carne y al castísimo guardián de la castidad de ésta, que por aquel tiempo –cuando la luz del evangelio no estaba aún extendida– para casi todos los que podían haberles conocido pasaba por ser esposo –con una unión marital– y padre –por el ejercicio de su función tutelar– del mismo Señor, nuestro Salvador, y también era llamado así. Les decía, insisto, *que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre*. Y como ellos no podían acceder con su inteligencia a la altura de un misterio tan grande, y como no serían capaces de entender que Él se ocupara de las cosas que verdadera-

16. Jn 14, 28.
17. Cf. Sal 8, 5; Hb 2, 9.
18. Cf. Jn 10, 30.
19. Jn 1, 3.
20. Col 1, 17.
21. Lc 2, 50.
22. Lc 2, 51.

mente concernían a su Padre, si no aprendían a comprenderlas, Él descendió con ellos a un nivel inferior de trato y comenzó a estar en las cosas que eran de ellos. Y les estaba sujeto, en una actitud piadosa, hasta que fueran capaces de reconocer, avanzando en el aprendizaje de la humildad, en qué medida Él era superior a todas las criaturas.

12. Os ruego que reflexionemos brevemente sobre lo que nuestra soberbia hace en contraste con ellos. Es cierto que, cuando aprendemos aquellos misterios de las Escrituras que no conocemos desde la eternidad, sino que hemos aprendido en el tiempo con la ayuda del Señor, somos conscientes de que, al hablar nosotros, hermanos más sencillos no son capaces de entenderlos. Entonces, inmediatamente acostumbramos a enorgullecernos y, despreciándoles, nos jactamos de nuestra exclusiva y exquisita erudición, como si no hubiera algunos que son mucho más doctos que nosotros. Y nosotros, que no queremos ser menospreciados, siendo nosotros mismos unos indoctos, nos gozamos en menospreciar –incluso en reírnos– de los que son más indoctos que nosotros y no nos preocupamos de recordar que la entrada al reino está abierta, no para aquellos que solo perciben –a base de meditarlos– los misterios de la fe o los mandamientos de su Creador, sino más bien para aquellos que ponen en práctica con obras lo que han sido capaces de aprender.

13. Es más, incluso *al que sabe hacer el bien y no lo hace, se le imputa a pecado*[23]. Y eso lo atestigua el mismo Señor: *A quien se le ha dado mucho, mucho se le reclama*[24]. Por tanto, no nos hinche la ciencia[25], sino más bien edifique la caridad; sigamos el ejemplo del Hijo de Dios que, al aparecer en forma de Hombre y ver que aún no podía ser seguido por aquellos que debían aprender las cosas excelsas, se so-

23. St 4, 17.
24. Lc 12, 48.
25. Cf. 1 Co 8, 1.

metió a sí mismo a ellos con benevolente humildad para convertir sus ánimos, arrastrados por su ejemplo, en dignos de la gracia del cielo y capaces de comprender el misterio divino.

14. Dice: *Y su madre conservaba todo esto, meditándolo en su corazón*[26]. Todo lo que el Señor decía o hacía, o lo que se decía o se hacía en torno a Él, su madre, la Virgen, lo conocía, lo retenía con diligencia en su corazón, lo encomendaba con toda solicitud a su memoria para que, cuando finalmente llegara el momento de hablar o escribir la historia de su encarnación, pudiera explicar de una manera satisfactoria a los que preguntaban todos los sucesos, tal y como se habían producido.

15. Imitemos también nosotros, hermanos míos, a la piadosa Madre del Señor, conservando firmemente en nuestro corazón las palabras y los actos de nuestro Señor y Salvador. Rechacemos las asechanzas inoportunas de pensamientos vanos y perniciosos. Procuremos con frecuentes conversaciones apartarnos nosotros mismos y nuestros compañeros de historias frívolas y mal disimuladas conversaciones murmuradoras y encendernos en frecuentes alabanzas a Dios. Porque, queridísimos hermanos, si deseamos habitar en la casa del Señor, en la bienaventuranza de la vida futura, y alabarle por siempre, conviene sin duda que también demostremos con solicitud de antemano en esta vida qué es lo que buscamos en la futura: por ejemplo, frecuentando las ceremonias litúrgicas y no solo cantando en ellas las alabanzas del Señor, sino también dando muestras al mismo tiempo con palabras y con obras *en todos los lugares a El sometidos*[27] de todo aquello que pueda redundar en alabanza y gloria de nuestro Creador.

26. Lc 2, 51.

27. Sal 103, 22.

16. *Y Jesús* –dice– *crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres*[28]. El evangelista alude a la naturaleza de su verdadera Humanidad, en la que quiso crecer con el tiempo Jesús, quien en su Divinidad permanece el mismo y sus años no sufren menoscabo[29]. Efectivamente, la sabiduría crecía según la naturaleza humana, no ciertamente porque se hiciera más sabia existiendo en el tiempo su persona –que estaba llena del Espíritu de sabiduría desde el primer momento de su concepción–, sino mostrando a los demás poco a poco con el trascurso del tiempo la misma sabiduría de la que estaba colmado. Según la naturaleza humana crecía en edad, porque pasó de la infancia a la adolescencia y de la adolescencia a la juventud, de acuerdo con el orden habitual entre los hombres. Según la naturaleza humana crecía en gracia, no recibiendo con el paso del tiempo lo que no tenía, sino desplegando los dones de la gracia que ya tenía.

17. Y una vez que se ha dicho que *Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia*, se añade con propiedad *delante de Dios y de los hombres*, porque en la medida en que con el avance de la edad descubría ante los hombres los dones de sabiduría y de gracia que estaban en Él, procuraba también encender en ellos el deseo de alabar siempre a Dios Padre, poniendo en práctica Él de antemano lo que mandó hacer a los demás: *Alumbre vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*[30].

Y por eso se dice que crecía en gracia y sabiduría, no solo delante de los hombres –en cuanto estos pudieron conocer su sabiduría y su gracia–, sino también delante de Dios, en cuanto relacionaron con la alabanza y la gloria de

28. Lc 2, 52.
29. Cf. Sal 102, 27.
30. Mt 5, 16.

Dios la sabiduría y la gracia que detectaron en Él. Sean tributadas gloria y acciones de gracias a sus beneficios y dones eternos por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XX

En la Cátedra de san Pedro

Mt 16, 13-19
PL 94, 219-224[1]

1. La lectura del santo Evangelio que acabáis de escuchar, hermanos, debe ser atentamente meditada y sin omitir detalle siempre recordada, tanto más cuanto que consta que nos recomienda una gran perfección en la fe, al tiempo que nos muestra una gran fortaleza en esa misma virtud, a prueba de tentaciones de todo tipo. En efecto, si queremos saber cómo conviene creer en Cristo, ¿hay algo más lúcido que las palabras pronunciadas por Pedro: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[2]? Igualmente, si nos alegra escuchar cuánto vale esta fe, ¿hay algo más claro que la promesa del Señor a la Iglesia que había de ser edificada sobre Pedro: *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella*[3]?

2. Pero, todo esto se explicará con más amplitud en su lugar. Ahora, volviendo a exponer por orden la lectura del domingo, veamos en primer lugar el lugar en que esta escena se produjo.

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía se pone en relación con los capítulos 8 y 9 de san Marcos y san Lucas respectivamente y lleva el título: «En el natalicio de los Apóstoles Pedro y Pablo».
2. Mt 16, 16.
3. Mt 16, 18.

Dice: *Llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo*[4]. Filipo, como testimonia Lucas, era el tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide[5]. Por tanto, al establecer éste la ciudad en el lugar en el que surgen las fuentes del Jordán, al pie del monte Líbano, y constituye la frontera entre Judea y la amenaza del norte, la llamó Cesarea de Filipo[6].

Al llegar a sus límites, Jesús *preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?*[7] Pero no pregunta como quien ignora la opinión que tienen de Él sus discípulos o los extraños, sino que pregunta a sus discípulos lo que piensan de Él, para premiar con un don proporcionado la confesión de fe correcta de los primeros. Porque así como, a pesar de haber sido dirigida la pregunta a todos en general, Pedro fue el único que contestó por todos, así también lo que respondió el Señor a Pedro, se lo respondió a todos en Pedro.

3. Pregunta lo que otros piensan de Él precisamente para, una vez expuestas las opiniones de los que se equivocaban, confirmar a los apóstoles que ellos habían percibido la verdad de su confesión respecto a Él, no por la opinión que se había difundido, sino por el misterio que el Señor les había revelado.

Les pregunta: *¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?* Es hermoso que llame hombres a quienes habían aprendido a hablar solo del Hijo del Hombre, pero no conocían los misterios de su Divinidad. Porque a los que han aprendido a captar los misterios de la Divinidad se les llama con razón «superhombres», como afirma el Apóstol que dice: *Lo que el ojo no ha visto, ni ha escuchado el oído, ni pasó por el corazón del hombre, eso lo ha preparado Dios*

4. Mt 16, 13.
5. Cf. Lc 3, 1.
6. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 16, 13 (CCL 77, 139).
7. Mt 16, 13.

para los que le aman[8]. Y el mismo Apóstol, tras haber afirmado esto del corazón, la vista y el oído del hombre –es decir, de quien sabe solo a lo humano–, añade a continuación de sí mismo y de sus semejantes, que se habían elevado por encima de la ciencia humana: *Pero a nosotros nos lo ha revelado Dios por medio de su Espíritu*[9].

4. Esto es semejante a lo que aquí *les dice* –cuando al preguntar a sus discípulos quién decían los hombres que era y ellos le explicaran las diversas opiniones de las diferentes personas–: *Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?*[10], como si los segregara del conjunto de los hombres y les anunciara que ya se habían convertido en dioses e hijos de Dios por adopción, según aquello del salmista: *Yo os digo: Vosotros sois dioses, todos vosotros, hijos del Altísimo*[11].

5. *Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo*[12]. Llama a Dios «vivo», para distinguirlo de los falsos dioses que los gentiles, engañados por errores de diverso tipo, se inventaron en torno a hombres ya difuntos o, con una locura aún mayor, a propósito de la materia inerte, para adorarlos. De ellos se canta en el salmo: *Los ídolos de las naciones son plata y oro, hechura de manos humanas. Tienen boca y no hablan, etc.*[13].

6. Observe, pues, vuestra fraternidad con qué admirable claridad ocurre que, cuando el Señor en persona y su fiel discípulo se disponen a emitir una opinión a propósito de las dos naturalezas de nuestro Señor y Salvador, es el mismo Señor el que confiesa la humildad de la Humanidad por Él asumida y el discípulo la excelencia de su divina eternidad. El Señor alude a lo menor de sí mismo, el discípulo a lo mayor del Maestro. El Señor declara de sí mismo que ha si-

8. 1 Co 2, 9.
9. 1 Co 2, 10.
10. Mt 16, 15.
11. Sal 82, 6.
12. Mt 16, 16.
13. Sal 115, 4-5.

do creado para nosotros, el discípulo dice del Señor que Él es nuestro Creador[14].

7. Así se explica también que en el evangelio el Señor se llame a sí mismo con mucha más frecuencia Hijo del Hombre que Hijo de Dios, con el fin de advertirnos de la economía que adoptó para nuestra salvación. Pero es necesario que nosotros veneremos humildemente la excelsitud de su Divinidad, tanto más cuanto más traemos a la memoria que descendió a lo ínfimo de nuestra humanidad para ensalzarnos a nosotros. Porque si, entre los misterios de su encarnación por los que hemos sido redimidos, tomamos en cuenta –ponderándolo siempre con mente piadosa– el poder de la Divinidad que nos creó, ocurre que nosotros mismos recibimos el don de la suprema felicidad junto con Pedro.

8. Así pues, al confesar éste que Cristo era el Hijo de Dios vivo, veamos lo que viene a continuación: *Jesús le respondió: Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan*[15]. Por tanto, es evidente que a una verdadera confesión de Cristo le sigue el verdadero premio de la bienaventuranza. Pero, contemplemos con atención qué grandeza y qué significado tiene el nombre que honra al que ha entendido a la perfección el nombre del Señor, con el fin de que nosotros también, al confesar esa verdad, merezcamos ser sus compañeros. Dice: *Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan*. El siríaco «Bar Iona» significa en latín «hijo de una paloma»[16]. Con razón se le llama al apóstol Pedro «hijo de una paloma», porque efectivamente la paloma es un animal muy sencillo y Pedro seguía al Señor con una sencillez prudente y piadosa, acordándose de aquel precepto de sencillez y verdad que recibió

14. Cf. Sal 100, 3.
15. Mt 16, 17.
16. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 16-17 (CCL 77, 140-141); ID., *Nomina hebraica* (CCL 72, 135); ISIDORO, *Etim.*, VII, 9, 4.

del mismo Maestro, junto con sus condiscípulos: *Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas*[17].

9. Pero también porque, dado que el Espíritu Santo descendió sobre el Señor en forma de paloma, se llama con propiedad «hijo de una paloma» a todo aquel que se demuestra que vivió lleno de la gracia del Espíritu. Y el Señor premia con esa justa alabanza a todo amante y confesor suyo, cuando ese tal declara que es hijo del Espíritu Santo, cuando confiesa que Jesús es el Hijo del Dios vivo, a pesar de que ningún fiel pueda dudar de que ambas cosas ocurren de un modo muy diferente.

10. En efecto, el Señor es el Cristo, Hijo de Dios, por naturaleza; Pedro, como los demás elegidos, es hijo del Espíritu Santo, porque por la gracia ha vuelto a nacer de Él. Cristo es el Hijo de Dios antes del tiempo y por eso Él mismo es la Fuerza de Dios y la Sabiduría de Dios[18] que dice: *El Señor me tuvo al principio de sus caminos, antes de que hiciera cosa alguna, desde el principio*[19]. Pedro es hijo del Espíritu Santo desde el instante en que, iluminado por el mismo Espíritu, recibió la gracia de reconocer a Dios. Y, puesto que es una sola y la misma la voluntad y la operación de la Santa Trinidad, después de decir *Bienaventurado eres, Simón hijo de Juan* –es decir, hijo del don del Espíritu–, añadió con razón inmediatamente: *Porque no te ha revelado eso ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos*[20].

11. Efectivamente el Padre reveló al «hijo de la paloma» que es una sola la gracia del Padre y del Espíritu Santo, así como también la del Hijo. Esto se prueba con ejemplos evidentes, tomados de la Sagrada Escritura. Porque del Padre

17. Mt 10, 16.
18. Cf. 1 Co 1, 24.
19. Pr 8, 22.
20. Lc 16, 17.

dice el Apóstol: *Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo*[21]. El Hijo en persona dice del Espíritu Santo: *Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de parte del Padre*[22]. El Apóstol dice del Espíritu Santo: *Pero todas estas cosas las realiza el mismo y único Espíritu, que distribuye a cada uno, según quiere*[23]. Así pues, el Padre envía al Espíritu, el Hijo envía al Espíritu y *el Espíritu* en persona *sopla donde quiere*, porque verdaderamente –como hemos dicho– es una la voluntad y la operación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y por eso es conveniente decir que el Padre que está en los cielos ha revelado al «hijo de la paloma» el misterio de fe que ni la carne ni la sangre podían revelarle.

A su vez, por «carne y sangre» se entienden propiamente los hombres engreídos por la sabiduría de la carne, ignorantes de la sencillez de la paloma y por eso apartados de todas formas de la sabiduría del Espíritu. De ellos se ha dicho más arriba que, desconociendo a Cristo, unos afirmaban que era Juan Bautista, otros Elías, a su vez otros Jeremías o alguno de los profetas. De ellos dice el Apóstol: *A su vez el hombre carnal no percibe las cosas del Espíritu de Dios*[24].

12. Continúa: *Y yo te digo que tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia*[25]. Pedro, que antes se llamaba Simón, recibió del Señor el nombre de Pedro por la fortaleza de su fe y la consistencia de su confesión, porque evidentemente se adhirió con una actitud firme y tenaz a Aquel de quien está escrito: *y la roca era Cristo*[26]. Y sobre esta piedra –es decir, sobre el Señor nuestro Salvador, que concedió a su fiel conocedor, amante, confesor, una participación en su nombre de modo que, a partir de «piedra» fuera llamado

21. Ga 4, 6.
22. Jn 15, 26.
23. 1 Co 12, 11.
24. 1 Co 2, 14.
25. Mt 16, 18.
26. 1 Co 10, 4. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, VII, 14 (CCL 36, 74-75). Cf. *supra Hom.*, I, 16, 15.

Pedro– se edifica la Iglesia, porque no se obtiene el destino de los elegidos y la vida eterna, sino por medio de la fe y el amor a Cristo, por la recepción de los sacramentos de Cristo, por la observancia de los mandamientos de Cristo. Así lo atestigua el Apóstol, que dice: *Porque nadie puede poner otro fundamento, sino el que está puesto, que es Jesucristo*[27].

13. *Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Las puertas del infierno son las doctrinas perversas que, seduciendo a los imprudentes, arrastran al infierno. Son también puertas del infierno, tanto los tormentos como los halagos de los perseguidores que –al aterrorizar a todos los débiles o hacer que afloje su estabilidad en la fe– les abren la puerta de la muerte eterna. Pero también son evidentemente puertas del infierno las obras funestas de los infieles y sus conversaciones estúpidas, por cuanto muestran el camino de la perdición a sus oyentes o secuaces. Porque incluso *la fe, si no tiene obras, está muerta en sí misma*[28]; y también, *las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres*[29]. Por tanto, son muchas las puertas del infierno, pero ninguna de ellas prevalece sobre la Iglesia, que está fundada sobre piedra; porque todo aquel que ha percibido la fe en Cristo con un profundo afecto de su corazón, menosprecia con facilidad cualquier peligro que se presente tentador desde fuera. Y todo aquel creyente que ha perdido la fe, depravado por sus acciones o por haber renegado de ella, hay que creer que no edificó la casa de su profesión de fe sobre piedra con la ayuda del Señor, sino –como dice la parábola en otro lugar– sobre arena sin fundamento[30]. O

27. 1 Co 3, 11.

28. St 2, 17.

29. 1 Co 15, 33. Esta expresión procede de una comedia de Menandro –*Thais*-, conocida solo de modo fragmentario.

30. Cf. Mt 7, 24-26; Lc 6, 48-49.

sea, hay que creer que ha pretendido vestir el hábito de cristiano, no con una sencilla y auténtica intención de seguir a Cristo, sino por un motivo cualquiera, terreno e inconsistente.

14. Sigue: *Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos*[31]. Al que ha confesado al Rey de los cielos con mayor celo que los otros se confían con razón, con preferencia a los demás, las llaves del reino de los cielos, para que a todos les conste que nadie puede entrar en el reino de los cielos sin esa confesión de fe. Y Jesús llama llaves del reino de los cielos a la misma ciencia y capacidad de discernir por la que estaría obligado a recibir en el reino a los dignos y a excluir del reino a los indignos. De ahí que con toda claridad añade: *Y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos y cuanto desatares en la tierra será también desatado en los cielos*[32]. Esta potestad de desatar y atar, aunque parezca que solo ha sido dada a Pedro, se debe reconocer sin ninguna duda que también el mismo testigo –Jesús– se la concede a los demás apóstoles cuando, tras el triunfo de su pasión y resurrección, se les aparece, sopla sobre ellos y dice a todos: *Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados les serán perdonados y a quienes se les retuviereis les serán retenidos*[33].

15. También ahora se encomienda a los obispos y a los presbíteros en toda la Iglesia ese mismo cometido: o sea el de, una vez conocidas las culpas de los pecadores, poder –llenos de misericordia– absolver del temor a la muerte eterna a los que encuentren humildes y verdaderamente penitentes; pero, a aquellos que a su juicio persisten en los pecados que han cometido, advertirles que serán sometidos a suplicios eternos. Por eso, en otro lugar, el Señor prescribe, a propósito del hermano que, a pesar de haber sido advertido una, dos y

31. Mt 16, 19.
32. *Ibid.*
33. Jn 20, 22-23.

hasta tres veces, no se corrige, lo siguiente: *Pero si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil o publicano*[34]. Y para que nadie piense que es cosa de poca monta ser condenado por el juicio de la Iglesia, inmediatamente después añade de un modo terrible: *En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo*[35].

16. Así pues, a toda la Iglesia de los elegidos se le concede autoridad para atar y desatar de acuerdo con la medida de las culpas y del arrepentimiento. Y para eso san Pedro, que confesó a Cristo con una fe verdadera y le siguió con un amor auténtico, recibió de un modo especial las llaves del reino de los cielos y el principado de la potestad judicial, a fin de que todos los creyentes del mundo entiendan que todos aquellos que de algún modo se separan de la unidad de la fe o de la comunidad de la Iglesia, esos tales ni pueden ser liberados de las cadenas de sus pecados, ni pueden entrar por la puerta del reino de los cielos.

17. De ahí, hermanos queridísimos, que es necesario que nosotros aprendamos con máximo celo los misterios de la fe que la Iglesia nos ha enseñado y realicemos obras de acuerdo con esa fe. Es necesario evitar con toda vigilancia las múltiples y sutiles asechanzas de las puertas del infierno, a fin de que merezcamos –siguiendo la voz del salmista y con la ayuda del Señor– librarnos de ellas y penetrar por las puertas de la hija de Sion[36] para anunciar sus alabanzas: esto es, los gozos de la ciudad de Dios. Y no pensemos que nos es suficiente para la salvación, si nos equiparamos en nuestra fe o en nuestras obras a la multitud de los perezosos o de algunos ignorantes. Para nosotros hay una sola regla de fe y al mismo tiempo de conducta en las Escrituras sagradas. Pe-

34. Mt 18, 17.
35. Mt 18, 18.
36. Cf. Sal 9, 14

ro, cada vez que se nos aduzcan ejemplos de personas que están en el error, apartando inmediatamente los ojos de nuestra mente para que no vean la vanidad[37], escrutemos con corazón firme lo que decida la verdad misma, siguiendo el ejemplo de san Pedro que, dejando de lado las sectas de los que estaban en el error, expresó con su segura confesión oral el misterio que había llegado a conocer y lo mantuvo con una insuperable firmeza de corazón. En efecto, en este pasaje tomamos conciencia de la firmeza de su confesión, pero en otro lugar él mismo da prueba de su incomparable amor a Cristo cuando, al apartarse de Él algunos de los discípulos y Él preguntó a los doce: *¿también vosotros queréis marcharos?*, Pedro le respondió, diciendo: *Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios*[38].

18. Hermanos míos, si nos esforzamos por imitar su ejemplo en la medida en que somos capaces, también nosotros junto con él podremos ser llamados bienaventurados y serlo. A nosotros también se adecua el nombre de Simón, esto es, del que «obedece a Dios»[39]; seremos llamados «hijos de la paloma», por la sencillez de una fe no fingida[40] y por gracia de las virtudes recibidas de Dios. Y Él en persona, congratulándose con el progreso espiritual de nuestra alma, dirá: *Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres; tus ojos son como los de las palomas*[41]. Y así sucede que a nosotros, que estamos construyendo sobre la piedra de la fe oro, plata y piedras preciosas[42] –es decir, obras perfectas de virtudes–, no nos perjudica para nada el fuego de las tribulaciones o los torbellinos de las tentaciones. Antes por el

37. Cf. Sal 119, 37.
38. Jn 6, 66-69.
39. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 148).
40. Cf. 1 Tm 1, 5.
41. Ct 4, 1.
42. Cf. 1 Co 3, 12.

contrario, probados por las tribulaciones, recibiremos la corona de la vida que nos ha prometido[43] desde toda la eternidad el que vive y reina y es Dios con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

43. Cf. St 1, 12.

HOMILÍA XXI

En la Cuaresma

Mt 9, 9-13
PL 94, 249-256[1]

1. Hemos leído el pasaje en el que el Apóstol dice que *todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, pero ahora son justificados gratuitamente por su gracia*[2]. Y vuelve a decir, ponderando la inapreciable magnitud de esa gracia: *porque donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia*[3], porque sin duda cuanto más tuvo que curar el Señor la grave enfermedad de los pecados en sus elegidos, tanto más amplio se mostró a todos el poder de su gracia curativa.

De ahí que hayamos escuchado también en la lectura del Evangelio que Jesús, compadecido, llamó súbitamente a Mateo, que estaba sentado al telonio y ocupado en asuntos temporales, y le transformó, de publicano en justo, de recaudador de impuestos en discípulo[4]. Y también que, al ir creciendo el raudal de su gracia, le promovió del grupo general de los discípulos al grado de los apóstoles y le encomendó, no solo la tarea de predicar, sino la de escribir el Evangelio, de manera

1. También esta homilía está relacionada con Marcos 2 y Lucas 9 en la edición de J.-P. Migne y se titula: «En el natalicio del apóstol san Mateo».

2. Rm 3, 23-24.

3. Rm 5, 20.

4. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, I, 9, 9 (CCL 77, 55).

que quien había abandonado los negocios de la tierra comenzara a dispensar los talentos celestiales. Dispuso que esto fuera así por su Providencia divina para esto: para que la enormidad, para que la cantidad ingente de sus crímenes no apartara a nadie de la esperanza del perdón, desde el momento en que ha visto a Mateo liberado de tan enormes lazos del mundo y convertido en una persona tan espiritual que podía ser llamado evangelista y efectivamente serlo, con una palabra que comparte con los espíritus angélicos.

2. Dice: *Vio Jesús a un hombre sentado al telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme*[5]. Le vio, no tanto con los ojos del cuerpo, como con la mirada íntima de su misericordia, con la que se dignó mirar a Pedro que le había negado[6], a fin de que fuera capaz de reconocer su pecado y llorar; con la que contempló a su pueblo oprimido por la servidumbre a Egipto para liberarle[7], diciendo a Moisés: *He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto y he oído su clamor y he bajado para liberarles*[8].

Así pues, vio al hombre y se compadeció de él porque, entregado a tantos afanes humanos, aún no llevaba una vida que le hiciera digno de un nombre celestial. En efecto, dice que vio a un hombre llamado Mateo, sentado en el telonio, es decir en una búsqueda afanosa y pertinaz de ganancias temporales. La palabra hebrea «Mateo», en latín significa «regalado»[9], nombre que con certeza corresponde a uno que ha recibido un don tan grande de la divina gracia.

3. Y no hay que pasar por alto que este Mateo tenía un doble nombre, porque también se llamaba Leví, palabra que

5. Mt 9, 9. En buena parte este texto, hasta el n. 9, se utiliza como segunda lectura en la *Liturgia de las horas* de la fiesta de san Mateo, el 21 de septiembre.

6. Cf. Lc 22, 61.

7. Cf. Ex 3, 7-8.

8. Hch 7, 34.

9. Cf. JERÓNIMO, *Nomina hebraica* (CCL 72, 147).

asimismo da fe de esa gracia con la que fue dotado. Se interpreta como «tomado» o «añadido»[10], para significar que fue «sumado» por el Señor a través de una elección y que fue «añadido» al número de los que ostentaban el grado de apóstoles. Marcos y Lucas en este pasaje prefirieron llamarle con este último nombre, para no propalar la fama de la anterior manera de vivir de su colega evangelista[11]. Sin embargo, cuando llegaron a describir el elenco de los doce apóstoles, callando la palabra Leví, le llaman abiertamente Mateo[12].

4. Por su parte, el mismo Mateo –de acuerdo con lo que está escrito: *el justo es el primer acusador de sí mismo; viene su amigo y le descubre*[13]– se llama a sí mismo con el nombre habitual, cuando narra su vocación en el telonio, pero en el catálogo de los apóstoles se denomina con el añadido de publicano. Dice: *Tomás y Mateo el publicano*[14], porque así presta a los publicanos y pecadores una mayor confianza con que puedan conseguir la salvación. Este método de enseñanza sigue también Pablo, cuando afirma: *Cristo Jesús vino a este mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Mas por esto conseguí la misericordia a fin de que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su paciencia para ejemplo de los que habían de creer en El para la vida eterna*[15].

5. Así pues, vio a un publicano y, puesto que ve mientras se compadece y elige, *le dice: Sígueme*. Y «sígueme» quiere decir «imítame». Dijo «sígueme», no tanto con los pasos de tus pies, como con la ejecución de mis acciones. Porque *quien dice que permanece en El debe andar como El anduvo*[16], lo cual significa no ambicionar cosas terrenas, no per-

10. *Ibidem* (CCL 72, 68).
11. Cf. Mc 2, 14; Lc 5, 27.
12. Cf. Mc 3, 18; Lc 6, 15.
13. Pr 18, 17.
14. Mt 10, 3.
15. 1 Tm 1, 15-16.
16. 1 Jn 2, 6.

seguir bienes caducos, huir de los honores ínfimos, abrazar de buen grado un total desprecio al mundo a cambio de la gloria celestial, servir a todos, amar las injurias, no injuriar a nadie y, no solo sufrir con paciencia las que a uno le han infligido, sino pedir perdón al Señor incluso por los que las cometen, jamás buscar la propia gloria, sino siempre la del Creador, alentar en uno mismo todo lo que refuerza el amor por las cosas celestiales. Cumplir todo esto y cosas análogas es seguir las huellas de Cristo.

6. *Y él* –dice–, *levantándose, le siguió*[17]. No hay que asombrarse de que el publicano a la primera palabra imperativa del Señor abandonara las ganancias terrenas por las que se afanaba y, despreciando su opulencia, se sumara a la comitiva de Aquel que veía no poseer ninguna riqueza. Porque el mismo Señor, que le llamó por fuera con su palabra, por dentro le impulsó con un instinto invisible a que le siguiera, infundiendo en su mente la luz de la gracia espiritual con la que fuera capaz de entender que el mismo que le apartaba de los asuntos temporales de la tierra tenía el poder de darle tesoros incorruptibles en los cielos. *Y él* –dice–, *levantándose, le siguió*. Se levantó para seguirle, abandonó los negocios caducos que gestionaba, para conseguir los eternos, a los que le invitaba la Verdad, según aquello de Isaías: *Levántate tú que duermes y resucita de entre los muertos y Cristo te iluminará*[18].

7. *Y ocurrió que estando Jesús a la mesa en casa de él, he aquí que muchos publicanos y pecadores vinieron a sentarse con El y sus discípulos*[19]. La conversión de un publicano dio ejemplo de penitencia y de perdón a muchos publicanos y pecadores. En efecto, no hay que dudar de que habían dejado de ser publicanos y pecadores los que se sentaban con Jesús y sus discípulos, y que no se habrían atrevido a comer con

17. Mt 9, 9.
18. Ef 5, 14; cf. Is 26, 19; 60, 1.
19. Mt 9, 10.

el que es sin pecado, si hubieran estado decididos a perseverar en sus pecados. Porque reciben el nombre de «publicanos» quienes están afeados públicamente por delitos, o están implicados en negocios públicos que –apenas o de ningún modo– se pueden desempeñar sin pecado. Y, con un hermoso y auténtico presagio, el que sería apóstol y doctor de los paganos arrastra tras sí a la salvación y a la tarea de evangelizar a una multitud de pecadores, procedentes de su primera profesión: lo que habría de realizar por el mérito cada vez más avanzado de sus virtudes, lo comienza desde el principio con los rudimentos de su fe. Porque presta un servicio de maestro, no solo quien ilustra a su hermano con la palabra, sino también el que le hace mejor con el ejemplo.

8. En definitiva, esos mismos publicanos no solo entonces se sentaron a la mesa con el Señor, sino que también después, a imitación de Mateo –abandonados los negocios temporales– se alegraban de seguirle. De ello da fe el evangelista Marcos, que dice: *Muchos publicanos y pecadores se sentaron a la mesa con Jesús y sus discípulos, pues eran muchos los que le seguían*[20]. Hay que advertir que, cuando Lucas narra esto, dice que el Señor se sentó a la mesa con publicanos en casa del mismo Mateo y que éste le preparó un gran banquete[21]. Así Mateo, valorando su actitud en general, devuelve de modo apropiado los beneficios recibidos del cielo, de manera que pone sus bienes materiales a disposición de Aquel de quien esperaba bienes eternos y así reponía[22] –por medio de un banquete para el cuerpo– a Aquel de quien él había recibido, como un don, el gusto por la dulzura espiritual.

9. Pero, si deseamos investigar más a fondo lo que ocurrió, no solo dio en su casa de la tierra una comida corporal al Se-

20. Mc 2, 15.
21. Cf. Lc 5, 29.
22. *Reficere*, es decir «reponer» en el sentido de reponer fuerzas con una comida.

ñor, sino que le preparó un banquete mucho más agradable en la morada de su pecho por medio de la fe y el amor[23], según el Señor mismo lo confirma cuando dice: *He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a su casa y cenaré con él y él conmigo*[24].

Ciertamente el Señor está a la puerta y llama, cuando infunde en nuestro corazón la percepción de su voluntad, bien por la palabra de un hombre que nos enseña, o bien por su inspiración íntima. Y, al escuchar su voz, abrimos la puerta para recibirle, cuando de buena gana asentimos a sus inspiraciones secretas o explícitas y nos aplicamos a poner por obra lo que comprendemos que debemos hacer. Pero entra con el propósito de cenar con nosotros y para que nosotros cenemos con Él, porque inhabita en los corazones de los elegidos por la gracia de su amor para rehacerlos continuamente con la luz de su presencia en la medida en que ellos avancen más y más hacia los anhelos supremos y Él sea alimentado, como con manjares delicadísimos, con los afanes de cielo de esos corazones.

10. Continúa: *Y los fariseos al ver esto decían a sus discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores?*[25] Los fariseos incurrían en un doble error cuando impedían al maestro de la verdad que recibiera a pecadores, porque de una parte se consideraban justos a sí mismos –a pesar de que se habían apartado ampliamente de la justicia por la altivez de su soberbia– y porque acusaban de injustos a los que, habiéndose apartado de los pecados, se acercaban ya no poco a la justicia.

En realidad, obcecados por la envidia ante la salvación de aquellos hermanos suyos, traían a la memoria que Mateo

23. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* V, 16 (CCL 14, 140).

24. Ap 3, 20.

25. Mt 9, 11.

era publicano, que eran publicanos y pecadores muchos de los otros que se habían sentado a la mesa con el Señor. Pero se negaban a recordar que el mismo Mateo –como escribe Lucas– había seguido a Jesús, tras haber abandonado todos los asuntos que gestionaba[26]. Pero también otros publicanos y pecadores se sentaban con Él con la misma disposición de ánimo con la que se disponían para, más tarde, adherirse a Él. Así pues, se equivocaban los fariseos, porque no conocían los corazones de los demás y ni siquiera los suyos.

11. Pero el que conoce el secreto de los corazones, el que *ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido*[27] y que había acogido ya a los que se habían arrepentido, les confirma aún más en la fe. Y a los soberbios –a los que todavía soportaba– y a los impíos les invita a la gracia de la humildad y la piedad, porque sigue: *Pero Jesús, al oírlo, dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos*[28]. Precisamente en esto que dice –que ha venido como médico para los enfermos–, aumenta la esperanza de alcanzar la salud y la vida para quienes, perturbados por la debilidad de sus pecados, han comenzado a seguir el magisterio del Salvador y Vivificador. Y con lo que dice –que los sanos no tienen necesidad de médico– rechaza la temeridad de aquellos que, presumiendo de su justicia, rehusaban buscar la ayuda de la gracia celestial. Porque, ¿quién es capaz de ser tan justo que no necesite la ayuda divina, cuando Juan –aquel mayor que el cual no hay nadie entre los nacidos de mujer[29]– dice con toda claridad: *No puede el hombre apropiarse nada si no le es dado del cielo*?[30]

12. E inmediatamente después, Jesús añade: *Id y aprended qué sentido tiene: Misericordia quiero y no sacrificio*[31].

26. Cf. Lc 5, 28.
27. Lc 19, 10.
28. Mt 9, 12.
29. Cf. Mt 11, 11; Lc 7, 28.
30. Jn 3, 27.
31. Os 6, 6.

A esos mismos fariseos, hinchados de su falsa justicia, les dirige también ese consejo, para que se corrijan. Porque les advierte que serán capaces de obtener los premios de la suprema magnanimidad para ellos mismos por medio de obras de misericordia y, cuando no hayan pasado por alto las necesidades de los pobres, podrán confiar en aplacar al Señor mediante la ofrenda de sacrificios. Y les propuso el testimonio del profeta y les mandó que fueran y aprendieran esto –es decir, que pasaran, de la temeridad de un estúpido reproche, a la meditación más cuidadosa de la Sagrada Escritura–, a fin de que ellos mismos –que le calumniaban de actuar contra los preceptos de las Escrituras porque acogía a los pecadores– aprendieran más bien cuáles eran los mandamientos del Señor que ignoraban, o que no practicaban a pesar de conocerlos.

13. Porque es a todas luces evidente que, quienes se afanaban por ofrecer sacrificios cada día en el templo, no mostraban ninguna compasión hacia los que transgredían la Ley. En efecto, contra la palabra del profeta, buscaban el sacrificio más que la misericordia. Por el contrario, el Señor, que según está escrito *pasó haciendo el bien y curando a todos los oprimidos por el diablo*[32], cada vez que entró en el templo se preocupó, más que de ofrecer víctimas, de curar a los enfermos que estaban allí, instruir a los ignorantes, rebatir –o incluso arrojar fuera– a los contumaces. Así queda totalmente claro que cumplió los mandamientos de la voluntad divina que anunciaba el profeta, concretamente realizando obras de misericordia y no ofreciendo sacrificios. Incluso no descuidó dar explicaciones a sus detractores de por qué comía con publicanos y pecadores, con el fin de apartarles de una murmuración superflua e incluso invitarles a obedecer a los dones de su piedad.

32. Hch 10, 38.

14. *No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*[33], dice. Por tanto, el Señor asistía a banquetes de pecadores para, instruyéndoles, invitar a sus anfitriones a los banquetes celestiales. Pero quizás llama la atención a alguno cómo es posible que el Señor haya dicho que no había venido a llamar a los justos sino a los pecadores, cuando consta a todos los lectores que también a muchos de los justos que encontró, seguidores de la Ley mosaica, les llamó a la cumbre de la predicación del Evangelio. Porque, si solo hubiera llamado a los pecadores y no también a los justos, de ninguna manera se habría sumado al número de sus discípulos Natanael, a quien desde el primer momento, mientras se acercaba a Él, juzgó digno de aquella gran alabanza, hasta el punto que dijo: *He aquí un verdadero israelita en el que no hay engaño*[34].

15. Si no hubiera llamado a los justos, no habría admitido en la fortaleza del apostolado a Pedro y Andrés, quienes dieron muestras del amor tan grande por la justicia que les embargaba cuando, inmediatamente después de haber escuchado el testimonio del Precursor[35], se llenaron de gozo al ver y oír al Señor. Por tanto, ¿cómo es que no ha venido a llamar a los justos sino a los pecadores, sino en el sentido que expone Lucas, quien dice al narrar esta escena: *no he venido a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores*[36]? En efecto, el Señor llama al reino de los cielos a todos los elegidos, pero llama a penitencia solo a los que encuentra enredados en pecados más graves. Mas, a los que encuentra entregados a obras de justicia les invita, no a penitencia por su vida pasada, sino al progreso hacia una vida más santa. Llama a los pecadores para que se corrijan por la penitencia y llama a los justos para que se santifiquen más y más.

33. Mt 9, 13.
34. Jn 1, 47.
35. Cf. Jn 1, 35-42.
36. Lc 5, 32.

16. Aunque estas palabras que dice –*No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores*–, pueden interpretarse también así: que no llamó a quienes, queriendo instaurar su justicia, *ellos mismos no se someten a la justicia divina*[37], sino más bien a aquellos que, conscientes de su propia fragilidad, no se avergüenzan de confesar que *todos hemos ofendido en mucho*[38]. Si además llama a algunos de los que erróneamente son justos, para perdonarles una vez que se han corregido, incluso en estos se cumple su palabra de que no ha venido a llamar a justos sino a pecadores: es decir, no a engreídos, sino a humildes; no a los hinchados por su justicia, sino a los que están sometidos con una actitud devota a Aquel que justifica al impío. Porque necesariamente esos tales, cuando se convierten con corazón sincero, no se consideran justos, sino pecadores.

17. Es grato recordar, hermanos queridísimos, a qué gran cumbre de justicia condujo el Señor a Mateo, al que eligió en medio de las actividades propias de un publicano, para hacer crecer entre los pecadores la esperanza del perdón. La clase de hombre en que se convirtió Mateo la muestra el hecho de que ha sido contado entre el número de los Apóstoles; también la muestra el mismo pueblo de los etíopes, al que atrajo con su predicación de los últimos confines de la tierra a la comunidad de la Santa Iglesia, y al que transformó de feo en hermoso, porque le despojó de la fealdad de los vicios y le decoró con el ornato de las virtudes[39]. Lo muestra su mismo Evangelio. Al escribirlo compuso el inicio del Nuevo Testamento y le fue concedido el privilegio de ser el primero en describir, ya como cumplidos, y transmitir, para que los lectores los creyeran, los misterios de la encarnación

37. Rm 10, 13. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* V, 22 (CCL 14, 142).

38. St 3, 2.

39. Cf. EUSEBIO-RUFINO, *Historia ecclesiastica* (GCS 9, 189).

del Señor que muchos profetas desde siglos atrás habían anunciado que ocurrirían.

18. Evidentemente compuso este evangelio en hebreo para edificar la fe de la Iglesia primitiva, que estaba compuesta sobre todo por el pueblo judío[40]. Pero, cuando la Iglesia se extendió por la tierra y afluyeron griegos y bárbaros a la unidad de la misma fe, los que presidían a los fieles se ocuparon de que ese texto se tradujera al griego y al latín, del mismo modo que también los evangelios de Marcos, Lucas y Juan –que después del de Mateo se publicaron en griego–, inmediatamente se tradujeron al latín, para que todas las naciones extendidas por el mundo pudieran leerlos y entenderlos. Ya el profeta Ezequiel había dado fe de en qué medida este mismo Mateo sobresalió entre los miembros más conspicuos de la santa Iglesia, cuando describe con palabras llenas de elocuencia las admirables virtudes de todos los evangelistas bajo la figura de cuatro animales, que había aprendido en una visión celestial[41]. Pero incluso el mismo apóstol Juan, que era uno de ellos, instruido por una visión mística, hace mención de esos mismos evangelistas entre los primeros misterios de la Iglesia[42].

19. De hecho, era tan grande la dignidad de quienes habían entregado a la posteridad los hechos y los dichos de nuestro Redentor, escribiéndolos, que no solo fueron refrendados por el testimonio del profeta, sino también por el de los apóstoles. Su dignidad era tanta que con razón daban testimonio a su favor los libros de ambos Testamentos y los ciudadanos del cielo han puesto de manifiesto a los hombres su gloria, no solo antes de que saliera a la luz la verdad de lo que anunciaban, sino después de iniciado o cumplido el

40. Cf. JERÓNIMO, *De vir. Illustr.*, 3.

41. Cf. Ez 1, 5-10. Cf. *supra Hom.*, I, 8, 1.

42. Cf. Ap 4, 6-7.

encargo de su santísima obra, a la vez que mostraban en cuánta estima eran tenidos en la presencia de Dios. Por eso Ezequiel recordó muchas cosas de ellos y muchas también el eximio Juan.

20. Mas, sea suficiente por ahora –puesto que este sermón debe acabarse– recordar un solo testimonio de este último, que dice: *Y siempre que los cuatro animales daban gloria, honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos caían delante del que está sentado en el trono y se postraban ante el que vive por los siglos de los siglos, y arrojaban sus coronas delante del trono*[43].

Es oportuno, por tanto, que cada vez que tomemos conciencia de que en los sagrados libros de los Evangelios se proclama la magnificencia del Rey eterno, nos postremos humildes ante Él, imploremos con devotos ruegos su misericordia y todo lo bueno que podamos hallar en nuestras obras lo atribuyamos al que se sienta en el trono del Padre y vive y reina con el Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

43. Ap 4, 9-10.

HOMILÍA XXII

En la Cuaresma

Mt 15, 21-28
PL 94, 102-105[1]

1. En la lectura del santo Evangelio que se nos acaba de hacer, hermanos queridísimos, hemos escuchado la gran fe, paciencia, constancia y humildad de una mujer[2]. Su mentalidad debe ser admirada por las personas devotas tanto más, cuanto ella misma, por ser gentil, estaba cierta y profundamente apartada del mensaje divino, pero no realmente de las virtudes que ese mensaje predica, porque la que, implorando la piedad del Salvador, exclama: *Apiádate de mí, Señor, hijo de David*[3], posee un grado perfecto de fe. En efecto, cuando al mismo Señor le llama hijo de David, es evidente que cree que este verdadero hombre es también verdadero Dios.

2. Cuando, al pedirle por su hija, no la lleva consigo, ni ruega al Señor que vaya a ella, es a todas luces evidente que confía en que con una palabra puede dar la salud Aquel cuya presencia corporal no se requiere en absoluto. Pero también en el hecho de que postrada finalmente le adora,

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía se relaciona con Mt 15, Lc 19, Mc 7 y se titula: «En el segundo domingo de Cuaresma».

2. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, II, 15, 25 (CCL 77, 133).

3. Mt 15, 22.

tras haber derramado muchas lágrimas, diciendo *Señor, ayúdame,* esta mujer muestra que no duda en absoluto de su divina majestad, cuyo poder confiesa debe ser adorado como el poder de Dios. Tiene en no poca medida la virtud de la paciencia la que, a pesar de que el Señor no responde una palabra a su primera petición, no por eso cesa en sus ruegos, sino que implora con más insistencia el auxilio de su piedad, que había comenzado a pedir.

3. El Señor, por su parte, tarda en responderla, no porque el médico misericordioso menosprecie los ruegos de los miserables –de Él está escrito con toda verdad que *el Señor escuchó el deseo de los pobres*[4] –, sino para mostrarnos la perseverancia de esta mujer, siempre digna de imitación que, cuanto más menospreciada se veía por el Señor, tanto más ardientemente perseveraba en los ruegos que había iniciado. Tarda en responder, para delatar también el corazón misericordioso de sus discípulos que, como hombres que eran, se avergonzaban del clamor en público de aquella mujer que les perseguía. Pero Él, que lo dispone todo en su medida, en su número y en su peso[5], conocía el momento oportuno para su misericordia. Difirió la respuesta, para no dar a los judíos ocasión de que le calumniaran, por haber dado preferencia a los gentiles en su actividad docente o salutífera, y por eso se negaran con razón a aceptar la fe en Él[6].

4. Y lo que dice es esto: *No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel*[7]. Porque el que por medio de sus discípulos también llamó a los gentiles a la gracia de la fe, personalmente solo enseñaba a los judíos. De los primeros dice en otro lugar: *Y tengo otras ovejas que no son de este redil; a esas también es necesario que las traiga, y oirán mi*

4. Sal 10, 17.
5. Cf. Sb 11, 21.
6. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, II, 15, 23 (CCL 77, 132-133).
7. Mt 15, 24.

voz y formarán un solo rebaño, con un solo pastor[8]. De ahí que, al ir a curar en persona el cuerpo de una muchacha gentil, no realizó el milagro antes de probar ante todos la fe incomparable de la madre. Y esta madre tiene una especial peculiaridad de constancia y humildad porque, comparada por el Señor con los perros, ni siquiera así desiste de rogar con insistencia, o cambia su pensamiento de esperar el premio de la piedad divina; al contrario, acogiendo de buen grado el insulto que ha recibido, no solo no niega ser semejante a los perros, sino que añade que debe ser equiparada a los perrillos y confirma el veredicto del Señor con un razonamiento lleno de prudencia, sin desistir de la temeridad de su petición.

5. En efecto, confirma el veredicto del Señor, al que –cuando le dice: *No es bueno tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros*[9]– ella responde: *Es verdad, Señor*[10]. Esto es: «Es verdaderamente así como tú dices, porque no es bueno tomar la salvación destinada por el cielo al pueblo de Israel y dársela a los gentiles». Pero cuando añade: *también los perrillos comen de las migajas que caen de las mesas de sus amos*[11], demuestra de una manera llena de prudencia cuánta humildad, qué constancia encierra dentro de su pecho, qué indigna es sin duda de los banquetes plenos de la doctrina del Señor –de la que los judíos disfrutaban–, pero hasta qué punto pensaba que, por pequeña que fuera la porción de gracia que la dispensara el Señor, podría ser suficiente para su salvación.

6. Por eso, mereció con razón escuchar del piadoso Salvador, que difirió temporalmente atender a sus ruegos, no por soberbio desdén, sino por una providente economía: *¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como tú quieres*[12]. Cier-

8. Jn 10, 16.
9. Mt 15, 26.
10. Mt 15, 27.
11. *Ibid.*
12. Mt 15, 28.

tamente daba pruebas suficientes de tener una gran fe la que, sin conocer los prodigios, preceptos o promesas antiguas de los profetas, ni las recientes del Señor –más aún, la que había sido ignorada tantas veces por el Señor mismo– persevera en sus ruegos y no deja de apremiar con ellos a un Salvador tan grande, al que había conocido cuando se divulgó su fama. Por eso también consigue el gran logro de su petición, cuando el Señor le dice: *Hágase como tú quieres. Y quedó sana su hija en aquel instante*[13]. Merecidamente, pues, aquella mujer –de origen gentil, pero de corazón firmemente creyente– simboliza la fe y la devoción de la Iglesia convertida de la gentilidad, a la que los santos predicadores expulsados de Judea empaparon con la palabra y los misterios de la gracia celestial

7. Volvamos a leer, pues, el pasaje anterior del santo Evangelio y encontraremos que escribas y fariseos llegados de Jerusalén atacaron al Señor y a sus discípulos con las gravísimas acusaciones de su perfidia. Jesús en persona les dejó al punto acorralados con una digna réplica[14] *y saliendo de allí se retiró a la región de Tiro y Sidón*[15]. Aquí se prefigura con claridad que el Señor, después de su pasión y resurrección, en la persona de sus Apóstoles, abandonaría los pérfidos corazones de los judíos y se retiraría a las regiones de los pueblos extranjeros.

En efecto, Tiro y Sidón, que fueron ciudades de los gentiles, simbolizan los bastiones de doctrina y vida pagana en los que confían los insensatos. De ahí que con razón se presenta a esta mujer, que ruega confiada al Señor, como salida de esas regiones; porque, si no hubiera abandonado los aposentos de su primitiva conducta, jamás habría llegado a la Iglesia de Cristo y, si no hubiera renegado de los dogmas

13. *Ibid.*
14. Cf. Mt 15, 1-14.
15. Mt 15, 21.

del antiguo error, de ningún modo habría llegado a conocer la nueva gracia de la fe.

8. La hija endemoniada por la que ruega es toda aquella alma que en la Iglesia es presa de los engaños de los espíritus malignos, más que servidora de los preceptos de su Fundador. Es necesario que la Iglesia, como madre solícita, ruegue por ella al Señor a fin de que, a la que ella desde fuera no puede corregir con advertencias, ruegos y reproches, Él la corrija desde dentro con sus inspiraciones y despierte al conocimiento de la verdadera luz a la que se ha convertido de las tinieblas de sus errores. Pero si el Señor retrasara la respuesta a las primeras lágrimas de la Iglesia orante –es decir, si retrasara dar la ayuda de la mente solicitada para los que están en el error–, ni siquiera entonces hay que desistir de pedir, de buscar, de llamar. Y no hay que caer en la impaciencia por no lograr lo que se pide, sino que tanto más hay que perseverar en la insistencia, tanto más hay que instar al Salvador con obstinado clamor, incluso tanto más hay que buscar la intercesión de sus santos en las letanías[16], hasta que ellos mismos rueguen desde el cielo para que la Iglesia sea escuchada.

9. Y así sucede que, si la mente no cambia la intención que se ha propuesto, jamás se ve privada del fruto de su petición, sino que se apodera del efecto deseado, ya haya intercedido a favor de su propia fragilidad, ya a favor de los demás. Porque también, si alguno de nosotros tiene conciencia de ser avaricioso, orgulloso, presa de la vanagloria,

16. Esta palabra deriva del término griego *lité*, «petición, ruego», y se impone en la Iglesia como término técnico a *acclamationes, rogationes*, todas ellas ceremonias que ya conocían los cultos paganos. Consúltese el término «Bittprozession» en *Reallexikon für Antike und Christentum* (RAC) II, 422-429. Véase también más adelante la nota correspondiente al título de *Hom.*, II, 14.

de la indignación, de la ira o de la envidia y restantes vicios, tiene sin duda una hija manchada por la inmundicia, maltratada por el demonio. Corra entonces al Señor en actitud suplicante por su curación, porque indudablemente es víctima de un pensamiento insensato, nacido del corazón con arte diabólica, cuya curación debe pedir con frecuentes, incluso con continuos lamentos y ruegos. Y si alguno acaso ha afeado el bien que ha hecho con un perjurio, un robo, una blasfemia, una difamación, una riña o incluso una torpeza corporal y demás pecados de esta especie, tiene una hija del demonio inmundo agitada con furia, porque evidentemente las acciones que había realizado practicando el bien, las ha dilapidado ya, secundando insensatamente los engaños del diablo.

10. Por eso es necesario que ese tal, en cuanto sea consciente de su pecado, inmediatamente busque su refugio en las oraciones y las lágrimas, solicite la frecuente intercesión y ayuda de los santos para que éstos, rogando al Señor por la salvación de su alma, digan: «Te rogamos, Señor *misericordioso y clemente, tardo a la ira y rico en misericordia*[17], despídela, porque viene gritando detrás de nosotros, perdona su pecado y dale la gracia, porque pide insistentemente nuestra intercesión desde lo más íntimo de su corazón». Es necesario que, sometido a la debida humildad, no se juzgue ya digno del rebaño de las ovejas de los israelitas, es decir de las ovejas puras, sino que más bien se compare a un perro y piense que es indigno de los dones celestiales. Pero no cese de insistir, desesperando, en sus plegarias, sino confíe con mente segura en la bondad del sumo Dador porque, el que pudo hacer de un ladrón un confesor[18], de un perseguidor un apóstol[19], de un publicano un evangelista[20], de unas pie-

17. Ex 34, 6; Sal 86, 15.
18. Cf. Lc 23, 40-42.
19. Cf. Hch 9, 1-30.
20. Cf. Mt 9, 9-13.

dras hijos de Abrahán[21], ese mismo podrá también convertir un perro, lleno de desvergüenza, en una oveja de Israel.

11. Que Él conceda también a esa oveja –gracias al don de la castidad– el pasto de la vida eterna: esto es, que se digne hacer justo al pecador que se ha convertido de su mal camino y le conduzca al reino celestial en recompensa a su buena acción. Y el Señor, viendo el ardor tan grande de nuestra fe, la tan pertinaz constancia en nuestra oración, al final se compadecerá. Que Él nos conceda también que suceda como queremos, es decir, que apaciguados los tumultos de los pensamientos viciosos y desatadas las cadenas de los pecados, vuelva a nosotros la serenidad pura de la mente y la perfección de las buenas obras.

12. Por de pronto hay que advertir que esta constancia en la oración únicamente merece dar fruto, si lo que pedimos oralmente también lo meditamos con la mente y si el clamor de los labios no se aparta a un lugar diferente de la intención de los pensamientos. Porque hay quienes, al entrar en la iglesia, prolongan con muchas palabras la recitación de los salmos o de las oraciones; pero, manteniendo su corazón en otro lugar, ni ellos mismos atienden a lo que dicen con la boca. Rezan ciertamente, pero su mente está distraída, privándose de cualquier fruto de la oración. Piensan que es escuchada por Dios una oración que no oyen ni siquiera los mismos que la pronuncian, porque no hay nadie que pueda advertir lo que se hace por insinuación del enemigo antiguo.

13. Ese enemigo, en efecto, consciente de la utilidad de la oración y envidiando a los hombres la gracia de pedir, envía a los que rezan todo tipo de fantasías, de pensamientos frívolos y a veces incluso torpes y nocivos con los que obstaculizar la oración; hasta tal punto que a veces, postrados

21. Cf. Mt 3, 9.

en oración, toleramos tales y tan grandes oleadas de pensamientos que vienen y van, como los que hemos aprendido a soportar cuando yacemos acostados en el lecho. De ahí que sea necesario, hermanos queridísimos, esforzarnos por superar la reconocida malicia del diablo: a saber, de una parte serenando nosotros mismos en cuanto somos capaces nuestro ánimo de este tipo de nubes que el enemigo se alegra en difundir, y de otra pidiendo la ayuda continua del piadoso Defensor, que es poderoso para conceder a los indignos orantes la gracia necesaria para orar con pureza e interceder con perfección.

14. Porque ayuda mucho a la pureza de la oración, si en todo tiempo y lugar nos privamos de acciones ilícitas, si abstenemos nuestro oído y a la vez nuestra lengua de conversaciones ociosas y nos acostumbramos a andar en la Ley del Señor y a escrutar de todo corazón sus designios[22]. Porque lo que habitualmente solemos hacer, hablar o escuchar, eso es necesario que vuelva al alma más a menudo como a su sede habitual y propia; y así como los cerdos suelen frecuentar sus revolcaderos encenagados y las palomas las corrientes limpias, así también los pensamientos impuros obcecan la mente sucia y los espirituales santifican a la que está limpia.

15. Por supuesto, si a ejemplo de la mujer cananea perseveramos en la oración y permanecemos firmes, nos asistirá la gracia de nuestro Creador, que será capaz de corregir todos nuestros errores, purificar nuestras inmundicias y serenar nuestras tribulaciones. Porque Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad, si con la voz perseverante de nuestra mente acudimos al que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén

22. Cf. Sal 119, 1-2.

HOMILÍA XXIII

En la Cuaresma

Jn 5, 1-18
PL 94, 83-89

1. La lectura del santo evangelio de hoy nos relata a la vez dos milagros en la curación de un hombre: uno invisible por medio de la actuación de un ángel y otro visible por la intervención física del Señor. Pero yo debo exponer brevemente ambos misterios, no vaya a ser que una prolija explicación vaya a resultar pesada para alguno. La piscina «probática», que estaba rodeada de cinco pórticos, es el pueblo judío protegido por todas partes por la guardia de la Ley, con el fin de obligarle a no pecar[1]. En efecto, en el número cinco está representada correctamente la Ley descrita en los cinco libros de Moisés. En el agua de la piscina, que acostumbraba a estar unas veces al abrigo de los vientos y otras veces se agitaba cuando estos soplaban, está representado con propiedad el pueblo, que en algunos solía conservar la pureza de vida, y en otros por el contrario agitarse por las tentaciones de los espíritus inmundos.

2. Y esa misma piscina es llamada con propiedad «probática». En efecto, ovejas en griego se dice *próbata*. Sin duda, había en aquel pueblo quienes sabían decir al Señor: *Pero*

1. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XVII, 2 (CCL 36, 170).

nosotros, tu pueblo, y ovejas de tu rebaño, te confesamos por siempre[2]. Se cuenta que aquella piscina era llamada probática por el pueblo, porque en ella los sacerdotes solían lavar a las víctimas. La multitud de enfermos que yacía en los mencionados pórticos, en espera del movimiento del agua, simboliza la muchedumbre de quienes oyen las palabras de la Ley y se duelen de no ser capaces de cumplirla con sus propias fuerzas y por eso imploran con toda la intensidad de su alma la ayuda de la gracia del Señor. Había ciegos, que todavía no tenían la plena luz de la fe; cojos, que no eran capaces de dar pasos para cumplir las buenas obras que habían conocido; paralíticos que, aunque tenían de algún modo la visión de la ciencia, sin embargo carecían de la savia de la esperanza y la caridad.

3. Así eran los que yacían en los cinco pórticos, pero no se curaban, si un ángel no bajaba a la piscina. Y es que el reconocimiento del pecado se ha producido a través de la Ley, pero la gracia de su remisión no se ha logrado sino a través de Jesucristo[3]. A éste es a quien simboliza el ángel que, descendiendo de un modo invisible en la piscina, movía el agua para significar la fuerza de curar. Porque *el ángel del gran consejo*[4] –es decir, el mensajero de la voluntad del Padre para el pueblo judío– descendió al agua[5] revestido de carne, y movió con sus hechos y su doctrina a los pecadores con el fin de que fuera matado Aquel que, con su muerte corporal, no solo podía sanar a los enfermos, sino resucitar a los muertos. Así pues, el movimiento del agua sugiere la pasión del Señor, que fue ejecutada por el apasionado y perturbado pueblo judío. Y, puesto que solo gracias a esa pasión

2. Sal 79, 13.
3. Cf. Jn 1, 7.
4. Is 9, 6 (*LXX*).
5. En los mejores manuscritos aparece aquí una laguna que el *Corpus Christianorum* llena con *in*, conjetura que recogemos en la traducción. Buena parte de los manuscritos (C R L) omite también *aquam*.

fueron redimidos los creyentes de la maldición de la Ley, hasta ese momento eran curados los enfermos que yacían en los pórticos, cuando descendían al agua removida de la piscina.

4. En efecto, la letra de la Ley, aunque enseñó, a quienes lo ignoraban, lo que había que hacer y lo que había que evitar, sin embargo no ayudó para que cumplieran sus decretos aquellos a los que había instruido; era como si acogiera en sus pórticos a los que había sacado de la sede de su ignorancia anterior, pero no curara sus enfermedades. Por el contrario, la gracia del Evangelio, que por la fe y el sacramento de la pasión del Señor sana todas las enfermedades de nuestras iniquidades –de las que no pudimos ser liberados por la Ley de Moisés–, mete a los enfermos, que se encuentran como arrojados fuera de los pórticos de la Ley, al agua removida de la piscina con el fin de que puedan ser sanados.

5. En efecto, esa gracia limpió de los pecados que puso al descubierto la Ley por medio del agua del bautismo, como asegura el Apóstol: *Porque todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte. Con Él hemos sido sepultados por el bautismo para participar en su muerte, para que como Él resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva*[6]. Y bien se dice que el primero que descendía tras el movimiento del agua quedaba sano de cualquier enfermedad que tuviese, porque hay *un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo*[7]; y el que se embebe de los misterios de Cristo en la unidad católica queda sano, sea cual fuere la enfermedad de los pecados que le dominaba, mientras que quien está apartado de la unidad no puede conseguir la salvación, que procede de uno solo.

6. Rm 6, 3-4.

7. Ef 4, 5.

6. Hasta aquí hemos hablado del primer milagro que realizó el Señor en la lectura de este Evangelio. Ahora hablaremos a esta vuestra comunidad del segundo que hizo Él en persona y en el que se pondera que uno solo fue curado, no porque la compasión del Salvador omnipotente fuera incapaz de sanar a todos los enfermos que encontró allí, sino para enseñarnos que no está abierto ningún otro lugar de salvación fuera de la unidad de la fe católica. *Había allí* –dice– *un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo*[8]. Ese hombre, víctima de una enfermedad durante muchos años, representa a todo pecador oprimido por la enorme magnitud, así como por el número de sus crímenes. A dar a entender la magnitud de su culpa contribuye también el dato de la duración de su enfermedad. En efecto, llevaba enfermo cuarenta años, menos dos. Ahora bien, el número cuarenta –que se compone de cuatro veces diez– se suele interpretar en las Escrituras como la perfección de una vida correcta[9], porque todo aquel que realiza obras propias de una vida perfecta cumple el decálogo de la Ley, actualizado por los cuatro libros del santo Evangelio.

7. Aquel que vive privado del amor a Dios y al prójimo –que recomienda tanto la Escritura de la Ley como la del Evangelio[10]–, tiene sin duda dos números menos de esa perfección. Esto es lo que el Señor enseña de un modo espiritual al sanar al enfermo, cuando dice: *Levántate, toma tu camilla y anda*[11]. En primer lugar se dice: *levántate*, sacude el entorpecimiento de los vicios en los que largo tiempo has estado postrado y levántate, para poner en práctica las virtudes que te salvarán para siempre. *Toma tu camilla*, carga diligente sobre tus hombros a tu prójimo con paciencia, so-

8. Jn 5, 5.
9. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XVII, 6 (CCL 36, 173).
10. Cf. Dt 6, 5; Lv 19, 18; Mt 22, 37-39.
11. Jn 5, 8.

portando la debilidad de aquel que hasta ahora –y durante mucho tiempo– te ha sostenido pacientemente a ti, que estabas oprimido por un cúmulo de tentaciones. Porque: *debéis ayudaros mutuamente a llevar vuestras cargas, y así cumpliréis la ley de Cristo*[12]. Y como dice en otro lugar: *soportaos mutuamente con caridad, solícitos por conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz*[13].

8. *Anda* pues, ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza[14], a fin de que merezcas alcanzar su contemplación con los pasos cotidianos de tus buenas acciones. Avanza de virtud en virtud[15], sin abandonar al hermano a quien conduces –sufriendo por amor a Aquel a quien te diriges–, ni cambiar –por amor al hermano– la intención de tu correcto proceder, buscando a Aquel con quien deseas estar. Pero, para que puedas ser salvado del todo, *levántate, toma tu camilla y anda*: es decir, abandona los pecados pasados, socorre las necesidades de tus hermanos y en todo lo que haces procura no fijar tu pensamiento en esta vida, sino apresúrate a contemplar el rostro de tu Redentor. Levántate, haciendo el bien, toma tu camilla, amando al prójimo, y anda, aguardando *la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios*[16].

Pero es sorprendente la locura de los malvados: los que debían creer en la inesperada curación del hombre tan largo tiempo enfermo y curarse espiritualmente, por el contrario se escandalizan y montan una calumnia contra el Salvador y a la vez contra el salvado; concretamente, al salvado porque había cargado la camilla en sábado y al Salvador porque en sábado le había mandado curarse y cargar con su camilla,

12. Ga 6, 2.
13. Ef 4, 2-3.
14. Cf. Mc 12, 30.
15. Cf. Sal 84, 7.
16. Tt 2, 13.

como si ellos supieran del sábado más que el inmenso poder de la Divinidad.

9. Dice: *Aquellos judíos decían al que había sido curado: Es sábado y no te es lícito llevar la camilla*[17]. Defendían de una manera insensata la letra de la Ley, ignorando la providencia de Aquel que en otros tiempos la había promulgado por medio de un siervo suyo, pero que ahora con su venida había dispuesto cambiar esa Ley por la gracia, a fin de que quienes durante mucho tiempo, siendo carnales, la habían cumplido en su carne al pie de la letra, a partir de ese momento la observaran en espíritu, transformados en espirituales.

Es verdad que durante el sábado carnal, que era guardado al pie de la letra, al pueblo se le ordenó abstenerse en ese día séptimo de todo trabajo servil[18]. Pero el sábado espiritual, en la luz de la gracia espiritual que se recibe de un modo septiforme no uno, sino cada día, consiste en mantenernos libres de la perturbación de los vicios.

10. Porque si, según la palabra del Señor, *todo el que comete pecado es esclavo del pecado*[19], es a todas luces evidente que con razón los pecados son considerados obras serviles[20]. Se nos manda abstenernos de ellas –como si se tratara del día séptimo– una vez que hemos percibido la gracia espiritual y que no solo nos abstengamos de perfidias, sino que insistamos en las buenas obras[21]. Esto nos lo muestra el Señor de un modo alegórico también en esta lectura, cuando en día de sábado mandó al hombre que yacía enfermo treinta y ocho años, no solo que se levantara, sino también que tomara su camilla y anduviera.

17. Jn 5, 10
18. Cf. Ex 20, 10; 31, 15; Lv 23, 7.
19. Jn 8, 34.
20. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XX, 2 (CCL 36, 202-204).
21. Cf. ID., *Enar. in psalm. XCI* 2-3 (CCL 39, 1280-1281).

Efectivamente, simboliza que quienes están convalecientes de una prolongada enfermedad de vicios y vacíos de amor a Dios y al prójimo, es como si se encontraran a menos dos de la suma perfecta de virtudes; pero ya, por el don del Espíritu Santo, pueden levantarse de sus vicios y, una vez sacudida su somnolencia con el peso del amor fraterno, están en condiciones de acercarse a la visión de su Creador.

11. Por su parte, el hecho de que este hombre que había sido curado reconoció a Jesús, no mientras se encontraba entre la muchedumbre, sino después en el templo, nos instruye de un modo alegórico en que, si de verdad deseamos conocer la gracia de nuestro Creador, ser confirmados en su amor y llegar a su visión, debemos evitar con cuidado la multitud, no solo de pensamientos y afectos malvados, sino de los hombres perversos que pueden impedir los propósitos de nuestra sinceridad, bien mostrándonos concretamente su mal ejemplo, bien riéndose de nuestras buenas obras o incluso prohibiéndolas. Refugiémonos con constancia en la casa de la oración donde, invocando al Señor con una libertad que no llama la atención, le demos gracias por los beneficios que de Él hemos recibido y al mismo tiempo solicitemos los que deseamos recibir con humilde devoción. Incluso deseemos ser nosotros mismos un templo santo de Dios al que se digne venir y convertir en morada suya, oyendo al Apóstol que dice: *vuestro cuerpo es un templo del Espíritu Santo que está en vosotros*[22].

12. En este contexto, hermanos míos, hay que meditar con más diligencia que, al encontrar en el templo al que había curado, el Señor le dice: *Mira, has sido curado; no peques más para que no te ocurra algo peor*[23]. Con estas palabras se demuestra claramente que estaba enfermo por culpa de

22. 1 Co 6, 19.

23. Jn 5, 14.

los pecados y que no podía ser curado a no ser por la remisión de los mismos; pero el que le curó por fuera de la enfermedad, también le liberó por dentro del delito. También por eso le advirtió de antemano con delicadeza, no fuera a ser que llegara a contraer, volviendo a pecar, una sentencia de condena aún más grave.

13. Esto no debe entenderse, como si todo el que enferma lo haga por culpa de sus pecados. En las Escrituras, en efecto, se encuentra que la enfermedad se inflige a los hombres de cinco modos[24].

A saber, en el caso de los pecadores, para que quede claro que, o se corrigen por la penitencia, o –si no merecen corregirse–, incluso en esta vida quede claro de qué manera serán condenados con una muerte eterna.

Por su parte, en el caso de los justos, para que o bien reciban un mayor premio gracias a su paciencia o bien, advertidos por las enfermedades, conserven con más humildad el mérito de la justicia.

En otros casos, a muchos se les da de vez en cuando una enfermedad corporal, para que en su curación se haga patente con más amplitud la gloria y el poder, tanto de nuestro Señor y Salvador como de sus santos.

14. Que los pecadores son afectados por la enfermedad corporal para que busquen la curación del alma lo atestigua la lectura de hoy en la que, el que recibió la curación tras haber estado enfermo, escucha: *Mira, has sido curado; no*

24. En los párrafos siguientes expone Beda los cinco supuestos: dos en el caso de los pecadores, según se arrepientan o no y tres en el caso de los justos. Los primeros reciben la enfermedad para que busquen la curación de su alma, o como anticipo de la muerte eterna. Los segundos sufren la enfermedad, bien para aumentar sus méritos, bien para salvaguarda de su humildad, bien como muestra de la gloria del Señor y de sus santos. Beda ilustra cada una de esas variantes con ejemplos tomados de la Escritura.

peques más para que no te ocurra algo peor. Lo atestigua también aquel pasaje en el que el Señor, al curarle, dice a un paralítico: *Ten confianza, hijo, tus pecados te son perdonados*[25].

Que aquellos que están implicados en pecados de más gravedad y no merecen alcanzar el perdón, algunas veces también en esta vida empiezan a percibir el comienzo de la eterna condenación lo revela el castigo del rey Herodes que, por culpa de su blasfemia *expiró devorado por gusanos* ante los ojos de quienes le rodeaban, acercándose ya a aquel lugar después de la muerte en el que su gusano no moriría y su fuego no se extinguiría[26].

15. Que los justos son afectados por dolores corpóreos, a fin de amplificar el premio a su paciencia, lo indica la historia del santo Job que, no teniendo nadie semejante a él sobre la tierra[27], superó penas corporales de más gravedad que la que podría imaginar un adversario inhumano, no para purgar sus culpas, sino para aumentar sus méritos con la admirable fuerza de su constancia.

Que igualmente los justos son heridos por la prueba de la enfermedad para salvaguarda de su humildad lo demuestra el Apóstol cuando dice: *Y para que no me engría la grandeza de las revelaciones, me fue clavado un aguijón en la carne, un ángel de Satanás, para que me abofetee*[28]. Y a continuación dice: *Por eso, con sumo gusto me gloriaré en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo*[29].

Finalmente, que a veces algunos son golpeados por la enfermedad para demostrar la gloria del Creador y de sus santos, lo demuestra Jesús que, cuando los discípulos le preguntaron a propósito del ciego de nacimiento, les dijo: *Ni*

25. Mt 9, 2.
26. Cf. Is 66, 24; Mc 9, 43.
27. Cf. Jb 1, 8.
28. 2 Co 12, 7.
29. 2 Co 12, 9.

pecó este ni sus padres para que naciera ciego, sino para que se manifiesten en él las obras de Dios[30]. Y de Lázaro moribundo dijo a sus hermanas: *Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*[31].

16. Ahora bien, puesto que es incierto el que nosotros seamos castigados para aumentar nuestros buenos méritos o para aminorar los malos, debemos procurar con todas nuestras fuerzas que, cuantas veces seamos puestos a prueba por una molestia corporal, nos apliquemos ante todo a tomar el pulso al interior de nuestra conciencia y a purgar con el correspondiente castigo de penitencia todo lo que veamos que hemos hecho contra la voluntad de nuestro Creador; y que no busquemos un remedio para al cuerpo antes de tener conciencia de haber obtenido la pureza del hombre interior, no vaya a ser que haber obtenido la curación externa de la carne sea un obstáculo para la salud del alma que se oculta en el interior.

Aprendamos a someternos humildemente a los golpes de nuestro Creador misericordioso, pensando que sufrimos menos de lo que merecemos, acordándonos siempre de aquella sentencia: *dichoso es el hombre a quien el Señor corrige*[32]. Y Él mismo en el Apocalipsis: *Yo reprendo y castigo a los que amo*[33].

17. Por su parte los judíos, enfermos por dentro como estaban, a este hombre que había estado enfermo por dentro y por fuera durante largos años y había sido curado –es decir, liberado de los azotes del castigo corporal y de los pecados por los que lo merecía–, comienzan ahora a mortificarle de un modo más pérfido: es decir, persiguiendo a Jesús porque había hecho esto en sábado. Le perseguían, como si

30. Jn 9, 2– 3.
31. Jn 11, 4.
32. Jb 5, 17.
33. Ap 3, 19.

siguieran la autoridad de la Ley y el modelo de la obra divina: porque de una parte el Señor, al acabar en seis días la creación del mundo, descansó al séptimo de todas sus obras[34], y de otra había mandado a su pueblo trabajar seis días y al séptimo descansar[35].

Y no entendían que había que cambiar poco a poco los preceptos carnales de la Ley por una interpretación espiritual, desde el momento en que había aparecido Aquel que no solo había promulgado la Ley, sino que *era el fin de la Ley, el Cristo para justicia de todo creyente*[36]. Tampoco advertían que al séptimo día el Creador no abandonó la tarea de gobernar el mundo y de reponer cada año, más aún cada día, las cosas creadas, sino que había dejado de crear nuevas criaturas. Y sobre todo ignoraban el gran misterio del sábado por el que, de una parte el Señor en persona, habiendo sido crucificado un viernes (día sexto) y operado nuestra salvación en medio de la tierra[37] –es decir, por medio de la carne que había asumido–, había descansado el sábado (día séptimo) en el sepulcro, hasta que resucitó el domingo (día octavo), y de otra sus santos, tras las seis edades de este mundo –en las que trabajan haciendo el bien– experimentan en la otra vida la séptima –la de la paz de las almas–, hasta que en la octava reciban también el don de la resurrección de los cuerpos incorruptibles[38].

18. Pero, escuchemos lo que el autor común de la gracia y de la Ley responde en persona a los ignorantes defensores de la Ley, para romper su cerviz con la fuerza de la razón. Les dice: *Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo*[39]. Dice esto, no en el sentido de que una vez que el Padre ha

34. Cf. Gn 2, 2.
35. Cf. Ex 20, 9-10.
36. Rm 10, 4.
37. Cf. Sal 74, 12.
38. Cf. más arriba, *Hom.* I, 11, 14.
39. Jn 5, 17. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XVII, 14 (CCL 36, 177).

trabajado hasta un determinado momento, Él mismo a continuación comenzara a operar, sino más bien en el sentido de que mientras el Padre trabajaba siempre –desde el principio de la Creación–, Él también realizaba las mismas obras a la par y junto con Él. Y para que quede claro que Dios Padre no solo actuó los seis primeros días, sino hasta este momento, léase aquello del profeta: *Antes de plasmarte en el seno materno, te conocí*[40], y en el salmo: *Él modela el corazón de cada uno*[41]. Y en otro lugar: *Él cubre de nubes los cielos y prepara la lluvia para la tierra, hace brotar la hierba en los montes*[42], etc. etc.

19. Y debe advertirse que el verbo no está en pretérito y dice «Él cubrió, preparó, hizo brotar», sino en presente «Él cubre, prepara, hace brotar», para demostrar que el Padre trabaja cada día y el sábado no menos que los demás días. Y para que no quepa duda de que el Hijo interviene a la vez en todas las obras, recuérdese aquello del salmista: *Habló y vino una plaga de tábanos y mosquitos*[43]*; habló y llegaron langostas y gusanos*[44]*; habló y se levantó el espíritu de la tempestad*[45]. En efecto, si *Él habló y todo fue creado*[46], es evidente que creó por la palabra. Y la Palabra del Padre es el Hijo, del que Juan afirma: *Todo fue creado por Él*[47]. Igualmente el salmista, cuando relaciona la inicial Creación del mundo y el constante gobierno de las criaturas con la gloria del Creador, dice entre otras cosas: *Lo hiciste todo con sabiduría*[48].

20. Por tanto, si con razón confesamos que *Cristo es la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios*[49], y que Dios hizo y

40. Jr 1, 5.
41. Sal 33, 15.
42. Sal 147, 8.
43. Sal 105, 31.
44. Sal 105, 34.
45. Sal 107, 25.
46. Sal 148, 5.
47. Jn 1, 3.
48. Sal 104, 24.
49. 1 Co 1, 24; Ef 3, 10.

gobierna todo con sabiduría, consta sin duda que el Padre trabaja siempre y también el Hijo trabaja. Así pues, dice, *mi Padre* no trabajó solo seis días, como vosotros pensáis, sino que *trabaja hasta este momento*, no solo dando el ser a un nuevo género de criaturas, sino multiplicando las que creó al principio, para que no falten. *Y yo trabajo* –se sobreentiende, hasta este momento–, disponiendo, gobernando, multiplicando todo junto con Él[50]. Es como si dijera abiertamente: «¿Por qué me odiáis? ¿Por qué me reprocháis vosotros, ciegos intérpretes de la Ley, que en figura de hombre haya curado a un hombre, yo que en mi naturaleza divina junto con el Padre actualizo continua y establemente a todo el género humano e incluso a todo el funcionamiento del mundo y todo lo visible y lo invisible?».

21. Pero ellos, incapaces de comprender la calidad y profundidad de semejante misterio, precisamente *por eso buscaban con más ahínco matarle, porque no solo quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios*[51]. Les dolía sobre todo su pretensión de que se creyera que Él era Hijo de Dios, esto es, que no había sido adoptado por gracia, como otros bienaventurados de los que habla el profeta: *Yo os digo, todos vosotros sois dioses e hijos del Altísimo*[52], sino por naturaleza y en todo igual al Padre; o sea, que era Aquel de quien el Padre en persona habla en presencia de sus hijos –es decir, de los profetas adoptados como hijos por gracia–: *Él me invocó: Tú eres mi Padre, mi Dios, la roca de mi salvación. Y Yo lo constituiré mi primogénito, el más eximio entre los reyes de la tierra*[53].

22. Porque los judíos, que habrían de matar a Cristo, entendían lo que los arrianos no son capaces de comprender,

50. Cf. Pr 8, 30.
51. Jn 5, 18.
52. Sal 82, 6.
53. Sal 89, 27-28. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XVII, 16 (CCL 36, 178-179).

por más que profesen el nombre de Cristo: que en este punto en el que Cristo declara: *Mi Padre trabaja siempre y yo también trabajo*, aseguraba que Él es igual a Dios Padre, ya que al ser una y la misma operación la de ambos, es también igual su majestad[54]. Pero la impiedad de ambos, judíos y arrianos, tiende a un solo fin. Los primeros, comprendiendo lo que decía el Señor, negaban que fuera verdad lo que había dicho; los segundos confiesan que es verdad lo que el Señor confiesa de sí mismo, pero se niegan a sacar consecuencias y a aceptar el sentido de esa verdad.

23. El fin de ambos es horroroso y para ser capaces, hermanos queridísimos, de evitarle es preciso que, de una parte, nosotros creamos de verdad las palabras de nuestro Salvador, y de otra procuremos entenderlas correctamente; más aún, que nos afanemos en poner en ellas toda la esperanza de nuestra salvación. Creamos que predicó con veracidad ser igual al Padre en poder, gloria, eternidad y majestad, y pongamos de nuestra parte los medios –haciendo el bien– para llegar a la visión final de ambos, de la cual habló el mismo Señor a Felipe cuando este le rogaba, diciendo: *Señor, muéstranos al Padre y eso nos basta*[55], cuando le respondió: *el que me ve a mí, ve también al Padre*. Hay que hacer notar que la afirmación, *haciéndose igual a Dios*, es proferida según la interpretación de los judíos, que pensaban que nuestro Señor Jesucristo en su predicación se hacía pasar por lo que no era y no confesaba en verdad lo que era.

24. Por nuestra parte, hermanos, nosotros que hemos sido instruidos en los sacramentos y la doctrina de la fe católica, creamos y confesemos que nuestro Señor Jesucristo, hecho igual a nosotros por naturaleza en su Humanidad, al mismo tiempo permaneció siempre igual al Padre por lo que

54. Cf. ID., *Tract. in Iohan.* XX, 4-6 (CCL 36, 205-206).

55. Jn 14, 8-9.

respecta a su Divinidad y que actuó en ambas naturalezas, no fingiendo lo que no era, sino que en una y otra mostró en verdad con su predicación lo que era.

Él se digne introducirnos a contemplar para siempre la gloria de su majestad en la que vive y reina junto con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA XXIV

En la Cuaresma

Mt 16, 27-17, 9
PL 94, 96-101[1]

1. Habida cuenta que el Señor y Redentor nuestro ha dispuesto introducir a sus elegidos, a través de las aflicciones de esta vida, en la vida de la futura felicidad, que no conoce la aflicción, describe unas veces en su Evangelio los esfuerzos de las luchas de este mundo y otras el triunfo de los premios eternos, con el fin de que ellos –al constatar la necesidad de la lucha– recuerden que no pueden pretender en esta vida la tranquilidad y a la vez –al escuchar la dulzura del premio futuro– soporten con más facilidad los males efímeros que esperan sean remunerados con los bienes eternos[2].

2. En efecto, después de haber recordado poco antes su pasión y la de los suyos[3] –que acabamos de escuchar hace un momento en la lectura–, añade estas palabras: *Porque el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre acompañado de sus ángeles, y entonces retribuirá a cada uno según su conducta*[4]. Con ellas alude con toda claridad al día del Juicio final cuando, el que antaño había venido en humildad y sumisión a ser juzgado por el mundo, venga a juzgar al mun-

1. J.-P. Migne edita esta homilía bajo el título: «En el segundo domingo de Cuaresma», y la pone en relación con Mt 17, Mc 9 y Lc 9.

2. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam*, VII, 1(CCL 14, 214- 215).

3. Cf. Mt 16, 21.24-26.

4. Mt 16, 27.

do con gran poder y majestad[5]. Entonces examinará, con la imparcialidad propia de un juez, la perfección de las obras de aquellos a quienes por la generosidad de su misericordia había concedido la gracia de sus dones. Entonces, retribuyendo a cada uno según sus obras[6], conducirá a los elegidos al reino de su Padre y arrojará a los réprobos al fuego eterno, junto con el demonio[7].

3. Y muy justamente se dice que *el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de su Padre*. Efectivamente, el Hijo del Hombre ha de venir en la gloria de Dios Padre, porque el que en la naturaleza humana es menor que el Padre, ese mismo en su Divinidad es de una y la misma gloria junto con el Padre, existiendo en todo como verdadero Hombre y como verdadero Dios. Y con razón produce gozo a los piadosos e impone miedo a los contumaces lo que sigue: *y entonces retribuirá a cada uno según su conducta*. Porque los que ahora, a pesar de obrar el bien, son afligidos con la presión injusta de los impíos, es indudable que esperan con ánimo alegre el momento en que, gracias al justo juez, no solo serán liberados de las ofensas de los malvados, sino que recibirán el premio de su honradez y paciencia. Al contrario, los que viven mal e interpretan la paciencia del juez como negligencia, por arrepentirse demasiado tarde, serán castigados con la justa sentencia de la condenación eterna.

4. Concuerda con esta afirmación del Evangelio lo que dice el salmista: *Señor, quiero cantarte misericordia y justicia*[8]. Con razón se dispone a cantar en primer lugar la misericordia y luego la justicia, porque indudablemente lo que el Señor nos dejó en depósito por benignidad en su primera

5. Cf. Lc 21, 27; GREGORIO MAGNO, *Moralia in Job*, XVII, 32, 53 (CCL 143 A, 883).

6. Cf. Rm 2, 6.

7. Cf. Mt 25, 31-46.

8. Sal 101, 1. Cf. AGUSTÍN, *Enar. in psalm.*, C, 1-2 (CCL 39, 1405-1407).

venida, eso mismo nos exigirá, para juzgarlo, en la segunda[9]. Pero todo aquel perverso que desprecia la misericordia del Señor, pródigo en dones, es justo que tema la justicia del Señor que exige cuentas. Por el contrario, todo aquel que gozoso se acuerda con gratitud de haber recibido la gracia de su misericordia, está claro que espera la sentencia del juicio y por eso canta –con una melodía que le surge espontánea– la misericordia y la equidad de su juez.

5. Ahora bien, puesto que para todos es incierto el tiempo del juicio universal, incierta para cada uno la hora de su salida, y podría parecer larga la aflicción presente a los que desconocen cuándo va a llegar el descanso prometido, el piadoso Maestro ha querido mostrar de antemano a algunos de sus discípulos, que aún se encontraban en la tierra, el gozo de la promesa eterna.

Lo hizo para que quienes lo habían experimentado, y todos aquellos que podrían escucharles, soportasen con ánimo más ligero las adversidades presentes, trayendo con más frecuencia a la memoria el don de la futura retribución que esperaban.

6. De ahí lo que sigue: *En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean al Hijo del Hombre venir en su reino*[10]. De hecho, le vieron venir en su reino los discípulos, porque le vieron resplandeciente en el monte en aquella claridad en la que todos los santos le verán en su reino, una vez realizado el juicio[11]. Pero lo que los ojos aún mortales y corruptibles de los discípulos no pudieron soportar, más adelante será capaz de contemplar toda la Iglesia de los santos, hechos ya incorruptibles por la resurrección. De esa Iglesia está escrito: *Sus ojos verán al rey en su magnificencia*[12].

9. Cf. GREGORIO MAGNO, *Homiliae in evangelia*, 1, 2 (CCL 141, 7).
10. Mt 16, 28.
11. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 16, 28 (CCL 77, 146).
12. Is 33, 17.

7. *Y seis días después tomó Jesús a Pedro, Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto*[13]. Al disponerse a mostrar su gloria a los discípulos en el monte, les conduce a lo alto, para enseñar a todos aquellos que quieren contemplarla, que no deben yacer en medio de bajos placeres, servir a los deleites carnales, apegarse a las apetencias de esta tierra, sino elevarse siempre –por amor a lo que es eterno– a imitar en todo momento la vida de pureza, piedad, paz, amor y justicia de los ángeles, en cuanto es posible a los mortales, siguiendo a aquel que dijo: *Porque somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor nuestro Jesucristo*[14].

Al ir a mostrarles la gloria de su majestad, lleva a los discípulos al monte, para que aprendan ellos mismos y aprendan todos los que desean verla, que no hay que buscarla en las profundidades de este mundo, sino en el reino de la suprema felicidad.

8. Y, cuando dice que *los llevó a un monte alto*, añade con razón *aparte*, porque los justos, aunque se encuentren ahora oprimidos por la cercanía de los impíos, sin embargo están separados de ellos con toda su alma y la intención de su fe, y en el futuro serán conducidos completamente lejos de ellos, cuando les esconda a la perturbación de los hombres en lo oculto de su contemplación y les proteja de la contradicción de la maledicencia en su tabernáculo[15]. Por su parte, la circunstancia de que se les aparece seis días después de haber prometido la gloria de su visión a los discípulos, significa que los santos habrán de recibir en el día del juicio el reino que les *ha prometido desde los tiempos antiguos el Dios que no miente*[16].

13. Mt 17, 1.
14. Flp 3, 20.
15. Cf. Sal 31, 20.
16. Tt 1, 2.

9. Los tiempos antiguos constan de seis épocas[17] que, al acabarse, escucharán al Señor en persona que dice: *Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino que os ha sido preparado desde la Creación del mundo*[18]. Los seis días de la prometida visión y gloria del Señor es posible que también simbolicen la perfección de las buenas obras, sin las cuales nadie puede hacer nada para contemplar la majestad de su Creador, ni nadie puede alcanzarla. Porque, dado que el Señor dio forma a las criaturas en seis días y al séptimo descansó de sus obras, es correcto simbolizar por medio de los seis días las buenas obras por medio de las cuales debemos llegar al descanso[19]. Y puesto que el que desea ver a Dios, el que desea participar en la gloria de la bienaventurada resurrección, debe hacer el bien que conoce, con razón muestra el Salvador a los seis días la gloria de su reino que había prometido a sus discípulos.

10. Continúa: *Y se transfiguró ante ellos; brilló su rostro como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve*[20]. El Señor se transfiguró ante sus discípulos y así, de una parte simboliza la gloria de su cuerpo, que debía ser esclarecido por la resurrección, y de otra manifiesta de cuánta claridad estarán dotados después de la resurrección los cuerpos de todos los elegidos. Porque también de ellos dice en otro lugar: *Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre*[21]; y aquí su rostro resplandeció como el sol, como muestra de su futura transfiguración.

11. No es porque pueda ser igual la claridad y la gloria del Señor y la de sus santos, cuando de esos mismos santos dice el Apóstol: *Porque como una estrella se diferencia de*

17. Cf. *supra Hom.* I, 11, 14; 14, 9.
18. Mt 25, 34.
19. Cf. AMBROSIO, *Expositio evan. s. Lucam,* VII, 7 (CCL 14, 217).
20. Mt 17, 2.
21. Mt 13, 43.

otra, así será en la resurrección de los muertos[22], sino que como no alcanzamos a ver algo más claro que el sol, en la resurrección se compara –no solo la gloria del Señor, sino también la de los santos– al aspecto del sol, ya que los hombres no pueden encontrar nada más claro que el sol de lo que tomar ejemplo.

Y se debe pensar que en el juicio de los réprobos nadie encontrará esta majestad gloriosa del cuerpo del Señor, esta claridad de los cuerpos de los santos. Solo *mirarán al que traspasaron*[23] *y se lamentarán sobre Él todas las tribus de la tierra*[24]. Y cuando, ya acabado el juicio, los impíos sean apartados para que no contemplen la gloria de Dios, entonces los justos entrarán, para contemplar por siempre la gloria de su reino, transfigurados de luz según el grado de su incorrupción. Por eso dice el Apóstol: *Jesucristo reformará el cuerpo de nuestra vileza conforme a su cuerpo glorioso*[25].

12. Pero si alguno me pregunta qué sentido simbólico tiene que los vestidos del Señor se volvieran blancos como la nieve, podemos entender con razón que por medio de ellos se alude a la Iglesia de sus santos, de quienes Isaías dice: *Te revestirás de todos ellos como un ornamento*[26]; y el Apóstol dice: *Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo*[27]. Esos, al llegar el momento de la resurrección, van a ser purificados de toda mancha de iniquidad a la vez que de toda oscuridad propia de la mortalidad. Por eso el evangelista Marcos dice con belleza de los vestidos del Señor que: *sus vestidos se volvieron resplandecientes, más que la nieve, como no los puede blanquear un lavandero sobre la tierra*[28]. Porque, como es evidente pa-

22. 1 Co 15, 41-42.
23. Jn 19, 37.
24. Ap 1, 7.
25. Flp 3, 21.
26. Is 49, 18.
27. Ga 3, 27.
28. Mc 9, 3.

ra todos, no hay nadie que sea capaz de vivir sobre la tierra sin corrupción y sin dolor. Esto es algo que está claro para toda persona prudente, aunque los herejes no estén de acuerdo[29]: no hay nadie que pueda vivir sobre la tierra intacto de pecado de algún tipo.

Pero lo que ningún lavandero –es decir, cualquier doctor de almas o purificador insigne de su propio cuerpo– no puede sobre la tierra, lo hará el Señor en el cielo, purificando a la Iglesia –es decir, a su vestido– *de toda mancha de la carne y del espíritu*[30]; más aún, rehaciéndola con la eterna felicidad y la luz del cuerpo y del alma.

13. Continúa: *Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con Él*[31]. Lucas escribe con más detalle cómo se aparecieron y de qué hablaron con Él, cuando dice: *Moisés y Elías aparecieron gloriosos y hablaban de su muerte, que había de cumplirse en Jerusalén*[32]. Por consiguiente, Moisés y Elías, que hablaron con el Señor en el monte y conversaban sobre su pasión y resurrección, representan la voz de la Ley y las profecías, que se cumplieron en el Señor[33], ahora están abiertas ante los ojos de toda persona culta y en el futuro estarán más manifiestas aún para todos los elegidos. Y está bien dicho que se aparecieron «gloriosos», porque así se ve con más claridad con cuánta dignidad de verdad se reveló no solo el sentido, sino la letra de las palabras divinas. Aunque en Moisés y Elías se puede entender con razón que están representados todos aquellos que reinarán junto con el Señor, en Moisés –que ciertamente murió y fue sepultado– lo están aquellos que deberán resucitar de

29. Beda alude a los pelagianos. Su fundador, el monje británico Pelagio (~345–~420) defendía la posibilidad de vivir rectamente sin ayuda de la gracia.

30. 2Co7,1

31. Mt 17, 3.

32. Lc 9, 30-31.

33. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 17, 3 (CCL 77, 148).

la muerte para el juicio; a su vez en Elías –que todavía no ha pagado su deuda de muerte– aquellos que todavía serán encontrados vivos en su carne a la llegada del juez.

14. Ambos grupos a la vez y en el mismo instante, arrebatados *en las nubes al encuentro del Señor en los aires*[34], inmediatamente después de acabado el juicio, serán llevados a la vida eterna. Es muy apropiado que se diga de ambos –Moisés y Elías–, que fueron vistos en su gloria, porque así –por la excelencia de su majestad– se muestra la maravilla del premio con el que deberán ser coronados. También es conveniente que se aluda a que hablaban de la muerte de Jesús, que había de cumplirse en Jerusalén; porque es indudable que para los fieles la única materia digna de alabanza es la pasión de su Redentor ya que, cuanto más recuerden que sin su gracia son incapaces de salvarse, tanto más guardan siempre en su pecho piadoso el vivo recuerdo de su gracia y dan testimonio de ello con una confesión devota.

15. Ahora bien, dado que cuanto más ampliamente uno degusta la dulzura de la vida celestial, tanto más le estraga todo lo que le agradaba de las cosas de aquí abajo, con toda razón Pedro, al ver de repente la majestad del Señor y de sus santos, se olvida de todo lo que había conocido en la tierra y se complace en ocuparse para siempre solo de las cosas que está viendo. Dice: *Señor, ¡qué bien estamos aquí! Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías*[35].

Y es verdad que Pedro –como dice otro evangelista[36]– no sabía lo que decía, al pensar que debía hacer unas tiendas en medio de esa conversación celestial. Porque en aquella gloria de la vida celestial no se necesitará ninguna casa, allí donde a la luz de la contemplación de Dios que todo lo pacifica,

34. 1 Ts 4, 17.
35. Mt 17, 4.
36. Cf. Lc 9, 33.

no restará ningún aura adversa del tipo que sea. Así lo asegura el apóstol Juan, quien al describir la luz de aquella ciudad celestial, dice entre otras cosas: *Pero en ella no vi templo, pues el Señor todopoderoso, con el Cordero, es su templo*[37].

16. Pero Pedro sabía bien lo que decía, cuando exclama: *Señor, ¡qué bien estamos aquí!*, porque realmente el único bien del hombre es entrar en el gozo de su Señor[38] y permanecer para siempre contemplándole. Por eso es justo pensar que jamás ha experimentado el bien verdadero aquel a quien le ocurre que –por exigencia de su culpa– jamás contempla el rostro de su Creador. Y si san Pedro, tras contemplar la humanidad glorificada de Cristo, se llena de un gozo tan grande que en lo sucesivo no quiere apartarse más de esa visión, ¿qué grado de felicidad, hermanos queridísimos, pensamos que será el de aquellos que hayan merecido contemplar la excelsitud de su Divinidad?

Y, si tuvo como bien supremo contemplar en el monte la figura transfigurada de Cristo hombre junto con solo dos santos –a saber, Moisés y Elías–, ¿qué palabras pueden describir, qué explicación puede dar a entender el grado de gozo que alcanzan los justos, cuando accedan *al monte Sion, a la ciudad del Dios vivo, a Jerusalén y al trato con miríadas de ángeles*[39], y contemplen a Dios en persona, el Artífice y Creador de esa misma ciudad, *no a través de un espejo y oscuramente*, como ahora, sino *cara a cara*?[40] De esa visión dice el mismo Pedro, cuando habla del Señor a los fieles: *En quien ahora creéis sin verle y os regocijaréis con un gozo inefable y glorioso cuando le veáis*[41].

17. Dice a continuación: *Aún estaba él hablando, cuando los cubrió una nube resplandeciente y salió de la nube una*

37. Ap 21, 22.
38. Cf. Mt 25, 21.
39. Hb 12, 22.
40. 1 Co 13, 12.
41. 1 P 1, 8.

voz que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo mi complacencia; escuchadle[42]. Como se planteaban construir tiendas, se les advierte –con la ocultación por medio de una nube resplandeciente– que en la estancia de la vida celestial no son necesarias casas, ya que allí todo lo protege el Señor con la cobertura eterna de su luz.

Porque Aquel que, cuando el pueblo avanzaba por el desierto, *extendió una nube protectora sobre ellos*[43] durante cuarenta años, para que no les abrasara ni el sol por el día, ni la luna por la noche[44], ¿cuánto más protegerá bajo la sombra de sus alas por siempre a los que habitan en la tienda del reino celestial[45]? *Pues sabemos* –enseña el Apóstol– *que, si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa, no hecha por mano de hombre, eterna en los cielos*[46].

18. Puesto que deseaban contemplar el rostro resplandeciente del Hijo del Hombre, se presentó el Padre en forma de una voz, enseñando que ese era su Hijo amado en el que Él se había complacido, con el fin de que aprendieran –a partir de la gloria de su Humanidad, que veían– a suspirar por contemplar la presencia de la Divinidad, que es igual a la suya.

Respecto a lo que por su parte dice del Hijo la voz del Padre –*en quien tengo mi complacencia*–, es exactamente lo mismo que el Hijo afirma en otro lugar: *El que me envió está conmigo y no me dejará solo, porque Yo hago siempre lo que es de su agrado*[47].

Y lo que añade –*escuchadle*–, llama la atención sobre el hecho de que Él es el mismo de quien Moisés advertía al pueblo, al que entregó la Ley, lo siguiente: *Un profeta hará*

42. Mt 17, 5.
43. Sal 105, 39.
44. Cf. Sal 121, 6.
45. Cf. Sal 61, 4.
46. 2 Co 5, 1.
47. Jn 8, 29.

surgir el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo; vosotros le escucharéis todo lo que os diga[48].

19. De hecho, no prohíbe escuchar a Moisés y a Elías –es decir, a la Ley y los profetas–, sino que insinúa que se debe preferir a todos estos, prestar atención al Hijo que viene a dar cumplimiento a la Ley y los profetas[49] y sugiere que debe anteponerse la luz de la verdad evangélica a todos los tipos y figuras del Antiguo Testamento.

Y así, por una providencial disposición, se consolida la fe de los discípulos, para que no vacile ante la crucifixión del Señor, porque –durante el inminente suceso de la Cruz– se muestra hasta qué punto su Humanidad, en virtud de la resurrección, será ensalzada por la luz celestial. Y la voz del Padre desde el cielo prueba que el Hijo es coeterno con el mismo Padre en la Divinidad, para que al llegar la hora de la pasión lloraran menos al que moría, porque se acordarían de que había de ser glorificado inmediatamente después de la muerte en su Humanidad el que siempre había sido glorificado por el Padre en su Divinidad.

20. No obstante, los discípulos –como hombres carnales y de sustancia frágil aún–, al oír la voz de Dios, cayeron sobre su rostro, presas del temor. Por su parte el Señor –como persona piadosa y maestro en todo– les consuela con la palabra y con el tacto y les levanta. *Y mientras bajaban del monte* –dice–, *Jesús les ordenó: No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos*[50]. Les manda callar por un tiempo la visión de la majestad que les había mostrado, no fuera a ser que –al divulgarse entre las gentes– esas mismas gentes, o bien impidieran la providencia de su pasión oponiéndose a los príncipes del pueblo y retrasando así el efecto de la salvación

48. Dt 18, 15; Hch 3, 22.
49. Cf. Mt 5, 17.
50. Mt 17, 9.

de la humanidad –que se produciría por medio de su sangre–, o bien se escandalizaran, al ver el oprobio de la cruz, quienes hubieran creído al escuchar esa aparición[51].

Fue más conveniente que, una vez cumplida su pasión, resurrección y ascensión al cielo, la transfiguración fuera predicada por los apóstoles llenos del Espíritu Santo. Así, todos los que querían ser iniciados en los sacramentos del Señor, no solamente podrían aprender –de labios de quienes lo habían visto– el hecho portentoso de la resurrección, sino también el modo de la misma. Y también ellos mismos podrían predicar a todos, para que creyeran en ella y la amaran, la eternidad de su divino nacimiento, que habían escuchado de labios del Padre.

21. Una vez expuesta la lectura de la transfiguración del Señor, hermanos queridísimos, volvamos a nuestra conciencia y, si nos atrae contemplar la gloria del Señor, pasando de largo por los deseos carnales, ascendamos al monte de las virtudes.

Si queremos tener parte en los vestidos blanquísimos del Señor, *purifiquémonos de toda mancha de carne y de espíritu, llevando a término la santificación en el temor de Dios*[52]. Si deseamos escuchar la voz de Dios Padre y contemplar la majestad consustancial de su Hijo, procuremos solícitos evitar los negocios perversos e inútiles de los mortales, procuremos apartar los ojos de los espectáculos vanos de este siglo caduco hasta que, con la gloria resplandeciente de nuestra resurrección, merezcamos de una parte contemplar nosotros mismos la grandeza de nuestro Creador[53] –cosa que por el momento nos es imposible–, y de otra predicarla, con la ayuda del mismo que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

51. Cf. JERÓNIMO, *Comm. in Mat.*, III, 17, 9 (CCL 77, 150).

52. 2Co7,1.

53. Cf. Ex 14, 13; Hch 2, 11.

HOMILÍA XXV

En la Cuaresma

Jn 8, 1-12
PL 94, 106-110[1]

1. Hermanos queridísimos, debemos meditar la lectura del santo Evangelio de hoy y tenerla siempre presente en la memoria, con tanta mayor intensidad, cuanto nos la encomia la grandísima misericordia de nuestro Creador. En efecto, he aquí –como acabamos de oír– una mujer pecadora a quien pérfidos acusadores presentan a Jesús. Él les ordena, no lapidarla según el precepto de la Ley, sino examinarse a sí mismos en primer lugar y pronunciar una sentencia respecto a la que había pecado, de modo que –a partir de la consideración de su propia flaqueza– reconocieran en qué medida debían compadecerse de los demás.

2. Pero, puesto que es costumbre de las Escrituras presentar lo que se va a narrar a continuación, unas veces a partir del estado del tiempo, otras de las circunstancias del lugar –o a veces incluso en función de ambas cosas–, el Evangelista que se dispone a relatar esta escena de la moderada interpretación de la Ley por la misericordia de nuestro Redentor, antepone que Jesús se dirigió al monte de los olivos y, al ama-

1. En la edición de J.-P. Migne esta homilía lleva el título: «En el tercer domingo de Cuaresma».

necer, regresó de nuevo al templo[2]. De hecho, el monte de los olivos simboliza la sublime calidad de la piedad y misericordia del Señor porque, de una parte en griego «misericordia» se dice *óleos* y «oliva» *óleon*, y de otra la operación de ungir con óleo los miembros cansados y doloridos produce alivio. Pero, además, el hecho de que el aceite sobresale por su valor y su pureza –y de ordinario sobresale por encima y supera inmediatamente a cualquier otro líquido que se quiera derramar sobre él–, simboliza de modo ajustado la gracia de la misericordia celestial de la que se ha escrito: *Benigno es el Señor para con todos y su misericordia se extiende a todas sus criaturas*[3].

3. También la hora de la mañana simboliza el inicio de su gracia por medio de la cual, dejada de lado la sombra de la Ley, había de revelarse la luz de la verdad evangélica. Jesús se dirige al monte de los olivos, para mostrar que radicaba en Él el culmen de la misericordia. Y regresa al templo al amanecer, para dar a entender a los fieles que esa misma misericordia debía revelarse y ofrecerse junto con la luz del Nuevo Testamento, es decir en su templo.

4. *Y todo el pueblo* –dice– *venía a Él y, sentado, los enseñaba*[4]. La posición de sentado del Señor sugiere la humildad de su encarnación, gracias a la cual se ha dignado compadecerse de nosotros. Por eso también a nosotros se nos manda: *Levantaos tras haber estado sentados*[5], que es como si dijera claramente: «esperad a recibir el premio de la exaltación suprema, no antes, sino después de haberos mortificado con verdadera humildad». Y se dice ajustadamente que, mientras Jesús enseñaba sentado, acudió a Él todo el pueblo porque, una vez que se acercó a los hombres por la humildad de su encarnación, muchos recibieron con gusto su palabra,

2. Cf. Jn 8, 1-2.
3. Sal 145, 9.
4. Jn 8, 2.
5. Sal 127, 2.

por más que la mayoría le despreció con una actitud de soberbia impiedad. De hecho, le escucharon los mansos de corazón y se alegraron, magnificando al Señor con el salmista y ensalzando a una su nombre[6]. Le oyeron los que odian y fueron esparcidos; pero no se arrepintieron, le tentaron y se rieron a carcajadas, rechinaron sus dientes contra Él[7].

5. Para colmo, con la intención de tentarle, le presentaron a una mujer sorprendida en adulterio, preguntándole qué mandaba hacer con ella, puesto que Moisés había ordenado lapidar a ese tipo de personas. Lo hacían para reírse de Él –si también pensaba que había que lapidarla–, como si se hubiera olvidado de la misericordia que siempre predicaba, o para –si les impedía lapidarla–, rechinar los dientes contra Él y tener una excusa para condenarle como malhechor y adversario de la Ley. Pero es inimaginable que la estupidez de los hombres encontrara algo que decir y la sabiduría divina no tuviera algo que responder; es inimaginable que la obcecada impiedad fuera capaz de impedir que luzca para el mundo el sol de la justicia[8].

6. *Pero Jesús* –dice–, *inclinándose, escribía con el dedo en la tierra*[9]. La inclinación de Jesús expresa su humildad; el dedo –que es flexible dada la forma de sus articulaciones–, la sutilidad de su discernimiento. Por tierra se entiende sin duda el corazón humano, que de ordinario da frutos de buenas o de malas acciones. Así pues, el Señor, cuando se le pide que emita un juicio sobre la pecadora, no lo pronuncia inmediatamente, sino que antes se inclina hacia abajo y escribe en la tierra. Y de ese modo, solo después juzga sobre lo que se le pide con obstinación, enseñándonos así –es decir, a nosotros de un modo alegórico– que, cuando vemos algún error en los que tenemos cerca, no pensemos que debemos

6. Cf. Sal 34, 2-3.
7. Cf. Sal 35, 16.
8. Cf. Ml 4, 2.
9. Jn 8, 6.

reprenderlo antes de que –tras haber examinado humildemente nuestra conciencia– la exculpemos cuidadosamente con el dedo del buen juicio y separemos en ella, con un análisis minucioso, lo que complace a nuestro Creador de lo que le desagrada, según aquello del Apóstol: *Hermanos, si alguno fuera hallado en falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, cuidando de ti mismo, no vayas ser tú también tentado*[10].

7. *Como ellos insistieran en preguntarle, se incorporó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero*[11]. Dado que una y otra vez los escribas y los fariseos tendían al Señor lazos de trampas, pensando que sería cruel o injusto en sus juicios, Él –previéndolo– pasa por encima como por una tela de araña y en todo caso mostró, de una parte un discernimiento justo, y de otra una misericordia llena de piedad. Y así se cumplió en ellos aquello del salmista que ya hemos citado: que *fueron esparcidos y no se arrepintieron*[12]. En efecto, fueron esparcidos, para que no asediaran al Señor con injurias; y no se arrepintieron como para ser capaces de obedecerle con servicios de amor.

8. Porque, ¿quieres escuchar la justa medida de la compasión? *El que de vosotros esté sin pecado*. ¿Quieres escuchar de nuevo lo que es justo a la hora de enjuiciar? *Arrójele la piedra el primero*. Les dice: «si Moisés os mandó lapidar a una mujer de este tipo, mirad que ordenó hacer esto no a pecadores, sino a justos. En primer lugar, cumplid vosotros mismos la justicia de la Ley y luego, inocentes de manos y con corazón limpio[13], corred a lapidar a la culpable. Cumplid primero los mandamientos morales de la Ley –fe, misericordia y caridad– y luego ocuparos en juzgar los asuntos de la carne».

10. Ga 6, 1.
11. Jn 8, 7.
12. Sal 35, 16.
13. Cf. Sal 24, 4.

9. Y, una vez emitido su juicio, el Señor *inclinándose de nuevo, seguía escribiendo en la tierra*[14]. Y es verdad que, según los usos del comportamiento humano, se puede entender que el Señor quiso inclinarse ante los tentadores injustos y escribir en la tierra con la intención de, volviendo Él su rostro a otro lugar, dar libertad a que se fueran a aquellos que –golpeados por su respuesta– había previsto que preferirían irse a seguir planteando nuevas preguntas.

Efectivamente *al oírle, se iban marchando uno tras otro, comenzando por los más viejos*[15]. Pero simbólicamente –con el hecho de que antes y después de pronunciar su sentencia, inclinándose, escribe en la tierra– nos advierte que, antes de corregir al prójimo que peca y después de haberle prestado el servicio del merecido castigo, nosotros mismos nos sometamos a un examen propio de la humildad, no vaya a ser que seamos nosotros mismos reos, bien de lo mismo que reprendemos en ellos, bien de cualquier otro delito.

10. Porque con frecuencia ocurre que quienes juzgan –por ejemplo a un homicida que ha pecado públicamente– no son conscientes del mal del odio con el que ellos mismos son devastados; que los que acusan a un fornicador, pasan por alto la peste de la soberbia con la que ellos mismos se ensalzan en mérito a su castidad; que los que condenan a un bebedor, no ven en sí mismos el gusano de la envidia que les consume. Así pues, en semejantes peligros, ¿qué remedio, qué salvación nos queda sino que, cuando vemos a otro que peca, nos inclinemos hacia abajo, es decir que seamos conscientes de que caeríamos por la condición de nuestra fragilidad, si la piedad divina no nos sostuviese? Escribamos con el dedo en la tierra, es decir pensemos con un examen cuidadoso si podemos decir con el santo Job que nuestro corazón no nos reprocha nada

14. Jn 8, 8. 15. Jn 8, 9.

a lo largo de nuestra vida[16] y recordemos constantemente que *si el corazón nos reprocha algo, mayor que nuestro corazón es Dios y lo sabe todo*[17].

11. También podemos entender –y ciertamente de un modo correcto– que el Señor que había de perdonar a la pecadora quiso escribir con el dedo en la tierra, para mostrarse a sí mismo como Aquel que había escrito antiguamente en piedra con su dedo –es decir, por obra del Espíritu Santo– el decálogo de la Ley[18]. Con razón fue grabada en piedra la Ley que se promulgaba para doblegar los corazones de un pueblo duro y contumaz. Y con razón escribe ahora en la tierra el Señor que tiene intención de conceder la gracia de la remisión a los contritos y humildes de corazón que fueran capaces de dar frutos de salvación. Con razón inclinándose hacia abajo escribe con el dedo en la tierra el que en otro tiempo, mostrándose majestuoso en el monte, grababa en piedra; porque, gracias a la humillación de su encarnación, infundió el espíritu de su gracia en los corazones fructíferos de sus fieles, Él, que apareciéndose glorioso en forma de ángel, había dado en siglos pasados mandamientos duros a pueblos de dura cerviz. Con razón, el que inclinado había escrito en tierra, incorporándose, pronunció palabras de misericordia. El que había hecho una promesa al unirse a la humana fragilidad, concedió un regalo piadoso a los hombres con la fuerza de su poder divino.

12. *Incorporándose* –dice–, *el Señor le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ella respondió: Ninguno, Señor*[19]. Nadie se atrevió a condenar a la pecadora, porque cada uno había comenzado a darse cuenta de que reconocía en sí mismo mucho más que condenar.

16. Cf. Jb 27, 6.
17. 1 Jn 3, 20.
18. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XXXIII, 5 (CCL 36, 308-309).
19. Jn 8, 10-11.

Pero veamos con qué muestra de misericordia acude en ayuda de la acusada el que se distanció de la multitud de los acusadores, poniendo por delante el peso de la justicia. Continúa: *Jesús entonces le dijo: Tampoco Yo te condeno; vete y desde ahora no peques más*[20]. A este punto se cumplió el dicho del salmista, que canta entre las glorias del Señor: *Avanza triunfante y reina por la verdad, la modestia y la justicia; y que tu diestra te lleve a realizar maravillas*[21].

13. Reina ciertamente por la verdad porque, al predicar a la multitud de los creyentes la gloria de su reino, abre al mundo el camino de la verdad. Reina por la modestia y la justicia, porque muchos se someten a su reinado precisamente porque reconocen que es apacible a la hora de liberar del pecado a los que se arrepienten, y justo a la hora de condenar a los contumaces en el pecado; apacible en conceder la gracia de la fe y de las virtudes sobrenaturales, y justo al retribuir con un premio eterno por la lucha en la fe y en las virtudes celestiales. Le ha llevado su diestra a realizar maravillas porque Dios, al habitar en el hombre, le ha mostrado admirable en todo lo que enseñó y realizó, pero también ha mostrado que continuamente eludía con admirable prudencia las asechanzas que la astucia de los hombres era capaz de tramar.

14. *Tampoco Yo te condeno; vete y desde ahora no peques más.* Perdona los pecados pasados, porque es misericordioso y está lleno de piedad[22]; prohíbe que peque en lo sucesivo, *porque es justo y ama la justicia*[23]. Pero, ya que algunos podían dudar de que tuviera poder para perdonar pecados Jesús, al que conocían como verdadero hombre, Él mismo se digna manifestar más abiertamente lo que puede como Dios.

20. Jn 8, 11.
21. Sal 45, 5.
22. Cf. Si 2, 13.
23. Sal 11, 7.

En efecto, después de haber rechazado la maldad de los tentadores, después de haber perdonado la culpa de la pecadora, se dirige de nuevo a ellos, diciendo: *Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida*[24]. Aquí enseña de un modo manifiesto, no solo con qué autoridad ha perdonado sus pecados a la mujer, sino también qué ha querido decir Él mismo de un modo figurado, al marchar al monte de los olivos, al venir de nuevo al templo de mañana, al escribir con el dedo en la tierra: a saber, que Él era el culmen de la misericordia, el Dios de toda consolación[25], el pregonero y al mismo tiempo dador de la luz inextinguible[26] y el promulgador, tanto de la Ley, como de la gracia.

15. *Yo soy* –dice– *la luz del mundo.* Es como si dijera abiertamente: «Yo soy la luz verdadera que ilumino a todo hombre que viene a este mundo[27]. Yo el sol de justicia que salgo para quienes temen a Dios[28], aunque parece que por un tiempo estoy cubierto por la nube de la carne[29]. En efecto, estoy cubierto por la nube de la carne, no para permanecer escondido para quienes me buscan, sino para amoldarme a los débiles. Cúrense los ojos con la fe de su entendimiento, purifiquen sus corazones para que sean dignos de contemplarme en persona. Porque, *dichosos los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*[30]. *El que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.* Solo el que sigue mis mandatos y mi ejemplo no temerá en el futuro las tinieblas de la condenación, sino que más bien tendrá la luz de la vida, donde nunca morirá».

24. Jn 8, 12.
25. Cf.2Co1,3.
26. Cf. Si 24, 6.
27. Cf. Jn 1, 9.
28. Cf. Ml 4, 2.
29. Cf. AGUSTÍN, *Tract. in Iohan.*, XXXIV, 5-6 (CCL 36, 313-314).
30. Mt 5, 8.

16. Por tanto, hermanos, solo tenemos que seguir la luz de la justicia, la fe que opera por la caridad[31], de modo que merezcamos conseguir aquella visión que compensará y aumentará el mérito de esa misma caridad. Así lo asegura Cristo, que dice: *El que me ama a mí es amado por mi Padre y Yo le amaré y me manifestaré a él*[32]. Accedamos con todo el empeño de nuestra inteligencia a Aquel que tiene su lugar en el invisible monte de los olivos. Porque Dios, su Dios, le ungió con el aceite de la alegría más que a sus compañeros, a fin de que se digne hacernos participar como compañeros de su unción, es decir de su gracia espiritual. Sin embargo, mereceremos conseguir eso no de otra manera, sino amando la justicia y odiando la iniquidad. Porque también el mismo salmo que dice eso, pone antes: *Amaste la justicia y odiaste la iniquidad*[33], a fin de –predicando concretamente la gloria de la cabeza– mostrar cómo deben comportarse los miembros de manera que sean capaces de tener parte con ella.

17. Recordemos que Jesús vino al templo de mañana y absolvió de su delito a la pecadora mientras enseñaba, y esforcémonos por ser también nosotros templo de nuestro Creador, esforcémonos –una vez dispersadas las tinieblas de los vicios– por avanzar hacia la luz de las virtudes, a fin de que el Señor se digne visitar también nuestros corazones, instruirnos en las disciplinas celestiales y limpiar propicio la inmundicia que encuentre en nosotros, Él que vive y reina con el Padre en la unidad del Espíritu Santo, Dios por todos los siglos de los siglos. Amén.

31. Cf. Ga 5, 6.
32. Jn 14, 21.
33. Sal 45, 8.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN 5

I. Biografía 6

II. El contexto cultural 11

III. La obra literaria de Beda 13

1. Obras didascálicas 14
2. Obras histórico-biográficas 20
3. Obras poético-literarias 25
4. Obras de exégesis de la Sagrada Escritura 31

IV. Pervivencia 35

V. La Edad Media a través de la obra de Beda 38

VI. Los dos libros de homilías al Evangelio 39

VII. El texto 44

VIII. Fuentes para la obra exegética 45

IX. Características de las homilías 46

1. Estructura 46
2. Teología 48
3. Ascética monástica 53
4. Erudición 56

X. Lengua 57

XI. Manuscritos 58

XII. La presente traducción 59

BIBLIOGRAFÍA 63

ABREVIATURAS 64

BEDA

HOMILIAS SOBRE LOS EVANGELIOS

LIBRO I

HOMILÍA I
En el Adviento (Mc 1, 4-8) 67

HOMILÍA II
En el Adviento (Jn, 15-18) 77

HOMILÍA III
En el Adviento (Lc I, 26-38) 88

HOMILÍA IV
En el Adviento (Lc I, 26-38) 100

HOMILÍA V
En la vigilia del Nacimiento del Señor (Mt 1, 18-25) 116

HOMILÍA VI
En la Navidad del Señor (Lc 2, 1-14) 125

HOMILÍA VII
En la Navidad del Señor (Lc 2, 15-20) 140

HOMILÍA VIII
En la Navidad del Señor (Jn 1, 1-14) 149

HOMILÍA IX
En honor de san Juan Evangelista (Jn 21, 19-24) 162

HOMILÍA X
En la fiesta de los Santos Inocentes (Mt 2, 13-23) 174

HOMILÍA XI
En la octava de la Navidad del Señor (Lc 2, 21 PL 94, 53) 182

HOMILÍA XII
En la Teofanía o Epifanía del Señor (Mt 3, 13-17) 192

HOMILÍA XIII
En honor de san Biscop Benedicto (Mt 19, 27-29) 205

HOMILÍA XIV
Después de la Epifanía (Jn 2, 1-11) 215

HOMILÍA XV
Después de la Epifanía (Jn 2, 1-11) 231

HOMILÍA XVI
Después de la Epifanía (Jn 1, 35-42) 241

HOMILÍA XVII
Después de la Epifanía (Jn 1, 43-51) 253

HOMILÍA XVIII
En la Purificación de Santa María (Lc 2, 22-35) 268

HOMILÍA XIX
Después de la Epifanía (Lc 2, 42-52) 277

HOMILÍA XX
En la Cátedra de san Pedro (Mt 16, 13-19) 287

HOMILÍA XXI
En la Cuaresma (Mt 9, 9-13) 298

HOMILÍA XXII
En la Cuaresma (Mt 15, 21-28) 310

HOMILÍA XXIII
En la Cuaresma (Jn 5, 1-18) 318

HOMILÍA XXIV
En la Cuaresma (Mt 16, 27-17, 9) 333

HOMILÍA XXV
En la Cuaresma (Jn 8, 1-12) 345